

P R Ó L O G O

Uno no sabe por qué -ni tampoco uno se lo pregunta-, pero el caso es que llega un momento cualquiera, de un día cualquiera, en el que, por así exigírtelo una poderosa fuerza interior que casi no puedes controlar, te ves empujado a tomar asiento frente a unas pocas cuartillas en blanco para, con mayor o menor exactitud y acierto, traer de nuevo al presente viejas y olvidadas nostalgias que, rebeldes e impetuosas, pugnan furiosas por salir de lo más recóndito de tu memoria.

Es un deseo intenso, inexplicable -vano si se quiere-, pero realmente abrumador para quien lo experimenta.

Nunca antes, cierto es, has tenido esa imperiosa necesidad de hurgar entre los muchos recuerdos que conservas de tus años mozos, los cuales, depositados en lo más profundo del baúl que guarda las añoranzas de tiempos pasados, duermen el sereno sueño que proporcionan los años otoñales.

Jamás hasta ese día te has propuesto mantener, ni siquiera remotamente, íntimas relaciones con esa belleza de hielo y pasión que todos llamamos sintaxis, gélido amor que tanto persiguen y adulan muchos de nuestros escritores -que tú siempre has tenido por inalcanzables-, pero no te importa.

Sabes perfectamente que para ti, pobre náufrago de los mares gramaticales, todo han sido dudas y limitaciones en el complicado universo de la escritura, cuando inútilmente has intentado navegar por las siempre difíciles páginas de la composición literaria, y que sigues teniendo, como insidiosas compañeras de toda una vida -¡ay, mal de muchos amores!-, a esas bestias negras que tanta hostilidad y pavor ocasionan en no pocos bachilleres, que todos conocemos y sufrimos con los ingratos nombres de morfología y ortografía. ¡No te importa!

Eres consciente de que tu mejor o peor caminar por esos mundos de la vida a pocos importa un ápice, y que aquellas aventuras saharianas por ti sufridas en el Batallón Disciplinario

de Hausa, o tus juveniles nostalgias de las oscuras trincheras de Ifni (¡Aquel barco que nunca llegaba!) a contadas personas interesa conocer algo. No te importa.

Es verdad también que, cuando ese encuentro con tus recuerdos llega, necesitas dialogar con alguien que sepa escuchar en silencio tus viejas aflicciones; tener junto a ti a ese invisible y discreto amigo al que sabes bien puedes abrirte sin sufrir sonrojo; disponer del espíritu del noble compañero que contigo compartió tus momentos más difíciles de antaño, aliento insustituible que siempre has conservado en tu pensamiento. ¡Eso sí te importa!

¿Qué mejor -te preguntas cuando llega el instante de rememorar tu vieja etapa africana en el Batallón Disciplinario del Sáhara- que disponer de esas cuartillas sin mancha donde volcar tus cuitas y confesiones? ¡Cuánto saben éstas de debilidades humanas!...

Poco te importa, también es cierto, que algún día, unos u otros, cualesquiera que éstos sean, puedan conocer libremente lo que tú aquí ahora escribes; que puedan viajar sin trabas ni limitaciones hasta los confines del mundo disciplinario del Cabrerizas, y descubrir allí, en Hausa, en pleno corazón del desierto sahariano, acompañados de servidumbres y frustraciones, de sueños y realidades, de esperanzas y tristezas, en su buena o mala templanza, en medio de vientos y tempestades, soportando tórridos calores diurnos e inesperados fríos de madrugada, a los Darío, Arsenio, Colás, Iniesta, Aliaga, el Cejas, Pata de culo, Tirabuzones, Crispulo, Flor, Cuervo, Eutimio..., corrigendos todos ellos presentes en tu pensamiento que, a veces, cuando de tarde en tarde tu mente vuela sin freno hacia Hausa, te hacen creer que el tiempo está detenido, que todavía sigues en 1964, que aún existe aquel olvidado Centro Disciplinario en las entrañas del desierto africano, fantasmal destacamento militar de la frontera del universo, y que sus condenados desertores, objetores de conciencia, incorregibles delincuentes, despreciados violadores, Testigos de Jehová, convictos homosexuales..., como extraños personajes de un libro de ficción, continúan moviéndose como criaturas irredentas por las arenas saharianas, pugnando denodadamente por alcanzar ese ansiado purgatorio que les saque de los avernos de Hausa, ¡del Batallón del fin del mundo!... ¡No te importa!

Son minutos de recuerdos y nostalgias que vuelves a vivir con intensidad y emoción, sin preocuparte ni quitarte el sueño cuanto puedan decir o pensar quienes tales experiencias tuyas lleguen a conocer algún día, ni tampoco si estos papeles en blanco que ahora tienes sobre la mesa habrán quedado mejor o peor escritos (¡ay, mis bestias negras!).

¿Quieres escribir? ¡Pues escribe! ¿A quién le importa?

I

Durán, al coger entre sus manos la vieja enciclopedia que tanto le acompañara en sus largos meses de permanencia en tierras africanas, no pudo evitar que una cierta sensación de nostalgia se apoderara de él. Como si una poderosa fuerza interior le obligara a cumplir con este deseo, abrió con cuidado el libro que tenía frente a sus ojos y, al acariciar ligeramente las descoloridas páginas de aquel antiguo texto escolar de su infancia, innumerables escenas de su vida en las trincheras de Ifni y el Sáhara se agolparon en su memoria.

A pesar de los cuatro años transcurridos desde que se produjera el clamoroso recibimiento a los miembros expedicionarios del Tetuán 14 a su regreso del Africa Occidental Española, en junio de 1959, todavía guardaba con amistad y afecto la imagen de los rostros de quienes con él habían formado parte de aquel unido pelotón de ametralladoras del 58: Esteban, Tonet, Nebot, Quiquet, Sánchez, Canito..., todos aún vivos en su recuerdo, aunque el tiempo y sucesivos pelotones puestos bajo su mando hubieran intentado inútilmente desterrarlos de su pensamiento.

Al principio cometía el imperdonable descuido de confundir el nombre de más de uno de los recién incorporados a filas con los de aquellos otros que pocos meses antes se habían licenciado, llamando Nebot a Soler, Quiquet a Forcadell, o Esteban al voluntarioso y siempre disciplinado Aledón.

Sonrió levemente...

No obstante haber alcanzado ya los veintitrés años, Durán seguía recordando con verdadero sentimiento el "¡Hasta pronto!" de los componentes de su antiguo pelotón africano, subordinados y amigos con los que tanto se había identificado en las trincheras de Ifni, cuyo abandono definitivo del Batallón de Maniobras por su pase a la situación de reserva había llegado a producirle alguna que otra incertidumbre en las primeras semanas que siguieron a su regreso a Castellón, finalizado el penoso año de convivencia y servicio prestado a su país en las posiciones defensivas del África Occidental Española; nostalgias sufridas,

sin duda, en aquellos días de soledad cuartelera, al no poder contar ya con la amistad, lealtad y compañerismo de quienes habían sido autores de tantos ejemplos de abnegación y sacrificio durante los largos períodos de tiempo pasados en las frías y absorbentes trincheras de la provincia española enclavada en el reino de Marruecos, períodos de tiempo que, por otra parte, habían sido continuación obligada a su estancia como combatiente expedicionario en la franja sahariana de Villa Bens (Tarfaya-Cabo Juby), a sus diecisiete años.

Afortunadamente, aquel lógico desaliento de Durán, natural añoranza por los amigos y compañeros que se habían licenciado - a la mayoría de los cuales sabía no volvería a ver más-, duró sólo unos pocos días y pronto nuevos reclutas y soldados pasaron a ocupar toda su atención profesional.

Muchas cosas habían cambiado en los últimos tiempos en el Regimiento Tetuán 14. El Batallón de Maniobras ya no formaba parte de la organización tradicional del Ejército de Tierra, ocupando ahora su lugar operativo nuevas y más modernas Unidades Tácticas de Infantería, denominadas por el Mando, no sin cierta pomposidad y empacho, Grupos Pentómicos de Combate, que, siendo una clara imitación del sistema militar americano, no eran otra cosa que las mismas Compañías de fusileros de los antiguos Batallones de Línea, reforzadas discretamente en su potencia de fuego; existiendo cuatro de estos Grupos Operativos de Combate en el acuartelamiento de Bovalar, barriada agrícola castellonense situada al norte de la ciudad.

La Compañía de Armas Pesadas, hasta entonces su Compañía de destino, obligada igualmente a desaparecer con la nueva organización militar, tuvo que ceder sus instalaciones para que pudieran ser ocupadas por una Unidad de Plana Mayor, dividida ésta a su vez en secciones de transmisiones, sanidad, zapadores, reconocimiento, morteros pesados y cañones sin retroceso.

Las ametralladoras "Alfa", viejas y anticuadas armas colectivas de tiro tenso, quedaron pronto retiradas del servicio activo en los Grupos Pentómicos, pasando Durán a mandar el pelotón telefónico de la sección de transmisiones de la recién creada Agrupación de Infantería del Maestrazgo, de guarnición en la capital de La Plana.

En esta nueva Unidad operativa, siempre dentro de los límites del Tetuán 14, el antiguo ocupante de "la Muda" sahariana, defensor de la "250" y "348" de Ifni, contando ahora con mayores

comodidades y ventajas que las que había disfrutado cuando se encontraba de campaña en el continente africano (que habían sido bien pocas), fue preparando con paciencia y tenacidad lo que ya había decidido fuera su futuro: la profesión militar.

En 1962, tres años después de haber regresado de Ifni, la promoción de jefes de pelotón a la que pertenecía Durán desde 1958, la II, fue convocada a la Escuela de Sargentos de Hoyo de Manzanares, donde, no sin muchos esfuerzos y largos meses de preparación y estudio, quien fuera expedicionario en Sidi-Ifni y Villa Bens consiguió alcanzar los ansiados galones de sargento, galones con los que tanto y en tantas ocasiones había soñado, y que, al poderlos lucir en su anhelada guerrera de suboficial, le concedían el derecho a formar parte de los cuadros profesionales del Ejército, su ansiado sueño desde que, con dieciséis años y muy escasos conocimientos culturales, ingresara como soldado voluntario en el Regimiento de Infantería Guadalajara 20, de guarnición en Valencia.

En noviembre de 1963, con todas las ilusiones del mundo anidando en su a veces inquieto y aventurero espíritu, algo apretujado en su recién estrenado uniforme de sargento, el antiguo jefe de "la Playa" se disponía a marchar hacia la residencia de suboficiales de plaza, donde haría vida de disponible hasta que le fuera comunicado su nuevo destino. En tanto no se hiciera pública esta notificación en el Diario Oficial del Ejército, el años atrás combatiente africano quedaría en comisión de servicio en el Tetuán 14 de Castellón, su Regimiento de procedencia.

El nuevo sargento de Infantería acarició las tapas de su vieja enciclopedia, colocó el libro en el fondo de la maleta, cerró ésta con llave, la tomó con decisión por su asa y se dirigió hacia la salida del acuartelamiento, no sin antes preguntarse, una vez más, qué habría sido de las vidas de los componentes de su antiguo pelotón africano.

A mediados de abril de 1964, cinco meses después de haber obtenido el empleo de sargento, Durán, que también había participado en la defensa de Daora (sur de Cabo Juby), y tomado parte en la Operación Teide con los *ecouvillones* franceses de Mauritania -como cabo de ametralladoras-, fue destinado al Batallón de Infantería de Fuerteventura, en el archipiélago canario, Cuerpo e isla en los que tan sólo llegaría a permanecer quince días ocupando vacante de su empleo, pues, prácticamente

sin darle tiempo a deshacer su equipaje, y por así haberlo dispuesto el Ministerio del Ejército, pasó destinado, con orden de incorporación urgente, al Batallón de Cabrerizas del desierto, Unidad de corrigendos con que contaban las Fuerzas Armadas españolas en el Sáhara Occidental para que los miembros de tropa condenados por la comisión de delito cumplieran allí la pena disciplinaria impuesta por los Tribunales castrenses, finalizando en dicho lugar, si así se especificaba por el Consejo de Guerra que hubiere visto la causa del procesado, su servicio militar obligatorio o voluntario pendiente de cumplir con las FAS, siempre de acuerdo con lo dispuesto en el Código de Justicia Militar, debiendo figurar expresamente en las liquidaciones de condena de estos desterrados la circunstancia de tal destino a Cuerpo de Disciplina.

Esta Unidad especial, fuente de continuos conflictos y complicaciones para los oficiales y suboficiales que en ella estaban destinados, única en su género existente en España, tenía su emplazamiento en Hausa, destacamento ubicado en el corazón del Sáhara Español, área militar totalmente alejada de cualquier zona civilizada, a unos trescientos kilómetros de la pequeña capital del territorio, El Aaiún.

Las muchas y diversas servidumbres que Durán se vería obligado a asumir en aquel Batallón tan particular servirían a éste para terminar de formar su personalidad militar, aún no del todo configurada -a pesar de su anterior experiencia africana-, proporcionándole al mismo tiempo este complejo destino sahariano la oportunidad de conocer a individuos de idiosincrasia poco común, hombres de pensamientos y sentimientos en ocasiones radicalmente opuestos a los que habían identificado a aquella otra clase de subordinados con quienes había tratado hasta entonces, y que, junto a la climatología y precarias condiciones de vida de tan desérticos parajes, le harían pasar por duras vivencias personales, que quedarían grabadas para siempre en su memoria.

Este difícil destino africano, bien a su pesar, obligó al nuevo suboficial de Infantería a considerar seriamente el aplazamiento de su matrimonio con la joven castellanense con la que mantenía relaciones de noviazgo desde que regresara de Ifni; y, no obstante su gran deseo de formar pronto una familia con la mujer que amaba, y dejar de habitar -¡por fin!- en cuarteles y residencias, no tuvo más remedio que convencer a la que era su prometida de

la imperiosa necesidad que tenían de aplazar por el momento su proyectada boda.

Cabrerizas era otro mundo, otra galaxia, donde, efectivamente, se sabía cuándo y cómo se entraba, pero nunca cuándo y cómo se salía.

No deseando, pues, el sargento novato tener una esposa medio abandonada en el desierto, o una mujer que paseara su tristeza y soledad por las tierras de La Plana esperando su regreso, había volcado todo su empeño e interés en convencer a su novia para que olvidara por un tiempo aquel proyectado matrimonio y esperara a ver qué sucedía en su nuevo y conflictivo destino, nada apto desde luego para recién casados.

La idea de Durán era acudir al Batallón Disciplinario libre de cargas y preocupaciones que le distrajesen del exacto cumplimiento de sus obligaciones militares, y, teniendo una boda de por medio, en aquellas poco claras condiciones de vida, le habría resultado muy difícil el poder concentrar toda su atención y energía en la ocupación de su primera vacante como profesional de la milicia.

El joven suboficial se sentía perfectamente preparado (así lo creía firmemente) para mezclarse y convivir con quienes seguramente ya le estarían esperando en el interior del desierto, fueran éstos superiores, compañeros o simplemente subordinados; aunque buena parte de la tropa cabreriza, los corrigendos, procediera de las peores cárceles o prisiones militares, según había oído comentar en épocas pasadas a algunos de los sargentos más veteranos del Tetuán 14; y eso es lo que haría, sin dudas ni vacilaciones, incorporándose inmediatamente al Cabrerizas, al Batallón de los castigados.

El 4 de mayo de 1964, el avión que transportaba a Durán desde las Islas, que había despegado media hora antes de Gando (Las Palmas de Gran Canaria), aterrizaba en el pequeño aeropuerto de El Aaiún, capital de la provincia española del Sáhara. Este avión era un "Junker" del Ejército del Aire que realizaba viajes diarios como estafeta militar entre el archipiélago canario y la capital sahariana, que en esta ocasión, como en otras muchas anteriores, además de suministros varios y correspondencia, conducía a un grupo de oficiales y suboficiales que se incorporaban a diferentes Unidades desplegadas a lo largo y ancho del desierto, bien fueran como nuevo personal destinado, bien por haber finalizado sus licencias *coloniales* (permisos reglamentarios de dos o cuatro

meses concedidos a los mandos profesionales por cada diez o veinte de permanencia ininterrumpida en el territorio).

Los uniformes caquis reglamentarios de quienes llegaban por vez primera a la provincia sahariana poco tardarían en dar paso a una vestimenta de corte colonial y multicolor, según la Unidad operativa a la que cada uno de ellos fuera destinado: Tropas Nómadas, Legión, Policía Territorial, Compañía de Mar, Batallón Disciplinario...

Un capitán y un teniente procedentes de un Regimiento de Infantería de guarnición en la capital de España cambiarían su uniforme del Ejército regular por el verde gris de la Legión; un brigada de Ingenieros, afincado desde hacía años en Canarias, dejaría el caqui tradicional de las Armas y Cuerpos para adoptar el color garbanzo de las Tropas Nómadas; dos sargentos andaluces pasearían a partir de esa fecha por las arenas saharianas el blanco immaculado con hombreras rojas de la Policía Territorial; un sargento valenciano destinado a la representación paracaidista tomaría para su vestuario el verde oliva de estas fuerzas especiales ubicadas en las Islas, y así sucedería con el resto de los que, más bien inquietos y expectantes, se incorporaban a su nuevo destino.

A Durán, que también cambiaría de modelo y color de uniforme, le resultaría llamativo, meses más tarde, coincidir en cualquiera de los cafetines morunos de la capital del territorio con algunos de estos compañeros de viaje, vistiendo cada uno de ellos distinto tipo de uniforme.

Los escasos treinta minutos empleados por el avión estafeta en volar desde el aeropuerto de Las Palmas a El Aaiún habían sido minutos de poca conversación entre los pasajeros, la mayoría de los cuales eran profesionales de nueva *hornada*, en quienes se notaba un cierto desasosiego interior por conocer su primera misión o cometido a desarrollar en el territorio sahariano. Sin duda, todos pensaban en cómo serían recibidos en sus nuevas Unidades y cuáles serían las primeras responsabilidades que allí se les encomendarían.

El antiguo jefe de ametralladoras "Alfa", con idénticos o parecidos pensamientos y ansiedades que sus compañeros de viaje, sabía, sin embargo, que su vacante en el Disciplinario sería bastante más difícil de desempeñar que las que ocuparían quienes habían compartido con él su trayecto desde Gran Canaria hasta el desierto sahariano.

Los suboficiales del Batallón de Fuerteventura, enterados de su destino y urgente incorporación al Cuerpo de los corrigendos, habían sido excesivamente críticos y hasta duros en sus comentarios: "¡Apañado estás con los cabrerizos!" "¡Tú no sabes dónde te vas a meter!" "¡De allí no saldrás vivo!" "Pero... ¿tienes idea, recluta, de lo que es el Disciplinario?" "¡Te van a comer vivo!"..., siniestras expresiones todas ellas que le habían ocasionado, para qué negarlo, una cierta desconfianza interior hacia su nuevo destino africano.

Poco o nada se sabía en los cuarteles peninsulares de la presencia del Cabrerizas en el Sáhara Occidental, cuyas vicisitudes y *andanzas* por aquel territorio de soberanía nacional no trascendían más allá de los límites de aquella colonia africana convertida en provincia española en 1958. En El Aaiún, en cambio, no sólo era muy conocido y popular el Batallón de los corrigendos, sino también -lo que era aún peor- absolutamente rechazado por la inmensa mayoría de sus habitantes, fueran éstos civiles o militares.

Los frecuentes escándalos que originaban algunos de estos cabrerizos en los días en que tales individuos se veían obligados a permanecer en la capital del Sáhara en espera de ser trasladados a Hausa para cumplir su condena de destino a Cuerpo de Disciplina, o mientras aguardaban impacientes y con tensa resignación en El Aaiún el momento de abandonar definitivamente el territorio, ya cumplida dicha condena o castigo (en este caso creaban siempre menos complicaciones a cuantos les rodeaban), eran famosos por aquellas latitudes y conseguían predisponer en su contra a la mayoría de los ciudadanos allí residentes, aunque no siempre fueran estos hombres culpables de los sucesos que se les atribuían, huyendo todo el mundo de su trato como si fuesen enfermos leprosos.

Las esporádicas ausencias e intentos de desertión cometidos por los corrigendos del Cabrerizas habían terminado finalmente por no constituir sorpresa para nadie, convirtiéndose la mayoría de estas acciones o hechos sujetos a medidas disciplinarias, a menudo llevados a cabo dentro de la más absoluta de las indiferencias del resto de las Unidades militares, en un sonado fracaso para sus autores, que incluso, a veces, llegaban a ser devorados por los buitres y chacales del desierto, cuando tales fugas o desapariciones se producían desde el interior del territorio, desde Hausa.

Tantas historias y extraños sucesos se vio obligado a escuchar el sargento novato durante aquellos días de permanencia en Fuerteventura, tantos *pésames* y *condolencias* tuvo que soportar de sus compañeros canarios por haber tenido la *suerte* de ser destinado al Batallón Disciplinario, que Durán no supo, realmente, si había hecho lo correcto al solicitar con carácter voluntario plaza en un Cuerpo sahariano, incluido el Cabrerizas, caso de no corresponderle por antigüedad vacante en el Tetuán 14 de Castellón, o en cualquier otra Unidad de la Península, como así había ocurrido finalmente.

Poco importaba, sin embargo, que aquel complicado destino africano donde cumplían pena o castigo los soldados más rebeldes e indisciplinados del Ejército hubiese sido obtenido de forma voluntaria o forzosa por el antiguo expedicionario *tetuaní*, pues gustara o no a nuestro hombre tal circunstancia, éste debía afrontar su nueva responsabilidad en el desierto con la mejor de sus predisposiciones y sensateces, procurando en todo momento mentalizarse al máximo de que la misión que le aguardaba en el Sáhara nada tenía que ver con los cometidos que había desempeñado hasta entonces como jefe de pelotón de ametralladoras en Ifni y jefe de equipo de transmisiones en Castellón.

Sí tenía claro Durán en aquellos instantes, era consciente de ello, que estaba a punto de entrar en un mundo totalmente diferente al que había conocido hasta ese día, tanto en lo personal como en lo profesional, y que allí, en tan apartado rincón de la tierra -de eso no le cabía la menor duda- no dispondría de la amistad y camaradería de su antigua pequeña unidad de Ifni, para hacerle más llevadera su estancia en el Batallón de los castigados.

Supo aguantar el sargento novato, no obstante, desde el primer momento, los comentarios que con tanta *amistad* y *afecto* le estuvieron obsequiando sus compañeros más antiguos de Fuerteventura en los días que tuvo que esperar a que llegara su pasaporte militar para poder abandonar Puerto del Rosario, a veces acompañados estos discursos o soflamas con bromas de mal gusto, y, tras despedirse de los mandos del Batallón, se dispuso a partir en dirección a Las Palmas para, sin retenciones ni listas de espera, continuar viaje hasta el desierto del Sáhara. Eso sí, puso rumbo a su nuevo destino con la convicción más absoluta de que intentaría por todos los medios ser un buen suboficial del

Ejército, llevando siempre en su ánimo el ferviente deseo de no defraudar nunca ni a sus superiores ni a sus nuevos compañeros del Cabrerizas.

El Aaiún, capital del Sáhara Occidental Español (territorio que contaba en 1964 con un censo aproximado de 50.000 habitantes), era, por aquel entonces, una pequeña localidad árabe, geográficamente situada en la costa occidental africana, a unos treinta kilómetros del océano Atlántico, muy próxima al cauce del río seco "Sagua El Hamra", con las Islas Canarias a no muchas millas de distancia.

La riqueza económica de esta provincia española en el continente africano, provincia formada por las antiguas colonias de Río de Oro (Villa Cisneros) y Sagua El Hamra (El Aaiún), venía determinada principalmente por la existencia en su subsuelo de importantes yacimientos de fosfatos, sospechadas bolsas de petróleo y las muy ricas pesquerías de su famoso "banco sahariano", potencial económico que se complementaba a su vez con la situación de cercanía en la que se encontraba el archipiélago canario con respecto al Sáhara Occidental, que permitía a éste disponer de fundamentales apoyos logísticos.

Durán, una vez descendido del avión que le había llevado hasta el desierto, y tras despedirse de algunos de los compañeros con los que había compartido aquel corto viaje, debidamente informado por una de las patrullas de vigilancia y seguridad del aeropuerto del lugar donde tenía su representación el Batallón Disciplinario en la capital sahariana, se dirigió con paso firme y decidido hacia la pequeña delegación del Cabrerizas en El Aaiún, ubicada en el sector oriental de la ciudad, dispuesto a notificar su llegada al territorio al responsable de aquel recinto militar. Esta delegación disciplinaria, cuya contemplación produjo en Durán una impresión nada agradable, dada la pobreza y escasa relevancia de los elementos físicos que la formaban, estaba compuesta por dos viejos barracones de madera, muy cercanos entre sí, y una descolorida tienda cónica de campaña, que se erguía, llena de achaques y remiendos, a unas decenas de metros de los dos barracones, colocados éstos y aquélla próximos a un semiderruido abrevadero de ganado, antiguamente utilizado por las patrullas a camello que recorrían el territorio, rodeado de piquetas y alambradas todo el conjunto.

El representante o encargado de los asuntos del Cabrerizas en El Aaiún era un sargento canario, alto y recio, tez bronceada y

voz segura, cercano a los cuarenta años, que también hacía pocos días que acababa de salir destinado desde el desierto sahariano a un Regimiento de Las Palmas, lo que le hacía esperar algo impaciente su relevo de la delegación cabreriza para poder ausentarse definitivamente del continente africano.

Apoyado en el marco de la puerta de entrada de uno de los barracones -precisamente en el de aquel que más necesitaba de una buena mano de pintura-, el representante del Cabrerizas en El Aaiún vio acercarse al joven sargento vestido de caqui y no tuvo la menor duda de que se trataba de uno de los dos suboficiales cuya presentación en el Batallón aguardaban ya en el interior, en Hausa. La edad y el aspecto de novato del recién llegado, además del color del uniforme que vestía, confirmaban plenamente esta circunstancia.

-¿Tú eres uno de los que vienen destinados al Disciplinario, verdad?- preguntó al novato, sin esperar a que éste se diera a conocer, al detenerse frente a él.

-Sí. Procedo de Fuerteventura y acabo de aterrizar en El Aaiún -contestó el recién llegado, al mismo tiempo que dejaba su maleta en el suelo y alargaba deferente la mano para estrechar la que le tendía el veterano.

-Pasa -invitó cortés el representante del Cabrerizas, tras saludar a su joven compañero-. Deja ahí tu equipaje que luego te llevaré a la habitación que os hemos preparado en el otro barracón, por si no tenéis cama disponible en la residencia de suboficiales, o simplemente queréis ahorraros el pago del alojamiento, que siempre se agradece. No creo que tarde mucho en presentarse el de Tenerife... Marcos Medina, creo que se llama...

Durán entró en el barracón de madera más cercano al antiguo abrevadero para, siguiendo en silencio al delegado del Disciplinario, pasar a un pequeño cuarto habilitado como oficina receptora de corrigendos en El Aaiún, situado en la parte derecha del local. A una indicación del comisionado de Hausa tomó asiento en la silla que había junto a la mesa-escritorio que éste utilizaba para la tramitación de los asuntos de la delegación, silla que daba frente a la que su compañero representante pasó a ocupar, colocada al otro lado de la mesa.

El itinerario recorrido a pie desde el aeropuerto hasta los barracones del Disciplinario, soportando en todo momento la opresión de los corchetes de cuello del uniforme regular,

cargando sin descanso con el peso de su abultada maleta, y con un calor en el ambiente algo más que infernal, pese a sólo estar en mayo, habían hecho sudar en abundancia al nuevo sargento del Cabrerizas. Ahora, por fin a cubierto del fuerte sol sahariano del mediodía, Durán podía respirar con alivio bajo la sombra de aquel generoso techo de tablones; y, sin que su compañero de empleo y Arma pusiera objeción alguna a este deseo suyo, se desabrochó los corchetes de la guerrera que le habían mantenido en continuo suplicio durante los cincuenta minutos empleados en recorrer los poco más de cuatro kilómetros existentes entre el aeropuerto de El Aaiún y la delegación disciplinaria, si delegación podía llamarse a aquel modesto y a la vez destartado campamento militar.

Dijo Durán a su compañero, tras tomar asiento cerca de la mesa-escritorio, ya cómodo en la habitación de madera, pero aún sudoroso:

-Cuando al bajar del avión me informaron de la existencia de esta representación, pensé que se trataría de algo más..., no sé..., de algo más importante.

El canario sonrió comprensivo.

-Además de al calor, tendrás que acostumbrarte a lo poco que somos y pintamos en el Sáhara los del Disciplinario. Si estamos en estos barracones es porque no hay nada peor por aquí. De haberlo, allí estaríamos los cabrerizos. Mucha gente en El Aaiún sueña con poder tirarnos al mar algún día... ¡Ay, si se les diera esa oportunidad...! ¡Seguro que ya nos habrían colgado a todos una buena piedra al cuello y estaríamos en el fondo del océano!

Durán, que no esperaba semejante razonamiento de su compañero, se quedó un tanto sorprendido por sus palabras. Le preguntó, extrañado:

-¿Tan mala fama tiene el Batallón en el territorio?

-Peor que eso. En El Aaiún, decir Cabrerizas es como mentar al mismísimo diablo. Ayer, sin ir más lejos, uno de los corrigendos que están pendientes de ser conducidos a Hausa -¡un hijo de su buena madre!- se enzarzó en una pelea con dos *legías* del Tercio, cuando se encontraba en un bar que hay cerca de correos, y la armó de puta madre. Ahora está en los calabozos de la Legión esperando a ser *facturado* hacia el interior del desierto, en el convoy que saldrá en dirección a Hausa dentro de unos días. Por cierto, te adelanto que tú también irás en ese convoy para incorporarte al Destacamento; esa es la orden que tengo.

El canario carraspeó ligeramente para proseguir:

-Sí, nuestro Batallón, mejor dicho -se echó a reír-, "tu Batallón", es algo muy especial por estos lares, algo bastante fuera de lo normal. Deberás acostumbrarte a escuchar sin inmutarte que en el Cabrerizas, en el Disciplinario, ¡en Hausa!, está lo peor de cada casa, lo peor de este cochino mundo, o algo parecido. Eso es al menos lo que piensan de nosotros.

Durán, sin dar muestras de desánimo, preguntó a su compañero:

-¿De los oficiales y suboficiales tienen idéntica opinión?

-Por desgracia, la misma. Dicen que los corrigendos nos han vuelto locos a todos los mandos del Batallón y que, poco más o menos, nos hemos convertido en sus mejores representantes en todo el territorio sahariano. Pero no te preocupes por este *batche virginal* de novato que se supera pronto. Hasta casi le coges un retorcido y apestoso gustillo a esta mala fama que por todas partes nos acompaña y que nada más pisar el desierto tanto le molesta a uno. Al principio, efectivamente, cuando llegas destinado al Cabrerizas, lo ves todo negro, casi no lo puedes asimilar, pero con el tiempo, y echándole un poco de mala leche al cuerpo, llegas a superarlo y logras adaptarte a este asqueroso sistema de vida. De no conseguirlo en poco tiempo, ya sabes, ¡a pedir la baja!

La moral de Durán no pareció resquebrajarse... ¿Pedir la baja? ¡Ni hablar! ¡Antes tendrían que sacarlo con los pies por delante!... No quiso, sin embargo, hacer ningún comentario a las desalentadoras palabras de su compañero y guardó silencio en espera de que el veterano hablara de nuevo.

El representante del Cabrerizas, por su parte, hechas aquellas, para él, necesarias aclaraciones, cogió unas listas de personal que tenía sobre su mesa-escritorio y se las entregó al recién llegado para que les echara un vistazo. Convenía que el novato se fuera enterando de lo que había por Hausa.

-Toma -dijo con decisión-, éstas son las últimas relaciones de "Altas y Bajas" del Disciplinario, sus efectivos reales a primeros de mayo, la distribución de las Compañías. Como verás, el grueso del Batallón lo forman trescientos cuarenta corrigendos, a los que hay que añadir ciento veintiséis soldados de reemplazo, *quintos*, que por cierto las pasan jodidas en el Destacamento.

Durán cogió las listas de revista que le tendía su compañero, dispuesto a conocer los nombres de algunos de los miembros del

Cabrerizas destacados en el interior del desierto, especialmente de quienes ocupaban plaza de sargento...

El canario siguió hablando:

-El Batallón lo manda el comandante Cervera y cuenta en estos momentos con tres capitanes, siete tenientes, cuatro brigadas, catorce sargentos y dieciséis cabos primeros; pocos mandos para controlar a tanto delincuente como anda suelto por Hausa, aunque la verdad es que, a veces, también te encuentras con gente sana entre los corrigendos, todo hay que decirlo. De ejercer mando táctico y cumplir fielmente con las ordenanzas militares y todos esos panfletos que nos enseñan en la Escuela, olvídate. Los oficiales y suboficiales del Cabrerizas son..., han de ser... ¿cómo te diría yo?... una mezcla entre profesionales de la milicia y duros carceleros de prisiones. Aquí, allí, en el Disciplinario, se practica muy poco lo que nos inculcan en nuestras Academias y Escuelas, y sí mucho, en cambio, la rutinaria instrucción de orden cerrado que tanto suele emputecer a todo el mundo, pero que, hay que reconocerlo así, es fundamental en Hausa para mantener medianamente alta la disciplina de los corrigendos.

El veterano guardó silencio para que el recién llegado pudiera hacerle cuantas preguntas deseara, convencido de que muchas de ellas estarían ya dándole vueltas en su cabeza.

Durán, que empezaba realmente a darse cuenta del lugar al que había ido a parar con sus ilusiones de sargento novato, pero cuyo ánimo seguía sin dar muestras de arrepentimiento en su decisión de haber solicitado vacante en una Unidad sahariana, preguntó al representante:

-¿Hay muchos kilómetros de aquí a Hausa?

-Trescientos, más o menos. Pero es como si hubiera mil, pues en el territorio no hay lo que se dice buenas carreteras, excepto unas cuantas pistas que van desde El Aaiún a Villa Cisneros, La Güera, Smara y Cabeza de Playa. El vial que conduce a Hausa es bastante malo y a mitad de camino te encuentras con Smara, algo desviada al este, poblado nativo del interior del desierto, entre El Aaiún y Hausa, donde tiene su Plana Mayor un Grupo de Tropas Nómadas. Cada quince días, aproximadamente, sale un convoy de suministros que es aprovechado para conducir a los corrigendos de nueva incorporación al Destacamento, que también se encarga de traernos de Hausa a quienes ya han cumplido su condena o accesoria. Como la llegada a El Aaiún de estos penados es bastante continua, normalmente conducidos por la Guardia Civil

los que vienen desde fuera del desierto, tengo que concentrarlos a todos en el barracón de transeúntes y aguantarlos en la representación lo mejor que puedo hasta que se los lleva a Hausa el convoy correspondiente, o bien salen hacia Canarias o la Península cuando son cabrerizos que han finalizado su estancia en el Destacamento. La mayoría de estos hombres son individuos camorristas y pendencieros a los que hay que controlar con mucho cuidado si no quieres que te compliquen la vida desde la mañana a la noche, cosa que les es muy fácil de conseguir. Los que se van licenciados suelen crear menos problemas que quienes se incorporan por vez primera al Cabrerizas. Digo bien lo de *vez primera* porque algunos de estos pájaros nos los devuelven al Batallón, después de haber desertado desde la representación o desde la propia Hausa.

Según hablaba el veterano, Durán se iba dando cuenta de que su vacante sahariana era bastante más *retorcida* de lo que había esperado en un principio, al ver escrito su nombre en el Diario Oficial del Ejército, Orden Circular que ya había empezado a asimilar en Fuerteventura, a las pocas horas de conocer su destino a la Unidad Disciplinaria.

Se sintió algo violento y hasta mezquino al preguntar:

-¿Cómo se portan los oficiales con nosotros, los sargentos? ¿Son buena gente?

-Ni se portan ni se dejan de portar. Es casi como si no existiéramos para ellos, aunque de todo hay en la viña del Señor. Las preocupaciones de los oficiales son otras. Ellos están en su pedestal, allá arriba, y nosotros, los sargentos, debemos limitarnos a navegar en las negras y tormentosas aguas en las que se mueven los corrigendos de las Compañías. Los suboficiales, sí, somos los que tenemos que hacer el peor trabajo, el trabajo difícil y sucio de aguantar y meter en vereda a los corrigendos. No te hagas ninguna ilusión si crees que te van a permitir que seas alguien destacado en Hausa, que es lo que les suele suceder a casi todos los recién paridos en su primer destino. Eres un pipiolo acabado de salir de la Escuela, un sargentillo recluta, y no cuentas todavía con la experiencia y veteranía necesarias para poder conseguir algún ascendiente sobre aquella caterva, que es bastante más dura de pelar de lo que te puedas imaginar. ¿Cuándo ascendiste?

-Hace seis meses, en noviembre; el mismo día que asesinaron a Kennedy.

-¡Mala coincidencia! Escucha, novato, y no te molestes por lo de *novato*, mi consejo es que te tomes esto con paciencia y que procures no complicarte demasiado la vida en el interior del territorio. Sobre todo, debes intentar no dejarte avasallar por la basca. Si aquella chusma observa en ti alguna debilidad o temor, alguna vacilación, ¡vas apañado! Sinceramente, me parece que eres demasiado joven e inexperto para vértelas con algunos de los individuos que arrastran su mala baba por el Destacamento. Creo que aquel lugar te va a venir algo grande. ¡Ojalá me equivoque!

Durán se removió en su asiento, nada satisfecho con las últimas palabras del veterano.

Dijo con firmeza, aunque sin enfado:

-No me preocupan los corrigendos, ni les temo. Pienso que no tendré mayores dificultades que las que pueda tener cualquier otro compañero para adaptarme a aquel sistema de vida. Me considero un profesional más que hasta ahora tampoco ha tenido lo que se dice un camino de rosas, y sé que podré cumplir bien con mi trabajo; al menos eso creo.

El canario, nacido en Gáldar, socarrón, se sonrió de oreja a oreja y, levantándose de su asiento -una vieja silla acolchada de color negro-, pidió a Durán que le acompañara.

Los dos sargentos se dirigieron hacia la salida del barracón, y, al llegar a ella, el titular de la representación cabreriza en El Aaiún levantó su brazo derecho para señalar a un grupo de hombres vestidos de paisano que acababa de ponerse a jugar al fútbol en la explanada arenosa existente entre la tienda de campaña y los dos barracones.

-Mira, ¿ves a éstos que juegan a la pelota? -dijo señalando al grupo de cabrerizos-, pues éstos son parte de los corrigendos que en estos momentos tenemos en depósito en El Aaiún, esperando el convoy del viernes. Como puedes observar, van todavía sin el uniforme de trabajo y su aspecto no es nada tranquilizador. Si les miras detenidamente descubrirás en ellos a más de un delincuente. Fíjate, por ejemplo, en el que lleva el balón, el de la barba. Tiene treinta y seis años y se ha pasado catorce en la cárcel por haber matado a un compañero de pelotón de una puñalada; aquel otro, el del pantalón remangado, el que le acaba de quitar la pelota: ya ha cumplido los treinta y dos y ha salido de una condena de doce años por dejar medio muerto de una paliza a un teniente. Observa ahora al que corre detrás de él como si fuera un desquiciado, que si lo ves de cerca parece el

mayor de los santurrones, y sin embargo se ha pasado ocho años en prisión por desertor y ladrón...

Aunque todos estos hombres se hallaban algo alejados de donde se encontraban los dos suboficiales, Durán pudo distinguir sin esfuerzo sus rostros sudorosos, comprendiendo, por los continuos roces que se producían entre ellos, que se trataba de personas muy conflictivas, bastante fuera de lo corriente, nada cercanas a lo que, sin duda, debía ser un buen soldado; a quienes, estaba seguro de ello, resultaría muy difícil de mandar en Hausa, o en cualquier otro lugar del mundo. Aun así, no se sintió preocupado por encontrarse en el desierto, a punto ya de hacer su presentación en el puesto de mando del Cabrerizas. No quiso ignorar, sin embargo, el riesgo profesional que representaba para sus galones el tener que conducir y controlar a hombres tan peculiares, pero su suerte ya estaba echada.

Preguntó a su compañero:

-¿Los corrigendos van solos en el convoy o los conduce a Hausa alguna patrulla de vigilancia?

-El convoy lleva una escolta de seguridad, pero no es para estar pendiente de nuestros cabrerizos, que viajan sin ningún tipo de restricción, sino para hacer frente a posibles emergencias. De vez en cuando deserta algún condenado, es verdad, pero tarde o temprano es localizado por la Policía Territorial o por Tropas Nómadas, y nos lo devuelven rápidamente. Aquí no tienen escapatoria posible. Esto es como una prisión de alta seguridad, aunque sin rejas ni murallas. En Hausa, los dos últimos corrigendos que desertaron hace tres semanas aparecieron a los pocos días medio devorados por los chacales y los buitres, cerca de la frontera de Argelia. Fue muy desagradable.

El veterano se hizo seguir de cerca por su joven compañero, a fin de que éste conociera el interior del otro barracón de madera, cuya mitad del fondo estaba dedicada íntegramente a dormitorio de corrigendos. La tienda cónica, rodeada por todas partes de cajas vacías, se utilizaba, además de como improvisado almacén de víveres y suministros, para guardar diversos encargos y pedidos con destino al Batallón. En ella pernoctaban los dos soldados de reemplazo destacados en El Aaiún como ayudantes del representante disciplinario, fuera éste sargento o brigada.

Las literas y equipos de cama de corrigendos, que sólo eran utilizados por los cabrerizos de paso en El Aaiún, no estaban, en el momento de entrar los dos sargentos en el dormitorio, en lo

que se dice situación de ser revistados, por lo que esta parte del barracón aparecía con cierto desorden y abandono. Los penados transeúntes presentes en el lugar, indolentemente tumbados en sus literas, se levantaron de mala gana de los camastros que ocupaban, al alertar el vigilante de servicio de puerta la presencia en el local del suboficial responsable de la delegación del Cabrerizas en El Aaiún, adoptando a continuación todos ellos, con algo de enojo y contrariedad, una no muy correcta y disciplinada posición de firmes.

El sargento novato no se sorprendió en absoluto al comprobar que tanto él como su compañero veterano eran recibidos con poco entusiasmo por quienes en aquellos instantes se encontraban en el dormitorio. Estos hombres, a medio vestir y nada extrañados con la visita que les hacían los dos suboficiales, obligadamente puestos en pie por la, según pensamiento de los más ariscos, "aborrecida disciplina militar", miraban con prevención y desconfianza a quienes acababan de entrar en lo que ellos tenían como zona de su exclusivo dominio.

A Durán le llamó especialmente la atención la sonrisa despectiva e irónica que pudo observar en labios del cabrerizo que, momentos antes, con las voces reglamentarias, había dado aviso en el barracón de la presencia de su compañero más antiguo, y tuvo bien claro, fue consciente de ello, de que con aquella cínica sonrisa había querido darle su particular bienvenida al Cabrerizas, al Batallón de los corrigendos, burla anticipada de las muchas dificultades que tan curioso personaje sabía le aguardaban en el interior del territorio.

Cañizares, que éste era el apellido del sargento canario representante en El Aaiún de los desterrados del desierto, una vez finalizado el pequeño recorrido por el área techada de su delegación disciplinaria, indicó a su acompañante el lugar donde se encontraba la residencia de suboficiales de plaza para que, si ése era su deseo, pudiera efectuar allí las comidas durante los días que tuviera que permanecer en el pueblo en espera de la salida del convoy hacia Hausa, e incluso tomar habitación por la noche, si la había libre. Tras enseñarle, por último, el cuarto con dos camas que había preparado para él y el compañero de Tenerife que debía incorporarse igualmente con urgencia en aquellas fechas a la capital del Sáhara, le repitió una vez más que si prefería quedarse en la residencia militar a dormir, podía hacerlo sin ninguna clase de reparo. "Estas camas no se enfadarán

si nadie las utiliza", dijo sonriendo mientras cerraba tras de sí la puerta de la habitación.

Durán, efectivamente, prefirió pernoctar desde el primer día en la residencia de suboficiales de plaza. Pensó que su mejor decisión sería alojarse allí, en tanto permaneciera en la ciudad en espera de partir hacia el destacamento del interior del desierto. Por las mañanas acudiría a la representación cabreriza para estar al corriente de cualquier noticia que pudiera afectarle y cooperaría en todo lo que le fuera posible con el compañero canario encargado de los asuntos del Disciplinario en El Aaiún, pues tal debía de ser su obligación y no otra.

Según le comentó Cañizares al día siguiente, éste había puesto un "radio" al jefe del Batallón, comunicándole su presentación en la delegación y su próxima incorporación al Destacamento, viajando en el convoy que tenía prevista su salida el día ocho.

Marcos, el sargento tinerfeño pendiente de aterrizar en el territorio, parecía no tener demasiada prisa por ocupar su nueva vacante en Hausa, pues llegado el miércoles aún no había hecho su presentación en la delegación cabreriza, y Durán empezó a hacerse a la idea de que dos días más tarde tendría que viajar solo por el desierto, sin la presencia de su compañero de destino, en el convoy que le llevaría al Cabrerizas recorriendo buena parte del Sáhara Occidental. Aquélla era una posibilidad con la que tenía que contar en todo momento y, si es verdad que no le quitaba el sueño, tampoco le hacía mucha gracia.

Ese mismo miércoles, a las once de la mañana, se presentó en los barracones de la representación disciplinaria una pareja de la Guardia Civil que conducía a dos corrigendos de nuevo ingreso. Los dos individuos llevaban colocadas las esposas en sus muñecas, circunstancia que llamó poderosamente la atención de Durán. Sus caras, algo pálidas y demacradas, daban fe de una vida anterior nada cómoda, seguramente cuajada de un sinfín de dificultades.

Cañizares, acostumbrado a la presencia de la Benemérita por la delegación cabreriza, sin mostrar en ningún momento curiosidad o interés especial hacia los nuevos corrigendos, firmó el documento de recepción que le tendía uno de los guardias civiles, a la vez que pedía al otro agente de la ley dejara libres las manos esposadas de los penados. Los servidores del orden público, cumplidos los trámites reglamentarios de la conducción, de los que ya tenían sobrada experiencia, se despidieron

disciplinadamente del delegado de Hausa, quien, tras desearles con palabras y frases de amistad un buen viaje de regreso a la Península, se hizo cargo de los nuevos miembros del Batallón traídos al desierto del Sáhara en el último barco.

Era la primera vez que Durán podía observar de cerca a dos de aquellos condenados a Cuerpo de Disciplina, lo que, unido al hecho de que ambos individuos habían llegado esposados a la representación cabreriza, como si se tratara de peligrosos delincuentes, produjo en él una rara sensación de incomodidad.

Cañizares, siguiendo con lo que para él era práctica rutinaria en El Aaiún, siempre en presencia de Durán, se dispuso a rellenar las fichas de alta y control de los nuevos corrigendos, a fin de poder remitir toda su filiación personal al destacamento de Hausa con el primer convoy de mayo, labor que normalmente realizaba el soldado Nogueras, escribiente de la delegación disciplinaria, ausente con permiso desde hacía varios días de la capital del territorio por haber fallecido su padre.

-Dime tu nombre completo- preguntó el canario al que parecía tener más edad de los dos corrigendos, que vestía pantalón granate acampanado y camisa verde floreada, algo sucias y arrugadas ambas prendas.

-Fernando Morales Luján -contestó el interpelado.

-¿Edad?

-Veintinueve años.

-¿De dónde eres?, ¿dónde has nacido?

-En Toledo.

-¿En qué trabajabas, cuál era tu oficio?

El nuevo cabrerizo pareció dudar...

-Peón de albañil -dijo finalmente.

Cañizares, impasible, continuó con nuevas preguntas y anotaciones hasta que completó la hoja de datos del primero de los dos condenados, pasando a continuación a realizar idéntico interrogatorio con quien, de pie y algo apartado de la mesa-escritorio, había estado esperando su turno de filiación sin decir palabra; aunque, eso sí, manteniéndose siempre altivo y desafiante, en cierta manera insolente.

Sebastián, que así se llamaba el segundo de los penados, empezó a decir que procedía de Paracaidistas y que había nacido en Córdoba; tenía veintiséis años y su trabajo hasta el día en que decidió ingresar como voluntario en la I Bandera de estas Fuerzas Especiales había sido el de pintor de coches.

Si el corrigiendo natural de Toledo no dejó de comportarse de forma disciplinada y correcta en el breve tiempo que duró el interrogatorio al que fue sometido por el representante del Cabrerizas, su compañero Sebastián, por el contrario, estuvo en todo momento arrogante y hasta impertinente. Cañizares, maestro en el trato con estos hombres tan poco manejables -¡había pasado lo suyo en Hausa!-, se sonreía de vez en cuando pensando que pronto se le irían los humos de encima a aquel estúpido payaso. Estaba seguro de que la chulería que en aquellos instantes se reflejaba en su rostro se vendría abajo en cuanto tuviera que enfrentarse, no ya a los mandos del Batallón, que era lo menos importante, sino a los cabecillas del Destacamento, a aquellos individuos con quienes los oficiales y suboficiales del Disciplinario tenían que luchar duramente cada día en el interior del desierto, todos ellos expertos en la provocación, la insubordinación y la bronca, sin olvidar nunca la zorra astucia de la que igualmente estaban dotados estos hombres para escapar de sus obligaciones y responsabilidades en Hausa, que también allí las tenían los sometidos a pena disciplinaria.

Durán, sentado en la silla próxima a la mesa de trabajo que utilizaba su compañero, asistía en silencio a la filiación de los dos corrigendos entregados poco antes al Cabrerizas por la Guardia Civil, procurando en todo momento que su presencia en aquel despacho no alterara para nada el desempeño de las funciones del veterano. El ser la primera vez que se encontraba cerca de aquellos personajes de mil extrañas aventuras ocasionaba en él la lógica curiosidad por conocer todo lo que se les preguntaba y las respuestas que éstos daban. Con gran prudencia de su parte, procuró no interrumpir lo más mínimo la labor que realizaba Cañizares, limitándose a observar en silencio a quienes, en posición de firmes frente a la única mesa existente en la pequeña habitación, interrogaba el comisionado de Hausa.

Quien había afirmado llamarse Morales daba la sensación de ser hombre de pocas luces, tal vez espíritu superficial y voluble, seguramente persona muy descuidada con algunos de sus deberes más esenciales. El tal Sebastián, en cambio, parecía individuo pendenciero, dotado de afilados espolones, duro y cortante en sus respuestas, con una apariencia de edad algo mayor de la que realmente tenía. Su vestimenta, no tan llamativa como la de su floreado compañero, sí le daba idéntico aspecto de desaliñado que a aquél le proporcionaba la suya propia: pantalón azul de

corte clásico, algo arrugado, adornado con un enorme siete a la altura de su muslo derecho; zapatos negros descoloridos, el izquierdo a punto de perder la suela, y jersey de lana fina de manga corta y tonos rojos apagados, con unos pequeños desgarros cerca de la cintura; jersey que, al ser de talla más bien pequeña, realzaba aún más su musculatura. Comparados entre sí los dos corrigendos, se apreciaban claros contrastes en sus fisonomías que los diferenciaban plenamente; pues mientras el toledano, más bien bajo y algo falto de carnes y agresividades, era persona que difícilmente podría liderar un grupo reivindicativo, dejándose crecer la barba de forma descuidada, con unos cabellos sucios y enmarañados, Sebastián, el cordobés, poseedor de planta de boxeador profesional que intimidaba (que muy bien podría valerle para mantener a raya a sus potenciales enemigos), llevaba un cabello limpio y bien cortado, y su cara, algo amarillenta pero perfectamente rasurada, se podía contemplar sin que tal visión produjera aversión o rechazo, no ocurriendo lo mismo con la de su desaliñado compañero, quien poco se esforzaba por ocultar la enemistad que parecía unirle a todo aquello que significara un buen aseo, desde hacía tiempo.

Morales y Sebastián, los dos corrigendos que acababan de ser puestos a disposición de la representación disciplinaria en El Aaiún por la pareja de la Benemérita, se habían dado cuenta de que el sargento que estaba sentado cerca de la mesa-escritorio donde les estaban filiando, por su edad, apariencia y discreción, acababa, igual que ellos, de incorporarse al Cabrerizas, seguramente destinado como nuevo sargento del Disciplinario.

Al cordobés le había dado un poco de risa (risa no del todo disimulada) la cresta de gallo que, traidoramente rebelde, se levantaba desde la base de la coronilla de quien tenía toda la traza de ser un sargento novato, llegado hacía pocos días al desierto. En tanto se había visto obligado a permanecer en espera de que tomaran los datos a su compañero de odisea, había podido fijarse con atención en el aspecto físico de quien seguramente les daría órdenes en lo sucesivo. Calculó que tendría tres o cuatro años menos que él, de estatura media, ligero de peso y de rostro inexpresivo, que, bien cierto era, no resistiría más allá de uno de sus medios guantazos.

Observando detenidamente al sargento novato, el cordobés pensó que aquel suboficial recién incorporado al Disciplinario daba la sensación de no haber roto un plato en su puñetera vida;

pero esta clase de mandos básicos, de tipos que todo lo saben y todo lo mangonean (según había podido comprobar en más de una ocasión en su corta pero azarosa vida militar), solían ser los peores. En uno de los momentos en que pudo cruzar con él su mirada, aun contrariándole, no consiguió descubrir en sus ojos la prepotencia a la que ya estaba acostumbrado. Hasta es posible que no fuera tan mal bicho como pensaba. Pero no le importaba. Todos los de su especie, ¡unos verdaderos cabrones!, deberían estar colgados boca abajo, bien sujetos por los cojones.

Morales, de iguales o parecidos pensamientos a los de su compañero (¡había muchos hijos de perra sueltos por el mundo!), se quedó con ganas de escuchar el sonido de la voz de quien, como cualquier otro objeto inanimado de la habitación de madera, asistía impasible y en silencio al interrogatorio a que eran sometidos tanto él como su compañero el *paraca*. Aun sin importarle demasiado, tendría que esperar a más adelante para poder cruzar sus primeras palabras con el sargento novato; quien, en principio, le había parecido más bien poca cosa, además de persona reservada y nada habladora. Probablemente una bendición de los cielos para los castigados del Disciplinario.

Cañizares, terminada la filiación de los dos nuevos cabrerizos, con la liquidación de sus condenas sobre la mesa (estas liquidaciones de condena certificaban el cumplimiento de dos penas por desertión y otra por robo), llamó al cabo de reemplazo Sentín, encargado del material de alojamiento de la representación y principal ayudante suyo en El Aaiún, para que se hiciera cargo y alojara en el dormitorio de transeúntes a quienes acababan de incorporarse al Batallón, dándole órdenes expresas para que informara a los nuevos corrigendos del horario y régimen de vida que se cumplían en la delegación, cosa que poca falta les haría conocer a los recién llegados, pues cuarenta y ocho horas más tarde, así se lo hizo saber personalmente a los interesados, saldrían hacia el interior del desierto, hacia Hausa.

Durán, tras abandonar el cabo Sentín y los nuevos cabrerizos el despacho del representante, dijo al canario:

-¿No crees que estos individuos intentarán desaparecer de aquí en cuanto puedan? Me da la sensación de que, por lo menos el tal Sebastián, no es de los que se dejen dar muchas órdenes ni convencer fácilmente.

Cañizares se encogió de hombros.

-Peor para ellos. En el Cabrerizas lo tienen negro si creen que van a contar con las mismas facilidades que tuvieron en su antigua Unidad para desertar o armar camorra, aunque por mí pueden largarse ahora mismo o colgarse de un poste, si así lo desean. Mi responsabilidad, en todo caso, se limita a poner un "radio" a Hausa notificando lo acontecido y remitir un parte por escrito al Gobernador General, dándole cuenta del suceso y de sus pormenores. Pero no te preocupes que no se meterán en estas complicaciones, al menos no por el momento. Puedo asegurarte que estos tipos son unos lince de cuidado que suelen estar bien informados de lo que es el Disciplinario, de todo lo que se van a encontrar a trescientos kilómetros de aquí, si es que no lo conocen ya por una estancia anterior. Te juro que saben mejor que tú y que yo lo que les espera en Hausa y cómo defenderse de los muchos buitres y serpientes que hay por el Destacamento.

Cañizares cogió una de las carpetas que había en la estantería metálica situada detrás de su mesa de trabajo e introdujo en ella las liquidaciones de condena de los dos nuevos corrigendos, liquidaciones de condena que, junto a las entregadas por el resto de los cabrerizos últimamente incorporados a El Aaiún, debía remitir al juzgado del Batallón, a Hausa, en el convoy del viernes.

-¿Ves esto? -dijo mostrando a su compañero una carpeta de parecidas dimensiones a la que acababa de dejar en la estantería metálica con los nuevos expedientes disciplinarios, pero mucho menos voluminosa-. Aquí están las copias de las últimas deserciones habidas en el Cabrerizas. Como puedes comprobar, se encuentra casi vacía. Esto quiere decir que quienes vienen con la idea de desertar del territorio, antes se lo piensan dos veces. También es cierto que no todos los corrigendos padecen esa obsesión. Generalmente, sólo les interesa tal posibilidad a los que aún les queda un año o más de permanencia en el Disciplinario, que son los menos. La mayor parte de estos hombres tiene que cumplir una accesoria entre ocho y diez meses, y, salvo que les vaya muy mal en el interior, que a veces así ocurre, aguantan su condena como sea.

Durán no quiso seguir hablando sobre el tema de los corrigendos y preguntó al veterano si tenía noticias de Marcos Medina, el otro compañero que debía incorporarse al Cabrerizas.

-No. No sé nada -respondió el canario-. Supongo que le habrán surgido algunas complicaciones de última hora que le impedirán

hacer su presentación en El Aaiún. Es posible que esté retenido en Santa Cruz por cualquier asunto del servicio. Todavía le sobra tiempo para coger el convoy de pasado mañana.

-¿Salen desde la representación todos los vehículos?

-Desde algo más abajo, junto a la entrada del Tercio. La columna no sólo se dirige al Cabrerizas con suministros y corrigendos, también lleva personal, víveres y correspondencia a Edchera, Smara, Edchería y Mabhes, cerca de las fronteras de Marruecos y Argelia.

A Durán no le gustaba hacerse el pesado, preguntando más de la cuenta, por lo que ya en días anteriores no había querido recabar demasiada información de su compañero veterano sobre la vida del Disciplinario en Hausa; ahora, muy cercana ya su partida hacia la guarnición de los cabrerizos, quiso estar lo más enterado posible de cuanto le aguardaba en su viaje por el desierto.

-¿Lleva muchas unidades de marcha el convoy?

-Quince o veinte, a veces más, contando siempre con los vehículos traídos desde los destacamentos avanzados para ser reparados en el Tercer Escalón de Automóviles, que de nuevo se conducen a su destino, solucionadas sus averías.

-Mal se debe pasar en los puestos del interior en cuanto a disponer de asistencia médica y alimentos frescos, ¿verdad?

-Efectivamente. Es el gran problema que existe en Hausa, después de los corrigendos; aunque en otros lugares del territorio, como sucede en Edchería y Mabhes, la cosa está aún peor, a pesar de los frecuentes viajes de enlace y vigilancia que realizan las patrullas de seguridad por esa zona. Por eso, cuando llega a Hausa el convoy quincenal con los suministros, aquello es como una fiesta. Cinco o seis días más tarde, desgraciadamente, de nuevo sobreviene la carencia de productos perecederos. Lo habitual es consumir muchas conservas y poca carne, frutas y verduras frescas. De todas formas, contamos con un pequeño grupo electrógeno que permite al Batallón disponer de un modesto frigorífico para la conservación de algunos alimentos y medicinas, grupo que también proporciona al Destacamento dos o tres horas de luz cada noche, aunque este generador de corriente eléctrica no tenga la potencia y continuidad de servicio deseadas. ¡Siempre tenemos problemas con él!

-¿La correspondencia la lleva también el convoy cada quince días?

-Hay épocas en las que, si el tiempo lo permite, y según determinadas circunstancias, un "Junker" llega hasta Hausa con suministros varios, medicinas y correo. Pero esto no es lo habitual. También, si así lo autorizan sus hojas de ruta, las patrullas de enlace entre destacamentos que parten de El Aaiún y Smara nos echan una mano y pasan por el Destacamento para dejar correspondencia y algunos pedidos urgentes. ¡Tranquilo que no es tan fiero el león como lo pintan! ¿No estarás demasiado preocupado, verdad? -sonrió campechano el representante de Hausa, levantándose de su asiento.

-No. En absoluto. Tengo la curiosidad y el interés normal de los novatos -contestó Durán con una sonrisa- ¡No todos los días le destinan a uno al Batallón Disciplinario, diablos!

Cañizares, hombre de buen talante y agradable conversación, se había mostrado en todo momento paciente y comprensivo con las preguntas de su compañero. Aún tenía presentes en la memoria sus experiencias personales de dos años atrás, en su incorporación al Cabrerizas, cuando el Batallón no ocupaba todavía el destacamento de Hausa; días aquellos en los que, según había pensado siempre, no tuvo la suerte de encontrar en muchos de sus compañeros el mismo apoyo que él estaba dispensando al novato recién llegado al territorio.

Siempre amable, Cañizares invitó al nuevo sargento del Disciplinario a tomar un botellín de cerveza en el bar de la Legión, que el de caqui, agradecido, aceptó encantado.

Durán, ya informado de cuanto deseaba saber sobre la columna que partiría en menos de cuarenta y ocho horas hacia el interior del desierto, se prometió para sus adentros no seguir atosigando a su compañero con más preguntas. Pensó que el viernes tendría tiempo suficiente para comprobar cómo era realmente el convoy sahariano que recorría el desierto cada dos semanas, partiendo desde El Aaiún, y que en esta ocasión le llevaría a él hasta Hausa, viajando en cualquiera de sus vehículos.

En la amistosa conversación mantenida con el representante del Cabrerizas en el bar de suboficiales de la Legión, Durán comentó a su compañero, entre otras cosas menos personales, la decisión que había tomado de aplazar su proyectada boda en Castellón a causa de su destino al Cabrerizas, a lo que el canario le contestó que era lo mejor que podía haber hecho en aquellas circunstancias. Él mismo tenía a toda su familia, mujer y tres

hijos, en Las Palmas, de donde era natural su esposa, y nunca había pasado por su imaginación traérselos a vivir al desierto.

Le dijo:

-El Sáhara, aunque sea El Aaiún, y mucho menos los destacamentos del interior, no reúne las condiciones adecuadas para dejar sola a una joven recién casada, mientras uno se dedica a recorrer el desierto en camello o a *desfogar* corrigendos en Hausa. Tal posibilidad de vida familiar en el territorio sólo la pueden considerar, como así ocurre en la mayoría de los casos, quienes se encuentran destinados en la capital de la provincia o en Villa Cisneros, localidad que como bien sabes cuenta también con europeos en su censo. De momento, debes intentar adaptarte lo antes posible al Cabrerizas, que no te va a resultar nada fácil, y luego ya tendrás tiempo suficiente para decidir en consecuencia. Yo, puedes creerlo, habría actuado de la misma forma que tú. Seguro que no te arrepentirás.

No obstante sentir cierta prevención y desconfianza ante la vida que le aguardaba en Hausa, el antiguo expedicionario a Cabo Juby ardía en deseos de incorporarse a su nuevo destino y terminar pronto con lo que para él ya empezaba a ser tensa espera: los días de estancia en El Aaiún. Tanto y tan mal le hablaban por todas partes del Disciplinario, con tanta conmiseración le trataban allá donde decía que era un nuevo sargento del Cabrerizas pendiente de coger el convoy que le conduciría a Hausa, que, finalmente, no pudo evitar verse preso de no pocas dudas y vacilaciones. Deseaba con impaciencia encontrarse frente a una de las Compañías de corrigendos del Batallón, ¡la suya!, y comprobar por sí mismo cuanto de verdad y de mentira había en aquellos comentarios que con tan machacona insistencia se veía obligado a escuchar por donde pasaba; ¿sería aquello un infierno? Estaba convencido de que la mala fama de que gozaban los corrigendos saharianos era más bien exagerada y de que entre aquellos hombres tan denostados por todos los habitantes de la provincia africana habría también personas dignas y cumplidoras, aunque en su día, llevados por cualquier mal impulso o desacertada conducta, tomando un camino equivocado, hubiesen cometido el delito por el que ahora cumplían condena o pena accesoria en el Cabrerizas. Pensaba, igualmente, que el calor de Hausa, su duro régimen de vida, la escasez de algunas de las necesidades más elementales, la falta de libertad al encontrarse confinados y enclaustrados en el

corazón del Sáhara, la ausencia de seres queridos y amigos en quienes poder volcar parte de sus desdichas y soledades, y el tener que soportar el impetuoso viento del desierto -el temible siroco que ya conocía-, vendrían a ser serios condicionantes que obligarían a muchas mentes cabrerizas a no discurrir de forma equilibrada. Servidumbres todas ellas que, estaba seguro, también llegarían a alterar la estabilidad emocional, la prudencia y sensatez de algunos de los oficiales y suboficiales destinados en el Batallón.

Lo que nunca habría entrado en los planes de Durán al llegar al territorio, a pesar de sus inseguridades de aquellos momentos, era el tener que verse obligado a asumir el desempeño del cometido de representante del Cabrerizas en El Aaiún; misión que, al parecer, tampoco Cañizares cumplía con demasiada satisfacción, no obstante las muchas prerrogativas que este destino de oficinas en la capital del Sáhara Occidental llevaba consigo. A Durán, un sargento de Arma recién promovido a este empleo militar, sin la necesidad de tener que mantener ningún tipo de prestigio o buena fama que le exigieran observar determinada conducta, no le resultaba muy atractiva la asunción del mando de sólo un cabo y dos o tres soldados dedicados a trabajos burocráticos en la pequeña representación cabreriza, al mismo tiempo responsable de solucionar toda clase de problemas y necesidades de los corrigendos, tanto de quienes desplegaban su modo de ser en el interior del desierto como de aquellos otros que dormían provisionalmente en el barracón más separado del abrevadero; preocupándose al mismo tiempo, como tarea principal de su cargo, de que llegaran puntualmente al Batallón los suministros de agua, leña, víveres, medicinas y material diverso solicitados desde Hausa, así como la correspondencia y el personal de nueva incorporación, fuera éste de mandos, tropa de reemplazo o corrigendos; sin olvidar nunca los trámites de toda índole a cumplimentar en el Gobierno General, visitas a la prisión de plaza para interesarse por el estado de los procesados del Cabrerizas allí ingresados, reserva de pasajes de barco y avión, etc.

El dar la cara ante cualquier superior cada vez que a un corrigendo se le hincharan las narices y montara su bronca particular en el pueblo, era algo por lo que, aparte de otras consideraciones no menores, Durán nunca habría aceptado el nombramiento de representante del Batallón en El Aaiún, caso de

que el jefe del Cabrerizas le hubiera permitido rechazar dicho nombramiento, al dar la correspondiente orden de designación, libertad de elección que en el Ejército no se suele dar, normalmente. Pensó que habrían sido demasiados problemas y trastornos para sus recién estrenados galones de sargento, sin duda mucho más identificados con la actividad *guerrera* de las Compañías de fusileros que con el papeleo de las oficinas, aunque estas oficinas, en este caso particular, se encontraran situadas en la mismísima capital del territorio, con lo que esto tenía de ventajoso para llevar a cabo una vida mucho más cómoda y relajada que en el interior del desierto.

La ciudad de El Aaiún, en aquellos días de estancia en la pequeña villa africana, no había proporcionado a Durán ninguna clase especial de admiración. Para él, aun siendo la topografía general de la cabeza política y administrativa del Sáhara Occidental bien distinta a la de Sidi-Ifni, sus características urbanas eran similares a las de la capital de la provincia situada más al norte: idéntico aeropuerto -construido al sur del pueblo-, parecido núcleo europeo -algo más modesto que el de Sidi-Ifni-, que se levantaba dominante en el centro de la localidad; idénticos barrios árabes en las afueras de la ciudad, siempre silenciosos; una veintena de pequeños bazares formando un zoco aún sin terminar...

Sí que llamó la atención de Durán, sin embargo, la existencia en El Aaiún del cabaret Oasis, que, no pudo evitarlo, le recordó antiguas visitas al burdel de Ifni, junto a sus compañeros del Tetuán 14, visitas siempre ruidosas y anárquicas, cuando las Compañías de fusileros bajaban a descansar al pueblo, tras haber permanecido tres largos meses de soledad y desgaste en las trincheras defensivas de aquel enclave español en África.

Como edificaciones notables de la capital sahariana, Durán pudo distinguir el Gobierno General de la provincia, la pequeña Iglesia Catedral, el Instituto de Enseñanza Media, el Ayuntamiento, el Casino y el Hospital; edificios que habrían pasado totalmente inadvertidos en cualquier mediana ciudad española. El aeropuerto, casi de exclusivo uso militar, aunque Iberia tenía línea regular con Madrid y Canarias varios días a la semana, tampoco podía considerarse importante o destacado, fuera del contexto general de apoyo a las fuerzas militares de guarnición en el Sáhara. Los fosfatos de Bu-Cráa, en el inicio de su explotación comercial, atraían, en cambio, a bastante personal

civil del entorno (especialmente a ciudadanos canarios) y empezaban a proporcionar al territorio un cierto despegue económico, aunque no tanto como para poder restituir las inversiones que la metrópoli llevaba a cabo en la desértica provincia africana. La población de El Aaiún, excluida la guarnición militar, no tendría más allá de cinco o seis mil habitantes, la cuarta parte de ellos de origen peninsular y canario; muy poca cosa para una localidad que pretendiera ser importante.

Deseoso de acudir antes de las siete de la mañana a los alrededores de la Legión para emprender la marcha hacia Hausa, Durán, que había permanecido hasta el mediodía del jueves junto a Cañizares en la representación cabreriza, habiendo dedicado buena parte de la tarde, hasta las diez de la noche, a recorrer algunos de los barrios moros de la capital, en dos de cuyos cafetines pudo saludar a varios de los compañeros que habían viajado con él desde Canarias para incorporarse al desierto, se retiró a hora temprana a la habitación que ocupaba en la residencia de plaza desde su llegada al territorio. Cañizares le había dicho que le prepararía, "como a un corrigendo más", una bolsa de rancho en frío, un par de mantas y una cantimplora con agua, que podría ir llenando a su voluntad en cualquiera de los aljibes que formarían parte del convoy durante el trayecto que les conduciría a Hausa, la mayoría de los cuales tenía precisamente como destino final el propio destacamento del Cabrerizas.

De momento, la única preocupación de Durán sería el viaje, que duraría día y medio, haciendo noche en Smara. Más tarde tendría tiempo de sobra para darse cuenta del complicado lío en el que se había metido al pedir vacante en un Cuerpo sahariano, incluido el Disciplinario, y haber sido destinado precisamente al Batallón de los corrigendos.

El segundo viernes de mayo de 1964, dispuesto y puntual como en él era habitual, Durán, uno de los sargentos más jóvenes y novatos de todo el territorio, se presentó minutos antes de las siete de la mañana al teniente que llevaba el mando del convoy de suministros que partiría hacia Hausa. Este oficial, perteneciente al Grupo de Automóviles del Sáhara, tras mirarle algo extrañado y sorprendido por el atuendo que llevaba, le preguntó:

-¿No tienes otra ropa más ligera que ponerte?

-No; no tengo otra, mi teniente. Pero no se preocupe que aguantaré bien el viaje.

-Sí, ya sé que aguantarás bien el viaje, no lo dudo; pero podrían haberte dado algo más cómodo en el Cabrerizas para moverte por el desierto.

Durán se echó a reír.

-Estoy acostumbrado a pasar calor, mi teniente. El frío es el que me molesta.

-Lo siento por tu uniforme, que poco te lo has puesto, según veo. Aunque cierto es que aquí, en el Sáhara, no lo vas a poder utilizar en ningún momento, por no ser reglamentario su uso. Prepárate para soportar grandes dosis de calor, si no nos surge alguna complicación mayor.

El oficial hizo algunas preguntas amistosas a Durán, relacionadas casi todas ellas con su nuevo destino y procedencia, para decirle a continuación:

-Coge tu maleta y las dos mantas y colócalas en el penúltimo vehículo, el “Ford”, que es el tuyo. Saldremos dentro de unos minutos. ¡Ah, no quiero problemas con los corrigendos! Hazte cargo de ellos durante el viaje y contrólos muy de cerca, que para eso son de tu Batallón. Yo tengo ya bastante trabajo con ir pendiente de los problemas que da el convoy, que son muchos.

Durán asintió con la cabeza y se dispuso a obedecer al jefe de la columna, tras saludarlo militarmente.

Entre aljibes, camiones de suministro y personal, vehículos reparados que regresaban de nuevo a sus destacamentos del interior y un par de coches de enlace radio y apoyo mecánico situados en cabeza y cola del convoy, componían la columna del 8 de mayo un total de veintisiete unidades de marcha, algunas más de las que había comentado Cañizares dos días antes, uno de los transportes más numerosos, por tanto, de los últimos meses, según confirmaría también el delegado de Hausa en El Aaiún, a punto ya de iniciarse la partida del convoy, encendidos los motores de los vehículos.

El sargento novato, dispuesto a cumplir con las órdenes dadas por el jefe de la columna, se acercó al camión donde el representante del Cabrerizas trataba de acomodar, no sin las correspondientes quejas de éstos, a los doce hombres del Disciplinario que se incorporaban al destacamento de Hausa como penados. Este vehículo era uno de aquellos camiones que el Ejército español había recibido de la ayuda americana años antes, probablemente utilizado en la guerra de Corea para el transporte de tropas y mercancías. El cabo Sentín, que previamente había

entregado a Durán dos mantas, una cantimplora y una bolsa de rancho en frío conteniendo dos barras de pan, una lata de alubias, otra de carne en su jugo, una más de sardinas en aceite y un bote pequeño cuya etiqueta informativa rezaba: "Mermelada de albaricoque", entregaba idéntico material y provisiones a los desterrados al Sáhara que estaban a punto de abandonar El Aaiún.

Una vez hubo terminado Cañizares con la colocación de los corrigendos en la caja del antiguo camión americano, lo que constituía una de sus rutinarias obligaciones en El Aaiún, Durán comentó al veterano las palabras pronunciadas por el oficial responsable de la columna, referentes a que debía llevar controlados en todo momento a los hombres que se dirigían a Hausa, y que a él le hacía responsable de su comportamiento en el convoy, en tanto se encontraran viajando por el desierto. Tras escuchar a su compañero, Cañizares dio unos cuantos golpes en la lona del vehículo donde acababa de instalar a los cabrerizos condenados, exigiendo de todos ellos su máxima atención.

-¡Oídmeme bien! El sargento Durán, que como ya sabéis se incorpora con vosotros al Disciplinario, será vuestro responsable hasta que lleguéis a Hausa. No es preciso que os diga que tomará medidas contra aquel que se desmadre más de la cuenta.

El canario se volvió hacia su compañero.

-Aquí los tienes. ¡Léeles la cartilla!...

Durán dirigió su mirada hacia los rostros que le observaban con indiferencia desde el interior del vehículo, y dijo:

-Solamente quiero deciros y deseáros que tengáis un buen viaje y que aguantéis lo mejor que podáis las muchas molestias que vamos a padecer en estos dos días de marcha por el desierto, incluido el fuerte calor que nos espera en las próximas horas, y pidiros también un buen comportamiento individual y colectivo hasta que lleguemos a Hausa. Si alguno de vosotros tiene problemas o necesidades que yo pueda resolver, que venga a decírmelo en cualquier alto del convoy. Espero una positiva colaboración de vuestra parte para que todos podamos cumplir fácilmente con nuestra obligación. Nada más.

Terminadas sus palabras de recomendación, dichas siempre en tono firme pero amistoso, aunque escuchadas por la mayoría de los corrigendos con poco interés, Durán agradeció a Cañizares lo bien que se había portado con él durante sus días de permanencia en El Aaiún, que siempre le agradecería. El representante del Disciplinario, que no pudo evitar que una sonrisa piadosa

apareciera en sus labios al ver lo sociable y cortés que el novato se había mostrado con los corrigendos -¡la que le esperaba en Hausa, como no cambiara!-, tendió amistoso su mano al compañero recién incorporado, deseándole suerte en la labor de instrucción y vigilancia que le aguardaba en el Destacamento. Durán, agradecido, apretó con fuerza la mano del veterano, disponiéndose seguidamente a subir al vehículo que debía transportarlo hasta el corazón del Sáhara Occidental, separado trescientos kilómetros de la capital de la provincia.

Antes de entrar en la cabina de su vehículo, un antiguo camión "Ford" de caja de madera que transportaba gran cantidad de sacos de patatas con destino a los diferentes destacamentos repartidos a lo largo del itinerario que debía seguir la caravana militar, el nuevo suboficial del Cabrerizas observó que el teniente jefe del convoy conversaba animadamente con el cabo de la Legión que iba al mando del pelotón del Tercio encargado de dar escolta a la columna, lo que le hizo pensar que seguramente ambos profesionales habrían coincidido en anteriores convoyes por el interior del territorio, siendo por tanto viejos conocidos.

Ya instalado en la cabina de su vehículo, a punto el convoy de emprender la marcha, Durán vio cómo se acercaba a su camión el cabo legionario jefe de la escolta de seguridad, probablemente con la intención de saludarlo. Era este cabo persona de buena estatura, porte rígido y de algo más de treinta años, que, no obstante su extremada delgadez y frágil apariencia, daba la sensación de ser hombre resistente a todo tipo de penalidades.

-Soy el cabo Espinosa, mi sargento -saludó disciplinadamente el legionario, al llegar junto a la cabina del "Ford"-. Me ha comentado el teniente que va usted destinado al Cabrerizas. Espero que tenga un buen viaje y que no le abandone ni un instante la gran paciencia que hay que tener en este lugar para poder soportar sus muchas incomodidades. Si le puedo ayudar en algo, no dude en decírmelo; me tiene a su disposición.

Durán estrechó la mano del cabo legionario, agradeciéndole sus palabras de atención y respeto. Se alegró de poder contar en aquel viaje sahariano con la experiencia y veteranía del jefe de la patrulla del Tercio, que tan buena impresión acababa de darle al ponerse disciplinadamente a sus órdenes, no obstante tener aquel rictus de amarga contrariedad dibujado en su boca. No parecía importarle mucho al jefe de la escolta legionaria el mostrarse atento y respetuoso con un sargento novato de Infantería, uno de

esos suboficiales bisoños que no siempre son bien recibidos en ciertas Unidades africanas. Durán se sintió satisfecho con aquellas muestras de deferencia dirigidas por el cabo legionario hacia su empleo y persona, comportamiento que sabía era totalmente sincero y desinteresado. Estaba seguro de que en Hausa, en los miembros corrigendos del Disciplinario, no hallaría la misma predisposición hacia sus galones que sí acababa de encontrar en el legionario, y que incluso su edad e inexperiencia en el manejo de soldados tan especiales dificultarían bastante el cumplimiento de sus deberes militares en tan apartado lugar de la tierra. También lo sabía.

A las siete y tres minutos los vehículos se pusieron en marcha y pronto sus ocupantes perdieron de vista los alrededores de la zona de partida. En el convoy sólo el jefe de la columna, el cabo legionario y Durán eran profesionales de las Fuerzas Armadas, siendo el resto de quienes se adentraban en el desierto, no muchos en aquella ocasión, soldados de reemplazo destinados en Edchera, Smara y Mabhes, además de los nuevos corrigendos del Disciplinario.

Podía decirse que el Cabrerizas era la única Unidad de la provincia sahariana que utilizaba estos transportes de suministro para que sus mandos -oficiales y suboficiales- viajaran desde El Aaiún a Hausa o viceversa, pues si bien otros Cuerpos del territorio tenían destacamentos repartidos por los pequeños núcleos habitados del desierto y cerca de las fronteras de Argelia, Marruecos y Mauritania, al radicar sus Planas Mayores en la capital de la provincia, en Smara o en Villa Cisneros, y disponer todas ellas de suficientes vehículos de plantilla, solían aprovechar algunos de sus viajes logísticos o de enlace de destacamentos para llevar a cabo los traslados de sus propios mandos; siempre teniendo en cuenta el dictado de las normas de seguridad, utilización y control de vehículos existentes para todo el territorio.

Como la velocidad del convoy era, aproximadamente, de unos veinticinco o treinta kilómetros por hora, a la una de la tarde, momento en que la columna se detuvo para realizar su primera revisión general de vehículos y para que los transportados pudieran comer algo sin tener que padecer las incomodidades de la marcha (antes se habían realizado altos horarios de escasos minutos de duración con objeto de atender a pequeñas revisiones técnicas de los camiones, aprovechados también para estirar las

piernas), se habían recorrido ya unos ciento veinte kilómetros, siempre por una pista de tramos desiguales, a veces arenosa, con escasos desniveles (las mayores altitudes del Sáhara Occidental no sobrepasan los quinientos metros), pista cuyas proximidades aparecían continuamente salpicadas por la típica flora sahariana y pequeñas dunas.

Según el convoy se iba alejando de la positiva influencia de la costa, sin dejar nunca de progresar hacia el este, el fuerte calor reinante -que desde dos o tres horas antes del alto de la comida había empezado a hacerse casi insufrible para muchos de los transportados- obligaba a la mayoría de quienes se adentraban en el desierto a utilizar trozos de papel, cartones, pañuelos e incluso las propias camisas como improvisados abanicos que les proporcionaran el fresco vientecillo con el que poder hacer frente, aunque sólo fuera de forma efímera, al bochorno sahariano de las primeras horas de la tarde.

Durán había dispuesto de aquel tiempo del viaje para terminar de convencerse de que su presencia en el Sáhara y su inminente llegada al Cabrerizas no eran producto de ningún extraño sueño o imaginación. A las diez de la mañana, tras haberlo pensado no poco, acabó por quitarse la guerrera y desabrocharse los botones de la camisa blanca de presentación: estaba realmente empapado. El calor, seguramente insoportable para la mayoría de los hombres que formaban parte del convoy, a él le había estado mortificando sin piedad por culpa de su uniforme caqui reglamentario de tela de invierno. La temperatura, que rondaría los cincuenta grados centígrados, empezaba a hacerse verdaderamente inaguantable para quienes se dirigían hacia los destacamentos del interior, ya habiendo dejado atrás el que tenía por nombre Edchera. Su gorra de plato, agradecida para cualquier persona que se viera obligada a permanecer en tan soleado lugar, descansaba de forma indolente cerca de la guantera del conductor, a punto de caer sobre la caja de cambios del "Ford". Aunque él hubiera deseado no acordarse en ningún momento de esta prenda de cabeza, al menos mientras durara el viaje hasta Smara, sabía que no tendría más remedio que seguir haciendo uso de ella, y de la guerrera del uniforme, si quería hacer frente al sol sahariano y deambular dignamente por el exterior del vehículo en las detenciones de la columna previstas en el cuadro de marcha que llevaba el oficial en su poder, altos que debían cumplirse rigurosamente.

La última unidad del convoy, una "Dodge" americana de mantenimiento, posiblemente participante en la segunda guerra mundial, en la que viajaban dos soldados mecánicos del Grupo de Automóviles del Sáhara, un operador de radio y tres novatos de Tropas Nómadas que se incorporaban a su Plana Mayor de Smara tras haber permanecido ingresados en el Hospital de El Aaiún para cumplir con diversos reconocimientos médicos, había estado desapareciendo del espejo retrovisor del vehículo de Durán cada vez que alguno de los camiones de suministro se detenía por una u otra causa. El "Jeep" de mando y transmisiones situado en cabeza del convoy, perfectamente identificado por la larga antena de su emisora de radio, había mantenido hasta el alto de la comida una velocidad estable de progresión, sin que nada extraño o anormal hubiera enturbiado hasta aquellos momentos la buena marcha de la columna de vehículos a través del desierto.

Durán, apeado de su "Ford" para tomar parte activa en el alto del mediodía, dirigió sus pasos hacia el camión que transportaba en su interior a los nuevos corrigendos de Hausa, con el propósito de interesarse por la situación personal de quienes, como él mismo, se incorporaban al Disciplinario; pues había quedado bien claro ante estos hombres que ésa era su principal obligación y no otra, en tanto permanecieran en el convoy.

Los nuevos cabrerizos habían abandonado ya el vehículo en el que viajaban por el Sáhara y, mientras unos encendían tranquilamente un cigarrillo u orinaban, otros procedían a sacar de su bolsa de rancho en frío el correspondiente panecillo y una de las latas de conserva para comer, o simplemente estiraban las piernas con alivio, procurando todos ellos aprovechar al máximo la generosa sombra que proporcionaban las cajas de los camiones.

Durán, sargento novato y más bien algo introvertido, pero siempre animoso frente a cualquier dificultad que pudiera presentársele, no sabía realmente cómo iniciar la conversación con aquellos hombres tan distintos a los que había tenido bajo su mando hasta entonces, que ahora veía impasibles y casi hostiles hablando a pocos metros de él. Vacilaba entre hacerse el duro e inflexible con ellos, soltando por la boca toda clase de improperios al tratarlos, o ser simplemente como él era; cosa que, por su personalidad tolerante y mucha juventud, podría acarrearle serios disgustos; pues Cañizares había sido bien claro en sus consejos y advertencias: "Como tengas la más mínima

debilidad con estos tipos o se den cuenta de que les *respetas* demasiado, ¡estás apañado! ¡Átalos bien cortos!”

La elección para el joven suboficial se presentaba un poco complicada, y de momento, al menos durante el tiempo de su viaje por el interior del desierto, huiría al máximo de aparentar lo que no era. Más tarde, en Hausa, según fueran pasando los días, según se desarrollaran los acontecimientos, actuaría en consecuencia; aunque él no tenía muy claro que pudiera desempeñar acertadamente un papel por el que nunca se había sentido atraído: el de sargento duro e intransigente. A su entender, cada cual debía andar por el mundo con sus virtudes y defectos, sin ocultarlos ni ensalzarlos, y eso es lo que haría en adelante, sin disimular lo poco bueno que le acompañaba ni potenciar tampoco las muchas deficiencias que sabía le sobraban.

Como los corrigendos iban vestidos todavía con ropas civiles, lo que daba menor rigidez y formalidad a su situación efectiva de militares, y muchos de ellos pasaban ya de la treintena, circunstancia que les proporcionaba mayor respetabilidad a ojos de Durán, le fue menos difícil al sargento novato mostrarse amistoso e interesado con las incidencias habidas hasta aquel momento en el viaje.

-¿Va todo bien? -preguntó sonriente, al llegar junto a uno de los grupos que acababan de formarse al lado del camión que los conducía al Disciplinario-. Mucho calor, ¿verdad?...

Nadie pareció estar dispuesto a responder a su pregunta, y dos de los reunidos, al parecer algo molestos y contrariados por su presencia, se apartaron del resto de sus compañeros, casi dejándole con la palabra en la boca.

El antiguo expedicionario a Ifni se sintió culpable de algo que no había cometido, pero, al observar que uno de los corrigendos llevaba su mano derecha vendada, intentó de nuevo ser escuchado.

-¿Has tenido problemas con la mano? -preguntó al lesionado-. ¿Un esguince?

El interrogado le miró un tanto despectivo, casi ofendido porque alguien se interesara por la lesión que padecía, para finalmente contestar con desagrado:

- No. Es una herida como otra cualquiera.

Era este corrigendo un larguirucho de pelo canoso y contundente bigote que debía estar ya de regreso de no pocas aventuras y batallas. Por la expresión de sus ojos de hielo estaba

claro que hubiera preferido soltar un: "¡Y a ti qué cojones te importa, capullo!"

Durán comprobó que no era sencillo iniciar una conversación distendida con aquellos penados, y mucho le dolió que ninguno de ellos estuviera dispuesto a hacerle más fácil su deseo de cumplir con lo que él consideraba era algo más que una obligación militar: preocuparse por las vidas de sus hombres en el desierto, aunque en este caso fueran hombres dependientes de él sólo hasta llegar a Hausa.

Se sintió ridículo... ¡Todo un sargento de Infantería intentando ser amable y condescendiente con sus soldados, mientras éstos le miraban por encima del hombro!; peor que eso, ¡ni siquiera le miraban!

Fueron unos instantes de indecisión que le parecieron casi humillantes. ¡Si pudieran verle algunos de los compañeros que había dejado en Fuerteventura, seguro que soltaban la gran carcajada!

Como única salida a tan embarazosa situación, recurso al que muchas veces se suele echar mano en ocasiones parecidas, Durán sacó del bolsillo de su pantalón el paquete de tabaco que la tarde anterior había comprado en el Tercio de la Legión y, sin más preguntas ni argumentos, un poco tenso frente a aquella tropa tan particular, cogió uno de sus pitillos e invitó a fumar a quienes todavía permanecían junto a él.

-¿Quiere alguien fumar? -dijo.

Dos de los corrigendos que en principio se habían mostrado menos huidizos ante su presencia aceptaron sin reservas su ofrecimiento; un tercero, el que se veía mejor vestido y aseado de todo el grupo, de unos veintisiete o veintiocho años de edad, cabello oscuro y cara de buena persona, le acercó diligente y en silencio la llama de su encendedor para que prendiera el cigarrillo de tabaco rubio que acababa de ponerse en los labios, cosa que hizo sin demora.

El nuevo sargento del Disciplinario agradeció el gesto del penado cabrerizo, que también ofreció el fuego de su mechero a los demás fumadores.

-¿Quieres tú? -dijo Durán, tendiéndole la cajetilla de tabaco.

-No, mi sargento, acabo de fumar.

Con indisimulada satisfacción en su cara, el suboficial novato pudo comprobar que no todos los castigados se comportaban de igual manera. Quien acababa de darle fuego, sin ir más lejos,

aparentaba ser hombre íntegro y disciplinado, de modales totalmente diferentes a los de aquel otro que llevaba la mano vendada, que también había optado finalmente por abandonar el grupo. El único parecido existente entre el lesionado y el corrigiendo que de forma tan respetuosa acababa de ofrecerle fuego –cabrerizo que pronto mostró una esmerada educación y una mejor predisposición hacia sus compañeros- se limitaba a la circunstancia de que en ambos rostros se observaban idéntica palidez y ojeras, además de ser los dos hombres de edad parecida.

Durán quiso distinguir con su mejor trato a quien le había acercado la llama de su encendedor para que prendiera el cigarrillo que ahora saboreaba con verdadera fruición y, sin querer aparentar más curiosidad de la debida, le preguntó:

-¿Tienes que cumplir mucho tiempo en el Cabrerizas?

El aludido, cuyo semblante había permanecido sereno hasta aquel momento, miró fijamente al sargento novato y, sin soberbia ni altanería, pero sí con orgullo y mucha dignidad, dijo:

-Soy Testigo de Jehová.

Durán pareció quedarse un tanto sorprendido. No era aquella la respuesta que había esperado. ¡Testigo de Jehová! Aquellos alistados que sistemáticamente se niegan a cumplir el servicio militar y empuñar las armas, porque, dicen, va en contra de los principios más elementales de su religión y conciencia. ¡Aquellos a los que tanto se critica en la milicia por el constante mal ejemplo que dan a la juventud española con su continua negativa a vestir el uniforme militar, y que, sabiendo él de su existencia, nunca hasta entonces había tenido ocasión de conocer y tratar personalmente, pero que, estaba convencido, eran hombres conflictivos y rebeldes, de cuya proximidad debía huir al máximo para evitar complicaciones!

Sin quererlo, Durán se acordó de su antiguo compañero Campanal Bermúdez, magnífico y destacado alumno en la Escuela de Sargentos, que no alcanzó la categoría de suboficial por ser, según decían, protestante; y también de Prieto González, que, como él, ya ostentaba los galones de cabo a los dieciséis años en el Guadalajara 20, y fue también combatiente en Villa Bens; ejemplar camarada que, a pesar de estar dotado de excelentes cualidades y de una notable inteligencia, no pudo alcanzar su sueño dorado de ser profesional de la milicia, porque, así se aseguraba entre el resto de los voluntarios de marzo del 57, su padre había sido un destacado comunista en su pueblo durante la

guerra civil y no le permitieron por tal motivo ascender a cabo primero ni continuar en filas, habiendo tenido que licenciarse en contra de su voluntad, al cumplir los veinte meses de su servicio militar como voluntario. ¡Qué gran persona y amigo había sido para todos Prieto González! ¡Cuánto le hubiera gustado tenerlo allí en aquellos instantes en que se dirigía a Hausa! Algunos pudieron descubrir las lágrimas de pesar que derramó el día en que sus compañeros de curso fueron ascendidos a cabo primero y él tuvo que sufrir un injusto suspenso por *falta de aptitud* que le obligaba a dejar el Ejército, al finalizar su compromiso. ¡Nunca podría olvidar la expresión de sus ojos! ¿Por qué tenían que existir aquellas normas o condicionantes ajenos a lo militar que impedían que los más capacitados de entre los menos afortunados fueran quienes ocuparan los escalones básicos del Ejército? ¿Acaso no podía amar también a su país aquel ciudadano que tenía religión o pensamientos políticos distintos a la mayoría?

Sin embargo, eso creía Durán al menos, aunque tampoco estaba muy convencido de que esto fuera así, los injustos casos soportados por sus antiguos compañeros de voluntariado -si realmente sucedieron de esta forma aquellos lamentables hechos- no eran similares a los que protagonizaban con terca reiteración los Testigos de Jehová, pues las personas pertenecientes a esta secta, cisma o religión, al negarse sistemáticamente a cumplir con sus deberes militares, cosa que no había ocurrido con Campanal y Prieto, incurrían en grave delito castigado por las leyes; y ocasionaba, desgraciadamente, como si se tratara de un irredento círculo vicioso, que tales personas reingresaran una y otra vez en prisión por su negativa a vestir el uniforme militar y empuñar las armas para, llegado el caso, debidamente instruidos por los cuadros de mando profesionales del Ejército, cumplir con el irrenunciable deber que todo español tiene de defender a su patria.

El corrigiendo Testigo de Jehová, uno de aquellos objetores religiosos que Durán siempre había tenido como más próximos al infierno que al cielo, y sin que él se lo pidiera, se dispuso a darle completa información sobre lo que, con toda seguridad, iba a ser su situación personal en el Cabrerizas, una vez volviera a decir *no* a asumir sus obligaciones militares, obligaciones que no aceptaba bajo ningún concepto, por ir éstas en contra de su religión y conciencia. Ciertamente, no había ni odio ni rencor en sus afirmaciones, aunque sí mucha aflicción e impotencia.

Estas fueron sus palabras:

-He cumplido una dura condena por negarme a vestir el uniforme de soldado y empuñar las armas, y ahora me llevan al Disciplinario para terminar de completar un servicio militar que ni siquiera he empezado. No sé qué me va a pasar allí, o mejor dicho, sí que lo sé, porque sigo siendo Testigo de Jehová, con las mismas convicciones de siempre: no coger jamás un arma para enfrentarme violentamente a otro ser humano. Pienso que es injusto que le condenen a uno por sus creencias religiosas o de conciencia, volviendo una y otra vez al principio de todas las cosas, como si nada hubiese sucedido...

Quienes estaban junto al objetor religioso no parecieron escuchar con demasiado interés sus palabras de desaliento y amargura; sin embargo, con su indiferente silencio, sí le habían permitido exponer las quejas que atormentaban su espíritu, manifestadas siempre con serenidad, prudencia y de buen modo, sin insultos ni ofensas hacia nadie. Con ejemplar disciplina militar.

Tanto Durán como los tres corrigendos presentes en el grupo de Víctor Peña, que éste era el nombre de aquel cuya religión le impedía cumplir con sus deberes militares, notaron un ligero escalofrío en sus cuerpos al pensar en el negro porvenir que le aguardaba en Hausa al Testigo de Jehová, como no cambiara en su actitud de desobediencia. Sus palabras, llenas de convencimiento pero tristes y apesadumbradas, daban a entender que no habría duda ni vacilación en su pensamiento cuando llegaran al Disciplinario: de nuevo rechazaría vestir las prendas de su equipo militar y tomar su arma reglamentaria.

Durán se sintió incómodo y algo disgustado con las explicaciones del corrigendo, que parecían querer presentarle parte de un Ejército que no conocía o de unas leyes militares que no comprendía, pero no pudo evitar el experimentar una sensación de admiración y respeto por la entereza y valor que demostraba aquel hombre, que en todo momento había hecho gala de una gran corrección en la exposición de lo que le acongojaba. Incluso hasta le pareció que era un ser dotado de magníficas cualidades personales, que, en su opinión, no debería dirigirse hacia Hausa junto a los otros condenados a pena disciplinaria, como si se tratara de un vulgar malhechor o de un individuo que necesitara ser corregido de una mala conducta anterior.

Durán no comprendía bien aquellos líos de la política, la religión o la justicia militar, en los que él jamás entraba ni salía, pero estaba convencido de que algo fallaba en las leyes en uso que daban pie o consentían que sucedieran hechos como los ocurridos con Prieto González, Campanal Bermúdez, y también, ¿por qué no decirlo?, con Víctor Peña; sin ver él, personalmente, el caso del Testigo de Jehová tan claro como los casos sufridos por sus antiguos compañeros del 20 de Guadalajara y de la Escuela de Hoyo, aunque la situación del corrigiendo objetor fuera, desgraciadamente, mucho más dolorosa y trágica que la padecida en su día por quienes habían ingresado voluntarios en filas para hacer carrera militar; "fácil y rápida carrera militar", según recogía la propaganda del Ejército de mediados de los cincuenta, que podía escucharse en la radio y leerse en la prensa.

¿Qué sucederá con el Testigo de Jehová al llegar a Hausa?, se preguntó el sargento novato, lleno de dudas. Estaba claro que el corrigiendo (¡no, no quería llamarlo así!) una vez más se negaría a vestir el uniforme militar y a coger su arma reglamentaria, y le abrirían una causa o expediente judicial para procesarlo como reincidente en un delito de desobediencia o algo parecido, pasando a continuación, probablemente, a prisión preventiva. Era evidente que aquella situación resultaba lamentable y él lo sentía sinceramente, aunque nada pudiera hacer al respecto. Las palabras del objetor le habían impresionado, ciertamente, pero no estaba en su mano poder ayudarle. La ley era la ley.

-Lo siento. Créeme que lo siento -dijo al Testigo de Jehová, tras escuchar sus lamentos-. La ley es para todos igual y debemos cumplirla estrictamente. Si se librara del servicio militar todo aquel que dijera que su conciencia o religión, o ambas cosas a la vez, no le permiten tomar las armas para luchar por su país, ¿quién asumiría ese deber dentro de varios años, cuando empezaran a cometerse los abusos de rigor, y miles y miles de jóvenes alegaran motivos religiosos o de conciencia para evitar cumplir con sus obligaciones militares? ¿Quién defendería a nuestras familias y a nuestra tierra, caso de ser atacados por ese enemigo que nunca sabemos dónde y cuándo se va a presentar, pero que en cualquier momento puede aparecer en nuestras vidas, si sólo unos pocos españoles quisieran y estuvieran en condiciones de poder hacerle frente? ¿Quién estaría dispuesto a combatir hasta la última gota de su sangre para proteger y preservar todo aquello que a lo largo de los siglos hemos recibido

en herencia de nuestros mayores, y que, caso de abandonarlo ante ese enemigo cuya realidad ahora desconocemos, jamás nos sería perdonado por nuestros antepasados? Nuestro destino final no podría ser otro que ¡desaparecer como Nación y como Pueblo!...

El toledano Morales, que en aquellos instantes se unía al grupo en el que se encontraban el Testigo de Jehová y el sargento novato, abandonando la compañía de los dos corrigendos con los que había estado conversando hasta entonces, interrumpió el patriótico discurso de Durán, que en saco roto estaba cayendo.

-¿Es verdad que todavía estamos a cerca de doscientos kilómetros de Hausa? -preguntó, poniéndose junto al objetor Víctor Peña.

Todos miraron al suboficial novato.

-Sí. A ciento ochenta, aproximadamente -respondió el nuevo sargento del Cabrerizas, que casi se alegró de que el toledano hubiera cortado su improvisado discurso. Quería dejar a un lado el espinoso asunto de los Testigos de Jehová, que había empezado a meterle en unas divagaciones seguramente nada convincentes para aquellos hombres, y la aparición de este corrigendo había sido providencial.

Otro de los cabrerizos del grupo, un individuo de largas patillas y perilla de chivo, de cuya garganta colgaban una cadena plateada y un collar de diminutas cuentas de colores, exclamó en un mar lleno de indignación:

-¡Me cago en la puta leche! ¡Nos vamos a morir todos de tiña en este jodido desierto de los infiernos! ¡Aquí sólo hay alacranes, víboras y chacales!...

Un corrigendo más, que pocos segundos antes se había incorporado también al corro donde se encontraba Durán, de aspecto enfermizo y repelente, desnudo de cintura para arriba y adornado su cuerpo con infinidad de tatuajes, varios de ellos mostrando pequeños guerreros en actitud beligerante, masculló con rabia y enfado:

-¡La madre que parió! ¡De aquí no vamos a salir ninguno vivo!...

Sebastián, el cordobés, que acababa de colocarse frente a Morales, tras haber dejado la proximidad de los corrigendos con los que había estado platicando hasta ese momento, compañero inseparable del toledano desde que ambos coincidieran en la prisión militar de Alcalá de Henares meses atrás, llegó a tiempo de escuchar las palabras de protesta de quien escondía la mayor

parte de su pecho y espalda bajo innumerables tatuajes. Pensó que aquel individuo flaco y macilento, poco dispuesto -¡como todos!- a soportar la dura vida del Disciplinario en el Sáhara, tendría mucha suerte si conseguía salir con vida del Cabrerizas. Él, tras lo mucho que había oído comentar en la prisión y en El Aaiún sobre los corrigendos de Hausa, estaba mentalizado para aguantar todo lo que le echaran encima. Su accesoria disciplinaria era más bien corta, sólo ocho meses, y tenía que iniciarla con buen ánimo y sin dejarse amedrentar por nadie. Así lo acababa de hacer constar a aquellos con los que había estado hablando momentos antes, tras haber bajado del camión que les llevaba hacia el interior del territorio; compañeros que, mientras él se acercaba al grupo de Morales, al grupo donde igualmente se encontraba el sargento novato, tomaban asiento al pie del vehículo en el que viajaban.

También quiso intervenir en la conversación, siempre con su palabra fría y cortante:

-Eso no es nada. En el Cabrerizas, tú lo sabes bien -dijo señalando con un dedo al toledano-, nos espera algo peor que las arenas del desierto. Allí sí que las va a pasar mal el que se arrugue. Y no sólo durante un par de días, como los que vamos a necesitar para incorporarnos al Destacamento, sino durante semanas y meses. ¡Todos sabemos lo que es el Disciplinario! ¿O es que hay alguien aquí que todavía no sepa a qué parte de este apestoso mundo nos llevan?...

Nadie dijo nada.

Durán, que no quería mostrarse demasiado familiar con los corrigendos, compartiendo con ellos más minutos de charla de los necesarios para cumplir con su cometido, pues algunos de los temas de su conversación podrían resultar *peligrosos* para la disciplina militar; creyendo asimismo que había cumplido con su obligación de interesarse por la situación personal de sus subordinados en aquel viaje, optó en la primera ocasión que tuvo por abandonar la compañía de los nuevos cabrerizos, dirigiendo sus pasos hacia el vehículo de cabeza del convoy, el vehículo de mando donde viajaba el teniente.

No había querido Durán coger su bolsa de rancho en frío, que descansaba en la guantera de la cabina de su "Ford", porque le daba un poco de reparo ponerse a comer allí mismo, cerca de los corrigendos, prefiriendo hacerlo más tarde, en el camión, cuando se reanudara el viaje.

El operador de radio a las órdenes directas del oficial jefe de la columna intentaba enlazar con El Aaiún, cosa que, por el defectuoso sonido que salía del interior del "Jeep", no parecía conseguir el agente de transmisiones, o al menos no con la claridad y nitidez necesarias para que la comunicación con la capital del territorio fuera inteligible. El cabo legionario fumaba tranquilamente, apoyado su trasero en el guardabarros izquierdo del coche de mando, y, según se podía apreciar a simple vista, tampoco daba la sensación de estar muy interesado en llevar alimento alguno a su estómago.

Al llegar Durán al vehículo, el jefe de la escolta irguió el cuerpo y saludó a su superior:

-¡A la orden, mi sargento! ¿Cómo va el viaje? ¿Mucho calor, verdad?

-Ya lo ves. Si así pega en mayo, habrá que apretarse el cinturón cuando lleguen julio y agosto. Tú, por lo que observo, no tienes grandes problemas en este infierno -dijo Durán, riendo-. ¿Cómo va la escolta?

-Muy bien. Desde hace años todo el territorio está tranquilo; aunque nunca hay que confiarse demasiado, después de lo ocurrido en el 57.

-¿Cuándo llegaremos a Smara?

-A las seis o siete de la tarde, si no empiezan a quedarse vehículos por el camino. Depende de la suerte que tengamos.

-¿Y a Hausa?

-Mañana, a la hora del primer rancho. En el Cabrerizas siempre cuentan con nosotros al toque de fajina para que la tropa coma en caliente.

Durán quiso saber cuál era la opinión que el jefe de la escolta tenía sobre el Cabrerizas y Hausa, seguro de que el legionario conocía bien aquel escondido y apartado lugar del desierto sahariano. Le preguntó:

-¿Cómo es el destacamento del Disciplinario? ¿Qué se ve al llegar a Hausa?

El responsable de la seguridad del convoy, que intuía el estado de ánimo por el que atravesaba el sargento *pistolo*, suboficial novato que no estaba muy al corriente de lo que era el Cabrerizas, contestó con franqueza y sin titubeos:

-¿Aquello? Pues sí, es un lugar poco recomendable para vivir y ejercer la profesión militar, donde todo el mundo tiene prohibido caer enfermo de gravedad o sufrir algún accidente de

importancia, ya que no siempre el avión estafeta, por diversos motivos, puede acudir con prontitud hasta Hausa para realizar una evacuación urgente. Más de una vez se ha tenido que volver el "Junker" por culpa del siroco, sin haber podido cumplir con una misión de rescate. En cuanto a cómo es o a la relevancia que tiene el Destacamento, le diré que allí sólo hay tres pequeñas edificaciones de obra: una para uso de la Policía Territorial; otra, propiedad de un moro notable de la zona, que la suele ceder de vez en cuando para que sea utilizada como punto de reunión de los lugareños, y una tercera, algo más grande, perteneciente al Gobierno General, que la administración provincial dedica a centro de asistencia sanitaria y social para los saharauis de esa parte del territorio. Hay también unas cuantas jaimas por los alrededores, unos pocos cobertizos de ganado y... y poca cosa más, si quita usted las cabras y los camellos de los nativos.

Duran insistió:

-El Cabrerizas, según el sargento representante del Disciplinario, Cañizares, no dispone de ningún tipo de acuartelamiento donde alojarse y sus Compañías de corrigendos están repartidas por antiguas posiciones defensivas que se construyeron en Hausa durante la campaña de Ifni-Sáhara, ¿es esto así?

El cabo legionario, que conocía bien lo que se movía por el destacamento de los corrigendos, se mostró comprensivo frente a la mucha ignorancia que sobre el Disciplinario tenía el sargento *pistolo*, un sargento novato que seguramente pensaba que el Cabrerizas era un Batallón como otro cualquiera, donde se cumplían sin problemas ni complicaciones las ordenanzas y los reglamentos militares. ¡Pobre iluso! ¡Dónde se había metido!

Le respondió sin rodeos:

-Mire, mi sargento, en Hausa no hay nada de nada. Aquello es el fin del mundo, y no sólo lo es por el calor infernal que hace en sus alrededores y la mísera existencia que allí se lleva cada día, que a veces es verdaderamente insoportable, sino también porque...; bueno, mejor será dejarlo estar; ya lo comprobará usted mismo dentro de poco. Piense y hágase a la idea de que lo primero que va a contemplar desde su vehículo, cuando lleguemos al Destacamento, son tres o cuatro cotas mesetarias de mala muerte, separadas entre sí por unos cientos de metros, en las que se asientan las Compañías de corrigendos. Estas antiguas posiciones defensivas se encuentran apartadas del poblado de los

moros y de la Policía Territorial un par de kilómetros, siendo los dominios del Cabrerizas un lugar al que no se acercaría ningún saharauí por nada del mundo, eso se lo puedo asegurar. Si a los nativos les impresionamos los legionarios -¡no sé por qué!-, imagínese lo que sienten o piensan estas gentes cuando se menciona a los cabrerizos. Baste decirle que en Hausa no hay mujeres, ni bares, ni diversiones, ni entretenimientos de ningún tipo; no hay, le repito, nada de nada. Y sobre los corrigendos, ¿qué quiere que le diga? Aquellos que, por ejemplo, nosotros no hemos podido *enderezar* en la Legión por su mala cabeza, van a parar finalmente al Cabrerizas, que es Cuerpo de Disciplina. Se podría decir, sin equivocarse, que en Hausa está la *flor y nata* de todos los cuarteles de España. Los hay que son desertores, muchos de ellos procedentes de la Legión y Paracaidistas, chorizos irrecuperables, astutos atracadores, cerdos violadores, desorientados maricas, algún que otro pendenciero y asesino..., ¡lo mejor de cada casa! Bueno, en honor a la verdad, también hay unos cuantos desgraciados que, bien por andar con malas compañías, bien por ser unos pobres infelices, han ido a parar con sus huesos a tan desagradable destacamento...

Durán, que no había interrumpido al legionario mientras éste se expresaba con tanta claridad, le preguntó de nuevo:

-¿Tienes algún conocido en el Disciplinario?

-Sí, dos o tres corrigendos que pertenecieron a mi Tercio, a alguno de los cuales suelo ver cuando voy a Hausa. ¡Vaya elementos, por cierto!

El jefe de la escolta legionaria, de lengua concisa y directa según pensamiento del sargento novato, siguió dando detalles a Durán sobre la vida que se llevaba en el Disciplinario, que él parecía conocer bastante bien por las esporádicas visitas que realizaba a aquel lugar del interior del desierto, y por la relación de amistad que le unía a dos de los cabos primeros del Cabrerizas, uno de los cuales era, precisamente, el responsable o encargado del temido pelotón de castigo, una de las personas que más sabían sobre las andanzas de los corrigendos de Hausa.

-Mal ambiente va a encontrar allí, mi sargento -continuó hablando el cabo legionario-. Me extraña que venga usted destinado con carácter voluntario a esta Unidad tan complicada y peligrosa, Batallón del fin del mundo que yo siempre digo cuando hablo de Hausa y de esta gente. Los cabrerizos están acostumbrados a ser mandados por sargentos duros y correosos,

de mucha experiencia y veteranía; por jefes de pelotón que no parpadean lo más mínimo ante los desplantes de los corrigendos más bragados. No se lo tome a mal, mi sargento, pero cuando lo vean aparecer por el Destacamento, cuando vean su aspecto de no haber dicho nunca esta boca es mía -y permíteme la expresión-, más de cuatro de aquellos degenerados se van a frotar las manos pensando que con usted de servicio, o teniéndolo como jefe inmediato, no darán ni golpe y tendrán mayores facilidades para montar su basca particular. ¡Menuda suerte creerán que han tenido!

-Si piensan de esa forma, lo sentiré por ellos. Yo también sé emplear mano dura cuando es preciso, e igualmente imponer los arrestos que sean necesarios, si la situación así lo exige; aunque es verdad que soy enemigo del castigo, por naturaleza.

El cabo legionario sonrió comprensivo.

-Sí, yo creo que no es usted de los que utilizan demasiado el *palo*, y los corrigendos, bichos repelentes donde los haya, no tardarán en darse cuenta, lo que es mal asunto. Es cierto igualmente que el pelotón de castigo suele tener bastante éxito en cortar la agresividad de muchos de estos individuos, pero no siempre están en él los más indisciplinados y conflictivos. Hay cada buitre en el Cabrerizas...

-Espero que me encuentres vivo cada vez que vengas por Hausa -dijo Durán, sonriente y amistoso, sin querer aparentar preocupación alguna-. ¿Quieres fumar?

-No, gracias -rechazó cortés el legionario, que acababa de tirar al suelo los restos de su último cigarrillo-. Luego se lo aceptaré con gusto.

El teniente responsable de la columna logística que se adentraba en el desierto, hombre experto en convoyes saharianos pero enemigo a muerte de los medios de transmisión, que, según decía con frecuencia, cuando más los necesitaba más lo dejaban en la estacada, acababa de salir del "Jeep" de mando algo nervioso y gesticulando con enfado por la contrariedad que significaba para él el no disponer de enlace con El Aaiún. Echando maldiciones a diestro y siniestro, dijo al operador de radio, pegando un puñetazo en el aire:

-¡A ver si puedes enlazar de una puñetera vez con esos *piraos*! ¡En vez de emisora de radio parece que llevamos un asqueroso sonajero! ¡Siempre estamos con la misma historia! ¡Estoy hasta los huevos!...

Durán y el cabo legionario saludaron al jefe del convoy sin decir palabra, viendo cómo el oficial, tras levantar su mano para devolverles el saludo, trataba de aplacar la ira que le dominaba, al mismo tiempo que se acercaba hasta ellos. El no tener contacto radio con la capital del territorio, aun habiendo padecido esta contrariedad en numerosas ocasiones, a veces en circunstancias verdaderamente graves y penosas, era algo que le sacaba de quicio.

-¡Estas jodidas radios sólo funcionan cuando les sale de las pelotas! -exclamó una vez más.

-Las Transmisiones son así, mi teniente. Cuanto más las necesitas, más se hacen de rogar -dijo Durán, que alguna experiencia profesional tenía con este medio de enlace.

El teniente, que sabía de sobra que por mucho que se irritara nada podría hacer para conseguir una buena comunicación con El Aaiún o con Smara, quiso olvidar por unos momentos las dificultades por las que atravesaba su emisora vehicular. Tras un gesto de resignada paciencia, preguntó al sargento novato:

-¿Ya has comido?

-Más tarde lo haré, mi teniente. Ahora no tengo hambre.

El oficial miró con aire distraído su reloj, cosa que solía hacer con frecuencia, como si respondiera a un tic nervioso, y dijo:

-Dentro de quince minutos reanudaremos el viaje. Si todo sigue como hasta ahora llegaremos a Smara antes de las seis. Mañana saldremos hacia Hausa a las ocho y media, una vez hayamos repostado las unidades en Nómadas ¿Por dónde anda la escolta, Espinosa?

-Al final del convoy, mi teniente -respondió el cabo legionario-. Están comiendo con los mecánicos.

El jefe de la columna, tras pasear la vista por los alrededores de la zona donde se habían detenido para inspeccionar los vehículos y comer, ya más calmado y sereno, dijo:

-De momento no tenemos problemas ni con el tiempo ni con la mecánica de los coches, que ya es bastante. El siroco parece que tampoco quiere acordarse mucho de nosotros, y eso es bueno. Recordarás, Espinosa, que hace un par de meses, regresando de Hausa, a las nueve o diez de la mañana, empezó a pegar el viento de tal manera que algunos de nosotros llegamos a creer que nos quedaríamos enterrados para siempre en este maldito desierto. ¡Vaya dos días que pasamos! ¿Te acuerdas?

El cabo legionario hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

-Ya lo creo que me acuerdo, mi teniente. Aunque yo aún he pasado peores días que aquéllos, se lo aseguro. Hace un año, más o menos, yendo a Villa Cisneros con un convoy de carburantes, nos sorprendió una de esas tormentas que se forman de vez en cuando por el sur y por poco nos deja a todos sepultados a mitad de camino. Aun estando dentro de los vehículos el siroco se metía por todas partes, y los ojos, no obstante ir provistos ya de las nuevas gafas siroqueras, eran como dos lagunas de lágrimas y arena. Todavía me parece tener la boca reseca y los oídos zumbándome sin compasión; ¡cómo rugía el viento!... Algunos vehículos no pudieron continuar el viaje y tuvieron que ser remolcados hasta el pueblo, dos días más tarde.

Durán, que desde hacía un par de semanas fumaba más de lo que en él era habitual, se puso un nuevo cigarrillo en los labios e insistió ante el cabo legionario para que aceptara su tabaco, invitación que el jefe de la escolta no quiso rechazar esta vez, por lo que alargó la mano para coger uno de los pitillos americanos que le ofrecía su superior, encendiéndolo a continuación con el mechero plateado que días antes se había comprado en el zoco nuevo de El Aaiún a muy buen precio, exhalando seguidamente una gran bocanada de humo. El teniente sí rehusó la invitación del suboficial, comentando con ironía que él no tenía vicios menores.

-¿Cómo es que vienes destinado al Cabrerizas? -preguntó el oficial a Durán-. Es lo más duro y desagradable que hay por aquí, por el desierto. ¡Nadie iría a Hausa por nada del mundo, te lo aseguro!

El recién incorporado al territorio africano no tuvo inconveniente alguno en ser sincero con quien mandaba el convoy. ¿Para qué ir con mentiras o historias absurdas?, se dijo.

-Entre otras cosas, mi teniente, porque en Castellón, de donde procedo, aunque he estado quince días destinado en Fuerteventura, isla a la que me incorporé desde el Regimiento Tetuán 14, no estaba muy bien informado de lo que era el Disciplinario, ni tampoco del escondido y solitario lugar donde los corrigendos tienen su guarnición; y porque, he de decirlo con sinceridad, aquí, en el Sáhara, se gana casi el doble de paga que en la Península. Muchos españoles emigran al extranjero para intentar ganar algo más de dinero que luego les permita disfrutar de una mejor vida en España; y yo he venido al desierto, a mi

Alemania o Francia particular, para ahorrar algún dinero que me vendrá muy bien para casarme, si me dejan, claro.

El jefe del convoy se echó a reír ante la sinceridad del sargento novato, cosa que también hizo el cabo legionario Espinosa. Amistoso y con buen humor, ya olvidadas las dificultades que tenía con las Transmisiones, dijo a Durán:

-Serías de los primeros en conseguir ahorrar algo de dinero en estas tierras. La mayoría de los solteros que hay por aquí, tanto de oficiales como de suboficiales, cuando cobran el mes se lo gastan a las primeras de cambio, ¡lo funden! Quienes están en El Aaiún montan su "cuartel general" en el Oasis, en sus noches libres, y allí permanecen mientras tienen una peseta en el bolsillo, y los que malviven en el interior del desierto pulen su paga jugándosela a las cartas, a los dados o al dominó. Veo casi imposible que no te aficiones al póquer, al julepe o a la garrafina, entre otros notables juegos que se practican en el territorio. Ojalá tengas suerte y puedas conseguir lo que te propones, aunque, sinceramente, lo dudo mucho. ¡Hay demasiado tiburón acechando por Hausa, y tú me parece a mí que vas a ser presa fácil para aquellos escualos, como no te espabiles!

Durán, hombre voluntarioso y tenaz en alcanzar cuanto se propusiera, estaba convencido de que saldría victorioso en su proyecto de lograr todos los ahorros posibles para iniciar su nueva vida de casado en Castellón, o donde fuera, salvo que una pistola en el pecho le obligase a actuar de forma contraria. Se conocía lo suficiente para saber que, por mucho vicio que le rodeara, por muchas dificultades que encontrara en su camino, nada ni nadie le haría desviarse de su principal objetivo de ahorrar el máximo de su paga sahariana, que bien sabía le iba a costar muchos esfuerzos y sacrificios ganar en el Cabrerizas, en Hausa, mandando corrigendos. Tenía el firme propósito de permanecer los dos años mínimos de destino voluntario en el territorio y ahorrar todo lo que pudiera; luego saldría del Disciplinario y del desierto como si fuera alma perseguida por el diablo; aunque, debía reconocerlo así, no solamente había pedido vacante en el Sáhara -al no haber obtenido plaza en Castellón- por cobrar más dinero y poder dar la entrada del piso con el que tanto soñaba su novia, sino también, y esto no era menos importante para él, porque su estancia en Villa Bens (Cabo Juby), cerca de la frontera de Marruecos, cuando era cabo expedicionario en el Guadalajara 20 de Valencia, en la campaña

de 1957/58, le había hecho sentirse, a partir de entonces, raramente atraído por aquel inhóspito lugar del planeta y por la austeridad y dureza de la vida militar que se practicaba en el más extenso de todos los desiertos del mundo. Es verdad que se vería obligado a poner el mayor de sus esfuerzos y empeños en mantenerse alejado del juego y de la bebida en Hausa, si es que allí ambas cosas existían, y sabía que su éxito dependería en gran parte de la calidad personal de los compañeros que encontrara en el Cabrerizas, pero tenía el convencimiento más absoluto de que tanto con la ayuda de éstos, como sin ella, lograría su propósito. ¡Tampoco sería para tanto la mala vida que, según decían, se llevaba en el Disciplinario! ¡La gente tiende a exagerar mucho las cosas, a hacer una montaña de lo que sólo es un grano de arena!

Transcurridos los minutos del alto reglamentario señalado en el cuadro de marcha para revisar los vehículos y comer, el convoy se puso de nuevo en movimiento y, bajo un calor cada vez más implacable, que fue suavizándose a partir de las tres de la tarde, las horas se fueron sucediendo con bastante lentitud y sin que ningún incidente destacado obligara a detenerse a la columna. Sólo se produjeron los altos señalados en la orden particular recibida por el oficial antes de salir de El Aaiún, de pocos minutos de duración, para realizar las inspecciones técnicas marcadas en las hojas de ruta de los vehículos.

A las seis de la tarde, como así estaba previsto, empezó a divisarse Smara, la ciudad sagrada de los saharauis, modesta localidad tribal de unos ochocientos o mil habitantes, tal vez algunos más, en la que sólo unos pocos europeos desarrollaban actividades comerciales. Sus escasas edificaciones, la mayoría de ellas construidas con bloques de adobe, sobresalían poco a los ojos de quienes, por vez primera, llegaban hasta sus primitivas calles sin asfaltar.

Por los alrededores del poblado se desparramaban decenas de jaimas y unos cuantos cobertizos de ganado, contruidos con maderas y pieles, pudiéndose ver por todas partes gran cantidad de camellos y cabras que, ajenos a quienes llegaban desde el oeste del territorio, desde las riberas del océano Atlántico, mordisqueaban plácidamente los trozos de cartón y papel que, con gran avidez y destreza, desenterraban de las arenas.

Los habitantes de Smara, en su gran mayoría curtidos nómadas del desierto que continuamente recorrían su inmensa soledad

conduciendo las manadas de camellos que, generación tras generación, pasaban de padres a hijos como el mejor y máspreciado tesoro que pudiera recibirse en herencia en el Sáhara, presentaban, a ojos de Durán, que podía observarlos con atención desde la cabina de su vehículo, en tanto el convoy hacía su entrada en la pequeña localidad del interior del desierto, mayor pureza étnica que la que podía descubrirse en quienes residían en El Aaiún; pues encontraba en los rostros de estos nativos de Smara unos rasgos bereberes algo más acusados que los que había podido observar días antes en los saharauis que se paseaban en silencio por la capital del territorio o comerciaban con ladina astucia en los bazares y tiendas de su zoco nuevo.

Llegada la cabeza de la columna a las cercanías del acuartelamiento de Tropas Nómadas, las unidades de marcha se detuvieron, dando por concluida la primera etapa de su viaje a Hausa. Varios de los camiones y aljibes, y también parte de sus ocupantes, finalizarían allí su trayecto, continuando el resto de los vehículos su progresión al día siguiente por el temible "Llano Amarillo", atravesando en esta ocasión la caravana militar zonas paramosas de suelo durísimo, próximas a bruscas pendientes, y algún que otro río fósil o "uadi", siempre acompañados por el intenso calor del desierto y por innumerables dunas que en ocasiones obligaban a los convoyes que se adentraban en aquellos parajes a efectuar pequeños rodeos en el itinerario que seguían para llegar al Cabrerizas, a Hausa.

Durán, que con toda seguridad habría podido pernoctar en el local que los suboficiales de Nómadas tenían como residencia en la Plana Mayor del Grupo de Smara, reacio siempre a huir de las incomodidades que pudieran corresponderle por su empleo o servicio a desempeñar, al llegar la noche se tumbó como un conductor o corrigiendo más junto a su "Ford" cargado de patatas, encima de una de las dos mantas facilitadas por el cabo Sentín, reservando la segunda de estas prendas de cama para utilizarla como abrigo nocturno más tarde, no obstante el calor todavía reinante a aquellas horas. Conocía de sobra, por su estancia en Villa Bens, que durante las madrugadas saharianas, al enfriarse el suelo, bajaba mucho la temperatura y, de no cubrirse con aquella segunda manta, posiblemente pasaría algo de frío, bastante frío, aunque verdad era que tampoco le preocupaba en exceso que tal contratiempo llegara a producirse; sus intranquilidades y preocupaciones, obviamente, estaban en otra parte.

Antes de tumbarse en el suelo, Durán se había acercado al camión de los corrigendos para conocer la situación en la que se encontraban los nuevos penados del Cabrerizas, situación que, aunque sólo fuera por aquella noche, sería bastante más llevadera que la suya propia, pues todos ellos disfrutarían de compañía, y podrían, si así lo deseaban, conversar animadamente con sus compañeros de viaje, durante el tiempo que quisieran; cosa que él, por descontado, se vería privado de poder realizar, por mucho que su estado de ánimo así se lo demandase.

A las doce de la noche, bajo el hermoso y diáfano cielo sahariano, el sargento novato se hizo numerosas preguntas sobre el incierto futuro que le aguardaba en el Disciplinario. Muchas dudas le asaltaban: ¿Estaría él preparado para enfrentarse en Hausa a quienes todos consideraban individuos de la peor especie? ¿Tendría la suerte de contar con buenos compañeros en el Cabrerizas, que le apoyaran y ayudaran a cumplir bien con sus obligaciones de los primeros días? ¿Habría buenos mandos en el Disciplinario, que fueran comprensivos con sus errores de novato y le dieran el necesario aliento y margen de confianza que todo principiante necesita?...

Cañizares poco o nada le había dicho de cómo eran realmente los oficiales y suboficiales del Batallón. Sí sabía que el más joven de sus sargentos rondaba los treinta años y que éstos llevaban, cosa lógica y natural en tan remoto y solitario lugar del Sáhara Occidental, una vida de auténtica renuncia y sacrificio, soportando con paciencia y profesionalidad las numerosas servidumbres a las que había que hacer frente por encontrarse destacados en el interior del desierto, ocupando vacante en aquella Unidad de tan singulares características. No era medroso ni cobarde -lo había demostrado en diferentes ocasiones-, pero temía sinceramente la llegada del día en que tuviera que pasar la primera lista de ordenanza a una de aquellas Compañías de corrigendos, a uno de aquellos bloques de cabrerizos a los que tanto se rechazaba en el territorio. Acostumbrado al trato con soldados procedentes del reemplazo o del voluntariado normal, de edad parecida a la suya, hombres disciplinados y respetuosos en su inmensa mayoría, y tener que mandar e *instruir* ahora a individuos que se veían obligados a soportar en sus vidas una pena disciplinaria en Hausa, en pleno corazón del desierto sahariano, algunos ya con los treinta, incluso los cuarenta años cumplidos, incapaces muchos de ellos de comprender el

significado de palabras tales como: lealtad, compañerismo, amistad, convivencia..., era algo que, si bien no había meditado detenidamente en los días siguientes a conocer su destino al Cabrerizas, en aquellos instantes empezaba a cuestionarse más de lo necesario. A todo esto debía añadir la negativa circunstancia que se daba en su persona de ser un sargento novato y bastante más joven que sus compañeros del Disciplinario, particularidades estas que no le iban a significar precisamente una mayor facilidad para poder cumplir eficazmente con su labor en Hausa; todo lo contrario.

Durán no quiso dar más vueltas a sus pensamientos e inquietudes y cerró los ojos con la intención de dormir unas pocas horas. Al día siguiente le esperaba la segunda parte de su viaje a Hausa y quería estar lo más descansado posible para hacerle frente con éxito. Por fortuna para todos, y según había afirmado el cabo Espinosa, aquella segunda parte del viaje, una vez salvado el duro “Llano Amarillo”, sería menos penosa e incómoda que la que acababa de llevarles hasta la ciudad santa de los saharauis, hasta Smara, aunque no menos calurosa. Pronto, pues, se encontraría en el Cabrerizas y en Hausa.

La suerte ya estaba echada...

I I

El cabo legionario Espinosa no podía haber sido más exacto en la descripción que de Hausa había hecho al sargento novato el día anterior, en el alto de la comida. Desde la cabina de su vehículo, ya cercano al destacamento del Disciplinario y a las pequeñas elevaciones mesetarias en las que se podían divisar unas cuantas construcciones de adobe semienterradas en el suelo sahariano y dos largas antenas de radio, Durán no pudo evitar que un ligero estremecimiento recorriera todo su cuerpo. Únicamente silencio y soledad se respiraban por los alrededores de aquel escondido lugar del desierto, cuyo arenoso y brillante horizonte le pareció más sobrecogedor que nunca.

Al fondo de la dirección en que viajaban, a la izquierda, apartada de lo que sin duda alguna debía ser zona de responsabilidad del Cabrerizas, se levantaba una edificación de ladrillo de adobe en cuya modesta balconada se dejaba acariciar al viento de aquellas horas, majestuosa, la bandera de España.

Las dos decenas de jaimas que se distribuían por la proximidad occidental del Disciplinario (observación hecha según el itinerario de marcha), donde podían contemplarse un par de chabolas blancas de techo abovedado junto a la casa en la que ondeaba la enseña nacional, confirmaban las palabras del jefe de la escolta del convoy, quien igualmente había asegurado a Durán, mientras cumplían con el alto horario marcado para la revisión general de vehículos en el trayecto Aaiún-Smara, la nula existencia en Hausa de cualquier tipo de construcción de relevancia o que pudiera indicar la presencia en la zona de personal civil que no fuera la escasa población indígena de aquellas calurosas tierras del interior. Sólo unas pocas palmeras cercanas al destacamento de quienes se hallaban sujetos a pena disciplinaria suavizaban la dureza y desolación de aquel perdido paraje.

Conforme el convoy se iba acercando a las inmediaciones del Cabrerizas, concretamente a la cota mesetaria más extensa y principal de las tres que constituían el área del destacamento militar del Disciplinario, en cuya parte central y despejada se alzaba, también al viento, izada en un largo mástil que nacía de las entrañas de Hausa, la bandera española, se iban agrandando sus dependencias y alojamientos, casi todos ellos subterráneos, que, asentados en aquella irrelevante pero estratégica altiplanicie, impasibles e indiferentes a cuanto les rodeaba, daban una fría bienvenida a quienes estaban a punto de finalizar su largo recorrido por el interior del desierto.

Como si estuvieran pendientes de recibir a importantes personajes que acudían a tan apartado territorio del mundo civilizado para realizar una visita de inspección, muchos de los cabrerizos: oficiales, suboficiales, clases de tropa y corrigendos, aguardaban expectantes cerca de la explanada que había junto al puesto de mando del Destacamento -área de asentamiento de la Primera Compañía y de la Unidad de Plana Mayor del Batallón-, a que el primer convoy del mes de mayo diera por finalizado su viaje desde El Aaiún.

Con la aparición de las primeras unidades de marcha se produjeron las acostumbradas salvas de aplausos, gritos y silbidos de aprobación con los que, especialmente los grupos de corrigendos, daban la bienvenida a quienes llegaban desde la capital de la provincia para abastecerles de algunas de sus muchas necesidades, traerles la ansiada correspondencia y, también, proporcionarles nuevos compañeros de Unidad para compartir con ellos su destierro e infortunio en el Batallón Disciplinario, esperando siempre obtener de los recién llegados, de los cohibidos novatos, la oportuna información de cuanto sucedía más allá de aquel miserable mundo en el que vivían.

Un sargento de mediana estatura, pocos kilos de peso y apretada barba negra, vestido, como todos los del lugar, con pantalón corto, sandalias de color marrón -algo descoloridas- y camisa amarillenta de mangas recogidas hasta el hombro, intentaba poner orden entre quienes, impacientes por ver de cerca a los nuevos corrigendos que se incorporaban desde El Aaiún, se aproximaban más de la cuenta a los vehículos, dificultando con ello el correcto estacionamiento de la columna.

-¡Dejad aparcar a los vehículos, cabritos! ¡Venid para acá, puercos! -gritaba enfurecido el suboficial barbudo, a la vez que

alzaba y movía, colérico y amenazador, un largo palo que cogía con su mano derecha-. ¡A alguno lo voy a mandar al pelotón de castigo para que se espabile!... ¡Fuera de ahí!... -clamaba sin cesar, moviéndose frenético de un lado para otro.

Los cabrerizos que se habían aproximado sin ningún orden ni control a los suministros que les llegaban, alterando con ello el perfecto estacionamiento y descarga del convoy, que al principio no parecieron hacer demasiado caso del amenazador vocerío del sargento que les mandaba, optaron finalmente por retirarse de los vehículos y esperar con paciente resignación a que éstos se situaran en la forma acostumbrada, bajando del camión que los transportaba a Hausa sus nuevos compañeros.

La mayoría de los allí reunidos, un centenar de hombres aproximadamente, había sido designada la noche anterior para llevar a cabo la descarga y conducción de los suministros que traía el convoy, pero otros cabrerizos del Destacamento, al ser tiempo de descanso, habían acudido a la explanada de detención de la columna, como era ya tradicional en Hausa, para festejar la llegada de los camiones de El Aaiún, deseosos de conocer y dar su mejor bienvenida a los novatos que se incorporaban al Disciplinario, y para romper también con la rutinaria monotonía de todos los días.

Pero no sólo acudían numerosos corrigendos libres de servicio al encuentro con el convoy, sino que igualmente se desplazaban hasta el área de estacionamiento de los vehículos algunos mandos y clases veteranas, como en esta ocasión lo habían hecho un par de oficiales, dos sargentos y tres cabos primeros, quienes en aquellos instantes, detenida ya la columna, charlaban animadamente en las proximidades de la zona ocupada por los recién llegados en espera de presenciar la descarga de los camiones, como mera distracción, y ver asimismo, no con tanto interés como la tropa cabreriza, al grupo de individuos que les llegaba desde El Aaiún (¡nuevos corrigendos, nuevos problemas!); y, muy especialmente, recibir a uno de los dos sargentos destinados últimamente al Disciplinario, que también se incorporaba en ese primer convoy de mayo.

Durán, escrupulosamente uniformado desde pocos minutos antes de llegar a Hausa, algo molesto frente a aquellos hombres de aspecto un tanto desaliñado que le miraban con curiosidad y descaro, bajó decidido del camión que le había conducido hasta el destacamento del Cabrerizas para, a continuación, dirigirse

con pie firme y seguro hacia la parte posterior del vehículo en el que había viajado a través del desierto, dispuesto a recoger su maleta y las dos mantas que le habían entregado en El Aaiún, mantas que estaba obligado a devolver con la mayor prontitud posible a la Compañía de corrigendos a la que fuera a prestar sus servicios. El suboficial novato vio que cerca de donde se acababa de detener su "Ford" se encontraba el sargento barbudo al que poco antes había observado dar numerosas órdenes a los hombres allí concentrados, individuos que en esos momentos comenzaba a distribuir en la labor de descarga y transporte de los suministros, entre grandes voces y aparatosa gesticulación, y hacia él encaminó sus pasos, resuelto a darse a conocer como nuevo profesional del Disciplinario, esperando al mismo tiempo de su compañero que, tras saludarlo, le indicara el lugar del Destacamento donde tenía que efectuar su presentación.

Como los vehículos que debían regresar a El Aaiún, una vez cumplidos sus objetivos de transporte de personal y suministros, tendrían que esperar el regreso de los camiones que partirían por la tarde hacia Edchería y Mabhes (siempre acompañados por la escolta legionaria), Durán pensó que dispondría de tiempo más que suficiente para despedirse del conductor de su "Ford", un soldado zamorano de conversación agradable -Evaristo Martínez-, cuya compañía durante aquellas horas del trayecto le había resultado ciertamente impagable.

El sargento de la barba negra que portaba la porra, hombre al parecer de fuerte carácter, nombrado receptor del primer convoy de mayo por el Ayudante del Batallón, al ver acercarse a su compañero novato tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no soltar la gran carcajada. "¡Vaya pinta de alcornoque que tiene este tío!", se dijo divertido. "¿De dónde diablos habrá salido este figurín?", se preguntó maravillado. "¡Apañados estamos en el Ejército si empiezan a llenarse las Unidades con estos mequetrefes!", se lamentó finalmente. En su opinión, observando con atención al novato, los de Madrid acababan de enviarles un verdadero *paquete*; opinión que estaba convencido sería compartida por la mayoría de los suboficiales del Disciplinario. ¡Hausa no se merecía que le hicieran tan mala jugada! Con tipos así, unos puñeteros críos sin experiencia ni empuje, acobardados e inseguros, no habría forma de controlar a los corrigendos: atontado, estirado y engominado; ridículamente uniformado hasta las orejas en medio del desierto -¡con los corchetes pasados!-,

cara de estúpido... ¡Demasiada poca cosa para imponerse a la basca! ¡Pasto seguro para los corrigendos!...

-¿Qué tal? ¿Cómo estás? Me llamo Montero -dijo lo más amable que pudo, al saludar al novato, a la vez que le ofrecía su mano en señal de amistosa bienvenida, queriendo ser buen compañero.

Durán estrechó la mano del veterano, saludándolo militarmente con respeto. Algo intimidado, dijo:

-Me alegro de conocerte. Soy el sargento Durán; vengo de Fuerteventura destinado al Cabrerizas.

-Sí, ya lo sabemos. Te estábamos esperando. ¿Cómo te ha ido el viaje? Duro y pesado, supongo, ¿no? El desierto suele ser bastante traicionero con los novatos.

Durán, viendo que muchos de los que por allí se movían no llevaban cubierta la cabeza, a pesar del sol de plomo que caía sobre Hausa, se quitó la gorra de plato y contestó a su compañero:

-Sólo un poco incómodo. Viajar por el desierto no es nada agradable para nadie. Pero lo he aguantado bien. ¡Ya ha acabado la pesadilla! -terminó de decir, soltando un pequeño suspiro.

Uno de los cabos que ayudaban al sargento barbudo en el control de la descarga de los vehículos, siempre cumpliendo las órdenes dadas por su superior, se aproximó a los dos suboficiales para, cuadrándose ante el más veterano, preguntar:

-Mi sargento, ¿el camión de las bebidas puede ir directamente a la cantina y descargar allí, como en otras ocasiones?

-Sí. Pero tú ve con él y vigila de cerca a los que pongan las manos en las cajas. ¡Hay mucho chorizo suelto por Hausa! ¡Ah!, y no empieces a bajar los suministros hasta que no esté presente el brigada o el cantinero. La relación valorada de las compras la tiene que llevar el conductor del camión, como de costumbre.

Mientras el sargento de servicio hablaba a su ayudante, Durán, siempre observador, se fijó con atención en el largo palo que el veterano utilizaba constantemente para reprender a los corrigendos que no parecían realizar bien su trabajo, especie de garrote inquisidor en cuya superficie longitudinal podía leerse fácilmente, escrito con grandes letras rojas, lo que probablemente sólo pretendía ser una desenfadada sentencia: "Botiquín más hospital igual a cementerio", llamativa afirmación que no supo realmente si tomársela a broma o, por el contrario, sentirse verdaderamente preocupado ante lo que muy bien podría tratarse

de firme conminación para muchos de los miembros desterrados de aquel destacamento, para todos aquellos que sufrían dura condena en el corazón del Sáhara. “¿Acaso la vida en el Disciplinario transcurre bajo este tipo de presiones o amenazas?”, se dijo para sus adentros, sin querer dar mayor importancia a tan extraño descubrimiento, posiblemente una excentricidad más de las muchas que seguramente encontraría en aquel apartado y diferente lugar a todo lo que había conocido hasta entonces. ¿O aquello no era una simple excentricidad?

Tormentas, que con este nombre era conocido por los corrigendos del Cabrerizas el propietario del palo inquisidor que tanto acababa de llamar la atención de Durán, volvió a dirigirse al sargento novato, ahora poniendo cara de asombro.

-¿Has viajado así desde El Aaiún?

-Sí. No tenía otra ropa que ponerme. Pero siempre he estado en mangas de camisa y, aunque ha hecho bastante calor, mucho calor, he soportado bien el viaje. Únicamente lo siento por el uniforme, que es nuevo y sólo me lo he puesto unas pocas veces.

-Pues ya verás cómo se dispara aquí el termómetro. ¡Fíjate qué negros y lustrosos estamos los de Hausa! -exclamó con pecho henchido el veterano, a la vez que levantaba la voz y agitaba al aire sus brazos desnudos para que el novato pudiera contemplarlo a sus anchas, soltando al mismo tiempo una gran risotada.

Efectivamente, el tal Tormentas, y quienes en esos momentos pululaban como laboriosas hormigas por los alrededores del convoy, cumpliendo con la descarga y transporte de los suministros traídos desde El Aaiún, y también aquellos otros que, sin tener este cometido específico ese día, observaban algo retirados de los camiones el ajetreado ir y venir de sus compañeros, guardaban, por el ennegrecido color de su piel y sus semblantes endurecidos, poco parecido físico con quienes acababan de llegar al Destacamento procedentes de la capital del territorio. Los rostros, brazos y piernas que podían verse por Hausa, así como algunos torsos desnudos, daban la impresión de haber pasado largas semanas tumbados en una cálida playa del sur de España, en pleno verano, sin haber contado en ningún momento con la adecuada protección de sombra sobre sus cuerpos que les protegiera contra los nocivos efectos del fuerte sol del estío.

En espera de que su compañero veterano le indicara la dependencia de Hausa donde debía efectuar su presentación en el

Destacamento, Durán no dejó de observar el trabajo y modos de hacer de los temidos corrigendos del desierto.

Unos treinta desterrados habían recibido la misión de descargar los camiones llegados al Cabrerizas con provisiones varias, mientras un número similar de individuos se encargaba de su transporte a brazo hasta el puesto de mando del Batallón y áreas de asentamiento ocupadas por la Segunda y Tercera Compañías (la Primera y la Plana Mayor tenían su alojamiento en la zona del puesto de mando). Los responsables directos del control y manejo de los hombres designados para la tarea de descarga y transporte, nombrados horas antes por el brigada de la oficina de mando, eran un cabo primero y dos cabos, clases de tropa que procuraban cumplir bien con su trabajo, dando las órdenes oportunas a los cabrerizos corrigendos.

Aunque todos los miembros del Destacamento vestían idénticas prendas de uniforme, había penados cuyo vestuario – camisa, pantalón corto, gorra y sandalias- se encontraba algo deteriorado, por lo que unos cuantos remiendos se repartían sin decoro por sus descoloridas ropas. Más de una sandalia había sido toscamente cosida con hilos de alambre, reparación improvisada que lograba sujetar con firmeza el averiado calzado. No pocos de los corrigendos se dejaban crecer la barba, lo que unido a la circunstancia de que bastantes de ellos tenían el cabello revuelto y sudoroso, al casi completo olvido que sufría parte de su indumentaria y a la edad avanzada de algunos de los desterrados, edad que también influía lo suyo en su negativa apariencia, les daba un raro aspecto de hombres salidos de las cavernas, haciendo pensar, a quienes acababan de incorporarse a Hausa, en el mismo instante de descubrirlos, que aquella extraña tropa había sido sacada de una fantasmal novela. Pero no todos los que dirigían su atención y máximas energías a la descarga de los vehículos vestían igual de desaliñados, que realmente sólo venía a ser una minoría; varios de estos hombres destacaban precisamente por todo lo contrario, y se les veía perfectamente afeitados, con el pelo limpio y la ropa bien cuidada, lo que les hacía distinguirse notablemente del resto de sus compañeros, teniendo solamente en común con ellos el color oscuro de su piel, su mirada algo perdida o extraviada y el no andar demasiado sobrados de kilos.

La descarga de los camiones era realizada con poco entusiasmo por un buen número de aquellos cabrerizos, que no dejaba de

quejarse de su traidora mala suerte en el Disciplinario, dando a cada momento claras señales de tener muy mal obedecer en sus venas. La mayoría de los allí desterrados, sin embargo, no daba motivos aparentes para ser reprendida o abroncada por los encargados de conducirlos y vigilarlos, que tampoco los atosigaban a cada instante con un amenazador griterío. Entre quienes no rechistaban y cumplían bien con cuanto se les ordenaba, estaban precisamente aquellos que parecían preocuparse más por su aspecto externo que por cuanto les rodeaba.

Tormentas, o la Sota de bastos, como también era conocido en el destacamento de Hausa el sargento veterano que acababa de dar la bienvenida a Durán, no había tenido inconveniente alguno en confesar a éste, con absoluta tranquilidad e indiferencia, a poco de saludarle, que tales mote eran sus nombres de guerra en el Cabrerizas y que no le preocupaba en absoluto ser conocido en todo el territorio sahariano por estos apodos, porque, además de importarle un *carajo* dichos apelativos, nadie podía evitar en el Disciplinario que los corrigendos del desierto le pusieran a uno el alias que les saliera de los *huevos*. Él los aceptaba sin más y punto.

Al comprobar Tormentas -o la Sota de bastos- que el cabo primero de servicio de descarga y transporte de suministros había terminado de pasar lista a los nuevos corrigendos, a quienes mantenía formados en tres filas y en descanso, le hizo una señal con la mano para que se acercara a darle las novedades habidas en el cumplimiento de su cometido.

El clase de tropa no se hizo repetir la indicación de su superior, y, poniendo firmes a los nuevos *huéspedes* de Hausa, que ya no tenían en sus ojos aquella expresión burlona que tanto había molestado a Durán en sus días de permanencia en El Aaiún, se dirigió a dar novedades al suboficial de quien dependía.

-No falta ninguno, mi sargento. Todo en orden.

-Bien, Mateo. Llévalos a la oficina del Batallón para que el brigada se haga cargo de ellos y los mande a sus respectivas Compañías, según la lista de destinos que ya hay confeccionada. ¿Dónde está el jodido Bernabé, que no lo veo por ninguna parte? ¡Ese cabrón ya se ha escaqueado otra vez! ¡La madre que lo parió!... Localízalo y vigílalo con lupa, que le voy a atizar con el palo. ¡Ah!, cógete también a uno de los mirones que están tocándose los cojones por ahí y que lleve la maleta del sargento

Durán al puesto de mando. Las dos mantas que las dejen de momento en la furrielería de nuestra Compañía, luego veremos lo que hacemos con ellas...

El nuevo profesional del Cabrerizas, antes de que el cabo primero se retirara para cumplir con las órdenes que acababa de recibir, no queriendo olvidar en ningún momento que él también había ostentado con anterioridad tan sufrido empleo militar, saludó al llamado Mateo.

-Soy el sargento Durán, ¿cómo estás? -dijo al clase de tropa, tendiéndole la mano amistoso.

El ayudante de Tormentas estrechó la mano del suboficial que acababa de incorporarse al Batallón, mostrándose satisfecho y agradecido de que su superior tuviera el detalle de no ignorarlo. ¡Estaba acostumbrado a que esto le sucediera con frecuencia en el Cabrerizas, y en otras partes!

-Encantado de conocerlo, y bienvenido a Hausa, mi sargento. A sus órdenes.

-Ven conmigo al puesto de mando -dijo Tormentas a su nuevo compañero, al mismo tiempo que lo cogía amistoso del brazo para llevarlo hasta el interior de la antigua posición defensiva que ocupaban conjuntamente la Primera de corrigendos y la Plana Mayor del Batallón-. A veces suele venir por aquí el Abuelo, pero hoy creo que se ha quedado echando una partida de dominó en el *imperio* -terminó de decir el responsable de la descarga del convoy.

A Durán le llamó particularmente la atención escuchar la palabra *Abuelo* de labios del veterano, pronunciada por el de la barba con agrado para citar seguramente al primer mando del Disciplinario.

-¿Quién es el Abuelo? -preguntó.

-Es el comandante Cervera, el jefe del Cabrerizas. Le llamamos así porque, además de ser el de mayor edad del Batallón y el responsable de Hausa, es un poco padrazo para todos nosotros, ¡un abuelazo!, incluso para los cabritos de los corrigendos. Pero este alias se lo hemos puesto nosotros, los oficiales y suboficiales del Destacamento, no los muchos puercos que andan sueltos por esta mierda de desierto.

Al pasar los dos sargentos cerca de donde se encontraban los mandos que habían acudido a presenciar la llegada del convoy -el sargento novato andando siempre a la izquierda del veterano, ahora con la cabeza cubierta-, Tormentas se detuvo ante ellos para

dar novedades al oficial de servicio de todo lo acontecido hasta el momento en el cumplimiento de su obligación, oficial que, a distancia y con discreción, formando parte del grupo allí reunido, había estado observando cuanto ocurría junto a los vehículos.

-¡A sus órdenes, mi teniente!, todo marcha sin novedad -dijo Tormentas, cuadrándose ante el oficial de servicio-. Aquí le presento a Durán, el nuevo sargento del Batallón, un *chorbo* que se va a tener que espabilar mucho si no quiere que se lo coman vivo los corrigendos, ja, ja, ja...

Todos los presentes se echaron a reír con ganas, al escuchar las últimas palabras de Tormentas, especialmente el subalterno de servicio, un teniente de rostro agradable, de unos veinticinco años, que llevaba colgada en su cinto una pistola de 9 milímetros corto, y quien, después de soltar un "Muy bien; gracias, Montero", tendió la mano al nuevo sargento del Cabrerizas en señal de franca bienvenida.

Durán recibió con satisfacción el saludo de los profesionales del Disciplinario testigos de la descarga del convoy, pero no observó en todos ellos la misma sinceridad y calor que poco antes sí había encontrado en Tormentas; compañero que, a pesar de su aspecto de persona algo desequilibrada y de las continuas amenazas que salían de su gigantesca boca, daba la sensación de ser hombre leal y sincero, aunque sus luces no parecieran muy discurridoras. Los dos oficiales fueron correctos en su saludo y corteses en sus palabras; los cabos primeros se mostraron joviales y amistosos al darle su mejor bienvenida, mas los sargentos, que serían sus compañeros más cercanos en el Destacamento, le brindaron una de cal y otra de arena.

Para el nuevo suboficial de Hausa quedaba claro que uno de aquellos sargentos, el que ya parecía haber dejado atrás los cuarenta, no se sentía muy satisfecho con su incorporación al Disciplinario, o al menos esa fue la sensación que experimentó al recibir de él su saludo. De ser cierta esta apreciación suya, le resultaba totalmente absurdo e incomprensible tan fría acogida, porque su llegada al Cabrerizas significaba una ayuda para sus nuevos compañeros de empleo, pues con ellos compartiría sus servicios y responsabilidades más importantes. Al sargento novato -¡maldita la gracia que le hizo!- no le gustó lo más mínimo que aquel veterano, a su juicio un orgulloso y engreído sargento cabrerizo, se mantuviera tan estirado y distante mientras él conversaba respetuoso con los dos oficiales y el resto de los

mandos presentes en el corrillo, tratando de dar la mejor de las impresiones a quienes en adelante, y probablemente por mucho tiempo, serían sus superiores y compañeros, incluso algunos puede que amigos, que bien sabía escrutaban en aquellos instantes cuanto hacía o decía. Aun contrariándole y sintiéndolo no poco, el nuevo suboficial del Disciplinario tuvo el convencimiento más absoluto de que en Hausa había personas que merecían sobradamente ser calificadas como mandos piratas del Cabrerizas. ¡El muy cretino!...

Afortunadamente para Durán, así lo pudo comprobar con satisfacción poco más tarde en el puesto de mando del Batallón al serle asignada su Compañía de destino, no tendría que convivir más de lo estrictamente necesario con aquel, según había empezado a observar, estúpido sargento, pues al pertenecer este compañero a la Tercera de corrigendos, Unidad algo separada de la zona principal del Destacamento, le ahorraría el tener que mantener una relación más estrecha con él. Según pudo deducir de las palabras cruzadas entre el veterano cabrerizo y Tormentas, tan *ejemplar* compañero se había acercado al convoy para retirar un encargo personal hecho con anterioridad al representante del Disciplinario en El Aaiún, no siendo habitual en él que se dejara ver con demasiada frecuencia por las proximidades del puesto de mando. ¡Mejor que mejor!

El otro sargento del grupo, hombre de fuerte acento gallego, de unos treinta y cinco años, buen porte, velludos brazos y exagerado bigote, se había mostrado bastante más amistoso con Durán que su compañero de empleo, aceptando plenamente y de buen grado la incorporación del novato al Cabrerizas. Pertenecía este suboficial a la Segunda Compañía de corrigendos y, como solía hacer a menudo, había acudido a presenciar la llegada del convoy de El Aaiún con la intención de matar el hastío que siempre llevaba a cuestas. Persona nada amante de los juegos de azar, fueran naipes, dados o dominó, entretenimientos muy habituales en Hausa, poca cosa podía hacer en aquel lugar, en los momentos de asueto, que no fuera estar tumbado cuan largo era en su litera, dar un *místico* paseo por los alrededores del área de su Compañía o acercarse hasta el puesto de mando del Batallón para tomar un vaso de vino o una cerveza -¡casi siempre caliente!- en la cantina, bondad esta última de la que, lógicamente, poco se podía disfrutar en el corazón del desierto del Sáhara, pues la mayoría de los sargentos, y a veces alguno de

los brigadas, tenían por hábito, casi como verdadera rutina, formar reñidas partidas de póquer, dados o garrafina; y él, terco que te terco, como buen gallego que era, no entraba nunca en aquellas, a su juicio, viciosas y caras reuniones.

Tormentas cogió de nuevo por el brazo a Durán para conducirlo hasta el puesto de mando, justo en el preciso momento en que, desde la dirección contraria, llegaba hasta ellos otro sargento del Disciplinario, hombre que, con paso rápido y seguro, pronto se detuvo frente a sus dos compañeros.

-¡Bienvenido, reclutón! ¡Por fin tenemos refuerzos, y de gente nueva y preparada, como debe ser! -saludó con simpatía y humor el suboficial veterano, estrechando con fuerza la mano de Durán-. Aquí necesitamos savia joven con ganas de trabajar y que nos eche un cable con estos troyanos, y tú tienes pinta de ser un trabajador nato, ¿verdad?...

Quien acababa de saludar a Durán, prácticamente sin dar tiempo a que éste se repusiera de tan cordial recibimiento, sargento de amplia sonrisa y gesto amistoso, siguió hablando:

-¡Acabas de entrar en el peor de los infiernos, es cierto; pero nosotros procuraremos que no te quemes en él! ¡Te vamos a cuidar bien, ya lo verás; te lo prometo! Aquí, si eres sufrido y de buen espíritu, si no eres persona conflictiva que busca enredos por todas partes, lo podrás pasar sin demasiados problemas. Seguro que más de cuatro desgraciados, sobre todo los de El Aaiún, te habrán metido en la cabeza un montón de cosas raras sobre el Disciplinario, sobre los cabrerizos y Hausa, pero tú mismo podrás comprobar que nada de eso es cierto, que sólo son exageraciones de unos cuantos chupatintas...

Durán, que desde su llegada al territorio no sabía lo que era tener una sonrisa despreocupada en los labios, rió abiertamente ante las palabras pronunciadas por aquel activo compañero, que ya, desde ese primer instante, empezó a caerle fenomenalmente bien. Hasta sintió que le desaparecía por completo el malestar que llevaba en su ánimo por culpa del pretencioso veterano que tan fría e indiferentemente le había recibido minutos antes, y al que ahora podía observar a distancia hablando por los codos con los tenientes, como si éstos fueran sus mejores amigos. Agradeció para sus adentros que quien le había brindado tan buena acogida a su llegada al Destacamento se interesara a continuación por los pequeños detalles de su viaje a través del desierto, dirigiéndose a él como si fuera un viejo conocido al que

no veía desde hacía tiempo. No se sintió molesto por el trato casi paternal que le dispensaba su nuevo compañero, pues sus palabras y gestos, en todo momento abiertos y amistosos, así como la expresión de su rostro de mirar noble y sincero, le convencieron rápidamente de que tenía ante sí a alguien destacado en Hausa que podría llegar a ser un buen amigo en aquel perdido rincón del mundo, a un hombre de personalidad poco corriente, de cuya amistad sería importante gozar en el Cabrerizas. Rondaba este suboficial los treinta años, de complexión fuerte, nariz recta y mentón firme, aproximadamente de un metro setenta y cinco de estatura, libre su cara de barba, pero con largas y pobladas patillas que hacían recordar en él a uno de aquellos antiguos bandoleros de Sierra Morena.

Tormentas, finalizadas las palabras de bienvenida de Ramiro, que así se llamaba de apellido el sargento que acababa de detenerse frente a sus compañeros para saludar efusivamente al recién llegado, preguntó al de las patillas si el Abuelo se encontraba en el *imperio*.

-Sí -respondió el aludido-. Está hablando con el capitán Miranda. Creo que iba a venir hacia acá para echar un vistazo a los vehículos.

-Voy a llevarle al novato para que lo vea.

-De acuerdo. Yo tengo que encontrarme un momento con Lozano; he de aclarar unas cosas con él sobre la guardia del lunes. Luego nos veremos.

El llamado Ramiro continuó su marcha en dirección al grupo de oficiales y suboficiales que formaba corro en las inmediaciones de la zona de estacionamiento del convoy, y Tormentas, siempre seguido por Durán, se encaminó al puesto de mando del Cabrerizas. Allí, efectivamente, bajo la sombra de un techo de cañizo levantado cerca del habitáculo subterráneo destinado a *imperio* (lugar donde los oficiales realizaban las comidas de cada jornada y solían tener sus reuniones diarias, bien para tratar asuntos del servicio, bien para disfrutar de momentos de descanso), se encontraba el comandante Cervera, el Abuelo, quien parecía discutir algún detalle de la vida del Destacamento con el capitán jefe de la Primera Compañía de corrigendos del Batallón, el capitán Miranda.

Tormentas presentó a su compañero:

-Mi comandante, aquí le traigo a uno de los nuevos sargentos destinados al Disciplinario: el sargento Durán.

El jefe del Cabrerizas tendió la mano a Durán, a la vez que éste adoptaba la posición de firmes ante el máximo responsable de Hausa, manteniéndose con disciplina en el primer tiempo del saludo militar.

-Bienvenido, sargento -dijo el comandante-. Nos alegramos mucho de tenerte entre nosotros. Supongo que habrás sudado bastante con el viaje; es lo habitual. Aunque, y por lo que veo, no te ha ido mal del todo por el desierto, ¿no es así?

-Así es, mi comandante -contestó Durán sonriendo y bajando la mano con energía ante una indicación de su superior.

-Estoy seguro de que vienes al Batallón dispuesto a trabajar al máximo, ¿me equivoco?

-No, mi Comandante -respondió Durán, sin abandonar en ningún momento la rígida posición de firmes en la que se mantenía.

-Ya sabes que esto no es una Unidad militar convencional; es el Batallón de Cabrerizas, el Disciplinario, y por consiguiente hay que ajustarse en él a una serie de reglas y formas de actuar algo especiales, bastante diferentes a las que se utilizan en los cuarteles peninsulares o isleños que todos conocemos. Aquí, en el destacamento de Hausa, la tropa, en general, es muy difícil de manejar, por lo que a veces tendrás que ser algo flexible y comprensivo con sus problemas y dificultades, sin querer decir con ello que la disciplina no sea importante y fundamental en el Batallón, o que tengas que ocultar las faltas que esta gente cometa -el jefe del Cabrerizas hizo una pequeña pausa, se acarició el lóbulo de su oreja izquierda y prosiguió- Verás..., mi idea es que todo el mundo procure tratar a los corrigendos sin excesiva severidad; que nadie se dedique a arrestarlos o a incordiarlos continuamente; y que, por supuesto, no se les haga objeto de ningún mal trato o vejación, que a nada bueno conduce. En una palabra: hay que hacer uso de una cierta *sabiduría* para mandarlos y conducirlos, vigilando en cada momento que cumplan como corresponde con todo aquello que se les ordene. Es gente muy... muy distinta a la que se manda en el Ejército regular, hombres que poco entienden ni quieren saber de la cosa militar; individuos, en fin, que, de una u otra forma, han sido rebotados de las Unidades militares normales, y a nosotros nos toca apechugar con su presencia e instrucción en Hausa, así como intentar convertirlos en soldados disciplinados, aunque a veces esta tarea resulte casi imposible de llevar a cabo...

Durán escuchaba en silencio y con atención las palabras del jefe del Disciplinario, asintiendo con la cabeza de cuando en cuando a algunas de sus indicaciones o comentarios. El comandante Cervera, hombre próximo a cumplir los cincuenta años, de facciones serenas y ademanes pausados, acababa de producirle tan buena impresión que muchas de las preocupaciones e intranquilidades que había acumulado en su interior por verse en aquel, según boca de tantas personas, tenebroso destacamento, empezaron a disiparse.

Tormentas no había abierto la boca en ese tiempo y se mantenía en un discreto segundo plano, mientras el jefe del Batallón, en tono reposado, se dirigía al recién llegado. Observó Montero que el Abuelo, con aquel carácter de tan buena persona que le distinguía, había empezado a granjearse las simpatías de su nuevo compañero. Y era lógico y natural: el comandante Cervera constituía el único y mejor tesoro que los cabrerizos tenían en Hausa, y por ello todo el mundo procuraba que no le alcanzaran de lleno demasiados disgustos, aunque tal deseo e intención, ¡ay, los jodidos corrigendos!, pocas veces se consiguiera.

El jefe del destacamento ubicado en el corazón del Sáhara estaba cercano a ascender al empleo de teniente coronel y, según todos los indicios, no tardaría en dejar Hausa, tres o cuatro meses más tarde. Se rumoreaba, sin embargo, entre los oficiales del Disciplinario, que el mando de Batallón pasaría a corresponder al grado de teniente coronel, en la nueva reorganización del Ejército de Tierra, lo que haría posible que el jefe del Cabrerizas pudiera seguir con ellos en el desierto, no obstante su deseo personal, escuchado en más de una ocasión por miembros de su Plana Mayor, de marchar destinado a Madrid, lugar donde tenía residenciada a toda su familia desde que ascendiera a capitán, hacía ya de aquel ascenso muchos años.

Durán, en tanto le hablaba el comandante del Disciplinario, que de vez en cuando ponía la vista en Tormentas, como si con ello quisiera pedir la aprobación del veterano a las recomendaciones que hacía a su joven sargento, pudo fijarse discretamente en el capitán que se encontraba al lado del responsable de Hausa, oficial que escuchaba en silencio las palabras de bienvenida con las que el jefe del Destacamento, el comandante Cervera, le recibía. Era un hombre alto y delgado, con un cuidado bigote creciéndole bajo una nariz ligeramente encorvada, de unos cuarenta años de edad, y que, sin poderlo evitar, le hizo recordar

la imagen que siempre había tenido en la mente de Don Quijote de la Mancha, inmortal caballero andante nacido de la imaginación de Miguel de Cervantes, uno de los muchos personajes literarios que había podido conocer con algo de profundidad años atrás, gracias a la biblioteca de su antiguo Regimiento de Castellón, a la que tanto le gustaba visitar. Los rasgos apacibles de su rostro eran claros signos que permitían deducir sin equívoco las muchas adhesiones con las que, seguramente, contaría entre los miembros del Disciplinario. Se trataba sólo de una impresión inicial suya, ciertamente, pero que pocas veces le había fallado.

El comandante Cervera, tras dar unos últimos consejos y recomendaciones al nuevo suboficial del Batallón, dio por terminada su presentación en Hausa.

Dirigiéndose a Montero, ordenó:

-Llévalo al *imperio* y preséntalo a los oficiales del Destacamento. Pasa destinado a la Primera Compañía. Ya le iréis informando de cuál es la vida que se lleva en el Cabrerizas y cómo hay que cumplir con los horarios y formaciones.

Tormentas no se hizo repetir la orden de su jefe y, tras despedirse del comandante, cuadrándose disciplinadamente y realizando el correspondiente saludo militar, siempre seguido de cerca por Durán, dirigió sus pasos hacia el cercano local bajo tierra donde en ese momento empezaban a reunirse los oficiales para comer. El último sargento incorporado al Disciplinario, con no poca satisfacción en su fuero interno, se llevaba una impresión muy favorable del jefe del Batallón y del capitán de la Compañía a la que acababa de ser destinado, oficial que también quiso estrecharle la mano en señal de bienvenida al finalizar su presentación, como poco antes lo había hecho el Abuelo. Durán quedaba convencido de que el mando principal del Cabrerizas era hombre poco arbitrario y persona bien dispuesta a escuchar a sus subordinados en todas las situaciones en las que éstos pudieran encontrarse, y tal cosa era buena y positiva para él, sin duda.

Por los comentarios de su acompañante, y por su propia observación, Durán se había dado cuenta de que el comandante Cervera significaba mucho para el Disciplinario, siendo por tanto hombre que gozaba del total aprecio y respeto de sus inferiores. ¡Aquello era más que suficiente para hacer realidad sus aspiraciones de estar bien mandado en Hausa, y sobrepasaba con creces sus mejores expectativas de recibir apoyo y comprensión

en sus primeros días de estancia en el Destacamento! Saber que el responsable de aquel alejado rincón del mundo civilizado era persona de buena predisposición le tranquilizó más de lo que hubiera podido imaginar horas antes de poner los pies en el Disciplinario, durante el agobiante viaje realizado por el interior del desierto.

Al llegar los dos sargentos al *imperio*, siempre andando el novato a la izquierda del veterano, Durán fue presentado a los oficiales allí reunidos, que en ese momento se disponían a tomar asiento ante una larga mesa para dar cuenta de la primera comida de aquel segundo sábado de mayo. En principio, todos los mandos presentes en el *imperio* le tendieron la mano cordialmente, aunque, como ya le había ocurrido con anterioridad en la explanada de los vehículos, hubo quien no pareció reflejar en su rostro sinceras muestras de bienvenida hacia su persona, limitándose estos pocos mandos a cumplir con la rutinaria obligación, seca y distante a veces, de recibir a un nuevo miembro de la Unidad con cortesía; recibimiento que, por otra parte, así quiso reconocerlo Durán más tarde, fue todo lo correcto y normal que se suele dar en estas ocasiones.

Entre saludos y bienvenidas, tiempo dedicado a la comida del mediodía junto a los nuevos compañeros de la Primera de corrigendos, y posterior recorrido por los alrededores de lo que años antes había sido una extensa área defensiva en la campaña de Ifni-Sáhara de 1957/58, contienda en la que precisamente el Cabrerizas había tenido una actuación destacada, con muertos y heridos, en la zona de Villa Cisneros, Durán vio finalizar su primer día de estancia en el Batallón, ¡en el mismísimo Disciplinario!, sin que nada trascendental o que tuviera que recordar más adelante hubiese sucedido, excepto el hecho de haber tenido un recibimiento más bien positivo.

En su primer recorrido efectuado por lo que en época cercana figuró en los planos de guerra del Sector del Sáhara como un Punto de Apoyo y control del interior del desierto, defendido por fuerzas especiales saharianas frente a los rebeldes del llamado ejército de liberación (EL), ocupado ahora por la Primera de corrigendos y la Compañía de Plana Mayor del Cabrerizas, el sargento novato estuvo acompañado constantemente por Tormentas, quien le fue explicando con toda clase de detalles los aspectos más interesantes de aquellos parajes. El antiguo expedicionario a Cabo Juby se sintió agradecido por el trato y

consideración que le estaba dispensando su nuevo compañero, la Sota de bastos (Montero), quien, sin dejar de balancear en ningún momento el palo amenazador que siempre llevaba consigo (“Botiquín más hospital igual a cementerio”), no dejó de informarle sobre el uso de cada una de las dependencias y pequeñas construcciones que fueron encontrando a su paso por el área de ubicación de las dos Compañías y el puesto de mando del Disciplinario, a mediados de los cincuenta discreto destacamento militar sahariano, casi todas ellas ocultas bajo el duro suelo de aquella parte más elevada de Hausa, prácticamente libre de arena.

En primer lugar visitaron la cocina de tropa, emplazada a unos cien metros del *imperio* de oficiales, dirección norte, levantada con adobes y restos de barcos embarrancados traídos desde Cabeza de Playa en los convoyes de suministro. El almacén de comestibles o cuarto de menestra de la cocina de tropa, cerca del cual se encontraban las trébedes donde se colocaban los recipientes para confeccionar las distintas comidas o ranchos del día, disponía de un modesto sombrero exterior para que los hombres nombrados para el servicio de cocina de cada jornada -misión casi siempre encomendada a los corrigendos arrestados- pudieran disponer de una mínima zona de sombra que les protegiera del abrasador sol sahariano de las horas centrales del día, según iban cumpliendo estos cabrerizos con sus obligaciones de apoyo a los rancheros, especialmente cuando tales cometidos consistían en limpiar perolas o pelar patatas, lo que les obligaba a estar más tiempo inmóviles bajo el tórrido sol de Hausa. A poco más de cincuenta metros del citado *imperio*, al sureste, se levantaba un pequeño bar o cantina de aproximadamente unos cuarenta metros cuadrados de superficie cerrada, donde se expendían, entre otros artículos, siempre previo pago de su importe -¡no se fiaba ni al mismísimo Ángel de la Guarda del Cabrerizas!-, tabaco, bebidas, cartas, sellos y bocadillos (el pan que se comía en el Destacamento se encargaba de amasarlo la pequeña representación de Intendencia agregada a Hausa, que recibía periódicamente de los convoyes la harina y levadura necesarias para su elaboración). Muy próximo a esta cantina, formando parte solidaria de ella, se alzaba una especie de tinglado de no muy grandes dimensiones, construido con trozos de uralita y planchas de hojalata, bajo cuyo techo se cobijaban unas cuantas mesas de los más diversos tipos y procedencias, así como sillas y bancos de madera, generalmente reservadas estas

mesas y asientos para el uso de los corrigendos y soldados de reemplazo, arrastrando estos últimos la penosa carga y servidumbre de tener que realizar su servicio militar obligatorio en tan lejano y singular acuartelamiento, junto a personas poco dadas a practicar, en su mayoría, la buena conducta y el sano compañerismo. Entre la cantina y su tinglado, aprovechando el espacio libre que por el oeste separaba a ambos emplazamientos, dando siempre frente al lugar donde se izaba la bandera nacional cada mañana, se celebraban las misas de los domingos y fiestas de guardar, a las que acudían obligatoriamente las otras dos Compañías del Batallón, situadas fuera de la zona del puesto de mando, cuando era día de precepto.

En medio de las explicaciones que Tormentas iba dando a su compañero, algunas de ellas curiosas e interesantes para el recién llegado, el veterano barbudo, abandonando ya la cantina, cerrada hasta las seis de la tarde en días ordinarios y abierta los festivos todo el día, comentó a su acompañante en tono jocoso:

-¡Aquí se arma cada una...! Los corrigendos, ya lo verás, organizan unas bascas que te dejan tieso. ¡Ni con mil látigos los puedes controlar! Menos mal que esto no sucede muy a menudo...

Para sus enlaces o comunicaciones con el exterior, el Cabrerizas disponía en Hausa de una emisora de radio de largo alcance que enlazaba dos veces al día, mañana y tarde, con El Aaiún y Smara (de vez en cuando también se conseguía establecer contacto con Villa Cisneros y La Güera, pequeñas localidades situadas más al sur del territorio). Esta emisora de radio, a cargo del sargento especialista de Transmisiones, Benito, estaba ubicada cerca del cuerpo de guardia, también bajo tierra, y junto a ella tenía este suboficial responsable de su funcionamiento el camastro. Benito, según podría comprobar más tarde Durán, era persona inteligente y muy eficaz en su tarea, que sabía llevar con buena templanza la dedicación absoluta que exigía su destino.

Otras dependencias que se distribuían por la antigua posición defensiva o avanzadilla de vigilancia y seguridad del territorio eran el juzgado del Batallón (plagado de infinidad de causas y expedientes judiciales de los corrigendos), el despacho-dormitorio del comandante, la oficina de la Primera Compañía, la de la Plana Mayor, los alojamientos de oficiales y suboficiales, numerosos *huevos* de personal para escuadras y pelotones, la enfermería o botiquín, el depósito de armamento, el almacén de vestuario y material... Realmente, todas aquellas dependencias

e instalaciones que permitían al Disciplinario alojarse y vivir en el corazón del desierto sin grandes dificultades, pero entre las que no se encontraban, precisamente, las que suelen estar entre las más importantes y necesarias dentro de cualquier recinto militar que cuente en su organigrama funcional con Unidades de tropa: aceptables servicios sanitarios y adecuados medios para la preparación física y el aseo personal. Insuficiencias que a Durán le hicieron recordar con nostalgia todo cuanto había dejado en su Regimiento de Castellón, uno de los más modernos de España, bien dotado y equipado, y revivir de nuevo los malos días pasados en el interior de los esqueletos defensivos de Ifni y Cabo Juby.

Toda aquella zona mesetaria, como si antaño se hubiera esperado el ataque de un poderoso enemigo, se encontraba rodeada de viejas alambradas, pudiéndose observar todavía en su interior, a pocos metros de las piquetas que marcaban el perímetro de lo que fuera la posición defensiva, líneas de trincheras, hoyos de fusileros granaderos, asentamientos de armas colectivas y puestos de municionamiento de pelotón y sección, que venían a demostrar claramente que aquel lugar había sido un punto de vigilancia y contención de partidas rebeldes, en tiempo no muy lejano.

Las otras dos Compañías de corrigendos, la Segunda y Tercera, separadas del puesto de mando del Batallón por unos pocos cientos de metros, contaban, siempre según palabras de Tormentas, con parecidas construcciones y alojamientos a los que disponían la Unidad de Plana Mayor y la Primera Compañía -que compartían muchas de sus dependencias y servicios-, aunque, al no tener dentro de sus respectivas áreas de alojamiento los medios de apoyo del Destacamento, con los inconvenientes que tal circunstancia llevaba a veces consigo, estas construcciones eran mucho más modestas y limitadas, casi insignificantes, comparadas con las que, siendo también pobres y hasta miserables, se repartían por la zona considerada puesto de mando del Cabrerizas.

El casi minucioso recorrido llevado a cabo por el sector principal de Hausa, no faltando nunca en él las oportunas e incluso contundentes explicaciones de Tormentas -como las dadas puntualmente sobre las peleas que de cuando en cuando se originaban en la cantina y sus proximidades entre los corrigendos, casi siempre en sábados o días de fiesta-, sirvió a

Durán para tomar su primer contacto con el Disciplinario, dando así cumplida satisfacción a algunos de los interrogantes que habían estado danzando en su cabeza desde que llegara a El Aaiún. Los desterrados con quienes se fueron cruzando en su camino, mientras duró este deambular informativo, salvo raras excepciones, siguieron dando al sargento novato, tanto por su descuidado aspecto externo como por sus rostros ceñudos, una negativa impresión de sus personas. En bastantes de estos hombres se observaban signos de abandono y desidia, y en la expresión de sus ojos no se descubría el más mínimo asomo de interés hacia cuanto les rodeaba; aunque sí creyó ver Durán en algunas de aquellas miradas destellos de indisimulada burla e indiferencia hacia lo que representaban sus galones.

Como Durán, por su pasada estancia en Villa Bens (entregado a Marruecos en junio de 1958 para cumplir con los acuerdos de Cintra-Lisboa del 1 de abril de ese año), conocía bien lo que era la climatología del desierto, así como la existencia en el territorio de numerosas dunas que a veces cambiaban de emplazamiento cuando aparecía el siroco, no se sorprendió en absoluto al comprobar la altísima temperatura reinante en Hausa a aquellas horas de la tarde, que, por supuesto, era superior a la que se padecía en El Aaiún, situada la capital de la provincia muy cerca del Atlántico; ni tampoco hubo en su pensamiento sombra alguna de extrañeza al observar la gran cantidad de arena que se desparramaba en todas direcciones, excepto en el área del puesto de mando, que, por ser terreno algo abrupto y elevado, aunque no menos expuesto al azote del viento sahariano, permanecía libre de pequeñas dunas, contribuyendo a esta limpieza de su entorno el trabajo de mantenimiento que realizaba diariamente el pelotón de castigo.

El alojamiento de suboficiales de la Primera Compañía, una pequeña construcción subterránea de unos catorce o quince metros cuadrados de superficie, contaba con dos habitáculos comunicados entre sí, el mayor de los cuales estaba ocupado por cuatro literas de hierro individuales, dispuestas en batería, con una silla de madera colocada entre cada dos camas para que hiciera las veces de mesilla de noche, mientras en los laterales de la habitación, encima de unas cajas vacías de munición, diversos equipos y enseres daban fe de que el modesto compartimento bajo tierra era utilizado cada día por miembros más o menos distinguidos de la Compañía. El escaso mobiliario de dormitorio

existente en el pequeño cuarto lo completaban tres rudimentarias perchas metálicas, sujetas firmemente a la pared con clavos y alambres. Por las noches (máximo hasta las once), y no siempre, una bombilla de veinticinco vatios que colgaba del techo de madera, barro y paja, iluminaba la reducida estancia dedicada a área de descanso nocturno de los suboficiales de la Primera Compañía. El habitáculo contiguo, separado del que hacía las veces de dormitorio por una cortina de canutillo procedente de un antiguo desguace de Cabeza de Playa, tenía situadas en su parte central una mesa cuadrangular de madera y cinco sillas plegables. A un lado de este modesto comedor de campaña, encima de unos cajones, se podían observar una vieja cafetera, unas pocas servilletas, un porrón y diversos enseres de cocina, entre ellos dos cacerolas, varios platos, una espumadera, un cazo y unas pocas cucharas, cuchillos y tenedores, empleados generalmente estos utensilios para servir y consumir las comidas de quienes allí habitaban. Dos viejas jofainas desconchadas y un botijo al que le faltaba la mayor parte de su pitorro se arrimaban medio abandonados cerca de los tres escalones que permitían la entrada y salida del alojamiento.

Por desgracia, en los colchones de borra de las literas del dormitorio de sargentos de la Primera Compañía, al igual que sucedía con los utilizados por los oficiales y la tropa -estos últimos eran de paja- y para gran desdicha de quienes residían en Hausa, anidaban inmensas colonias de pulgas y chinches, verdaderas dueñas y señoras del Destacamento. Estos insectos, muy ilustres y distinguidos huéspedes de los cabrerizos, hacían las *delicias* de todos los desterrados, cuando llegaban las tranquilas y serenas noches saharianas.

En cuanto al raquítico techo de los alojamientos subterráneos, no había problemas: en el desierto no llovía nunca, o casi nunca.

Durán, en su primera noche de estancia en el Cabrerizas, tumbado en la litera que sus compañeros le habían indicado como la suya -la central izquierda, según se miraba de frente a las cuatro camas-, con los ojos entornados y la mente abandonada a mil pensamientos y conjeturas, tuvo la sensación de que su vida iba a empezar a recorrer complicados caminos; incierta andadura para la que no sabía si estaría lo suficientemente preparado. Es posible que, de haber sabido que su destino sahariano se encontraba en tan penosas condiciones, dejado de la mano de Dios en tan apartado e inhabitable lugar del fin del mundo, como

muy bien había dicho el cabo legionario Espinosa, habría desistido de pedir vacante a un Cuerpo del desierto. No le preocupaba, sin embargo, la clase de soldados de los que tendría que ser responsable en lo sucesivo, aunque, cierto era, la visión en Hausa de aquellos hombres tan distintos a los que siempre había mandado e instruido le había impresionado bastante más de lo que hubiera podido pensar en un principio. No le cabía la menor duda de que un número importante de aquellos corrigendos eran personas inadaptadas que en su día fueron rechazadas por la sociedad de la que habían formado parte hasta entonces, que le complicarían la existencia en cuanto se descuidara; lo sabía perfectamente. De todas formas, tenía el convencimiento más absoluto de que el empuje de sus veintitrés años y un espíritu voluntarioso forjado a lo largo de su aún corta pero intensa vida militar, le ayudarían a superar todos los inconvenientes que pudieran presentársele en el Cabrerizas. En eso confiaba. Además, en Castellón había una joven que le esperaba con amor e ilusión y lucharía al máximo para salir victorioso de las numerosas dificultades que seguramente encontraría en aquel perdido Batallón del fin del mundo.

Su primera diana en Hausa sorprendió a Durán enfrascado en un madrugador aseo personal. La existencia en las cercanías del Destacamento de un pozo de agua salobre permitía a los más de quinientos hombres del Cabrerizas, incluidas diferentes agregaciones, disponer del agua suficiente para, si no poderla utilizar como potable -que muchos la utilizaban-, poderla emplear como elemento higiénico de primer orden, con total abundancia, a cualquier hora del día o de la noche.

Junto a este pozo de agua salobre llevaban a cabo las Compañías del Batallón el aseo diario de su tropa en turnos alternativos, según recogiera el horario rotativo marcado para la educación física de las Unidades. Este aseo general en grupo de los cabrerizos consistía en el lanzamiento de cubos de agua sobre los cuerpos desnudos de los corrigendos y soldados de reemplazo que habían estado presentes en la gimnasia de ese día, agua que previamente había sido sacada de las profundidades del pozo por los encargados de cumplir con la misión de *duchero* esa jornada.

A las seis treinta de la mañana el calor ya empezaba a alejar de Hausa el intenso frío sahariano padecido durante la madrugada. Las noches del desierto suelen ser invernales por lo general y no era de extrañar que de más de cincuenta tórridos grados de calor

durante el día se pasara a cero grados, incluso a uno o dos bajo cero, durante la madrugada.

El segundo día de estancia en el Disciplinario transcurrió para Durán con la misma rapidez con la que había visto pasar el día de su llegada al Destacamento. Todo el domingo estuvo yendo de un lado para otro escuchando diversas explicaciones, datos y recomendaciones que debería tener muy en cuenta a partir de ese momento para la buena marcha de los asuntos del servicio, y para la mejor salvaguarda de su propia responsabilidad e intereses.

La mañana del tercer día, a las nueve, formada la Unidad de corrigendos a la que se incorporaba en la explanada que había detrás de la cocina, separada de las trébedes y del cuartillo de menestra por unas decenas de metros, el capitán Miranda -el oficial más antiguo del Destacamento- presentó a Durán como nuevo sargento que llegaba destinado en plantilla al Batallón y a la Primera Compañía, haciéndole entrega a continuación, sin que sus componentes abandonaran en ningún momento la formación a la que se habían integrado minutos antes, del mando de un pelotón de cabrerizos perteneciente a la sección de fusileros del teniente Real.

Diez corrigendos con cara de pocos amigos y ni un solo cabo para auxiliarle en su cometido, a pesar de ser dos los jefes de escuadra que le correspondían (la plantilla de cabos era más bien escasa en Hausa), no le parecieron al sargento novato una muy buena prueba inicial para dar comienzo a su vida en el Cabrerizas, no obstante su firme propósito y mejor voluntad de querer mandarlos e instruirlos. Aun así, no hizo ningún comentario al hacerse cargo del pelotón, dándose por satisfecho con la decisión tomada por su capitán.

La reglamentaria ceremonia de dar a conocer a la Compañía de penados al sargento recién incorporado al Disciplinario y la consiguiente entrega a éste de las dos escuadras de corrigendos de las que sería responsable a partir de ese instante, resultó muy similar al acto que suele desarrollarse en cualquier Unidad militar del Ejército para presentar a un nuevo suboficial destinado a ella, sobradamente conocido por Durán.

En el breve tiempo que duró la presentación de la mañana, el antiguo combatiente de Villa Bens no dejó de pensar en que tenía ante sí a la punta de vanguardia de un ejército verdaderamente irracional. Quedaba claro, y fuera de toda duda, que aquellos soldados no muy bien uniformados, de edad avanzada en algunos

casos y de semblante nada tranquilizador en general, jamás podrían ser la eficaz línea de ataque de un Cuerpo operativo bien preparado y disciplinado.

Una vez más, Durán volvió a sentir la desagradable sensación -si cabe ahora con mayor intensidad- que había experimentado al llegar al Destacamento. Era una sensación mezcla de soledad y desánimo que le producía cierta inseguridad interior, pero que procuraba con esfuerzo que nadie la viera reflejada en su rostro.

El encontrarse frente aquel centenar de hombres de aspecto nada amistoso, todos vestidos con la indumentaria cabreriza de color garbanzo que ya conocía del primer día: pantalón corto, camisa sahariana y sandalias descoloridas, era ciertamente como para que se le erizasen los cabellos al soldado de reemplazo más entero que se incorporara a Hausa dispuesto a cumplir en el Cabrerizas su servicio militar obligatorio, o para que intranquilizara no poco al sargento novato más preparado que llegara al Disciplinario con la firme intención en su pensamiento de mandar e instruir a esta clase de subordinados tan especiales. Si a tal circunstancia se le añadía la desolación reinante en el entorno, podía afirmarse sin la menor duda que aquel bloque de filas de corrigendos sobrecogería a cuantos hombres se dejaran caer por el Batallón de los desterrados, dispuestos -o no- a compartir con ellos su biografía sahariana.

Como ya observara Durán poco después de efectuar su presentación en el Batallón, mientras recorría el área principal de la Compañía junto a Tormentas, y horas antes en la descarga del convoy, muchos de estos cabrerizos daban la impresión de no importarles gran cosa cuanto ocurría a su alrededor; más aún, de no querer cumplir adecuadamente con las órdenes que recibían. Si algunos de los corrigendos le habían parecido entonces extraños personajes de ficción, hombres de talante agresivo y provocador que se movían por Hausa dispuestos a enzarzarse en dura reyerta con quienes osaran importunarles lo más mínimo; viéndolos ahora formados en silencio frente a él, mirándole a los ojos entre escépticos y socarrones, poniendo falsa atención a las palabras que pronunciaba su capitán, cuando en realidad ni las escuchaban, le daban la misma o parecida sensación de incomodidad que a su llegada al Destacamento.

Aunque entre los corrigendos allí reunidos había individuos de todas las edades -hasta cuarenta años o más- la mayoría de los formados rondaba la treintena, y bastantes de ellos, con

manifiesto y evidente orgullo que no se molestaban en disimular, dejaban crecer en sus caras espesas barbas o recortadas perillas que, junto a la vestimenta reglamentaria utilizada por el Cabrerizas en el Sáhara, con aquella expresión tan particular que podía leerse en sus ojos, les daba un aire siniestro y espectacular.

Varios de los corrigendos presentes en la formación ya le eran familiares a Durán por haberlos visto deambular por la zona de estacionamiento del convoy, a su llegada a Hausa. Éstos seguían vistiendo las mismas prendas sucias de entonces y aún mantenían en sus rostros aquella mirada indolente y desafiante que, era seguro, debía ser el amargo despertar de cada día para más de uno de los mandos encargados de conducirlos.

Rota la formación de la Compañía, una vez finalizada la presentación reglamentaria del nuevo sargento destinado al Batallón, los pelotones de las tres secciones de corrigendos que componían la Primera Unidad del Disciplinario, además de sus escuadras de apoyo, se dispersaron bajo el mando de sus jefes respectivos para dar comienzo al horario de instrucción de orden cerrado de la mañana, uno de los momentos más tensos que cada jornada se vivían en Hausa. El sargento novato, que estrenaría pocas horas después la vestimenta de los cabrerizos, facilitada por el brigada Cortijo, auxiliar de la Compañía, inició el primer contacto con sus subordinados más inmediatos, quienes, muy pendientes de las palabras que fuera a dirigirles su nuevo jefe, al dárseles a conocer personalmente, le observaban en silencio y con curiosidad, como si de un raro espécimen de ser humano se tratara. Pronto empezaron a reflejarse burlonas sonrisas en los semblantes de la mayoría de aquellos confinados del desierto...

El aspecto singular de tres o cuatro de estos corrigendos puestos bajo su mando llamó especialmente la atención de Durán. El primero de ellos en atraer su curiosidad, individuo que mucho destacaba dentro del pelotón por su corpulencia física, tenía, entre otras más pequeñas, una extensa cicatriz que, cruzando su cara de parte a parte, se la desfiguraba sin compasión, obligando a su labio superior a estar mucho más cerca de la nariz de lo que realmente correspondía. Este cabrerizo, que no presentaba signos externos de estar pasando duras privaciones por encontrarse en el destacamento de peor régimen de vida de todo el desierto, lucía en su brazo derecho, al parecer con mucho orgullo y veneración, un gran corazón rojo salpicado de gruesas gotas del mismo color,

y su cabeza de gorila, con la nuca totalmente rapada, se escondía del implacable sol de Hausa bajo su gorra reglamentaria de instrucción.

El segundo de aquellos hombres en hacerse notar a ojos de Durán fue quien había estado haciendo algunas indicaciones y comentarios a sus compañeros más próximos en la formación, en tanto el pelotón avanzaba a paso de maniobra para situarse en el sector asignado a las dos escuadras para instrucción; y que, con su pinta de jefecillo de banda de poca monta, daba la sensación de ser individuo importante entre sus camaradas, ascendiente que era posible hiciera valer también ante el resto de la sección y de la Compañía. Su semblante duro y de mirada penetrante, aunque no maligna, dejaba entrever una personalidad poco corriente, dando en todo momento la sensación de ser, por la forma en la que había sido tratado por sus compañeros, mientras realizaban el corto desplazamiento hasta el paraje asignado para el orden cerrado de la mañana, en las pocas frases intercambiadas entre ellos, el líder indiscutible de aquella pequeña unidad disciplinaria.

El tercer cabrerizo en despertar el interés de quien acababa de tomar el mando del pelotón había sido el corrigiendo más joven del grupo, posiblemente uno de los de menor edad de toda la Compañía, que no tendría más allá de veinte años. Medio descamisado, la sandalia de su pie derecho recosida con hilos de cobre y de invisible musculatura (lo contrario que sucedía con la mayor parte de sus compañeros), sobresalía este penado de todo el conjunto precisamente por su temprana edad para ser corrigiendo y porque ni en su porte ni en su mirar, que parecían honestos y leales, podían verse actitudes o gestos provocadores o pendencieros.

Se fijó igualmente el sargento novato en quien tenía su puesto en la formación al costado derecho del hombre de la cicatriz -situadas ahora las dos escuadras en fila y en descanso frente a él-, raro cabrerizo cuyas características personales, tan distintas a las de sus compañeros de pelotón, parecían desentonar bastante en aquel mundo disciplinario, en aquella Unidad no regular del Ejército. Era este corrigiendo de estatura más bien alta, algo flaco, camisa y pantalón ajustados al cuerpo -casi nuevos-, pelo negro y ensortijado, limpio de barba..., ¡el anverso de todas las imperfecciones que podían verse en cuantos le rodeaban y con él compartían su vida en Hausa! Su edad debía de estar muy

próxima a los veinticinco o veintiséis años, pero lo que más llamaba la atención de su apariencia externa eran los rasgos físicos de su cara, demasiado suaves para que pudieran corresponder a los de un hombre y poco dulcificados para que llegaran a ser confundidos con los de una mujer; indefinido rostro cabrerizo que resultaba imposible pudiera pasar desapercibido en aquel destacamento militar sahariano, rostro cuya cercana visión pocas personas se atreverían a tachar de desagradable o repelente, como sí sucedía, en cambio, con la contemplación de la mayoría de los semblantes de sus compañeros de destierro. Sus piernas y brazos, sin vello ni cicatrices, difícilmente podrían pasar desapercibidos en tan desarraigado mundo disciplinario.

La desenfadada sonrisa y amanerados gestos que tan ambiguo personaje dedicó a su nuevo jefe cuando éste le preguntó por su nombre y situación en Hausa, al llegarle el turno de responder al breve interrogatorio abierto por quien acababa de hacerse cargo de su pelotón (dijo que le apodaban Flor, aunque en realidad su verdadero nombre era Cristóbal Murietas), convencieron a Durán de cuáles eran las inclinaciones sexuales de su subordinado -que éste no trató de ocultar en ningún momento- y el delito por el que seguramente habría ido a parar al Batallón de los corrigendos, a Hausa.

El condenado a pena disciplinaria cuya cicatriz cruzaba su cara de parte a parte, al ser preguntado por su nombre y procedencia dijo llamarse Arsenio Campos, desertor de Artillería, respuesta que fue dada con escaso respeto y deferencia hacia quien, de buena forma, le había solicitado sus datos personales. Para este cabrerizo, al parecer, estaban de más las normas dictadas por la disciplina militar.

El corrigendo que se comportaba y era tratado por sus compañeros de pelotón como líder indiscutible de aquel grupo de mafiosos, probablemente *jefe espiritual* de todos ellos, que poco antes había desafiado con inquisitiva mirada a su nuevo sargento, dijo a Durán que se llamaba Nicolás Salvatierra -"Colás para los amigos, mi sargento"-, y no dudó un solo instante en entrecruzar sus brazos con cierto desdén en el momento de serle pedido, como a todos los demás, su nombre, Arma y Unidad de procedencia.

Pedro Iniesta se llamaba el joven descamisado que, al ser interrogado también por su superior, adoptó una disciplinada

posición de firmes y procedió, cumpliendo con la indicación del nuevo responsable del pelotón, a componer su vestimenta, que pudo comprobar fácilmente no era nada penoso de llevar a cabo.

Los miembros restantes del pequeño grupo disciplinario no habían despertado mayor curiosidad en Durán que la normal que se da en estos casos y situaciones. Cuatro de ellos tenían espesa y enmarañada barba e idéntica arrogancia en sus actitudes, y probablemente habrían cumplido ya o estarían muy próximos a alcanzar los treinta años. Los cuatro ofrecían un aspecto abandonado y un cierto grado de descuido con la más elemental de sus obligaciones: la higiene personal. Completaban el pelotón dos corrigendos más, uno de los cuales, de acusado acento canario, había dicho llamarse poco antes Fernando Aliaga, que no produjeron ningún interés especial en Durán, excepto el hecho de haber podido comprobar que ambos cabrerizos parecían estar de vuelta de cuanto aún les quedaba por aprender al resto de sus compañeros. Todos los rostros tenían, eso sí, la piel reseca y quemada por el sol sahariano, y varios de ellos mostraban ligeros cortes o pequeñas heridas a medio cicatrizar en sus labios, molesto tributo que estaban obligados a pagar por su destierro disciplinario.

Con el ánimo un poco encogido al comprobar los efectos que el sol de Hausa y la dura vida que allí se llevaba habían ocasionado en los componentes del pelotón de corrigendos que le acababan de asignar, pequeños estragos que tampoco habían podido ser salvados con éxito por algunos de los mandos del Batallón, Durán no pudo evitar el recordar a sus antiguas escuadras de Ifni, al pelotón que había tenido bajo su mando mientras estuvo destacado en la provincia africana situada más al norte del territorio con la misión de tomar parte activa en la defensa estática de su capital. ¿Cómo salvar la gran diferencia existente entre aquellos magníficos soldados y compañeros y estos hombres aparentemente tan desarraigados que debían cumplir una pena disciplinaria en pleno corazón del Sáhara?...

Durán era consciente de que acababan de poner en sus manos una papeleta muy difícil de resolver como jefe y responsable de Colás, Arsenio, Iniesta, Flor... Una responsabilidad que en aquel tórrido lugar duraba las veinticuatro horas del día, y que la edad, forma de actuar y antecedentes de algunos de los miembros de su nuevo pelotón no eran precisamente iguales o similares a los que habían identificado a sus antiguos subordinados y camaradas de

Ifni; jóvenes aquellos con parecidos problemas a los suyos, personas que valoraban mucho las cosas positivas de la vida, leales y disciplinados, excelentes compañeros, amigos sinceros...

Frente a él tenía, pues -¡por fin!-, a su pelotón de cabrerizos; individuos tan idénticos entre sí y tan dispares al mismo tiempo: mal uniformados, irritantemente altivos, libres de cualquier interés por guardar debidamente la marcialidad de la fila y con aquel gesto mordaz y provocativo que constantemente iluminaba sus semblantes, burlonamente atentos a escuchar cuanto fuera a decirles, tras estrecharles la mano (detalle que a todos dejó algo sorprendidos), para más tarde criticar sin piedad cuanto les hubiese expresado.

Durán sabía perfectamente que aquellos hombres, aunque bien lo disimularan, se encontraban muy pendientes de las palabras que fuera a dirigirles, y no debía, por tanto, decir cosa alguna que luego pudiera ser interpretada de forma diferente a lo que realmente correspondía.

El nuevo sargento del Cabrerizas había estrechado la mano callosa y áspera de los corrigendos (excepto la de Flor, que era de tacto bien distinto), y no había notado en este apretón de manos la desagradable y molesta sensación que en principio había esperado. Hasta creyó ver en algunos de aquellos rostros cierto respeto y agrado hacia su persona. ¡Un más que seguro espejismo en medio del desierto!

El suboficial novato procuró concentrarse al máximo en sus palabras de presentación, que con serenidad y buen modo empezó a dirigir a sus subordinados, intentando en todo momento que no saliera de su interior la timidez que a menudo se agolpaba en sus mejillas, cuando tenía que hablar ante gente que no conocía -¡ay, qué mal lo pasaba en esos instantes!-. Pensaba Durán muy convencido que no era fácil que tal defecto se le notara demasiado, aunque sí se daba cuenta, en ocasiones, y mucho, de aquella especie de calor sofocante que empezaba a subirle por la nuca e iba a estallar con verdadero estrépito en su cara, formándose allí multitud de pequeñas gotas de agua, ¡disparándosele entonces el corazón como un cohete!

-Como ha dicho el capitán -dijo, tras haberse presentado con su nombre, grado y procedencia-, vengo destinado al Disciplinario como un miembro más del Batallón y de la Compañía. Me gustaría que nos lleváramos bien y que reinara entre nosotros una buena armonía. Sé que vuestra situación aquí, en el Cabrerizas,

es bastante penosa y que no es nada fácil de sobrellevar la condena a Cuerpo de Disciplina que os ha traído hasta Hausa por algún tiempo, para desgracia vuestra -carraspeó un poco, tragó saliva y prosiguió-. No voy a exigir os que seáis ejemplares soldados, porque sé que eso no es fácil de conseguir para vosotros, y menos aún en este inmenso Sáhara en el que nos encontramos; pero sí que cumpláis lo mejor que podáis con lo que se os mande en cada momento y que nuestro pelotón no sobresalga de los demás en el Destacamento por su mal comportamiento.

Hubo varias toses y pequeños movimientos en la fila.

Durán, sin dar demasiada importancia a estas pequeñas irregularidades, continuó hablando:

-Ya nos iremos conociendo poco a poco y trataremos de ver la mejor forma de llevarnos bien y, al mismo tiempo, de cumplir adecuadamente con nuestras obligaciones...

Nadie dijo nada. Todos miraban impasibles al nuevo sargento, en cuyo rostro se observaban ligeros síntomas de nerviosismo, mientras les dirigía la palabra. La opinión de la mayoría no ofrecía duda: ¡Un coñazo de sargento! ¡Sería gilipollas!...

Buena parte del pelotón se preguntaba para sus adentros, con palabras exentas de cualquier tipo de censura, qué cojones pintaba allí, en el Disciplinario, un sargento tan estirado y recién salido de la Escuela. Su actitud y forma de hablar eran bien distintas a las que ellos estaban acostumbrados a soportar en el Destacamento, y tal cosa casi les molestaba. ¿Les estaría tomando el pelo aquel cantamañanas con su estúpida ñoñería, con aquellas parrafadas tan bobaliconas? ¡Pronto sería carroña del desierto!

Durán terminó sus palabras de saludo con unas cuantas advertencias y recomendaciones -¡que bien poco serían tenidas en cuenta por aquella clase de soldados!-, tras las cuales ordenó ponerse firmes a sus hombres y que todos cogieran las armas que con anterioridad habían apoyado en el suelo formando pabellones.

Lo peor de todo acababa de pasarlo...

I I I

-¡Hostias, cabronazo! ¿Quieres dejar la cantimplora en su sitio de una puñetera vez? ¡Te voy a...!

Arsenio, el Cicatrices, había sido rotundo y contundente en sus amenazas, y Darío, prudente y sensato, no se hizo repetir de nuevo lo que para él constituía, de todas a todas, una tajante orden. Sabía que su compañero de escuadra tenía muy malas pulgas, y no era conveniente, por tan sólo un miserable trago de agua, soliviantar los humos e iras de quien muy poco necesitaba para que su aguante y paciencia saltaran por los aires.

Colás, recostado en su litera, sonriente y divertido, observó en silencio cómo Darío dejaba rápidamente la cantimplora encima de la cama del sevillano y, tras alzar los hombros con gesto indiferente, salía al exterior del alojamiento sin decir ni una sola palabra. “¿Para qué enfrentarse al Cicatrices por tan poca cosa?”, se dijo con resignación el amenazado.

Las seis de la tarde en Hausa era buena hora para que el incombustible Murietas, cuarto hombre del grupo mandado por Colás, al no haber cabos destinados en el pelotón, se dirigiera hacia el pozo de agua salobre del Destacamento y realizara allí su habitual colada de la mayoría de los días; por lo que, puesto Flor en cuclillas junto al umbral del pequeño habitáculo que compartía con sus compañeros de escuadra, iba metiendo con gran parsimonia, casi de forma ceremoniosa, en un viejo saco de tela color verdoso y en un par de cubos abollados de aluminio, la ropa sucia que minutos antes le habían entregado quienes con él cumplían condena en el Cabrerizas. Flor tenía asumida voluntariamente, casi con verdadero placer, la ingrata labor de mantener limpias las prendas de vestir de sus compañeros de escuadra -una escuadra bastante singular, ciertamente-, y muy gustosamente, casi todos los días de la semana, de la misma forma que lo hacían otros miembros cabrerizos del Disciplinario, se acercaba hasta el pozo de agua salobre del Destacamento para realizar aquella tarea y poner así un poco de higiene en las sucias indumentarias de los hombres que dormían bajo su mismo techo.

Al igual que ocurría con diferentes corrigendos de idénticas inclinaciones a las suyas, Flor no siempre era bien recibido en el

improvisado lavadero del Batallón por quienes en aquellos instantes lavaban allí sus ropas y aseaban sus cuerpos. Estos cabrerizos presentes en el lavadero, generalmente los mismos y a la misma hora, solían acoger la presencia de Murietas con no pocos insultos y amenazas, que Flor, como si tales individuos no existieran en Hausa, como si las injuriosas y humillantes palabras con las que era obsequiado cada día junto al pozo de agua salobre no fueran dirigidas contra su persona, procuraba ignorar con la mejor de sus sonrisas, no osando jamás darse por enterado ante semejantes manifestaciones de rechazo, huyendo en todo momento de dar respuesta adecuada a tantas provocaciones. ¡Hubiera sido peor para él no proceder de esa forma!

Un par de horas solía permanecer Murietas en su misión de *purificar* la ropa de toda la escuadra, y luego regresaba al interior de la antigua posición defensiva para, una vez tendidas todas las prendas que había lavado aquella jornada, acudir a la cantina del Cabrerizas y pasar allí, pegado a la barra, o bajo el techo de su cobertizo de chapa agujereada, normalmente en compañía de otros miembros de su pelotón -desgraciadamente no todos siempre en buena armonía-, el poco tiempo libre que aún le quedaba hasta la llegada del toque de fajina para acudir a la formación de la cena.

La tarde del 11 de mayo, día en que a su pelotón se le había asignado nuevo jefe, una tarde más de las muchas que ya llevaba cumplidas en el Disciplinario, con más trabajo que en otras ocasiones y con sus cotidianos *aduladores* haciéndole la vida imposible, Flor pasaba sus acostumbrados apuros intentando ignorar las puyas y obscenidades con las que varios de sus compañeros corrigendos le obsequiaban en medio de no pocos gritos y risotadas, mientras unos y otros se arrojaban cubos de agua sobre sus desnudeces. Sin perder nunca la calma, procurando agilizar al máximo su colada para no permanecer en aquel lugar más tiempo del necesario, Cristóbal Murietas, Flor para todo el Destacamento, haciendo caso omiso a cuanto le rodeaba, siempre con la esperanza de tener una vida más digna cuando saliera del Cabrerizas, intentaba olvidar las voces y carcajadas de quienes le hacían objeto de su más implacable desprecio, dejando que su imaginación y pensamientos, ¡libres!, volaran más allá de los confines de Hausa, escapando del infernal destierro que padecía en el Disciplinario, en el Sáhara. ¡Era tan dura aquella cárcel de arena y tierra petrificada!...

Pedro Iniesta, cuya espalda todavía se resentía de la aparatosa caída que había sufrido días atrás realizando diversos ejercicios de gimnasia, aunque verdad era que, por su mucho amor propio, procuraba que este pequeño accidente no se notara demasiado entre sus compañeros, tumbado en la litera contigua a la de Colás, con las manos cruzadas debajo de la nuca y su pie derecho apoyado en el suelo, pensaba en el nuevo sargento que se había hecho cargo del pelotón aquel mismo día. Sinceramente, no veía en él a un posible enemigo...

-¿Qué te parece nuestro nuevo jefe de pelotón? -preguntó al Cicatrices, que en esos momentos revolvía nervioso en el interior de su petate-. ¿Crees que nos complicará mucho la vida?

-¿Quién? ¿Ese cursi giboso? -respondió el sevillano con indiferencia, casi con verdadero menosprecio, sin dejar de rebuscar entre sus pertenencias.

-Sí.

-Podría ser. Estos tipos recién salidos del cascarón lo primero que persiguen cuando llegan a un destino como novatos es ganar puntos positivos ante el mando, y si para lograrlo necesitan complicarte la vida, pues te la complican y en paz. Ahora se le ve cara de cordero degollado, como a todos los de su clase al principio, pero ya verás lo poco que tarda en transformarse en lobo rabioso. ¡Puedes estar seguro de ello!

Colás, que estaba tumbado en su litera leyendo una novela del oeste, clase de lectura a la que era muy aficionado, volviéndose hacia sus compañeros, dijo:

-A mí me da la impresión de que nos han enviado a un tío la mar de remilgado, que tiene una vena de imbécil que no hay quien lo aguante. Aquí, en Hausa, con palabras y frases angelicales como las de esta mañana, no se va a comer un rosco... ¡Veréis cuando entre de semana y tenga que enfrentarse al Cejas y a toda la chusma que siempre le acompaña! ¡Se va a derretir de gusto!...

Iniesta, nacido en Espinardo, cuya instrucción militar básica la había recibido en Alcantarilla, de donde había desertado a los dos meses de obtener el título de cazador paracaidista por no haber podido resistir ni un día más la dura vida de la Bandera -¡aún lo tenía muy grabado en su cerebro!-, volvió a tomar la palabra, ahora con mayor convencimiento.

-Yo pienso que no vamos a tener muchos problemas con él. La verdad es que a mí me ha caído bastante bien; parece que es un tío leal y sincero. Podría habernos tocado otro peor, ¿no?

Arsenio, el sevillano, localizadas por fin las pequeñas tijeras que con tanto interés había estado buscando en el fondo de su petate, arrugando la frente en un gesto de claro desacuerdo con su compañero de escuadra, gesto que hizo resaltar más todavía la cicatriz que atravesaba su cara de parte a parte, contestó al murciano sin mayor interés ni entusiasmo:

-Mejor habría sido que hubiera continuado con nosotros el cabo primero Bonín. ¡Ese cabrón sí que sabe montárselo en grande!... ¡Y eso que parece tonto del culo! ¡El muy bastardo!...

Darío, ausente unos minutos del habitáculo que compartía desde hacía meses con los miembros de la primera escuadra del pelotón que ahora mandaba el sargento novato, quinto y último hombre de esta pequeña unidad, apareció de nuevo frente a la entrada del dormitorio subterráneo. Como tenía por costumbre, bajó rápidamente los escalones que daban acceso al alojamiento y fue directo a su litera, sin que de su boca saliera palabra alguna. Prácticamente nunca decía nada. Todo lo más que sus compañeros conseguían escuchar de sus labios era un *sí* o un *no*, cuando éstos, sobre todo el Cicatrices, le permitían que metiera baza en sus conversaciones, cosa que, por suerte o desgracia para él, no ocurría muy a menudo.

Desde luego no se podía decir que Darío, extremeño de Badajoz, fuera propietario de una mente privilegiada, o que las escasas palabras que salían de su particular oratoria constituyesen bálsamo milagroso para quienes tuvieran la suerte de escuchar su lacónico discurso; de eso no cabía la menor duda. Como mucho, algunos cabrerizos le atribuían, además de su ya conocida discreción y buen compañerismo para con toda su escuadra, que eso sí lo tenía acreditado, una prudente sensatez en su comportamiento que resultaba poco acorde, según pensaban los menos cercanos a su pelotón, con su corto razonamiento; conducta que le caracterizaba un día sí y otro también ante el resto de sus compañeros, aunque tal prudente sensatez, infortunadamente para él, fuera aprovechada con frecuencia y de mala manera por más de uno de sus taimados y venenosos camaradas, casi siempre de otros pelotones, que lograban entonces fastidiarle impunemente, menospreciando de forma poco juiciosa estos individuos la notable fortaleza física de quien, a

pesar de la nobleza de su espíritu, también tenía su geniecillo escondido, de muy mal despertar cuando alguien acababa con su infinita paciencia. Sin embargo, la falta de personalidad de Darío y el no muy ponderado equilibrio que ponía en la toma de sus decisiones más importantes, habían sido precisamente las causas por las que cierto día se vio arrastrado a participar en el absurdo e improvisado robo a un modesto estanquillo de Leganés (como aquello de "aquí te pillo, aquí te mato", o algo parecido), hacía ya varios años de tal suceso, junto a otro no menos ignorante paracaidista de la Bandera; lo que, después de pagada una corta condena por tan disparatado delito (corta condena gracias a que carecía de antecedentes penales y en su expediente militar figuraba "buena conducta"), le había llevado, como a los demás penados de Hausa, de cabeza al Disciplinario.

La espesa barba negra que cubría el rostro de Darío, por lo general algo sucia y descuidada, ocultaba unas facciones que casi todos sus compañeros tenían por bonachonas; mas su intelecto, huérfano de una firme voluntad para controlar la mayor parte de sus actos, la pasión que ya desde niño sentía por el alcohol y el dinero, ¡y las malas compañías!, le habían privado hasta entonces del necesario discernimiento para saber distinguir en cada momento las buenas de las malas acciones. Los meses que llevaba Darío en Hausa le pesaban como una losa, y cada vez le resultaba más difícil soportar las pesadillas que sufría algunas noches. En estos nada agradables sueños casi siempre aparecía el Cicatrices con sus imprecaciones y amenazas, Colás con sus frialdades e indiferencias, y, como no, el extravagante Flor, siempre esquivando su presencia como si fuese un apestado. A Iniesta, de continuo buen compañero y amigo, y no es que no lo fueran los otros miembros de la escuadra, que sí que lo eran, aunque a su manera, pocas veces lo encontraba en aquellas esperpénticas ensoñaciones suyas, y, de encontrarlo en ellas, siempre permanecía en un segundo plano, como si fuera imparcial observador de tan estrafulario grupo. Únicamente su escuadra se apretaba como una piña en torno a su persona, cuando, de pronto, apareciendo estos individuos en medio de grandes nubarrones, tenían que enfrentarse al Cejas, al Tirabuzones y a todos aquellos compinches que nunca les abandonaban, corrigendos indeseables del pelotón de Bernardo, de la tercera sección de la Compañía, que se hacían de oro negociando con el hachís que compraban a un moro renegado de Smara que de vez en cuando se dejaba caer

por las inmediaciones del Disciplinario conduciendo su viejo “Chevrolet” color marfil para hacer secretos negocios con la tropa cabreriza (nativo que muy pocas simpatías despertaba entre las buenas gentes de Hausa, que mucho le rehuían), sucios negocios que tan perfectamente sabían ocultar a los ojos de los oficiales y suboficiales del Batallón. Darío, no le daba vergüenza reconocerlo así, era uno de los numerosos *pecadores* que se arrastraban por el Destacamento dominados por la droga, viéndose obligado, mal que esto le pesara, a agradecer para sus adentros que la maldita canalla de Bernardo tuviera la facilidad que tenía para introducir en el Disciplinario aquellas sustancias aromáticas tan deseadas por muchos cabrerizos, pues gracias a esta libertad de movimientos de que gozaban tales bandidos, él y otros compañeros de su sección, que igualmente estaban esclavizados por la hierba, lograban obtener el *estímulo* necesario para resistir con paciencia la explosiva vida de Hausa, aunque no siempre dispusieran del dinero suficiente para poder hacer frente a lo que ya era una necesidad imperiosa, que a veces les hacía perder la poca cordura que aún les quedaba, aunque bien supieran disimularlo.

Y no es que fueran los mandos del Batallón, en su conjunto, quienes más les incordiaran y crucificaran en Hausa con su maltrato o forma de conducirlos, no; eran el desértico lugar en el que se encontraban, el insoportable calor de cada día, la rigidez de la disciplina militar, la mala vida que a todos daba el siroco, el, en ocasiones, pésimo entendimiento con otros corrigendos de la Compañía, algunos de ellos dotados de mil esquizofrenias y perversidades; la soledad del Destacamento, las privaciones, la falta de auténtica amistad y camaradería en Hausa..., todo eso y algo más era lo que verdaderamente determinaba que su estancia en el corazón del desierto fuera dura de soportar, tanto para él como para sus compañeros del Disciplinario. Todavía le quedaban siete meses de permanencia en el territorio, siete meses de infierno en el Cabrerizas, y a veces pensaba que no llegaría hasta el final en el cumplimiento de su pena accesoria. En realidad, se lo confesaba amargamente para sus adentros, poca cosa le esperaba fuera de aquel sórdido territorio...

Colás, desde su cama, ya a punto de abandonar el alojamiento subterráneo que compartía con su escuadra para dirigirse a la cantina a tomar un par de copas, como hacía muchas tardes, según estuviera la *bolsa* de repleta, pidió un cigarrillo a Pedro Iniesta,

y éste, que nunca decía no a las peticiones de su jefe, le tendió el paquete de tabaco que acababa de dejar sobre el estante de madera clavado entre las dos literas dobles del habitáculo, justo entre la cama de su compañero y la suya propia; la otra litera, la sencilla o de una plaza, la que pertenecía a Murietas, quedaba a la derecha de la ocupada por Colás, según se miraba de frente desde el hueco que permitía la entrada al dormitorio bajo tierra, por lo que el jefe de la escuadra dormía entre Iniesta, que quedaba a su derecha, y Murietas, que dormía a su izquierda. Las literas superiores las ocupaban Darío encima de la de Colás y Arsenio teniendo debajo de la suya la de Iniesta.

Colás, jefe provisional del grupo, responsable por tanto de cuanto ocurriera en el interior de lo que pocos años antes había sido un dormitorio de campaña, antiguo y brillante estudiante de bachillerato, fracasado en la vida a causa de su gran afición al buen vivir y a la poca inclinación que sentía por realizar esfuerzos y sacrificios para alcanzar mayores objetivos, fuerte de carácter y espíritu que le habían empujado años atrás a enfrentarse a individuos de mala catadura, había ido a parar al Cabrerizas por culpa de una pelea acaecida en su madrileño cuartel de Infantería, pelea en la que, junto a otro compañero y paisano suyo, el cántabro Anselmo Ridruejo, había mandado al hospital, con graves heridas que estuvieron a punto de ocasionar la muerte a uno de ellos, a dos cabos veteranos del Cuerpo, quienes, según la versión dada por Colás y su compañero al juez instructor de la causa, después de producidos los hechos, les habían estado provocando constantemente con sus galones.

Natural de Santander, pero criado y educado en Madrid desde que contaba con tan sólo seis años por traslado de sus padres a la capital de España para hacerse cargo el cabeza de familia de una importante representación de maquinaria agrícola, Colás soportaba lo mejor que podía su estancia en el Cabrerizas y a nadie confiaba sus verdaderos sentimientos e inquietudes, que estaban plagados de pesares y arrepentimientos, que él bien disimulaba bajo aquella apariencia fría y reservada. En realidad, era un buen tipo, hijo mal criado y peor acostumbrado, pero que, sabiendo que en aquel ambiente y lugar, en Hausa, al débil lo inmolaban, escondía bajo una capa de hielo su auténtica persona. Cuando en la penumbra de la noche sahariana, abandonado a los más gratos recuerdos de su infancia, dejaba escapar su verdadero yo, su rostro se suavizaba y del brillo metálico de sus ojos

desaparecía aquella gélida mirada que tan mala fama le daba en la Compañía. Lamentaba profundamente lo que había sido hasta entonces de su vida y tenía como firme propósito emprender una nueva andadura cuando regresara al mundo que tanto añoraba -¡el mundo de los seres humanos!-, dejando para siempre aquellos siniestros parajes. Su diario vivir en Hausa a veces le atormentaba, pero estaba decidido a salir victorioso de aquella dura prueba, fuera como fuese; ¡sólo le quedaban ocho meses de martirio, que debería superar con esfuerzo y entereza si quería volver con los suyos y comenzar el nuevo camino que se había trazado! Afortunadamente, seguía resistiendo con tenacidad y coraje el dulce canto de la droga y el hostil mundo que por todas partes le acechaba. Dentro de lo que cabía, y para su bien, en su pelotón no disfrutaba de malos compañeros, pues Arsenio el Cicatrices, típico producto de los bajos fondos sevillanos, de mal carácter, agresivo y pendenciero, amante del hachís, como Darío, a veces repulsivo en su trato y conversaciones, tenía, cosa rara en él, un punto de equilibrio en su comportamiento que pocas veces se lo saltaba; y esto hacía que, si no un buen entendimiento entre ambos, sí existiera al menos una especie de límite o barrera en sus relaciones dentro del pelotón, que jamás, o al menos hasta entonces, se había sobrepasado. Iniesta y Darío, el primero de ellos buen muchacho y excelente camarada, ¡limpio de pecado, a pesar de estar donde estaban!; y el segundo, siempre callado y silencioso, aunque demasiado amante de la droga, vicio que él mismo le recriminaba sin complejos a menudo, igual que hacía con el Cicatrices -¡estaban destruyendo inútilmente su salud física y mental!-, eran personas con las cuales se podía convivir sin muchas complicaciones, que raramente le ocasionaban serias dificultades en el cumplimiento de sus responsabilidades como jefe de escuadra en Hausa.

Flor, sin embargo, había significado su primer gran disgusto en el Cabrerizas, pues le contrariaba enormemente tener que compartir su alojamiento e intimidades con un corrigendo de sus inclinaciones; mas, no pudiendo elegir a quienes con él debían formar su escuadra y pelotón, y por tanto dormir bajo su mismo techo, no había tenido más remedio que admitir la cercanía de esta clase de cabrerizo, y soportar, especialmente durante las primeras semanas que siguieron a su llegada al Destacamento, que aquel corrigendo tan sumiso, aquel marica declarado, tuviera su litera a tan sólo medio metro de la suya. Ahora ya no le

importaba en absoluto esta circunstancia, y hasta en cierto modo se sentía arrepentido de su estúpido disgusto de aquellos primeros días, al verse alojado en el mismo *huevo* que Murietas, dado el buen carácter que éste tenía y las muchas y pequeñas tareas que constantemente realizaba en beneficio de quienes con él compartían su dormitorio: lavado de ropa, barrer y tener limpio para las revistas de los sábados el alojamiento de la escuadra, repasar algunas de sus prendas...

Únicamente le molestaba un poco de tan singular compañero la excesiva atención que de cuando en cuando le prodigaba, y no sólo a él, sino también a otros componentes del pelotón, incluso de la sección y de la Compañía, impropias de un hombre que estuviera en su sano juicio; aunque, finalmente, siendo Murietas de tan especial naturaleza, lo mismo que sucedía con otros corrigendos que deambulaban por Hausa, también condenados a Cuerpo de Disciplina por delitos cometidos contra el honor militar, a su juicio de mucha menor calidad que Flor, admitía que aquel comportamiento fuera normal en su compañero y que éste actuara, por tanto, de forma tan *disparatada*.

Era tal la apariencia física de Flor, tal su forma de expresarse y de moverse en sus idas y venidas por el Destacamento, que a algunos de los corrigendos del Batallón, no obstante criticar con dureza esta conducta afeminada de su compañero, les resultaba difícil no sentirse en cierta forma atraídos por su conversación y viveza, habiendo incluso desterrados que buscaban sin pudor su compañía, aunque Murietas, en todos los casos, rechazaba lo que otros, con mayor o menor discreción, perseguían.

Colás, mal que esto le contrariara profundamente, pues era hombre de serios principios, no podía evitar que sus ojos, a la luz de la vela que alumbraba cada noche la reducida estancia que compartía con los demás miembros de su escuadra, observaran el cuerpo, a veces medio desnudo, de tan especial compañero, siempre en furtivas miradas. A las líneas casi femeninas que poseía Flor, había que añadir la machacona costumbre que éste tenía de echarse uno de aquellos olorosos perfumes que guardaba en su petate, lo que complicaba más aún aquel estado de cosas.

En las numerosas y desordenadas conversaciones que con frecuencia mantenían los cinco hombres de la escuadra, cuando esperaban a que el sueño les sacara por unas horas de Hausa, siempre había un momento en el que Flor pasaba a ocupar el centro de todas las atenciones. Unas veces se debía este hecho a

las pequeñas quejas e incidentes que surgían entre los ocupantes del habitáculo por culpa de los deberes *hogareños* asumidos voluntariamente por Flor para con el grupo; otras, eran las provocaciones e insultos que dirigían a Murietas los menos tolerantes de sus compañeros, quienes no perdonaban ni asumían del todo el comportamiento de aquel miembro de la escuadra, especialmente Arsenio el Cicatrices, que no pocas veces le hacía objeto de los más duros y salvajes exabruptos, pero que al mismo tiempo no podía ocultar que un extraño resplandor se reflejara en sus ojos cuando observaba discretamente a quien se encargaba de mantener limpios su alojamiento y parte de sus vestimentas.

Flor, sin embargo, no se sentía culpable por su falta de integración en la escuadra, ni tampoco se consideraba responsable del gesto de contrariedad que de cuando en cuando descubría en algunos de los componentes de su pelotón; quienes, como casi todo el mundo en Hausa, rechazaban de plano su condición de homosexual, pues él era así y, por mucho que otros se lo reprocharan, nada ni nadie podría hacer que cambiara, a pesar de que también su conciencia y espíritu lo desearan.

Desde que había empezado a tener uso de razón, desde su primer recuerdo de la niñez, Murietas jamás se había sentido atraído por el sexo femenino, y sí, en cambio, por el masculino; dándose cuenta en todo momento de que esta anormal desviación de su instinto y personalidad le iba convirtiendo día a día en un extraño ser, siempre perseguido por infinidad de burlas y desprecios. El no poder ocultar ni disimular lo que tan claramente saltaba a la vista, le había ocasionado hasta entonces no pocos problemas y disgustos, pero ahora, con el paso de los años, ya se había acostumbrado a aquellos malos ratos y a soportar con buen ánimo y paciencia las mil y una trastadas de las que era objeto en todas partes, particularmente en esta etapa suya del Cabrerizas, sin querer decir con ello que fuera totalmente desgraciado en el Disciplinario; aunque verdad era que echaba bastante de menos a su Barcelona del alma y a sus amigos de tantos años que allí esperaban su regreso. Su vida había sido hasta entonces un cúmulo de penalidades y desventuras que le habían hecho desgraciado. Rechazado por su familia y denigrado por todos aquellos a los que había querido y respetado desde niño, Murietas no tuvo más remedio que, a los quince años, con gran dolor suyo, y bajo el pretexto de ir a trabajar de pinche de cocina a un restaurante de una tía de su madre que vivía en las

afueras de Barcelona, huir de su pueblo natal para siempre, dejando atrás mucho amor y no pocas humillaciones. Había llegado a tal punto de su existencia en aquel pueblo maldito que ya no podía resistir por más tiempo los insultos que, cada día con más saña, le habían empezado a acompañar desde que cumpliera los nueve años. ¿Por qué era él distinto a los otros chicos de su edad?, se había preguntado con angustia en numerosas ocasiones... ¿Por qué sus sentimientos amorosos de joven adolescente no se orientaban hacia las chicas del lugar, como ocurría con sus amigos de la infancia, siendo lo lógico y natural, y sí volaban en cambio con obsesión enfermiza hacia aquellos que le rechazaban con desprecio y le humillaban cuanto podían, sin que nada pudiera hacer por evitarlo?, se había interrogado a menudo frente al espejo, con profunda tristeza... Había estado a punto de suicidarse en más de una ocasión, la primera de ellas al cumplir los doce años y tomar plena conciencia de lo que era y de lo que le aguardaba en el futuro, siendo un..., ¡nunca quería poner aquella maldita palabra en su boca!, pero jamás había tenido el valor suficiente para quitarse la vida. Lloró muchas noches, durante muchas semanas y meses... Hacía tremendos esfuerzos por intentar cambiar lo que para su mente y su cuerpo era natural comportamiento, pero que para quienes vivían cerca de él venía a ser despreciable y monstruoso. ¿Qué podía hacer él, si no era capaz de disimular *aquello* que le identificaba con, según los más crueles comentarios, un ser maligno de la naturaleza, que tanto le trastornaba por hacerle sentirse culpable de algo espantoso que jamás había cometido y que no podía arrancar ni de su sangre ni de su alma, por mucho que lo intentara? ¡Hubiera dado media vida por no ser como era! -¡toda la vida!-, por poder disfrutar unas pocas semanas de la amistad de la gente que amaba sin estar marcado por aquellos rasgos diferenciadores que tanto le discriminaban, angustiendo su existencia.

Al fin, harto de tanta vergüenza, sin valor alguno para poner fin a aquel terrible drama que le martirizaba, había optado, presionado más que nadie por su propio padre, por la solución que siempre resulta más fácil de tomar en las adversidades: la huida hacia adelante.

En Barcelona, ciudad importante y populosa, encontró una libertad y tolerancia hacia su desgracia jamás por él conocida, pero no tardó en caer en manos desaprensivas que pronto

supieron aprovecharse de su juventud e inexperiencia. Conforme fue cumpliendo años, dieciséis, diecisiete, dieciocho..., ya asumida por completo su homosexualidad, desterrados con dolor y sufrimiento su propia estima, dignidad y sentimientos, buscó sacar el mayor provecho posible a cuanto le rodeaba, entrando de lleno en un mundo que le repugnaba pero que al mismo tiempo le atraía: la prostitución masculina.

Con la adolescencia, y seguramente a causa de algún desequilibrio hormonal o de otra índole que él no comprendía, el particular mundo de fantasía de Cristóbal Murietas, que hasta los diez u once años había sostenido dura lucha para mantenerse identificado con su propio sexo, empezó a sufrir serias alteraciones de conducta que, junto al timbre de su voz y a lo equívoco de sus ademanes, hicieron que cada día le resultara más difícil de disimular lo que tan claramente saltaba a la vista. ¿Para qué ocultarlo, entonces?, se había repetido con machacona insistencia, lleno de amargura y pesar...

A Flor no se le podía considerar una especie de travestido, no. Él aceptaba sin prejuicios sus atributos masculinos y no tenía obsesión enfermiza por llegar a ser confundido con una mujer. De tiempo en tiempo, allá en su añorada Barcelona, gustaba de vestir algunas de las prendas femeninas que le convertían por unas horas en lo que siempre había soñado ser: una joven de agraciada belleza, y con ello se conformaba.

Sus experiencias sexuales jamás las había llevado a cabo Murietas con el sexo femenino, en cuyo seno tenía muy buenas amistades, y no porque no hubiera tenido nunca a varias de sus incondicionales amigas dispuestas a todo lo que él les hubiese pedido al respecto, sino porque sus pensamientos y deseos no le exigían aquella relación de pareja que a otros obsesionaba. Una de estas experiencias sexuales, para desgracia suya realizada dentro de la milicia -¡de lo que nunca se arrepentiría bastante!-, le había conducido precisamente a la situación de corrigiendo en la que ahora se encontraba, cumpliendo pena de tres años en Cuerpo de Disciplina por, según rezaba su sentencia: "Cometer actos deshonestos con individuos del mismo sexo", acción entre las más deshonorosas dentro del Ejército, considerada grave delito en las Fuerzas Armadas. ¡Ahora estaba pagando aquel inmenso descuido! Pero..., ¿por qué delito?, se había preguntado miles de veces, sin obtener respuesta...

Flor, a punto ya de finalizar su colada del día junto al pozo de agua salobre, había estado dando vueltas a mil deseos y pensamientos, sin poder abandonar en ningún momento la realidad del lugar donde se encontraba. Minutos antes, una vez abandonado el palmeral por quienes le habían estado torturando toda la tarde con sus insultos y amenazas, había aprovechado él mismo para echarse unos cuantos cubos de agua sobre su cuerpo y asearse; pues, lo reconocía sin complejos, la limpieza corporal era una de sus más claras obsesiones. Le molestaba enormemente el olor a sudor que con frecuencia se veía obligado a soportar en su alojamiento subterráneo, por lo que no se cansaba nunca de aconsejar a sus compañeros de habitáculo que se lavaran cuanto pudieran, especialmente los sábados y domingos, para combatir mejor el fuerte calor del Destacamento. Él siempre procuraba predicar con el ejemplo y nadie podía decir en Hausa que no cumpliera a rajatabla con la recomendación y consejo que continuamente daba a los componentes de su escuadra, incluso de su pelotón.

Concluida su colada, Murietas cogió los cubos y el saco llenos de ropa limpia y se dirigió hacia el interior de la antigua posición defensiva para, como tenía por costumbre, tender en el exterior del habitáculo subterráneo en el que dormía cada noche las prendas recién lavadas. En su recorrido hacia el área del puesto de mando se cruzó con varios corrigendos de la Segunda Compañía que se encaminaban presurosos hacia el lugar que él abandonaba, con la firme intención en sus rostros de enfrentarse a unos buenos cubos de agua, ya que, según pudo observar Flor en sus caras, todos iban sudando como verdaderos cerdos, posiblemente por haber estado participando en algún reñido encuentro de fútbol, deporte al que eran muy aficionados la mayoría de los desterrados del Cabrerizas. Además de dedicarle las risotadas y gestos ofensivos acostumbrados al cruzarse con él, quienes llegaban al pequeño palmeral regado por las aguas salobres de aquel mísero paraje no dudaron en obsequiarle con un sinfín de retahílas de la peor especie, a las que Murietas, contrariando con esta actitud a sus compañeros cabrerizos, no hizo el menor caso. ¡A Flor le importaban bien poco tales letanías! ¡Hacía ya muchos años que habían dejado de importunarle!...

Las noches saharianas, por lo general tranquilas y silenciosas, agradablemente frescas hasta que llegaban las primeras horas de

la madrugada, en las que de vez en cuando helaba, invitaban a todos los miembros del Batallón a permanecer largo tiempo fuera de los alojamientos. Como era difícil conciliar el sueño en los dormitorios subterráneos por el todavía fuerte calor reinante en los habitáculos después del toque de silencio, se toleraba la permanencia en el exterior de los *huevos*, siempre que no se alterara en ningún momento la paz y sosiego a que obligaba dicho toque. Muchos de los corrigendos aprovechaban entonces la quietud y buena temperatura de las noches de Hausa, pasada la hora del control nocturno, para, tumbados sobre los colchones de paja que sacaban del interior de sus chozas ocultas bajo tierra, evadirse con verdadera ansia del constante ahogo que significaba la vida diaria del Disciplinario, dejando volar hacia el firmamento estrellado, hacia los brillantes puntos luminosos que se dibujaban en el cielo africano, con absoluta libertad de espíritu y sentimientos, su imaginación y ansias de futuro. Hasta las once o doce de la noche, las conversaciones giraban por lo general en torno a los hechos más señalados que se habían producido durante el día en el Destacamento; después, en espera de que el frío sahariano hiciera acto de presencia en Hausa, a la una o dos de la madrugada, cada cual se volcaba en sus más recónditos pensamientos. Pocos se preocupaban de lo bueno o malo que les había traído el tiempo pasado para hacer examen de conciencia, y sí, en cambio, todos soñaban despiertos con que pronto llegaran sus últimos minutos de permanencia en el Disciplinario, en el desierto. ¡En el fin del mundo! ¡Qué día más grande sería ése!...

En la oscuridad de la noche, no habiendo barreras físicas que lo impidieran, algunos de los corrigendos se reunían en pequeños grupos afines en determinados y escondidos rincones de la antigua área defensiva, siempre alejados de lugares habitados, como muy bien podían ser los alojamientos subterráneos de personal, las tiendas de campaña de los arrestados o el propio cuerpo de guardia, para llevar a cabo encuentros más o menos clandestinos o sospechosos. La droga, entonces, las amenazas entre grupos rivales y otras oscuras maquinaciones se hacían dueñas absolutas de muchas de aquellas vidas. Nadie sabía nada, ni nadie preguntaba el motivo de las esporádicas ausencias de quienes abandonaban los habitáculos por la noche, mientras los compañeros dormían o meditaban, pero todos intuían cómo se desarrollaban aquellas reuniones previamente acordadas. El

mando, obviamente, nada se enteraba de lo que sucedía en estas ilegales concentraciones, pues la libertad para moverse por Hausa era, hasta cierto punto, total y absoluta.

Las patrullas nocturnas de seguridad, formadas lo mismo por corrigendos que por soldados de reemplazo, estaban acostumbradas a observar, a cualquier hora de la noche o de la madrugada, a distintas sombras que, lenta o rápidamente, se desplazaban de un lugar a otro de la zona, no dando mayor importancia a estos movimientos.

Aunque debía respetarse estrictamente el toque de silencio del corneta y permanecer la tropa en sus respectivos *huevos* -dentro o en su inmediata proximidad-, nadie parecía poner trabas o limitaciones a aquel deambular de personas, casi siempre cerca y en el exterior de las alambradas. Por otra parte, hubiera resultado ilógico y absurdo, y hasta contraproducente, tratar de impedir que cualquier corrigendo o soldado accediera a las letrinas de la Compañía durante las horas de la noche, letrinas que se encontraban situadas precisamente en la periferia de los viejos obstáculos pasivos de la antigua posición defensiva, teniendo en cuenta, además, que en el Disciplinario no se vivía, ni mucho menos, como si Hausa fuera un campo de concentración; aunque, en algunos aspectos, sobre todo en lo que tenía que ver con el apartado rincón del mundo donde el Cabrerizas se hallaba destacado, extremado clima del lugar y precarias condiciones de vida soportadas por quienes lo habitaban, que eran iguales para todos los miembros del Batallón, bien poco le faltara. Sin embargo, en más de una ocasión, las patrullas nocturnas de vigilancia y seguridad se habían visto obligadas a retener a varios de estos peregrinos de la noche que, aprovechando la oscuridad y el silencio que les rodeaba, y no habiendo alcanzado con otros compañeros, al parecer, ningún tipo de acuerdo en la defensa de sus enfrentados intereses, habían querido zanjar sus diferencias personales de forma poco amistosa, siempre por la vía más radical, originando con ello estrepitosas disputas en plena madrugada, con la consiguiente alarma que dichos enfrentamientos producían en la mayoría de los ocupantes del antiguo puesto de control y seguridad del territorio. Por lo general, estos facinerosos "cogidos con las manos en la masa" iban a parar directamente al pelotón de castigo. Cuando el suceso era de mayor envergadura, el jefe del Disciplinario, sin la menor duda o vacilación en su decisión, ordenaba al juez instructor del

Batallón que iniciara las correspondientes diligencias para esclarecer lo acontecido y depurar responsabilidades, que a veces bien poco importaba a los culpables. Lo mismo prevenía el mando del Batallón cuando, durante el desarrollo normal de la jornada diurna, no sucediendo tal cosa con frecuencia, felizmente para todos, se producían situaciones de insubordinación o indisciplina que aconsejaban abrir el oportuno expediente, la mayoría de las veces iniciado este procedimiento como consecuencia de riñas, insultos a superior -siempre dirigidos contra los pequeños escalones del mando-, reiterada desobediencia a los jefes de escuadra y algunas pocas, muy pocas, deserciones.

Cuando era descubierto algún consumidor o traficante de hachís, también era competencia del pelotón de castigo el intentar devolver al buen camino a quien se le abría expediente por esta causa, objetivo muy difícil de conseguir en Hasusa, por no decir imposible.

Si el Cabrerizas ya tenía de por sí un ingente trabajo y responsabilidad con los expedientes, causas y exhortos que, llegados desde la Auditoría de Guerra de Canarias, o desde cualquier otro punto de España, debían diligenciarse con la mayor prontitud en el juzgado del Batallón, los muchos problemas que estos corrigendos ocasionaban en el Destacamento con su agitada e irregular conducta (en realidad se trataba casi siempre de los mismos individuos, que a todos los mandos llevaban de cabeza por igual) obligaban a que el papeleo y la burocracia de la justicia militar en Hausa sufrieran perceptibles retrasos en su tramitación y que muchos de los documentos judiciales llegados al Disciplinario se amontonaran sobre las tres mesas de la pequeña oficina que se encontraba bajo el mando y responsabilidad del secretario de causas del Cabrerizas, el competente sargento Vinuesa Catalán, agregado de la Tercera Compañía a la Plana Mayor del Batallón para desempeñar aquel, según todos los suboficiales cabrerizos, aborrecido destino. El teniente juez instructor, huérfano de los medios humanos y materiales necesarios que le permitieran cumplir correctamente con su obligación de tomar declaración y comunicar autos a quienes estando encartados en causas y procedimientos por él llevados se encontraban a su disposición en la prisión militar de El Aaiún, cada día estaba más amargado por los muchos kilómetros que le separaban de la capital del territorio, que le impedían realizar su cometido de instructor judicial castrense con

la eficacia necesaria. De tiempo en tiempo, especialmente en las horas de las comidas, después de haber hecho algún ácido comentario sobre los graves problemas y carencias que sufría el juzgado del Destacamento, que según sus palabras parecía más bien un juzgado de Cuerpo de Ejército que de Batallón de Infantería, debido a los muchos procedimientos y expedientes que acompañaban a los corrigendos confinados en el desierto, que ninguna otra Unidad de las Fuerzas Armadas tenía como una de sus más principales servidumbres, así como al problemático enlace terrestre y aéreo existente entre Hausa y El Aaiún, que mucho limitaba la práctica de diligencias en quienes se encontraban en prisión preventiva a su disposición en la capital del territorio, exclamaba sin poderse contener: "¡Mierda de mierda!"

La consigna del Abuelo, en cuanto a la buena marcha del juzgado se refería, era clara y terminante: había que huir de tener que abrir continuamente diligencias previas a los corrigendos por su mala conducta en el Cabrerizas, salvo que la apertura del expediente en cuestión se hiciera absolutamente necesaria. La disciplina y el cumplimiento de las órdenes recibidas debían combinarse en Hausa con un trato humano y flexible hacia todos los corrigendos, pues era preciso eliminar al máximo la tensión que constantemente se respiraba entre quienes, de personalidad y comportamiento muy conflictivos, malvivían más que vivían en el corazón del desierto. Objetivo, pues, a tener en cuenta en el Disciplinario: que no existiera ningún tipo de roce o falta de adaptación entre los corrigendos del Batallón, para lograr que reinara la mejor armonía posible en el Destacamento; aunque tal recomendación resultara muy difícil de cumplir, por las particularidades que definían a bastantes de aquellos hombres, así como por la circunstancia especial que a todos ellos unía y sólo a unos pocos envalentonaba: hallarse sujetos a condena disciplinaria en el Cabrerizas, triste realidad que les obligaba a permanecer desterrados en aquel apartado territorio de los confines del planeta, donde con frecuencia había que soportar, no sin cierta estoicidad, temperaturas que sobrepasaban con creces los cincuenta grados, si querían sobrevivir sin muchos problemas en tan maldito lugar.

Sin duda, el estar cumpliendo condena en un Cuerpo de Disciplina ubicado en pleno corazón del desierto, la nada agradable convivencia en Hausa con otros individuos o grupos de

corrigendos y el lógico mal entendimiento que en ocasiones surgía entre mandos y subordinados, eran duras pruebas que, a menudo, acrecentaban la agresividad de no pocos de aquellos hombres, igual que ocurría, aunque en menor medida, con determinados oficiales, suboficiales y cabos primeros del Batallón, que también, como seres humanos que eran, se veían afectados en su conducta y manera de obrar por la presencia en su Unidad de los castigados que mandaban y el medio hostil –a veces implacable- que les rodeaba.

Cualquier persona que hubiese llegado a Hausa en calidad de imparcial observador de las costumbres y modo de vida del Destacamento se habría percatado pronto de que aquellos mandos militares, todos del Ejército regular, no estaban demasiado preparados psicológicamente para conducir a tropa tan singular. Unos pocos de estos profesionales, muy pocos, es verdad -pero hay que decirlo así por ser cierto-, naufragaban estrepitosamente en su diaria labor de instrucción con los corrigendos, pues les costaba enorme trabajo tener que asimilar que estas personas, casi siempre hostiles y comprometedoras en su conducta, no se identificaran plenamente con la visión que ellos tenían de lo que era la disciplina y el sentido del deber, no siendo por tanto la mayoría de los cabrerizos penados lo que cualquier militar en activo habría visto como buenos soldados. Eran mandos faltos de la necesaria experiencia para manejar a aquellos hombres tan poco dados a cumplir fielmente con sus obligaciones, que no estaban acostumbrados tampoco a que sus órdenes se pusieran en tela de juicio, y tal cosa les mantenía ciertamente obsesionados, creando en algunos de ellos, en sólo unos cuantos, cierto es, pequeños traumas personales en su diario quehacer en el Destacamento que el rigor de la climatología del desierto y las servidumbres de Hausa se encargaban de acrecentar más todavía. Aparecía entonces el *pirao*, el *asirocao* o simplemente el *malas entrañas* de turno que todo lo trastornaba, consiguiendo este mando, con su insensata forma de proceder, que recayeran sobre los compañeros más comedidos y voluntariosos las iras y malos vientos que ellos, con su desatinada actuación, sembraban de cuando en cuando entre los corrigendos, quienes no todos eran, por supuesto, malas personas ni merecedores de castigo.

Lo ideal en el Disciplinario -según empezó a extraer como consecuencia Durán a poco de llegar al Destacamento- hubiera sido contar en Hausa con mandos militares menos reglamentarios,

de carácter y actitudes más flexibles –sin descuidar la disciplina– y, cómo no, más informados de la complejidad y psicología del ser humano. En definitiva: gente que estuviera más acostumbrada al manejo de aquellos hombres que hacían de la rebeldía su principal seña de identidad; de quienes, es seguro, con una sabia labor pedagógica y profesional, habrían obtenido en cada momento lo mejor de su comportamiento, saliendo airoso de misión tan poco valorada en otras Unidades del Ejército, en lugar tan marginal y escaso de medios; siendo, a partir de ahí, y para todos los habitantes de Hausa, algo más fácil y llevadera la dura y conflictiva vida del Cabrerizas en el corazón del Sáhara.

Todo este razonamiento y elucubraciones empezaron a invadir la mente de Durán desde sus primeros días de estancia en el Destacamento, sin llegar a ocultarse en ningún momento que su personal y aventurado juicio de valor sobre la clase de existencia que se llevaba cada jornada en el Disciplinario y sobre la conducta que observaba en algunos cabrerizos de Hausa pudiera muy bien estar equivocado.

Con este régimen de vida imperando en el Batallón de los corrigendos de las FAS españolas en el desierto africano, no era de extrañar que las escuadras de Colás y Aliaga (hombres que desempeñaban las funciones de cabo en el pelotón de Durán, a falta de titulares de este empleo) pensaran que al bisoño y remilgado sargento de Infantería que les acababa de caer en suerte para mandarles le esperara una buena epopeya en el Cabrerizas, como no se espabilara.

Si la simpatía y buenas palabras de bienvenida del sargento Ramiro habían sido agradecidas en lo que valían por el nuevo suboficial de la Primera Compañía del Disciplinario, el discreto saludo de acogida pronunciado en su favor por el brigada auxiliar de la Unidad, y el indiferente recibimiento dispensado por Palomares y Casinos, sargentos de cocina y de la segunda sección de fusileros corrigendos, respectivamente, compañeros con los que Durán tendría que compartir muchas de sus vicisitudes en el desierto, produjeron algo de insatisfacción e incomodo en el nuevo miembro del Batallón llegado desde la guarnición de Fuerteventura.

Los siete años de diferencia de edad existentes entre Ramiro y el sargento novato, así como la muy acreditada experiencia sahariana del veterano, no debían ser obstáculo alguno para que Durán pudiera entenderse y congeniar desde el primer momento

con su nuevo compañero cabrerizo, pero las dos décadas que le separaban de los sargentos más antiguos de la Compañía (uno agregado y otro de plantilla), que en principio no parecían haberse mostrado muy satisfechos con su destino y presencia en Hausa, como ya antes había ocurrido con otros mandos del Disciplinario, podrían constituir –en un inmediato futuro– un ligero contratiempo para que el más moderno de los suboficiales del Destacamento lograra, "a toda costa", su integración en el Cabrerizas, en su primera vacante como profesional de la milicia. ¿Serían sólo escrúpulos del recién llegado esta manifiesta frialdad hacia él de sus nuevos compañeros? ¿No estaría siendo demasiado injusto con estos suboficiales de mucha mayor antigüedad en el empleo, al pensar así de su comportamiento, que bastante tenían con soportar las veleidades de los penados del desierto y aguantar cada día aquel cometido tan sacrificado?...

Durán, veterano de la campaña de Ifni-Sáhara del 57/58, estaba convencido, así lo pensaba con inquietud desde su litera en la tercera noche de su estancia en el Cabrerizas, de que pasaría por numerosas dificultades antes de adaptarse al modo de ser y de actuar de quienes habían sentado plaza de sargento antes que él en aquel sistema de vida tan opuesto a lo que había conocido hasta entonces, mas no le daban temor ni preocupaban en absoluto los muchos obstáculos que pudieran presentársele en esta necesaria integración suya en el Disciplinario, pues era hombre animoso, dispuesto siempre a enfrentarse a desaires y despechos, no siendo en ningún caso rencoroso ni vengativo; aunque cierto era que, a su pesar, le había molestado bastante el frío recibimiento que le habían brindado algunos de los suboficiales más veteranos del Batallón, así como la apariencia externa de muchos de los corrigendos desterrados en aquel destacamento sahariano y la extrema soledad y lejanía del lugar donde tenía su base o acuartelamiento el Cabrerizas: Hausa. Procuraría adaptarse lo antes posible a la clase de vida en la que se desenvolvía cada jornada su nueva Unidad, ¡tragándose para ello todas las culebras y sapos que tuviera que tragar!

Ya la noche de su llegada al Destacamento, la noche del sábado, en la tensa espera de ser presentado el lunes por la mañana a su nueva Compañía, sección y pelotón, Durán había hecho trabajar a su mente más de lo necesario. Felizmente ahora, la primera de aquellas pruebas, la presentación a su Compañía de corrigendos -la toma del mando de su pelotón-, la había superado

con bastantes menos dificultades de las esperadas; y lo que a él más le intranquilizaba, el sentirse algo desplazado en Hausa, no había ocurrido en absoluto en aquellos dos días y medio que ya llevaba en el Disciplinario. A tal propósito, Ramiro y Tormentas se habían encargado de no dejarlo solo ni un instante, excepto para que pudiera cumplir con el horario de instrucción del Batallón al frente de su pelotón de cabrerizos, lo que había terminado finalmente por infundirle buenas dosis de confianza en sí mismo.

El gélido trato observado en Palomares y Casinos en ese tiempo, especialmente en las horas de las comidas, donde más que nadie Palomares se había distinguido haciendo absurdos comentarios sobre los muchos defectos e imperfecciones que acompañaban a la nueva ola de sargentos que salía de la Escuela, había producido en el nuevo suboficial de Hausa contrariedad y disgusto; sin embargo, haciendo gala de notoria prudencia, Durán no osó enfrentarse a las equivocadas observaciones de sus no muy bien informados compañeros, procurando en todo momento que no desapareciera la sonrisa de sus labios, mientras compartía con ellos la mesa. ¿Qué otra cosa podía hacer siendo novato?

Durán, que no conseguía conciliar el sueño en esa su tercera noche de estancia en el Cabrerizas, dejó sobre la silla plegable de madera que había entre su litera y la de Tormentas el mechero *Ronson* con el que acababa de encender un segundo cigarrillo, expulsando a continuación dos pequeñas columnas de humo por la nariz. Desde que marchara expedicionario a Villa Bens en enero de 1958 se había convertido en fumador empedernido, antes leal consumidor de los populares *celtas* cortos, con los que siempre había mantenido un fiel entendimiento, hasta que llegó destinado a Fuerteventura, hacía de ello veinte días. Ahora, con mejor paga en el bolsillo, y con los cigarrillos americanos mucho más económicos que en la Península, había iniciado una buena amistad con aquel oloroso y suave tabaco de más allá del Atlántico.

También el jefe inmediato de Durán, el áspero teniente Real Oliveros, se lo confesaba con pesar el recién llegado a Hausa, le había dado una no muy grata impresión en su primer día de trato con él como subordinado suyo, ya metidos de lleno en la instrucción de orden cerrado de la mañana, confirmando plenamente las sospechas que había tenido al ser presentado por Tormentas a este oficial en el *imperio*, a su llegada al Cabrerizas,

sin pensar ninguno de los dos que ambos estarían muy relacionados entre sí en su labor profesional, dentro de la Compañía: uno sería el oficial responsable de su primera sección táctica y el otro desempeñaría las funciones de su segundo jefe.

El teniente Real Oliveros (hombre que “fumaba en pipa”, según Tormentas), próximo a alcanzar el empleo de capitán, tras los muchos años que ya llevaba cumplidos en el escalafón de subalternos -cerca de diez-, de ellos más de siete en el territorio sahariano, entre Tropas Nómadas, Legión y Cabrerizas, era un hombre al que, desgraciadamente para unos cuantos, empezaban a pesarle demasiado -por aburrimiento- las estrellas de teniente. La severa expresión de su rostro curtido por el sol, su nariz algo hundida a la altura de los ojos y la sonrisa poco fiable que de vez en cuando dejaban escapar unos labios resecos y amoratados, ofrecían un aspecto nada tranquilizador de su persona; rasgos de su cara que se complementaban a su vez con una confesada animadversión hacia todo aquello que significara una actuación relajada en el cumplimiento de los deberes militares, que pudiera perjudicar lo más mínimo el buen funcionamiento del servicio.

El modo de tratar a los penados que tenía el jefe de la primera sección de fusileros corrigendos es probable que fuera, por la mucha experiencia que este oficial acumulaba en el manejo de aquellos soldados tan poco convencionales en su conducta, el más adecuado para evitar confianzas y familiaridades en el acatamiento a las órdenes, es posible; pero este trato demasiado exigente a veces, y en ocasiones contundente, le pareció a Durán algo desproporcionado, o en todo caso excesivamente rígido e inflexible con algunos de aquellos hombres condenados a cumplir castigo disciplinario en Hausa, incluso reconociendo que estos cabrerizos, parte de ellos al menos, se identificaban mucho más con el mundo de la delincuencia que con el castrense.

Según palabras de Ramiro, advirtiéndole claramente esa misma tarde de quién era el teniente Real Oliveros, toda su vida militar la había pasado este oficial rodeado de gente conflictiva, gente que a veces no obedecía con la diligencia adecuada a órdenes precisas y hasta razonadas, y esto le había llevado a poseer aquel genio tan explosivo que todo el mundo conocía de sobra en el Cabrerizas. Del carácter y modo de conducirse del oficial subalterno más antiguo del Batallón no se libraba nadie en el Disciplinario, ni siquiera sus propios compañeros, los tenientes,

y mucho menos los "malditos corrigendos"; quienes, lógicamente, le temían más que si fuera la personificación del propio Satanás.

El jefe de la sección de Durán estaba en posesión del título de cazador paracaidista y era un ferviente defensor del credo y estilo de vida legionarios desde que permaneciera destinado cuatro años en el Tercio sahariano Don Juan de Austria, circunstancia que, junto a los dos años que había permanecido ocupando vacante como oficial paracaidista en la I Bandera de este Cuerpo, fundada en 1954, y otros dos más como oficial de Tropas Nómadas en Smara, le habían mantenido siempre muy alejado de las normas y costumbres tradicionales de las Unidades regulares del Ejército de Tierra que guarnecían la Península y las Islas.

El teniente Solé Gutiérrez, el otro subalterno destinado en la Primera Compañía del Cabrerizas, era, sin duda alguna, el polo opuesto al responsable de la sección de fusileros a la que había ido a prestar sus servicios el sargento novato. "¡Qué suerte la de Ramiro, al estar bajo las órdenes del teniente Solé!", se había dicho aquella misma mañana Durán. Llevaba cumplidos este oficial cuatro años de empleo y, con mucha voluntad y paciencia, dedicando diariamente todas las horas que podía al estudio, preparaba su ingreso en la Escuela de Estado Mayor del Ejército. Una más que notable inteligencia y veintiséis años de edad, unidos a sus muchas virtudes personales, le auguraban un excelente futuro como profesional de las Fuerzas Armadas; eso era lo que había comentado Tormentas por la noche, poco antes de irse a la cama.

El teniente Solé y el sargento Ramiro, su segundo jefe de sección, eran como uña y carne de una misma mano, de un mismo dedo, y los dos gozaban del respeto de todos sus hombres, de casi todos los corrigendos de la Compañía; aunque no podía ocultarse que, según pudo comprobar Durán en su primer día de instrucción de orden cerrado en la Unidad, las formaciones y movimientos de armas de la tercera sección, la asignada al teniente Solé, eran realizados con menor destreza y precisión que los que ejecutaban los tres pelotones del teniente Real; ocurriendo cosa idéntica con la sección que mandaba interinamente el sargento Casinos -a falta de oficial destinado-, que tampoco se aproximaba, ni de lejos, a la eficiencia que demostraban en sus evoluciones los hombres del teniente segundo jefe de la Primera Compañía de corrigendos del Batallón.

La amenazadora presencia del teniente Real cerca de su sección de cabrerizos, aunque ésta se encontrara fraccionada en pelotones para cumplir con el horario del orden cerrado o de combate de las mañanas, era más que suficiente para que ninguno de sus componentes intentara eludir sus obligaciones y todo el mundo estuviera concentrado en acatar sin reservas las órdenes que recibía. Cuando alguno de sus corrigendos se descuidaba, ya sabía que se quedaba sin tarde libre para reunirse con sus compañeros en la cantina, yendo entonces, sin que nadie pudiera evitarlo, a pelar patatas y fregar perolas a la cocina; y hasta podía conseguir, si el caso así lo requería, ser *premiado* por su teniente con media noche de ronda acompañando a cualquiera de las patrullas nocturnas. Si la cosa iba a mayores, que de vez en cuando así sucedía, el pelotón de castigo del Disciplinario recibía con los brazos abiertos a quien osaba enfrentarse inútilmente al antiguo paracaidista y legionario.

El nuevo sargento del Destacamento, mal que esto le pesara bastante -¡qué mala suerte la suya!-, tendría que luchar duro y bien si quería ganarse el aprecio y respeto de aquel hombre aparentemente tan implacable, que, horas antes, escasa atención le había dispensado al ser presentado a la Compañía por el capitán como su nuevo subordinado y segundo jefe de la sección que mandaba.

Si el responsable del Cabrerizas, y también el jefe de la Primera Compañía de corrigendos, habían sorprendido gratamente a Durán con su buena predisposición y mejor talante, recibéndole afablemente, su jefe directo se le había atragantado algo más de lo esperado; todo lo contrario, efectivamente, a lo ocurrido con la más que correcta bienvenida dada a su persona por el comandante Cervera y el capitán Miranda. Hasta incluso, desde luego muy discretamente, su nuevo oficial le había llamado la atención en un momento dado de la instrucción de orden cerrado que mantenía con su pelotón para que fuera menos transigente y más enérgico con los corrigendos puestos bajo su responsabilidad; pues, según sus palabras -pronunciadas en voz baja y con cierto sarcasmo-, éstos daban la impresión de navegar a sus anchas en la ejecución de los movimientos con armas que con “bastante poca sangre en las venas les ordenaba su sargento”. Durán, que naturalmente sólo había mandado tropa regular hasta aquel día, había hecho grandes esfuerzos por *coger* el ritmo y estilo legionarios que el teniente Real imprimía sin pausa y con

rigidez tanto a su sección de corrigendos como a toda la Compañía reunida, pero, lógicamente, necesitaba unos cuantos días para adaptarse a aquella nueva situación, días de adaptación que, estaba convencido, le otorgarían los mandos de la Unidad, incluido el teniente Real, estaba seguro... ¡Con buen pie empezaba su estancia en el Cabrerizas!

Aplastando la colilla de su cigarrillo en el cenicero de latón que había encima de la silla que compartía con Tormentas, Durán recordó cómo la Compañía, casi cien corrigendos y unos veinte soldados de reemplazo, estos últimos formados en grupo aparte, había sido reunida y puesta firmes frente a él a primeras horas de la mañana en la explanada de instrucción cercana a la cocina para dar lectura a la fórmula oficial de reconocimiento de su empleo militar. Si los rostros de los soldados de quinta, muchos de ellos con evidentes signos de estar atravesando una mala racha al encontrarse destinados en el Batallón Disciplinario del desierto, le habían dado una negativa impresión al verlos formados muy próximos a donde él mismo permanecía en posición de firmes, el grueso de la Unidad, los corrigendos, le hicieron experimentar una extraña sensación de malestar que no estaba seguro de haber sabido disimular adecuadamente delante de las tres secciones de la Compañía, que todavía en aquellos instantes, tranquilamente tumbado en su litera, sin que ninguna preocupación le impidiera conciliar el sueño, no había podido borrar de su pensamiento. ¿A qué lugar de este mundo había ido a parar con sus recién estrenados galones de sargento, se interrogaba pensativo, metido en aquel negro agujero que tenía por alojamiento en Hausa, mientras encendía un nuevo pitillo y volvía a echar humo y más humo por la nariz y por la boca?

Los hombres puestos bajo su mando horas antes, diez de aquellos cabrerizos que tanto temían en el territorio sahariano, especialmente en su capital, El Aaiún, toda la mañana reacios a cumplir correctamente con las órdenes que les daba, fueran movimientos con armas o sin ellas, en orden cerrado o de combate, habían sido rápidos y hasta casi diabólicos en empezar a proporcionarle los primeros quebraderos de cabeza en Hausa con su machacona resistencia a hacer bien todo lo que les mandaba. Sólo se habían comportado medianamente regular en el cumplimiento de sus órdenes aquel que en los descansos a discreción hablaba y se conducía como si fuera el jefecillo de tan destacado grupo de mafiosos, Colás, y el canario responsable de

la segunda escuadra del pelotón, de notable presencia física, Aliaga. También Iniesta, el más joven de los corrigendos, muy atento y disciplinado, había cumplido con todos los giros y movimientos de armas de la mañana, poniendo verdadero interés en realizar bien cuanto se le ordenaba.

Uno de los corrigendos que más se habían destacado en hacerle difícil y complicado su primer día de mando del pelotón, de barba gruesa y orejas anormalmente grandes y bastante separadas de su cabeza, había estado toda la mañana nadando en un mar de equivocaciones (probablemente intencionadas) que por poco acaban con su infinita paciencia de novato; comportamiento imperdonable que aquel individuo, estaba seguro de ello, no habría sido capaz de asumir ni siquiera ante el más modesto de los cabos primeros de la Compañía. Por suerte para este cabrerizo, el teniente Real se había ausentado de la zona de instrucción buena parte de la mañana, llamado por el capitán Miranda, y no hubo, por consiguiente, mayores complicaciones. Era evidente que él, un sargento recién llegado al Disciplinario, un novato cuya forma de actuar en Hausa observaban muchos, no quería hacerse notar demasiado el mismo día de haber sido presentado a la Compañía, llamando la atención y arrestando a todo aquel que practicara una conducta inadecuada, radicalmente distinta a la que su celo profesional estaba acostumbrado a ver en la milicia.

Su deseo era dar comienzo a una relación franca y sincera con su pelotón, una relación que le permitiera granjearse poco a poco la confianza y el respeto de todos sus miembros, y cumplir eficazmente con los cometidos de su empleo. Sin embargo, estaba convencido de que le surgirían no pocas dificultades en este empeño suyo por conseguir el necesario ascendiente sobre sus escuadras, dando de esta forma, independientemente de cuáles pudieran ser su juicio o simpatías personales hacia algunos de aquellos hombres, debido cumplimiento a uno de los mandatos fundamentales que fijan las ordenanzas militares: conseguir la estima, confianza y lealtad de los subordinados, extremo este que consideraba necesario alcanzar en Hausa para poder convertirse con el tiempo en un buen suboficial del Ejército, haciendo así realidad los sueños e ilusiones que le acompañaban desde que era un modesto cabo de escuadra, muy próximo ya a cumplir los diecisiete años.

En su primer día de *batalla*, las cosas no parecían haberle ido mal del todo. No obstante, a pesar de aquellos ligeros inconvenientes de la mañana, a pesar de las *zancadillas* puestas a su labor por los más ariscos de estos penados, se encontraba lleno de optimismo y con muchas ganas de continuar trabajando en su nuevo destino. Lo verdaderamente difícil de su adaptación, lo sabía perfectamente, vendría más tarde, cuando tuviera que entrar de semana con toda la Compañía reunida, de sábado a sábado, y hacerse cargo de cuantos problemas y dificultades surgieran a lo largo de los siete días ininterrumpidos de servicio (según Tormentas, demasiados problemas). ¡Entonces sí que tendría que vérselas con bastantes de aquellos corrigendos que, pertenecientes a las otras dos secciones de la Compañía, tenían la conciencia bastante más que retorcida! ¡Todo llegaría!...

Apagado su último cigarrillo de la noche, Durán dio la espalda a Tormentas, que ya hacía rato dormía, para buscar una posición más cómoda en su almohada que le permitiera conciliar el sueño. En pocos minutos concluiría su tercer día de estancia en Hausa y quería olvidarse por completo de cuantos sinsabores había tenido que soportar durante la mañana. Su último pensamiento de la noche voló hacia Castellón, hacia el recuerdo de la novia que tanto echaba de menos, a la que había escrito una larga carta aquella misma tarde.

Antes de dejar por unas horas la realidad del Cabrerizas, antes de cerrar los ojos hasta que llegara el toque de diana, le pareció escuchar unos lejanos aullidos: algunos chacales afilaban ya sus colmillos...

Trinquete, el ordenanza de suboficiales de la Primera de corrigendos, un malagueño de reemplazo que, según había confesado al nuevo sargento del Disciplinario aquella misma tarde del lunes, casi se muere del susto cuando le dijeron en el campamento de reclutas que su destino para hacer la mili era el Cabrerizas -el Batallón de los condenados del Ejército-, había estado en buena disposición de servicio con Durán los tres días que éste ya llevaba en el Destacamento, una atención considerada que el recién llegado a Hausa le agradecía sinceramente.

Como el *machaca* de suboficiales era avisado veterano en la vida y costumbres del Disciplinario, estaba perfectamente informado de todo lo que acontecía en los bajos fondos de las Compañías, y, por sus buenas relaciones con los asistentes de los oficiales y los escribientes de las oficinas, que, según comentaba con pitorreo, todo lo sabían, ¡y todo lo enredaban!, se hallaba muy al tanto de cuanto se cocía en las altas esferas del Cabrerizas.

Aunque a Durán no le gustaban ni interesaban en absoluto las habladurías y chismorreos que pudieran circular por Hausa, y menos aún si estos cotilleos provenían de subordinados suyos; en adelante, mal que esto le contrariara no poco, se vería obligado a estar al corriente, siempre a través del bueno de Trinquete, de los acontecimientos *sociales* más importantes que se desarrollaran en los bajos fondos cabrerizos y llegaran a oídos del pícaro ordenanza; pues tenía bien claro que, le gustara o no este comportamiento, debería encontrarse constantemente informado de cuanto sucediera en las proximidades de su área de responsabilidad y trabajo, naturalmente por el bien del servicio y nunca por su personal deseo de conocer murmuraciones o maledicencias, que tanto le molestaban.

Palomares y Casinos, pudo observar pronto con desagrado Durán, trataban al fiel y leal malagueño con manifiesta antipatía, llegando incluso, a veces, como si el ordenanza fuera corto de oído y falto de entendimiento, a obsequiarle con grandes bocinazos y desconsiderados alaridos, siempre presionando a su subordinado para que les realizara con la mayor de las prontitudes este o aquel servicio. Ramiro, más afable y equilibrado en sus expresiones con el servicial soldado que sus intransigentes compañeros, contadas veces en aquellos tres días había dicho esta boca es mía al diligente *machaca*, hombre encargado de las pequeñas necesidades logísticas de los suboficiales de la Primera Compañía (acarrear agua, servir las comidas, hacer las camas, recoger la orden del Batallón de cada día...). Persona de costumbres fijas, nada veleta en su conducta y poco incordiante con quienes compartían con él su vida en el Cabrerizas, Ramiro era para Trinquete como un libro abierto en el que todo se entendía fácilmente; y sin que aquél se lo pidiera nunca, como si constantemente le adivinara el pensamiento, el ordenanza de la Compañía tenía siempre cumplidos los deseos de Ramiro, aun antes de que éstos se produjeran.

La simpatía y gracejo del malagueño, su continua preocupación por atender bien a sus sargentos, así como una conversación alegre y desenfadada que le duraba las veinticuatro horas del día, dispuesto siempre a sacrificarse por los suboficiales de su Compañía, a los que jamás perdía la consideración y el respeto debidos, cayeron bien desde el primer momento en Durán, quien, estaba seguro de ello, tendría que valerse de tan abierto y espontáneo ordenanza en numerosas ocasiones para, tomando parte en algunas de sus bromas y ocurrencias, ahuyentar los malos espíritus que, así lo creía firmemente, no tardarían en complicarle la vida en el corazón del Sáhara.

También, gracias a las numerosas *conexiones* de que disponía Trinquete en Hausa, Durán se iría enterando poco a poco de los invisibles hilos que movían el bajo mundo de los corrigendos, oscura vida subterránea que, de tarde en tarde, quedaba reflejada en las estrepitosas bascas que se originaban en la cantina o en sus proximidades, muy temidas por todos los miembros del Disciplinario. Las responsabilidades que aguardaban a Durán en el Cabrerizas, manejando a aquella tropa tan diferente, sabía que le obligarían a estar continuamente informado de todo cuanto ocurriera en cualquiera de los rincones del Destacamento, especialmente en el interior del área ocupada por su Compañía, fuera de día o de noche.

El teniente capellán, el oficial médico y el brigada practicante Valverde, personas que por sus misiones específicas en el Disciplinario se distinguían mucho en Hausa, a quienes se respetaba y consideraba notablemente en el puesto de mando del Cabrerizas, tal vez más a los dos primeros que al último, completaban, junto al maestro armero Hidalgo, la plantilla de profesionales del Batallón. Para satisfacción del sargento novato, los pocos mandos del Cabrerizas tenidos por *ovejas negras* o *asirocaos*, destilaban su particular veneno en las zonas asignadas a la Segunda y Tercera Compañías.

La todavía escasa conversación mantenida por Durán con los cabos primeros de su Unidad en aquellos tres días de estancia en Hausa no permitía a éste contar con una opinión objetiva sobre ellos, aunque sí tenía ya, por algunos detalles observados en él, y por los comentarios salidos de boca de Tormentas y Ramiro, una buena referencia de aquel que ostentaba el mando del temido pelotón de castigo: Jacinto.

El responsable en Hausa de los corrigendos de más *altos vuelos* que cumplían arresto en el pelotón de castigo, Jacinto, hombre de tan sólo veintiún años, comportamiento reservado, escaso de gesto y palabra, pero según Trinquete largo de mano y estaca, le había parecido a Durán sujeto de personalidad algo introvertida, muy poco amante de relacionarse con nadie. Siempre con su latiguillo de cuero negro danzando en su mano izquierda (Jacinto era zurdo), eternamente seguido por los ocho o diez corrigendos arrestados del momento -aquellos que por su reiterada mala conducta en Hausa habían ido a parar a los dominios del *infierno*, nombre con el que era conocido el reino de Jacinto-, el jefe de los cabrerizos más descarriados del Destacamento (muy rara vez entre ellos soldados de reemplazo) dirigía y controlaba con mano de acero a quienes, con su forma de conducirse en el Disciplinario, perturbaban la vida tanto de los mandos como de los propios compañeros, siendo estos últimos precisamente los que más sufrían su desordenada conducta e irregularidades.

El pelotón del *infierno* se encargaba de realizar los menesteres más diversos en el Cabrerizas, buscando en todo momento y ocasión sus integrantes el beneficio general para el Destacamento y la redención de sus faltas por medio del trabajo; y la mayoría de sus componentes, casi siempre los mismos individuos, parecía haber encontrado la horma de su zapato en el espíritu inflexible, a veces implacable, del cabo primero Jacinto. Únicamente la existencia de este grupo de castigo en Hausa, el temor a ser enviados bajo el mando del Pelotas -alias con el que también era conocido en el Destacamento el jefe de los más famosos piratas del Cabrerizas-, persuadía a bastantes de los corrigendos de la necesidad que tenían de mantener controlados sus impulsos más primitivos. Con sólo unos pocos días de permanencia en el Disciplinario, Durán, mal que no compartiera y aprobara del todo la existencia de aquel pelotón de castigo en el Batallón, viéndolo desfilar cerca de él a paso ligero bajo el ardiente sol sahariano, comprendía que, al menos hasta cierto punto, era necesaria su presencia en el Destacamento para que los corrigendos más indisciplinados y violentos sujetaran en todo momento la rebeldía que anidaba en sus pechos; pues de no existir el necesario control sobre estos individuos tan conflictivos, la vida en Hausa podría llegar a ser muy difícil de soportar o, peor aún, peligrosa. El estar separados de núcleos habitados por muchos kilómetros de desértico territorio era algo que el responsable del Cabrerizas

procuraba tener siempre presente, por lo que el comandante Cervera insistía ante sus oficiales y suboficiales para que la disciplina y la subordinación en el Destacamento se combinaran cada día con un trato justo y humano hacia los condenados de Hausa, para el bien de todo el Disciplinario.

No obstante estos firmes deseos del jefe del Batallón de que la flexibilidad y el buen entendimiento se conjugaran puntualmente en el Destacamento con una eficaz disciplina que asegurara la mejor convivencia posible en el Cabrerizas, en el Disciplinario se producían esporádicos sucesos, de carácter individual o colectivo, que en ocasiones complicaban la vida a todos sus miembros, especialmente cuando llegaban los fines de semana, días en los que esta disciplina y horarios a cumplir se relajaban. Uno de aquellos últimos sucesos ocurridos en el Batallón -que Trinquete no había tardado en relatar al nuevo sargento cabrerizo, del cual Durán ya tenía suficiente noticia desde su llegada a El Aaiún, gracias a Cañizares-, acaecido cuatro semanas antes, lo habían protagonizado dos corrigendos antiguos legionarios, quienes, además de redimir pena accesoria en el Batallón por un delito de deserción, pagaban con varios días de arresto en el pelotón de Jacinto el haber sido autores de una grave reyerta junto a otros desterrados del Destacamento, ambos individuos encuadrados en la Primera Compañía del Disciplinario.

Estos infelices condenados, como ya antes lo habían intentado otros compañeros, quisieron poner muchos kilómetros de arena y tierra petrificada entre sus vidas y el Cabrerizas, y su hazaña, inicialmente vista como heroica proeza por la mayoría de los desterrados de Hausa, se había convertido finalmente en unánime sentimiento de pesar para todos los habitantes de la antigua posición defensiva, por su terrible desenlace.

Aquella deserción, todos lo sabían, había estado abocada al más absoluto de los fracasos desde el primer momento, salvo que los dos antiguos legionarios y desertores hubiesen sido auténticos superhombres, de mucha suerte y mayor pericia, pues sólo cientos de kilómetros de ardientes arenas rodeaban los límites del destacamento del fin del mundo; más allá de estos límites, como quimérica esperanza, al norte: Marruecos; al sur: Mauritania; al este: Argelia (la frontera de menor longitud y la más deseada). Demasiados kilómetros de infernal territorio para ser salvados a

pie, provistos únicamente de unas cuantas cantimploras de agua y unas pocas latas de conserva. ¡Una verdadera insensatez!

Todos los habitantes de Hausa habían esperado, como en otras ocasiones, la pronta localización de los dos desertores por las patrullas a camello de Tropas Nómadas o por los equipos motorizados de la Policía Territorial, exhaustos pero con vida, y que la deserción hubiese quedado como un mero intento de huida del Disciplinario, como una anécdota más de las muchas que a menudo ocurrían en el Cabrerizas; sin embargo, en aquella ocasión, el resultado, pasados ocho días de la deserción, había sido trágico: dos cadáveres terriblemente mutilados (medio comidos por las alimañas del desierto), localizados a cien kilómetros de la frontera de Argelia.

Durán, ya en su cuarto día de estancia en Hausa, tumbado igualmente en su litera en aquellas primeras horas de la noche, habiendo dedicado toda la mañana a ir conociendo mejor a los componentes de su pelotón de corrigendos y el tiempo de la tarde a visitar las dependencias y servicios más importantes del Destacamento, como eran la estación de radio, la enfermería, la panadería, armería, juzgado, etc., tenía algunas dificultades para conciliar el sueño. Viendo que no conseguía su propósito de entregarse a un reparador descanso que le hiciera olvidar las tensiones vividas durante la jornada, que unas cuantas había tenido con sus escuadras de penados, optó finalmente por salir al exterior del *huevo*, deseoso de respirar un poco del aire limpio de la noche, aire que no estuviera contaminado por el humo de sus cigarrillos.

Tormentas y Ramiro se encontraban desde el inicio del toque de retreta organizando el servicio nocturno de seguridad y el tiro de fusiles ametralladores previsto para el día siguiente, mientras Casinos (sargento de mucho empaque), como al parecer tenía por costumbre la mayoría de las noches en Hausa, escuchaba la música que salía de su aparato de radio de transistores, junto a la entrada del dormitorio bajo tierra, sentado en una vieja mecedora de mimbre, seguramente participante en más de mil escaramuzas y batallas.

Trinquete, concluida su jornada de trabajo con los suboficiales de la Primera Compañía, había abandonado su puesto de servicio como ordenanza para dirigirse al habitáculo que compartía con los dos agentes de transmisiones de Ingenieros y uno de los escribientes de la oficina de mando del Batallón, todos ellos

tropa de reemplazo. Palomares, que dormía junto al cuartillo de la menestra, cuidaba de sus responsabilidades administrativas como auxiliar de cocina del Destacamento y preparaba la papeleta de rancho del jueves, que firmarían por la mañana el capitán inspector de ese servicio y el oficial médico.

Durán, sin dejar de aspirar con fuerza del aire que le rodeaba, muy cerca de Casinos, que no había abierto la boca al verle salir del alojamiento subterráneo, dijo a su compañero en el tono más amigable que pudo:

-Buena música, ¿eh?

El veterano, que tenía la vista perdida en las estrellas, se removió en la vieja mecedora, y dijo:

-No está mal. Se puede escuchar...

El nuevo sargento cabrerizo se sentó en la silla libre que alguien había desplegado con anterioridad junto al asiento que ocupaba su compañero -muy próximo ya a ascender a brigada-, con la sana intención de mantener con él un agradable rato de conversación, pero no tardó en desistir de esta idea. A pesar de sus esfuerzos por conseguirlo, no descubrió en Casinos el más mínimo asomo de interés por hacer realidad este deseo suyo.

Durán permaneció sentado en silencio unos minutos más; luego, tras haberse retirado unas decenas de metros del dormitorio de suboficiales para orinar antes de acostarse, dio un cortés "Buenas noches" al veterano y entró de nuevo en el habitáculo subterráneo sin pronunciar ninguna otra palabra. ¿Para qué intentar platicar con su compañero, si éste no le allanaba el camino para iniciar el diálogo? Tal vez más adelante...

Como en muy pocos días llegaría su primera semana de facción en Hausa, el sargento novato venía preocupándose mucho en aquellas fechas por entender y asumir al máximo la vida y costumbres que le rodeaban. Era importante para él que estuviera lo más preparado posible para hacerse cargo de su primer control de la Compañía (en realidad estaba deseando quitarse de encima aquella prueba de fuego), nombramiento de servicio que pocas jornadas más tarde se publicaría en la orden del Destacamento.

La desagradable impresión y rechazo que inicialmente habían causado en Durán los *aires* fanfarrones y camorristas de algunos miembros de su pelotón, empezaron a transformarse, con el paso de los días, en lo que éste pensó podría llegar a convertirse en aquella relación de mutuo entendimiento que deseaba mantener

con sus hombres: una relación, si no cordial y sincera, sí al menos que resultara lo más llevadera posible para ambas partes.

Llegado el viernes, transcurridos sólo cinco días de mando con su pelotón de corrigendos, ni Arsenio le parecía tan bestia, ¡que bestia seguía siendo!, ni Colás tan jefecillo de banda venido a menos, ¡que como tal seguía actuando!, ni el orejudo Ponce tan mete la pata en todo, ¡que la pata seguía metiendo! ¡Incluso en Flor notaba menos...lo que era!

Pedro Iniesta continuaba brindándole un buen comportamiento, y Darío se revelaba como hombre muy voluntarioso, aunque fuera persona de poca iniciativa. Aliaga, el *cabo* jefe de la segunda escuadra, ya no tenía aquel *aire* de estar de vuelta de todo lo que sus camaradas aún ignoraban, y hasta a su compañero de equipo, el Tatuajes, le había desaparecido de la cara aquella pinta de gángster de los años treinta que constantemente se reflejaba en su rostro, y que, no habiéndola observado en él al tomar el mando del pelotón, tanto llamara su atención, posteriormente. ¿Se habría roto el hielo y rechazo que había podido descubrir en sus hombres el primer día de tenerlos bajo su mando? ¡Lo dudaba!

Únicamente le seguía molestando, ya algo menos, la forma de mirar y de hablar que tenía Flor, así como la mala intención que acompañaba a todas horas al ser más astuto y ruin del pelotón: Crispulo, una de las peores serpientes del grupo, destinado en la escuadra del canario Aliaga.

En los descansos de la instrucción de cada mañana, tanto de orden cerrado como de combate, cuando estos altos horarios eran de duración más prolongada, y aunque el nuevo sargento cabrerizo sospechaba que tal forma de actuar no era bien vista por el teniente Real, y mucho menos por Casinos, que también estaba al frente de otro pelotón de corrigendos (además de tener el mando provisional de su sección), Durán invitaba a fumar a los componentes de sus dos escuadras, quienes, si al principio no correspondieron de igual forma (ni todos fumaban ni todos tenían medios económicos para adquirir tabaco en la cantina), sí empezaron a hacerlo unos cuantos de ellos, a partir del miércoles.

Murietas, con su personal manera de ser, que mucho le hacía desentonar del resto de sus compañeros, echaba en cara al sargento novato, siempre riendo y con gran desparpajo, el continuo derroche que éste hacía al invitarles a fumar, diciéndole y hasta incluso aconsejándole:

-Mi sargento, cierre usted el estanco que se va a arruinar.

A lo que su superior, siempre con acento desenfadado, y también riendo, contestaba:

-No llegará a tanto mi ruina. ¿Quieres tú también?...

Durán pensaba que bien valía la pena aquel pequeño despilfarro si con ello conseguía derribar el muro de frialdad e indiferencia que envolvía a la mayoría de sus hombres, que le impedía tratarlos más abiertamente, como era su deseo y obligación. Idéntica conducta de invitar a algunos de los fumadores de sus dos escuadras había observado Durán las tardes de aquellos días, a partir de las seis, cuando, en compañía de Ramiro y varios cabrerizos de su pelotón, participaba en los encuentros de fútbol que se disputaban en el Disciplinario entre las secciones de corrigendos de la Primera Compañía y los equipos de apoyo y mantenimiento de la Plana Mayor del Batallón, así como entre estas dos Unidades y los grupos de cabrerizos alojados en las áreas vecinas, que, representando a sus respectivas Compañías, la Segunda y Tercera, acudían a la pista de aterrizaje para enfrentarse a sus *enemigos* de todos los días, los *chupones* y *pelotas* que ocupaban la zona del puesto de mando; contando siempre, naturalmente, con la participación de algunos soldados de reemplazo, quienes no disfrutaban de ningún privilegio en el Destacamento por su procedencia, al lado del resto de la tropa que cumplía condena o pena accesoria en Hausa, salvo la particularidad de que muchos de ellos realizaban cometidos y misiones de mayor confianza y responsabilidad (escribientes, furrieles, armeros, asistentes, cantineros, etc.).

Ya el primer martes de estancia en Hausa, tras haber disputado un partido de fútbol junto a los corrigendos de su sección y Compañía— invitado a hacerlo por su pelotón—, Durán había recibido las primeras críticas de Palomares y Casinos, que no veían con buenos ojos que tanto él como Ramiro se mezclaran con aquella *mala gente* para practicar ningún deporte. Según estos suboficiales, mucho más antiguos que Tormentas y Ramiro (Palomares y Casinos eran sargentos primeros), tales excesos de confianza con la tropa cabreriza repercutían negativamente en la disciplina y buena marcha de la Compañía. A Ramiro, aunque a regañadientes, ¿por qué?, se lo permitían; pero con el recién llegado, con el último mono de Hausa, no querían que el caso se repitiera; y tanto Palomares como Casinos habían insinuado al novato, más bien advertido seriamente, la necesidad que tenía de

no participar en ningún encuentro de fútbol con los corrigendos. Incluso le llegaron a comentar agriamente que alguno de aquellos individuos intentaría aprovechar cualquier ocasión favorable que tuviera para dejarle *fuera de combate*, sin que entonces pudiese él esgrimir ninguna argumentación en su contra para arrestarlo.

Como Durán era un gran amante de todo lo que significara deporte, casi un fanático del fútbol y el baloncesto, y veía a Ramiro que, sintiendo igual pasión que él por los juegos deportivos de equipo, tomaba parte en muchos de estos enfrentamientos como uno más de sus participantes, sin ningún tipo de ventaja o distinción especial por su empleo, no prestó mucha atención a las críticas de sus compañeros veteranos e inició su andadura deportiva en el Cabrerizas de la mano de quien le había recibido en el Disciplinario como si fuese un amigo de toda la vida: Ramiro. ¿Qué iba a hacer él en Hausa para llenar sus horas libres, a sus veintitrés años, si no practicaba algún deporte que le hiciera más llevadera y soportable su estancia en aquel infernal desierto? ¿Que se arriesgaba a que le partieran una pierna o a que le dieran un codazo en un ojo? ¡Ya lo sabía! En todo caso, y si esto sucedía..., ¡se aguantaría!

Trinquete, que igualmente era muy aficionado al fútbol, intervino con los sargentos de su Compañía en el disputado encuentro de la tarde del jueves frente a la Plana Mayor del Batallón, si bien el pobre *machaca*, por desgracia, recibió una fenomenal bronca de Palomares, que le había estado buscando por toda el área del puesto de mando para que llevara una garrafa de agua salobre al alojamiento de suboficiales. Ramiro, con un par de narices, y algo más que eso, asumió la responsabilidad de que el ordenanza no se encontrara al tanto de sus obligaciones, y no pasó de ahí la cosa, que muy bien podría haber tenido negras consecuencias para el malagueño, si no hubiese mediado en su favor el sargento más apreciado y respetado de toda la Compañía.

La mañana de su segundo sábado en Hausa, Durán se levantó algo nervioso y preocupado, pues era muy consciente de que sólo le faltaban unas pocas horas para hacerse cargo de su primera semana de servicio ininterrumpido en el Destacamento. La temida prueba de fuego que aguardaba desde hacía días estaba ya esperándole y empezaba a notar una ligera excitación por todo el cuerpo, al mismo tiempo que en su cabeza, que había estado pensativa buena parte de la noche, hervía el deseo de que pronto fuera la una de la tarde (hora del sábado que marcaba el relevo de

los servicios de semana en casi todas las Unidades militares), que le llevaría a hacerse cargo de sus siete días de facción continuada en Hausa.

Unas horas más, pues, y Durán tendría en sus manos las listas generales de los corrigendos y soldados, los impresos de estadillos para las diferentes formaciones, las órdenes del capitán de la Compañía a tener en cuenta durante toda la semana y, bien metidas en su cabeza, estaba seguro de ello, un sinfín de recomendaciones hechas por Ramiro, quien, la tarde anterior, ya le había aconsejado que no se dejara tomar el pelo por nadie, y que al mismo tiempo usara bastante de su mano izquierda, cuando las circunstancias así lo aconsejaran; haciéndole hincapié, sobre todo, en que se olvidara por completo de la clase de soldados que había mandado con anterioridad, pues no siendo los corrigendos de sus mismas características, no tenía por qué emplear idénticos métodos y formalidades. También le había prevenido el buen compañero que no hiciera caso a ningún *gilipollas* y que actuara tal como él era, que tampoco los corrigendos se comían a nadie. Allí, en el Cabrerizas, daba igual que uno fuera retorcido o padrazo, hasta cierto punto, porque a muchos de los individuos que se movían por Hausa poco les importaba una u otra cosa, si querían llevar a cabo alguna de sus fechorías.

Durán, tomada buena nota de las recomendaciones hechas por Ramiro, en quien confiaba plenamente, cumplidas las normas generales del relevo, se dispuso, tras escuchar el toque de fajina, a conducir a toda la Compañía formada al punto del Destacamento donde diariamente se realizaba la distribución de las comidas en las marmitas individuales y se llenaban las cantimploras de agua -un litro por cabeza-. El teniente Solé, para satisfacción suya y de la mayor parte de los penados de la Unidad, desempeñaría las funciones de oficial de semana esos días.

Su primer acto de servicio en Hausa se desarrolló con absoluta normalidad, y todas sus obligaciones, por ser sábado, concluyeron al finalizar la formación de la primera comida, en espera de que el corneta tocara de nuevo fajina para la distribución del segundo rancho (nueve de la noche), que tampoco le exigiría estar presente en un cometido de señalada importancia. Más tarde llegaría uno de los peores y más temidos momentos del día: su encuentro con los corrigendos en la lista de retreta.

Fue entonces, en este control nocturno de la tropa cabreriza, cuando empezaron sus primeras tribulaciones en Hausa.

Bajo la tenue luz de una bombilla de cuarenta vatios, a la que a duras penas lograba dar vida el viejo grupo electrógeno del área del puesto de mando, punto de iluminación que se encontraba situado cerca de la cantina, en una pequeña explanada en la que se cumplían todas las formaciones de la Unidad, con su cabo de cuartel al frente, esperaban los componentes no profesionales de la Primera Compañía del Disciplinario la aparición del nuevo sargento de semana para iniciar el rutinario control de cada noche. Como era habitual, el cabo de servicio se las veía y deseaba para conseguir que los desterrados del Sáhara se mantuvieran en formación ordenada y silenciosa, aspiración y deseo del clase de tropa que, evidentemente, no eran fáciles de lograr en el Cabrerizas. Gritos, risas, empujones... ¡Todo valía entre aquellos hombres con tal de no hacer el menor caso a quien intentaba con esfuerzo controlarlos, sin conseguirlo!...

La mayoría de los formados, individuos expertos en complicar la vida a sus superiores más inmediatos, estaba ansiosa por tener ante sus narices al sargento novato que les había llegado no hacía muchos días al Destacamento, y ver la cara que éste pondría cuando los más alborotadores y cabecillas de la Compañía empezaran a cometer algunos de sus desmanes.

Uno de los cabrerizos incorporados a Hausa en el último convoy, destinado a la Primera de corrigendos como Durán, que según contaba jactanciosamente a todo aquel que quería escucharle había tenido que parar los pies al sargento *pistolo* antes de llegar al Destacamento, por creerse este *pavo* que era poco menos que un general y que sangre azul corría por sus venas, no dejaba de comentar por el Destacamento que, en el trayecto de Smara a Hausa, había estado a punto de que el novato lo arrestara, ya que no pudo aguantar sin rechistar que "este capullo de mierda" le ordenara cerrar la trampilla del camión en el que viajaba con los demás compañeros, cuando otros mejor situados que él en la caja del vehículo podían haberse hecho cargo de tan estúpida orden.

Comentarios y expresiones similares había utilizado el segundo de los tres individuos incorporados ese mismo día al Cabrerizas y a la Primera Compañía, corrigiendo que, por cierto, era bastante déspota y mal hablado; no habiendo pronunciado una sola palabra el tercero de los nuevos penados de la Primera, que

era precisamente Sebastián el cordobés (el resto de los cabrerizos llegados en el último convoy de El Aaiún había sido dado de alta en las otras dos áreas del Destacamento, ninguno más de ellos, por tanto, destinado a la Unidad de Durán).

En medio del vocerío y desorden general de quienes aguardaban expectantes la aparición del sargento de semana, una sombra de andar rápido y decidido estaba a punto de llegar al lugar donde se había reunido la Compañía para cumplir con el control nocturno de esa noche, lo que hizo que el cabo de cuartel ordenara inmediato silencio a todos los presentes, así como que la formación estuviera atenta a sus órdenes, dispuesta a adoptar la posición de firmes para recibir al suboficial de servicio.

Durán, con gesto serio y tranquilo, muy a tono con el momento y lugar donde se encontraba, apareció ante los hombres formados, preparado para iniciar la lista de retreta. En sus manos llevaba la relación nominal de la tropa y la orden del Batallón, cuyo contenido, como norma tradicional de obligado cumplimiento en las Unidades militares, debía dar a conocer a todos los asistentes al acto, una vez finalizada dicha lista de retreta, antes de que el cabo furriel de la Compañía diera comienzo al nombramiento de los servicios para el día siguiente, con la Unidad puesta firmes y quitada la prenda de cabeza; cabo furriel que precisamente acudía con retraso a la formación, al haber tenido que rectificar varios nombres y servicios a última hora.

Sin acallarse totalmente los cuchicheos ni cesar por completo los empujones, el cabo de cuartel ordenó a la Compañía ponerse firmes, y de esta forma, sin comprobar previamente que todos los hombres se hallaban en las mínimas condiciones exigibles de orden y compostura, poniéndose él mismo en un nada correcto primer tiempo del saludo militar para recibir a su superior, dio las novedades reglamentarias al sargento novato entrante de semana, quien se había detenido a pocos pasos de la formación para contestar a su saludo y escuchar sus explicaciones.

Durán, sabiendo lo mucho que se jugaba en su primera noche de servicio en el Cabrerizas, consciente de cuál debía de ser en todo momento su forma de actuar con los corrigendos para no caer en ningún imperdonable descuido del que luego tuviera que lamentarse, devolviendo sereno e impasible el saludo que acababa de recibir de su subordinado, sin dar muestras de contrariedad ni enfado, con tono de voz tranquilo y mesurado, ordenó a éste con determinación:

-Manda derecha y a cubrirse. Cuando esté la Compañía bien alineada y en silencio, me vuelves a dar novedades.

El cabo de cuartel, algo molesto por las palabras de su jefe, que constituían una llamada de atención para él, contestó con un disciplinado "¡A sus órdenes, mi sargento!", y procedió a cumplir con lo mandado por su superior.

No pocos siseos y carraspeos, y alguna que otra risa malintencionada, se escucharon entre quienes esperaban impacientes a que fueran pronunciados su nombre y apellidos, leída la orden del Batallón y nombrados los servicios de armas y mecánicos para el día siguiente, poniendo así fin a la conocida historia de cada noche.

De nuevo volvió a recibir novedades Durán, ahora con la tropa en mejores condiciones de alineación, orden y disciplina, aunque sin desaparecer por completo del bloque de tres filas, a su pesar, los murmullos y empellones que habían estado prodigándose entre los cabrerizos hasta ese momento, individuos especialmente activos en la cola de la formación, parte de la Unidad que quedaba fuera del control del cabo de servicio por la mala iluminación reinante en el paraje que ésta ocupaba.

Si bien hacía ya ocho días que Durán deambulaba por Hausa como un miembro más del Cabrerizas, habiendo tenido por tanto los corrigendos más rebeldes de la Unidad tiempo suficiente para poder observarlo con detenimiento, era precisamente en aquel acto de la retreta, solo bajo el débil resplandor de la bombilla que iluminaba el área de formación nocturna ocupada por la Compañía, cuando el sargento novato se encontraba más al alcance de cualquiera de las muchas felonías que bastantes de aquellos individuos eran capaces de cometer. El hallarse todos los corrigendos concentrados en un punto común, rodeados de la oscuridad de la noche, con un sargento inexperto en la vida disciplinaria en disposición de pasarles el control nocturno, daba ocasión a que más de uno de los incluidos en la lista de ordenanza intentara saltarse las normas y los reglamentos, por aquella noche.

Era evidente, y Durán lo sabía, que, ocultándose en la masa, algunos de los formados, sobre todo los más audaces, podrían dar rienda suelta a su *delirio*, y entonces...

No tembló su voz, sin embargo, al comenzar la lectura de la relación de nombres y apellidos de la Compañía, que iba siendo contestada por los cabrerizos en voz alta con un, a veces, nada

tranquilizador “¡Presente!” Como no se acallaban los siseos ni dejaban de observarse los pequeños movimientos en las filas que buscaban alterar el orden de la formación, pronto se dieron cuenta los corrigendos de que el sargento novato empezaba a ponerse algo nervioso...

Cuando Durán, en breves pausas, y con su mejor serenidad y firmeza, levantaba la vista para pasearla lentamente por toda la Compañía, a fin de que los allí reunidos tomaran plena conciencia de que estaba muy pendiente de cuanto ocurría a su alrededor, y de que alguien podría pagar caro un mal comportamiento de no enmendar su conducta, los más cercanos a él conseguían adivinar en sus ojos, como ya días antes lo habían adivinado otros miembros cabrerizos de su propio pelotón, aquella mirada enérgica y amenazadora que invitaba a practicar una gran sensatez y cordura a quienes se encontraban bajo sus órdenes, evitando así el tener que tomar medidas disciplinarias contra nadie.

Finalizado el control nocturno de los corrigendos y soldados de reemplazo, haciendo uso siempre el nuevo sargento del Disciplinario de las necesarias dosis de prudencia con los más revoltosos, que no habían cejado en ningún momento en su empeño por dificultarle la lista de retreta con pequeñas interrupciones, Durán dio comienzo a la lectura de la orden del Batallón, y, tras haber nombrado el cabo furriel los servicios para el día siguiente, se presentó el incidente que tanto había temido.

Ocurrió muy cerca de la cola de la formación, lugar donde, de manera inesperada, empezaron a oírse fuertes voces y risotadas, a las que no tardaron en sumarse amenazas, insultos de todo tipo y empujones. Como un reguero de pólvora, pronto la estampida llegó hasta la cabeza de la Compañía, y Durán se las vio y deseó para que las filas del bloque volvieran de nuevo al silencio y disciplina del control nocturno, teniendo que mandar para ello, con energía y decisión, que toda la Unidad adoptara la posición de firmes y que cada hombre cubriera con el brazo levantado las distancias e intervalos reglamentarios.

El sargento más moderno del Cabrerizas, no acostumbrado a aquellos actos de clara indisciplina, casi de puro salvajismo, no pudo evitar sentirse en cierta manera humillado por la actuación que acababa de protagonizar la Compañía de corrigendos que horas antes había sido puesta bajo su responsabilidad para el

servicio de semana, comportamiento colectivo que nunca antes había visto, ni siquiera imaginado, pudiera darse en una Unidad militar.

Contrariado por esta conducta general, que en mal lugar le dejaba, Durán no pudo evitar que se apoderara de él un sentimiento de rabia hacia aquellos hombres condenados a cumplir pena disciplinaria en el desierto, sentimiento acompañado de un intenso deseo de ponerlos a todos juntos a correr por el exterior del perímetro de la antigua zona defensiva, durante varias horas; y hacerles pagar así, como sin duda merecían, su falta de respeto y compostura; pero, ¿qué habría conseguido con tan justa y drástica medida? ¿No debería, por ser su primer servicio en Hausa, y sin que ello sirviera de precedente, mostrarse un poco flexible y comenzar su servicio de semana sin arrestos ni represalias?...

Manteniendo la Unidad en posición de firmes, cosa muy difícil de conseguir con aquellos desterrados tan poco inclinados a cumplir con su obligación -¡menudos eran los corrigendos!-, Durán, siempre con la mayor firmeza reflejada en su semblante, se acercó al final de la Compañía para tratar de aclarar el origen y culpables de aquellos desórdenes, indicando previamente al cabo de cuartel que se situara detrás de la formación para tener un mejor control de los corrigendos, advirtiéndole secamente a su ayudante que estuviera preparado para tomar nota de quienes se atrevieran a relajar su posición de castigo, ¡que bastante les importaba a ellos esta amenaza!

Nunca en tono violento, pero sí poniendo la máxima gravedad en sus palabras, preguntó:

-¿Qué ha ocurrido? ¿Quién ha sido el causante de este alboroto?

No hubo respuesta.

Insistió de nuevo, procurando ahora que todos los presentes le escucharan con la mayor nitidez.

-¡Que dé un paso al frente el culpable de este jaleo! No le va a pasar nada, se lo aseguro...

De nuevo silencio e indiferencia.

Durán se dio cuenta de que empezaba a escapársele el dominio de la situación, contratiempo que no estaba dispuesto a que llegara a producirse. Una fuerte indignación le subía por la garganta y temía que pronto se le disparara su genio, que también lo tenía cuando alguien le presionaba demasiado. Pensó que algo

tendría que hacer al respecto si ninguno de los corrigendos daba la cara y asumía la responsabilidad del incidente. Era consciente de que estas faltas cometidas contra la disciplina militar no podían dejarse sin correctivo, ya que, de ocurrir esto así, muchos llegarían a ocultar sus actos merecedores de castigo en el anonimato del conjunto, con la imposibilidad entonces de que estos excesos fueran justamente corregidos.

Volvió a repetir, esperanzado:

-He dicho que el culpable o los culpables no serán arrestados. ¡Que sean hombres y den la cara!...

Colás, que junto a Flor ocupaba uno de los últimos puestos de la fila central de la Compañía, testigo ocular de lo sucedido poco antes, no quiso soportar por más tiempo el mal trago por el que estaba atravesando su nuevo jefe de pelotón, quien, le gustara o no esta circunstancia, era su superior más próximo en la Compañía, y asunto por tanto que muy bien podía considerar de su incumbencia. Dándose media vuelta, dijo mirando con fijeza a los ojos del corrigendo que se encontraba detrás de él:

-O sales voluntariamente o te pego una patada en los cojones...

El amenazado, un individuo que días antes se había visto obligado a afeitarse la cabeza para intentar curar lo que parecía ser una simple infección de cuero cabelludo, pero que muchos en el Destacamento tenían por los síntomas de una sífilis contraída en El Aaiún, mientras esperaba a ser conducido a Hausa para cumplir su accesoria disciplinaria, bajito y cargado de pellejos, en quien no pocos de los que compartían con él su destierro en el Sáhara reconocían una elevada dosis de “mala hostia” en el cuerpo, miró con cierta indiferencia a su compañero, para responderle sin apenas inmutarse, hablando en voz baja:

-Un huevo. Yo no salgo. ¿Es que quieres que me endiñen ocho días con el Pelotas?

Flor, temeroso de que, por estar él ocupando uno de los últimos lugares en la formación, pudiera ser de los más perjudicados en aquel incidente, intervino en apoyo de su jefe de escuadra, intentando convencer con buenas palabras a quien, al parecer, había iniciado aquel desaguisado:

-Sal, Eutimio; el sargento no te hará nada, seguro; es una persona de palabra.

De nuevo se resistió a asumir su culpa el causante de que la Compañía permaneciera en posición de firmes, e incluso se permitió dirigir una despreciativa mirada hacia Flor.

Le dijo, además:

-¡Vete a la mierda, maricon!...

Durán seguía esperando a que alguien diera un paso al frente y asumiera la responsabilidad de lo ocurrido, pero en vez de que esto se produjera, varios de los corrigendos continuaban con sus intrigas y parloteos, especialmente al final de la Compañía, como si con ellos no fuera la cosa.

Era una situación comprometida para él y se daba cuenta de que bastantes de aquellos hombres no soportarían por mucho tiempo la posición de castigo en la que los mantenía. De ser Ramiro el responsable del servicio, estaba convencido de que nadie, aunque hubiese tenido a toda la Unidad una hora firmes y en silencio, habría osado romper la disciplina del bloque. Pero él, un novato recién incorporado a Hausa, no podría conseguir que tropa tan veleidosa permaneciera muchos minutos sin alterar la rigidez de la formación.

Nuevas palabras brotaron de sus labios, esta vez pronunciadas en dura advertencia:

-Debéis comprender que esto no puede quedar así. Alguien ha de dar la cara o no tendré más remedio que tomar nota de unos cuantos, cogidos al azar, precisamente de la cola de la Compañía, donde parece ser que se ha iniciado todo el jaleo, e imponerles un correctivo.

Había seria amenaza en su rostro, aunque muy para sus adentros no pensara cumplir con aquel ultimátum, por ser su primera noche de servicio en el Destacamento. Pero, ¿cómo salir de semejante compromiso, si no había nadie que diera un paso al frente?

Colás se volvió una vez más hacia el llamado Eutimio.

-¡O sales ya o te rajo, mamón! -casi le gritó.

De nuevo quiso desentenderse del asunto el de la cabeza afeitada, pero un fuerte pisotón de su compañero le advirtió claramente de cuáles podrían ser las consecuencias que sufriría si no daba un paso al frente.

No lo dudó más el amenazado y salió de la formación...

-¡Yo he sido, mi sargento!

Durán, que estaba a punto de perder la paciencia, vio abrirse las puertas del cielo: “¡Un milagro!”, se dijo. Sus buenas palabras, al parecer, habían convencido, ¡por fin!, a aquel individuo de aspecto repelente para que diera la cara y no implicara en su conducta a toda la Compañía.

Conservando la sangre fría que había estado a punto de perder, Durán ordenó descanso a la Compañía e hizo que se le acercara el culpable de sus primeras dificultades en el Cabrerizas, que fácilmente habrían podido desembocar en una desagradable noche para él, si no hubiese conseguido mantener el control de sus nervios.

El rufián, a ojos de Durán un repulsivo individuo de torva mirada, corta estatura y leprosa cabeza, cuya boca llena de babas se retorció en lo que intentaba ser ingenua sonrisa, pero que la mayoría de los formados veía como repugnante mueca, quiso quitar importancia a lo sucedido:

-Sólo ha sido una broma que le he gastado a Margarito, mi sargento. Le aseguro que no ha habido mala intención por mi parte.

Durán, sin tolerar en ningún momento que aquel indeseable suavizara la posición de firmes que, sin dudarlo, le hizo adoptar delante de la Unidad formada, mirándole fijamente a los ojos, le preguntó con sequedad:

-¿Por qué una broma a retreta? ¡Que salga Margarito!

Margarito no se hizo repetir la orden.

-¡A sus órdenes, mi sargento!

-¿Qué ha ocurrido? ¡Cuenta!...

-Pues que... pues que el Eutimio me ha metido... me ha metido un ratón muerto dentro de los pantalones –pudo terminar de decir Margarito, cabrerizo largo de cuerpo pero al parecer lento de razonamiento.

Las entrecortadas palabras de Margarito, condenado inocentón que a menudo era objeto de bromas de mal gusto por parte de algunas de las alimañas que poblaban el Destacamento y se decían sus amigos, fueron acompañadas de grandes carcajadas.

Durán, Mal que esto le pesara, seguramente influenciado por el coro de risas que había acompañado la respuesta del tal Margarito, así como por la apariencia que éste tenía de no haber cometido nunca una falta, sin poderlo evitar, rió también de buena gana la explicación dada por el corrigiendo.

El nuevo suboficial del Cabrerizas, cumpliendo con la palabra dada, ordenó a los dos hombres que regresaran a su puesto en formación y, acto seguido, tras hacer una serie de advertencias a toda la Compañía, todavía con la sonrisa en los labios, mandó romper filas.

Unas cuantas gorras fueron lanzadas al oscuro cielo sahariano en señal de aprobación, y el sargento novato vio cómo terminaba su primera noche de retreta en Hausa -su primera pesadilla- al frente de una Unidad de corrigendos del Disciplinario, sin que nada especial hubiera ocurrido. ¿O tal vez sí?...

De aquella experiencia africana obtendría Durán cierta satisfacción personal por haber actuado de manera tan sensata frente a los cabrerizos, forma de proceder que le había permitido salir airoso de situación tan comprometida, aunque bastante le extrañaba el haber podido convencer finalmente de su erróneo comportamiento al causante de sus primeras preocupaciones en Hausa, pues viendo la cara de perro sarnoso que tenía el tal Eutimio se hacía difícil de creer que este individuo fuera hombre de muchas lealtades para con sus compañeros. Era posible, sin embargo, que, en el último minuto, tal vez, sus palabras de persuasión hubieran convencido a tan retorcido personaje para que diera un paso al frente y asumiera la culpabilidad de su conducta, aunque mucho lo dudaba...

I V

La formación semanal para la Santa Misa, de obligada asistencia para todas las Compañías de corrigendos del Cabrerizas, reunía los domingos por la mañana, en distintos bloques de filas, a todos los miembros del Batallón Disciplinario.

A las nueve treinta horas el sol ya caía sin mucha piedad sobre las pequeñas edificaciones del Destacamento, donde, junto a la explanada de la bandera, el teniente capellán, hombre cercano a los treinta años, discreto comportamiento, rostro afable, y de la mañana a la noche dispuesto a escuchar con paciencia cuantas penas afligían a los corrigendos -quienes, no obstante esta buena predisposición de su capellán, pocas veces acudían a él para

recibir su mejor palabra y consejo- cumplía, siempre con la esperanza de que cada domingo aumentara el número de los que buscaran ponerse a bien con el Supremo, recibiendo de sus manos la sagrada forma, con su principal labor pastoral en el Cabrerizas: la celebración de la Eucaristía, que también llevaba a cabo cada día en la intimidad del chamizo situado junto a la enfermería, a la que podían acudir libremente todos los miembros del Disciplinario que lo desearan, desgraciadamente para él bien pocos.

La mayoría de los oficiales y suboficiales del Batallón, libres de tener que sufrir la incómoda formación bajo el caluroso sol sahariano, acompañaban a la tropa al acto religioso reunidos en dos grupos de mandos perfectamente diferenciados, siempre aprovechando la generosa sombra que brindaba el tinglado de hojalata de la cantina, en cuyo límite más cercano al mástil de la bandera la guardia de seguridad del Destacamento, al mando de un sargento o cabo primero, cuando el toque del cornetín de órdenes del comandante así lo disponía, rendía los honores reglamentarios en el momento en que era alzado el Santísimo Sacramento.

La más que menguada Banda de cornetas y tambores del Cabrerizas, pobre representación de las Agrupaciones Musicales que dejaban oír sus marchas militares por todos los cuarteles de la geografía hispana, lanzaba entonces al aire sus ayes de lamento y desgarró, notas de melancolía que, con su mejor voluntad y empeño, interpretaban los cinco componentes de la Banda del Disciplinario: tres cornetas y dos tambores, todos ellos bajo la dirección de un cabo veterano de la escala, que constantemente se quejaba de la poca atención y ayuda que recibía de sus superiores para poder cumplir dignamente con sus obligaciones musicales en el Destacamento, así como de las malas condiciones de uso en las que se encontraban, desde hacía tiempo, las boquillas de las cornetas y el cuero de los tambores, utilizados estos instrumentos de viento y percusión tanto para los ensayos de cada día como para el acompañamiento de la tropa en las formaciones y actos más distinguidos (que bien pocos se celebraban en Hausa), culpables estas adversidades de que sus subordinados no entonaran adecuadamente Los Voluntarios, el Soldadito Español u otras composiciones similares, especialmente cuando el Batallón desfilaba en columna de a nueve, a pesar de las muchas horas y esfuerzos que dedicaban a su adiestramiento.

Inocencio era casi tan popular en Hausa como Jacinto el Pelotas, si bien no gozaba el cabo de la Banda de la misma mala fama que sí disfrutaba el jefe de quienes todos llamaban *pirañas* por encontrarse cumpliendo castigo en el *infierno*. De sus veintisiete años de existencia, trece de ellos los llevaba dedicados Inocencio, en cuerpo y alma, al Ejército español, en el cual había ingresado a la edad de catorce años como educando de Música, destino provisional que poco después cambiaría para convertirse en corneta de Compañía.

Hijo de un modesto pero muy apreciado sargento legionario del Tercio sahariano Don Juan de Austria, el responsable de los *turutas* y tambores del Destacamento había puesto siempre buen cuidado en no compartir con su padre sus dimes y diretes profesionales, y en la primera ocasión que tuvo, hacía ya de ello unos cuantos años, cambió su vistoso uniforme legionario por la menos llamativa indumentaria de Tropas Nómadas, pasando a lucir más tarde, sin complejos ni inferioridades, la vestimenta que los cabrerizos usaban en el Disciplinario, donde, al parecer (¿sería por culpa del sol de Hausa?), se sentía absolutamente realizado, a pesar del mal estado en que se encontraban los instrumentos musicales que tenía a su cargo, que le ocasionaban no pocos quebraderos de cabeza.

Al cabo Inocencio Pastrana, jefe de los cornetas y tambores del Cabrerizas, a falta del sargento de su misma especialidad que recogían las plantillas del Batallón, con rebelde mechón de pelo negro cayéndole continuamente sobre su ojo derecho, y largas patillas que le llegaban hasta la comisura de los labios, le gustaba mantener buenas relaciones con los más sobresalientes cabecillas de Hausa, sin querer decir con ello que fuera persona viciosa o de mal carácter (aunque algo tenía de lo primero), pero sí amante de la compañía de los mayores bribones del Destacamento, sobre todo de quienes tenían por costumbre reunirse en cualquiera de los alojamientos subterráneos de tropa existentes en la antigua posición defensiva para llevar a cabo interminables partidas de cartas, sin importarles en ningún momento que estos juegos de azar estuvieran rigurosamente prohibidos por las ordenanzas militares y el Régimen Interior de los Cuerpos, siendo frecuente que, a escondidas, para que no le descubrieran los mandos, el cabo Inocencio tomara parte activa en estos secretos encuentros con verdadera pasión y entusiasmo.

Alma de la más pura ingenuidad, que bien le caía el nombre de Inocencio, pocas veces el cabo de cornetas, por no decir ninguna, había salido victorioso en su empeño de obtener pingües beneficios en aquellas timbas clandestinas en las que tomaba parte, teniendo frente a él casi siempre a individuos de la peor calaña, como eran el Cejas, Pata de culo, el Cuervo, Eutimio o el retorcido y perverso Tirabuzones, hombres que, en su esquizofrénica y demencial jerga, no siempre apta para gentes sensibles y remilgadas, le daban verdaderos y avanzados cursos de cómo dejarse desplumar las *pelas* en medio del desierto sahariano en menos que canta un gallo, o lo que era lo mismo, sin darle tiempo a que se lamentara.

Tales partidas de cartas -generalmente póquer, julepe y montones, por este orden- se celebraban los sábados por la tarde y los domingos todo el día, y a ellas acudían conocidos personajes de las otras Compañías de corrigendos, la Segunda y Tercera, quienes, libres de ataduras y obligaciones en los fines de semana, salvo que tuvieran que desempeñar algún turno de servicio (guardia, cocina, trabajos de mantenimiento, etc.), podían transitar sin ningún impedimento o limitación por los dominios del Destacamento, siendo los puntos o lugares que más frecuentaban estos cabecillas de Hausa la cantina del Batallón -común para todos los miembros del Cabrerizas-, su cobertizo o tinglado y los habitáculos de otros compañeros más o menos destacados de la Primera de corrigendos, donde a veces se llevaban a cabo encuentros no del todo legales y piadosos.

Como los visitantes procedentes de las otras áreas disciplinarias del Destacamento no competían con sus anfitriones de la zona del puesto de mando por un mismo territorio de influencia o dominio, poca rivalidad o falta de entendimiento existía entre estos seres en ocasiones inadaptados, pudiéndose comprobar, en muchas de estas visitas, la mala sangre que hermanaba a unos con otros.

Inocencio había sido aconsejado en repetidas ocasiones por su capitán para que no buscara la amistad y compañía de aquellos cuatreros, advirtiéndole seriamente que esta relación inadecuada terminaría por convertirle a él en uno de ellos, como no abandonara pronto tales connivencias, pero al cabo responsable de los cornetas y tambores del Cabrerizas no le resultaba nada fácil huir de la negativa influencia que semejantes individuos ejercían sobre su persona, y continuamente volvía a las andadas.

También Sergio Ferrer, cabo primero de la Tercera Compañía del Batallón, agregado al puesto de mando como jefe del pelotón de entretenimiento de vehículos del 2º Escalón, era bastante asiduo a estos corrigendos, los cuales, en sus horas libres de la tarde, siempre acompañados de sus inseparables séquitos o cortejos, solían deambular por los alrededores de la cantina y el pozo de agua salobre, generalmente buscando dónde armar camorra o en quién descargar su cólera. Hay que decir, sin embargo, que Sergio Ferrer jamás tomaba parte en sus juegos prohibidos ni en aquellas aventuras que pudieran comprometer su futuro en la milicia, aunque muy cerca le andaba.

El jefe provisional de la Banda del Disciplinario se sentía especialmente atraído por la fuerte personalidad del Cejas, verdadero y principal cabecilla de Hausa, en quien era fácil descubrir, en su mugrienta cara de rata de alcantarilla, aquel aire de perversa agresividad que a menudo se reflejaba en su rostro.

Este más que conocido y principal corrigiendo de Hausa, el Cejas, hombre de insultante y anárquico vocabulario, mirada hostil y gesto hosco, dotado para desgracia de muchos cabrerizos de poderosa envergadura, mantenía, con maquiavélica sonrisa y zorra astucia, el timón del barco en el que navegaba cada día junto a sus otros camaradas de destierro. Sobresaliente reyezuelo del Destacamento, disfrutaba este pequeño tirano, como hambrienta y maligna hiena que era, del terror que infundía entre sus más cercanos compañeros, apoyándose con frecuencia para la comisión de sus muchas fechorías en aquellos a los que él consideraba incondicionales servidores, como eran Pata de culo, el Cuervo, Eutimio y el propio Tirabuzones, miserables corrigendos todos ellos, fieles cumplidores de sus funciones de guardaespaldas junto a su jefe. El Cejas regía, con verdadera mano de hierro, los destinos del mal avenida pelotón de Bernardo, clase de tropa que, por su blandengue carácter y falta de decisión para enfrentarse a tan resentido personaje, lo contrario que sucedía con el competente y voluntarioso Mateo, se dejaba llevar y conducir más de lo tolerable por su agresivo subordinado, facilitando con ello, más todavía, el férreo control que el peor Barrabás de Hausa ejercía sobre sus atemorizados compañeros, muchos de los cuales rezaban a cada instante para que pronto se lo tragarán las arenas del desierto (decía el Cejas con machacona fanfarronería que cualquier día de aquellos, el menos pensado, desertaría del Destacamento para dirigirse a la

frontera de Argelia, que con toda seguridad alcanzaría, pues tenía *sobrados cojones* para llevar a cabo aquella proeza y para mucho más que le pusieran por delante).

El Tirabuzones y Eutimio, hombres del pelotón de Bernardo, de su segunda escuadra, dotados como el Cuervo y Pata de culo de generosas malas entrañas, se habían convertido en inseparables camaradas del Cejas desde que tan notable individuo arribara al Cabrerizas, hacía de ello algo más de seis meses, tras haber desistido ambos corrigendos en su intento de someter a su férrea dictadura al satánico madrileño, que a los pocos días de su llegada al Disciplinario ya se había apoderado de los libres albedríos de bastantes de sus nuevos compañeros; pasando el Tirabuzones y Eutimio, tras el fracaso de sus primitivas intenciones, a convertirse en la siniestra sombra del Cejas, allá donde éste estuviera.

Tan repulsivos corrigendos, el Tirabuzones y Eutimio, despóticos inquisidores del Disciplinario, todo lo embrollaban con verdadera astucia. Odiados y temidos por la inmensa mayoría de los penados, acompañaban constantemente al Cejas, a Pata de culo y al Cuervo, cuando estos siniestros reptiles, en las horas de asueto de las tardes, y los domingos y festivos toda la jornada, se dejaban ver por la cantina y sus alrededores. Como casi todos los habitantes de Hausa procuraban no tratar con aquel grupo de chacales, y nada querían saber de su venenosa compañía, fácil les era a los cinco hombres de Bernardo, tres de la primera escuadra y dos de la segunda, disponer en todo momento de mesa y asiento bajo la sombra del cobertizo, cuando así les venía en gana; pues si este deseo suyo se encontraba fuera de su alcance por estar todos los lugares ocupados, sólo necesitaban ponerse delante de quienes en esos instantes utilizaban aquellas mesas y asientos para conseguir de inmediato su propósito, pobres compañeros que, con una cerveza o un vaso de vino en la mano, intentaban olvidar el fantasmal mundo en el que transcurría su oscura existencia.

Había sin embargo en Hausa contados cabrerizos que no se arredraban fácilmente frente a las continuas provocaciones del Cejas y sus secuaces, por lo que, en ocasiones, se producían pequeños enfrentamientos, incluso peleas directas -¡las bascas!-, entre individuos o grupos rivales, aunque generalmente tales disputas quedaban limitadas a simples cruces de insultos y amenazas, la mayoría de las veces.

La masa de corrigendos pensaba que, cualquier día, cuando menos lo esperaran, se produciría un grave incidente en el Destacamento, que a todos perjudicaría.

Si bien era cierto que quienes no se dejaban avasallar ni intimidar por el Cejas y sus compinches en el Disciplinario no gozaban tampoco de las devociones y simpatías del resto de los hombres del Cabrerizas, sí se podía decir de ellos, sin embargo, que, por la valiente actitud que demostraban continuamente ante aquella chusma desheredada, se habían ganado la admiración y el respeto de muchos de sus compañeros, bastantes de los cuales buscaban sin disimulo su proximidad más inmediata para poder estar a salvo de los abusos y maldades de aquellos seres endemoniados, cuya obsesión más conocida en Hausa era provocar sin descanso a la mayoría de los desterrados; donde precisamente el Tirabuzones, buitre de pelo rojizo, ojos vidriosos y agresiva palabra, disfrutaba más que nadie molestando a sus camaradas, especialmente pegando golpes en la cabeza y patadas en el culo a quienes tenían la desgracia de estar situados delante de él en los momentos de mayor concurrencia en la barra de la cantina, o cuando cada cabrerizo se encontraba ocupando su puesto en formación para cumplir con cualquiera de las listas de ordenanza, ayudándole a menudo en estos indignos quehaceres el no menos odiado Pata de culo, que de ahí le venía a José Padilla, fervoroso sicario de los avernos, tan justo y merecido apodo.

Colás y su escuadra, y cosa idéntica sucedía con Aliaga y los suyos, infranqueables muros de piedra con los que se topaban con frecuencia el Cejas y su pandilla de provocadores (lograda tan eficaz muralla gracias al respeto que imponían hombres como Arsenio, Darío y Aliaga, así como también por la propia personalidad y arrojo del antiguo estudiante de bachillerato), hacían lo posible para mantenerse alejados de todo lo que acontecía en la cantina del Cabrerizas y su cobertizo, cuando se movían por sus alrededores las peores alimañas del Disciplinario; pues, aun sabedores de que ellos jamás serían molestados por aquella banda de pistoleros, o en todo caso nunca más de lo permisible, procuraban hacer su vida lejos de la peor canalla de Hausa, evitando así el riesgo de verse implicados en acontecimientos no deseados, que pudieran agravar más todavía su ya de por sí penosa vida en el Destacamento.

El Cejas, no obstante, tenía una espina clavada en lo más profundo de su podrida alma, al tener que soportar continuamente

lo que él creía intencionado desde Colás y su gente, que siempre le daban la espalda, y con frecuencia, como tal cobarde y vengativa víbora que era, descargaba todo su odio y rencor en la persona que menos daño podía hacerle del pelotón de su no declarado enemigo: Flor, quien, en constante y aterradora angustia por esta preferencia que tanto le preocupaba, se veía en medio de aquella guerra sorda entre Colás y el Cejas, habiendo sido objeto en más de una ocasión, por parte del furibundo madrileño y sus esbirros, al no tener a su alcance a los hombres de su escuadra o pelotón en los que apoyarse, de los peores insultos y maldiciones que pudieran escucharse en Hausa, conservando en su cuerpo ligeras señales de agresión física por esta causa; pequeñas marcas producidas por los golpes recibidos a manos de aquellos discípulos del diablo, en los momentos y lugares más inesperados, aprovechando casi siempre estos bellacos los tumultos que se organizaban en la cantina o en las formaciones de retreta, al llegar la noche, que tanto le tenían atemorizado; yendo a esconder entonces sus lágrimas de impotencia, cuando estos abusos y vejaciones se producían, bajo cualquiera de las palmeras que crecían cerca del pozo de agua salobre, donde, lamentándose allí mil veces de su mala suerte y destino, dejaba en libertad, además de sus muchas lágrimas y congojas, sus más íntimos pensamientos. ¡Qué desgraciado se sentía en esos instantes!

Murietas era consciente de que no podía acudir con los miedos y temores que le atenazaban en Hausa a ninguno de sus superiores, ¡hubiera sido un error hacerlo así, por las represalias que con toda seguridad habría padecido!, y le inquietaba enormemente el que un día u otro pudiera ocurrirle alguna desgracia en el Cabrerizas. También estaba convencido de que sus compañeros más próximos, caso de llegar a exponerles las desdichas y aprensiones con las que vivía en el Destacamento, no habrían salido en defensa de su infortunio, pues bastantes problemas tenían ellos con su destierro en el Disciplinario para encima tener que parar los pies a la peor gentuza del Cabrerizas, sacándole a él las castañas del fuego.

Tanto Pata de culo como el Tirabuzones le habían insinuado en más de una ocasión, siempre alejados de oídos indiscretos y en medio de grandes risotadas, sus aspiraciones y deseos para con él, que cualquier día, sin mucha tardanza, pensaban llevar a cabo. Aterrorizado por estas afirmaciones y amenazas, huía de aquellos

individuos y de su grupo de matones como si estuviera poseído por todos los demonios del mundo, sin atreverse a pensar jamás en cualquier otro tipo de relación o entendimiento con tan sanguinarios cabrerizos que no fuera compartir con ellos los turnos de guardia, refuerzo, cocina, patrulla o trabajos del Destacamento, cosa que hacía, desgraciadamente para él, con demasiada frecuencia.

Finalizada la misa que había reunido en la explanada de la bandera a todos los componentes del Batallón, el capitán de cuartel, tras dar las oportunas novedades al jefe del Disciplinario, y recibir de éste la autorización correspondiente para dar por concluido el acto, ordenó a las Compañías romper filas, orden de disgregación de los formados que fue cumplida al momento por toda la tropa asistente a la ceremonia religiosa, que no tuvo ningún sentimiento de culpabilidad a la hora de acompañar con fuerte vocerío la rápida disolución de las cuatro Unidades del Destacamento, tres de fusileros corrigendos y una de Plana Mayor, bloque este último que tenía en su lista de revista a algo más de cien hombres, casi todos dedicados a servicios y misiones logísticas y de apoyo, con personal de plantilla y agregado de otros Cuerpos (Ingenieros, Intendencia, Sanidad, Automóviles...).

Durán no se encontraba de muy buen humor aquella mañana del domingo, pues ya al toque de diana, en la primera formación del día para proceder al control de la tropa cabreriza y acudir seguidamente al desayuno, había tenido su primer enfrentamiento con el Cejas, en apoyo del cual, como asquerosa sanguijuela que era, había salido uno de sus más fieles lugartenientes: el Cuervo.

Todavía poco conocedor de las costumbres y manías que imperaban en Hausa, el sargento novato, escasamente informado por sus compañeros de la mala sangre que corría por las venas del más conocido de los penados de la Primera de corrigendos, aunque sí tenía algunas referencias y avisos de Ramiro, que le había advertido el día anterior de quién era este sujeto y cómo las gastaban sus secuaces, no había querido disculpar ni disimular las continuas blasfemias y amenazas de todo tipo que tan indisciplinado personaje, asiduo visitante del pelotón de castigo, había estado dirigiendo contra varios de sus compañeros, menospreciándolos sin compasión, en el momento de hacerse efectiva la primera lista de personal del domingo.

El Cejas, cuya fama de principal cabecilla del Disciplinario no quería el propio interesado fuera puesta en entredicho por nadie, y menos aún por un sargento novato de poca monta, por las negativas repercusiones que tal hecho podría acarrear a su bien ganado *prestigio* dentro del Batallón, se había visto casi humillado frente a toda la Compañía cuando el suboficial de semana -¡un sargentillo calzonazos!-, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, le había ordenado que abandonara la formación de diana para reprenderle delante de todos los compañeros por sus insultos y amenazas, estúpida amonestación que él no había estado dispuesto a tolerar de ninguna de las maneras, enfrentándose por consiguiente a aquel niño de mierda -¡soplaitas de turno!-, aunque utilizando siempre, eso sí, la prudencia necesaria para no verse envuelto en un mal tropiezo que le llevara una vez más al *infierno*. A conseguir este propósito le había ayudado el Cuervo, su inseparable escudero, quien no había dudado un solo instante en hacerse testigo destacado de su falsa inocencia en la acción digna de arresto que el sargento de servicio le imputaba delante de la Compañía, pues según su compañero quiso dejar bien claro ante el suboficial de semana, sin el menor atisbo de cargo de conciencia por el perjurio que cometía, aquellos insultos y amenazas que él había dirigido contra determinados individuos presentes en la diana habían sido la natural respuesta al traicionero golpe que alguien con demasiada audacia le había propinado en la espalda, a la altura de los riñones, en el preciso instante en que todos los miembros de la Unidad intentaban guardar las distancias e intervalos reglamentarios de las filas, firmes y con el brazo extendido.

Durán no quiso tomar ninguna medida correctiva contra tan insidioso cabrerizo, dándose por satisfecho con afearle su conducta frente a toda la formación, advirtiéndole sin rodeos que andara con cuidado en lo sucesivo, si no quería vérselas con él mientras estuviera de facción, esperando que esta llamada al orden fuera apercibimiento más que suficiente para el resto del día, incluso para toda la semana, aunque bien sabía que aquel chacal de pobladas cejas negras, boca venenosa y dientes ennegrecidos por el tabaco, sería uno de sus peores enemigos en su servicio ininterrumpido de siete días al frente de la Compañía, y en tanto se encontrara destinado en Hausa.

Pensaba igualmente Durán que, si no sujetaba con firmeza y disciplina al Cejas y a otros individuos de su misma estofa,

guardando en todos los actos del día las distancias necesarias con ellos, pronto tendría que hacer las maletas y salir disparado del Cabrerizas, totalmente fracasado en su primer destino como suboficial del Ejército; por lo que tendría que poner el máximo de su temple y esfuerzo en su irrenunciable decisión de soportar todos los inconvenientes que pudieran presentársele en Hausa para lograr su objetivo de convertirse en un buen profesional de las FAS, sin olvidar nunca la importancia que también tenía el saber utilizar en todo momento una gran dosis de serenidad y prudencia, mientras permaneciera en el destacamento del fin del mundo; procurando al mismo tiempo, siempre que ello le fuera posible, granjearse la consideración y el respeto de la mayoría de los corrigendos de la Compañía, que no todos eran malas personas o vulgares delincuentes, según iba comprobando cada día que pasaba.

Por su parte, el mayor de los rufianes del Cabrerizas, el Cejas, quería dejar bien sentado desde el primer instante ante el nuevo *pistolo* que les acababa de aterrizar en el Disciplinario, imberbe *pipi* de Infantería que había llegado hasta Hausa para joderles más la existencia, que él no se dejaba acobardar por nada ni por nadie y que tenía los colgantes donde había que tenerlos.

Ya la noche anterior, el energúmeno cabrerizo nacido en un barrio marginal de la capital de España había estado a punto de organizar una de sus bascas particulares para dar la bienvenida al sargento recluta, pero tuvo que renunciar a este impulso al tener su puesto en la formación junto al Cicatrices y Darío, los dos chorizos de mierda que siempre acompañaban al mamón del Colás, basuras todos ellos que, por estar encuadrados en el pelotón asignado al sargento novato, podrían haberle ocasionado algún contratiempo, caso de llegar a cumplir con su irresistible deseo de armar jaleo.

El Cejas, que era todo lo que se quisiera menos imbécil, se había dado cuenta de que en aquellos ocho días que llevaba el nuevo *piojo* en Hausa, una corriente de entendimiento parecía unir a éste con la mayoría de los hombres de su pelotón, y como no quería dar pie a que ocurriera cualquier incidente en la Compañía que pudiera comprometer más de la cuenta su estancia en el Cabrerizas, sin antes tener las espaldas bien guardadas, había optado finalmente por esperar a mejor ocasión para hacer una de las suyas, aunque trabajo le costó no haber salido en apoyo del Eutimio la noche anterior, provocando con ello una de

sus habituales algaradas, que, con toda seguridad, habría dejado fuera de combate a aquel reclutón de mierda, a aquel baboso comecoños. ¡Ya se las vería más tarde con él ese chusco zarrapastroso!

Durán, con sólo unos pocos días de estancia en el mundo cabrerizo, donde efectivamente se veían muchos más defectos que virtudes, había empezado, con interés y aguda observación, a conocer el *genio y figura* de los más famosos corrigendos del Destacamento, quienes, con sus privaciones y miserias, con sus culpas y adversidades, procuraban soportar lo mejor que podían su condena y destierro en el Cabrerizas.

Con un trato directo y estrecho con los hombres de su pelotón y sección, consecuencia lógica de las horas que pasaban juntos en instrucción cada mañana, y también por su intervención con algunos de ellos en los partidos de fútbol que jugaba por las tardes con Ramiro, Durán pronto pudo descubrir en el Cabrerizas las personalidades más extrañas y singulares que jamás habría podido imaginar hicieran vida cotidiana en una Unidad militar, con cuyo buen entendimiento (siempre de sargento a corrigendo) debía contar en todo momento en el Destacamento si no quería verse envuelto en serias dificultades de adaptación, pues desde las seis y media de la mañana, hora de diana, hasta las diez de la noche, tiempo de la retreta, sería pan obligado, todos los días, su constante relación con ellos, como nuevo suboficial del Disciplinario que era, todas las semanas de todos los meses que tuviera que permanecer en el Cabrerizas.

El antiguo expedicionario a Villa Bens empezaba a comprender bien la razón del comandante Cervera, el Abuelo, al decirle el día de su presentación en Hausa, o mejor dicho aconsejarle, que hiciera uso de un trato muy especial y de la máxima sensatez y prudencia de que fuera capaz con la gente que cumplía condena en el Disciplinario, si quería alcanzar el éxito en la misión que le había llevado hasta el corazón del Sáhara, pero sin dejarse avasallar nunca por ellos. ¡Ay, qué complicado resultaba todo! ¡En qué lío se había metido!

Ya no eran para Durán simples expectativas o conjeturas la presencia de los corrigendos bajo su mando en medio del desierto, y reconocía sin ambages que sus compañeros de Fuerteventura se habían aproximado bastante a lo que era la realidad de los *piratas* del Cabrerizas, aunque habían exagerado

lo suyo al calificar por igual a quienes arrastraban su pena disciplinaria en aquel solitario y árido lugar.

Ciertamente, no eran muchos los corrigendos que respondían a la descripción que de estos hombres habían hecho los suboficiales de Fuerteventura un par de semanas antes, ni de la misma forma tampoco era general la maldad y hostilidad que se podía descubrir en los habitantes penados de Hausa. Sólo una treintena de los miembros de la Compañía, de los algo más de cien cabrerizos encuadrados en la Unidad, destacaba por su mal carácter o negativo comportamiento, llevando esta treintena de individuos al mismísimo Lucifer en sus entrañas. ¡Cuánta ruindad corría por algunas venas!

La mayor parte de aquellos condenados, autores de los más dispares delitos mientras cumplían su servicio militar obligatorio o voluntario en el Ejército, hombres generalmente inmersos en una pobre cultura que les había hecho buscar la aventura y falsos sueños de futuro allá donde precisamente más se castigaban la indisciplina y el incumplimiento de los deberes (Legión y Paracaidistas, principalmente), eran individuos de compleja y agresiva personalidad que intentaban escapar, sin conseguirlo, de profundas contradicciones.

Los siete días ininterrumpidos de su servicio en Hausa fueron aprovechados por Durán para familiarizarse al máximo con lo que venía a ser de ordinario la vida en el Cabrerizas, y también para tratar de conocer más a fondo a todos los corrigendos de su Compañía, con quienes estuvo reuniéndose en un único y numeroso grupo de instrucción técnica por las tardes, de tres a cinco, bajo la sombra del tinglado de la cantina, a fin de desarrollar en paz y armonía las enseñanzas militares de armamento, táctica, tiro, topografía, educación moral, código, ordenanzas, servicios generales y otros temas relacionados con la vida castrense, junto al oficial de semana -el teniente Solé-, quien, con buen criterio, dejaba mucha libertad e iniciativa a su subordinado para que éste consiguiera alcanzar mayor dominio y comunicación con los corrigendos, bastantes de los cuales no cejaban en su terca obstinación de poner en aprieto al suboficial que les había llegado días antes al Batallón, con sus preguntas huecas y enrevesadas, interrumpiendo una y otra vez, a veces casi groseramente, a quien tenía el deber de instruirles, sin que el sargento novato viera en la mayoría de los asistentes a estas

clases de capacitación militar el menor deseo de aprender parte de lo que él trataba con esfuerzo de enseñarles.

Era un incómodo papel el que tenía que desempeñar el joven sargento de semana, prácticamente abandonado a su suerte en medio de los cabrerizos, quien procuraba no perder los estribos por culpa de la falta de atención que observaba en sus ariscos *soldados* a la hora de la teórica.

Aquel primer domingo de facción transcurrido en Hausa, salvo el pequeño incidente que le había enfrentado al Cejas al toque de diana, pudo pasarlo Durán sin mayores complicaciones (toda la tarde había estado preocupado, pendiente de intervenir en alguna disputa que pudiera producirse en la cantina) hasta que llegó la noche, momento de la retreta, donde de nuevo se vio obligado a utilizar su mucha paciencia y cordura para evitar que el control nocturno de los corrigendos se le escapara de las manos y terminara como el rosario de la aurora.

Siempre tenso y con el corazón en un puño durante el sábado y el domingo (sabía que parte de aquellos hombres, como destacada heroicidad de la que ufanarse ante el resto de sus compañeros, intentaría sacarle de sus casillas con una mala conducta), Durán había pasado minutos de verdadero calvario, que, con gran fortaleza de ánimo, consiguió superar, evitando con ello que la escopeta de sus nervios se disparara.

Su papel en el Cabrerizas era para el nuevo sargento del Destacamento un complicado dilema. Si *apretaba* las clavijas más de lo necesario, las formaciones de la Unidad, sobre todo las de retreta y diana, así como los tensos momentos de las teóricas de las tardes, podrían llegar a convertirse en fuente de continuos conflictos donde cada día tendría que mandar al pelotón de castigo a unos cuantos de aquellos hombres. Si disculpaba las faltas cometidas más de lo que aconsejaba el cumplimiento de sus obligaciones, disimulando las infracciones, entonces podría ser mucho peor lo omitido que lo realizado. Ni su propia estima personal ni su orgullo de joven suboficial habrían empujado a Durán a escoger la segunda manera de actuar: el ignorar las faltas, mas el primero de estos dos comportamientos tampoco lo consideraba el más adecuado. Lo cierto era que allí, en el Disciplinario, el sargento novato tendría que andar con pies de plomo en el manejo y control de los cabrerizos, si no quería caer en serias dificultades con estos desterrados de Hausa. Los oficiales, con un trato siempre lejano y distante de aquello que

Palomares llamaba continuamente *carne de cañón*, no sufrían esta circunstancia de estrecha relación con los corrigendos que sí padecían los suboficiales, especialmente los sargentos, sus mandos más directos, grupo de profesionales al que acababa de integrarse el antiguo expedicionario *tetuaní* con su destino a aquel perdido destacamento sahariano, y a quien ya habían empezado a caerle encima algunos de los muchos problemas y sinsabores con los que vivían los mandos básicos del Cabrerizas en el interior del desierto.

Lo que más irritaba a Durán en la instrucción teórica de las tardes, que casi conseguía sacarle de quicio, era el tener que soportar los gestos despectivos de varios de aquellos corrigendos, quienes, sentada la Compañía bajo la sombra del cobertizo de la cantina para escuchar sus explicaciones, sonreían con cínica y aviesa intención sin importarles en absoluto el mucho interés que su sargento ponía para cumplir correctamente con su obligación de enseñarles. Hasta incluso, al pasar las listas de ordenanza, en su buena voluntad de servicio, Durán procuraba tardar lo menos posible en dar lectura a los nombres y apellidos de todos los componentes de la Unidad concentrada, sabedor de que uno de los actos de régimen interior que más suelen molestar a una tropa formada es la asistencia a una lista de ordenanza que se eterniza por su lentitud, pero poco parecía importar a la mayoría de aquellos malandrines sus esfuerzos y preocupaciones por realizar pronto y bien su cometido.

A no pocos de aquellos inquisidores los habría mandado Durán unos cuantos días a hacer compañía a los esbirros del Pelotas (Jacinto), para que así aprendieran lo que era un comportamiento adecuado, consiguiendo con esta decisión, probablemente, que abandonaran aquel aire matonil que nunca les desaparecía de la cara; pero comprendía bien que no era éste el mejor sistema para vencer sus muchas resistencias, por lo que había decidido no tener que llegar a estos extremos, mientras pudiera. Sí intentaría, en cambio, hacer acopio de mucha paciencia con la Compañía y esperaría a ir conociendo mejor a sus miembros, para, de esta forma, saber realmente cómo era cada uno de ellos, lo que, sin duda alguna, le facilitaría su trabajo y un mayor entendimiento con sus subordinados.

A Durán, con sólo unos pocos días de estancia en el Cabrerizas, ya había terminado por caerle mal la presencia en Hausa del pelotón de castigo (alguien le comentó una de aquellas

tardes, que él tomó como bulo, que tiempo atrás había muerto un corrigiendo cuando se encontraba cumpliendo arresto bajo el mando de Jacinto; a quien, también se afirmaba, se le había abierto por esta causa, ordenado por el jefe del Batallón, un expediente o diligencias previas para determinar su grado de responsabilidad e implicación en tan desgraciado suceso). Más humanizada ahora esta pequeña unidad disciplinaria dedicada a la redención de faltas dentro del Cabrerizas, se decía que desde que ocurrieran aquellos lamentables hechos, no pasarían muchas semanas desde la incorporación de Durán al Disciplinario sin que el Pelotas se quedara sin condenados al *infierno* a los que atormentar la vida, desapareciendo para siempre de Hausa el pelotón de castigo, a pesar de que algunos mandos del Batallón consideraran necesaria y hasta imprescindible su presencia en el Destacamento, para tener así controlados a los corrigendos más indisciplinados y peligrosos.

Al sargento novato le habían dado no pocos sudores cada vez que en su semana de servicio había visto pasar por delante de la formación de la Compañía a los *pirañas de Jacinto*. El paso al trote que en todo momento empleaban estos castigados de *lujo* del Cabrerizas en sus desplazamientos de un sector a otro del Destacamento, los diversos y a veces fatigosos trabajos que los huéspedes del *infierno* realizaban en Hausa en beneficio de la colectividad, el poco descanso de que disponían estos arrestados distinguidos del Batallón durante la mayor parte del día, y la falta absoluta de libertad de que gozaban todos ellos para moverse libremente por la zona del puesto de mando, eran las cargas o servidumbres más importantes que identificaban al pelotón conducido por el Pelotas, quien sufría también, como si fuera uno más de los castigados, de aquellos rigores y carencias que sus subordinados padecían en silencio, sin que él, al parecer, hubiera solicitado jamás el relevo de su destino al mando de su Compañía, el capitán Miranda, por agotamiento.

La noche de su primer domingo de servicio en Hausa, Durán no había querido mandar al Tirabuzones al pelotón de castigo por su mala conducta en la formación de retreta, pero sí se vio obligado a obsequiar a este destacado corrigiendo con dos magníficos servicios de cocina de recargo, enviándolo a los dominios del cabo Eustaquio (cabo veterano de muy mal genio, poco amigo de los penados) para saldar en parte la falta cometida por aquel fanfarrón sin escrúpulos contra algunos de sus compañeros,

teniendo en cuenta, además, los muchos abusos que este provocador sin freno ya tenía acreditados en el Destacamento. De momento, sólo quería que aquel arresto fuera una especie de advertencia para toda la Compañía, dirigida fundamentalmente a los cabecillas más notables que se movían por aquellos alrededores, uno de cuyos máximos exponentes era, sin duda, quien acababa de ser arrestado, junto al Cejas.

Conocida y famosa en Hausa la manía que tenía el Tirabuzones de dar capones y patadas en el culo a todo aquel que cometía la imprudencia de cruzarse en su camino, naturalmente siempre que el agredido fuera incapaz de hacerle frente -que muy pocos lo osaban-, este rufián había sido sorprendido in fraganti esa noche del domingo mientras, en su conocido papel de gallito segundón del Disciplinario, daba repetida satisfacción a los nudillos de su mano derecha, a la vez que propinaba un fuerte puntapié en el trasero del compañero que muy cerca de él aguardaba con paciencia a ser nombrado en la lista nocturna de ordenanza, un antiguo camarada del Tercio Alejandro Farnesio, en quien, por lo visto, había encontrado, valiéndose de este lejano parentesco de Cuerpo que les unía, dócil víctima de sus continuos excesos. El ofendido de obra, cercano a los treinta años, estaba tan acostumbrado a estas patadas y capones de su desaprensivo compañero, por fortuna para su integridad física nunca propinados con demasiada fuerza, que hasta solía participar en las risas que tales extralimitaciones en su cabeza y posaderas producían en la mayoría de los asistentes a las listas de retreta y diana, aunque muy para sus adentros sintiera siempre una especie de humillante fuego que le devoraba las entrañas.

Habiendo sorprendido Durán este comportamiento vejatorio del Tirabuzones en la persona de López Ventura, que así le dijo llamarse el antiguo desertor del Alejandro Farnesio que había sufrido a pocos pasos de él la agresión del lugarteniente del Cejas, al sacar a ambos corrigendos de la formación para afear públicamente la conducta del pelirrojo sobre su antiguo compañero de Tercio, además de imponer a este cabecilla el arresto que merecía por su indigna forma de proceder, recargo de servicio mecánico durante dos días, indisciplinado individuo al que por segunda vez en pocas horas venía observando el mal uso que hacía de la amistad y la camaradería en las conformistas cabezas y nalgas de algunos de sus compañeros, no quiso pasar por alto aquella vejación y falta de respeto cometida por tan

miserable corrigiendo contra un igual, tipo de falta que él siempre había considerado intolerable en la milicia por tratarse de claro menosprecio hacia los miembros más débiles de la Compañía.

Suspendiendo momentáneamente la lista de retreta, Durán había sido enérgico y contundente:

-¡Tú, sal de la formación!...

A lo que el Tirabuzones, poniendo cara de asombro, había respondido con un agrio gesto de sorpresa, sin que de su rostro desapareciera por completo la siniestra sonrisa que siempre entreabría su comprometedora boca:

-¿Se refiere a mí, mi sargento?

-Sí, a ti me refiero. ¡Y ponte firmes cuando yo te hable!

Con evidentes signos de contrariedad en su semblante, el Tirabuzones no tuvo más remedio que obedecer la orden dada por el sargento de semana, aunque sin poner nunca en su cumplimiento la prontitud y corrección reglamentarias. El temido filibustero no quería perder *categoría* delante de su camarilla presente en el control nocturno, y el verse obligado a adoptar una disciplinada posición de firmes, tener que erguir el cuerpo con gallardía, levantar la cabeza con dignidad, sacar el pecho con orgullo y pegar los brazos con decisión a los costados -con las manos semicerradas y fijando la vista al frente-, era algo demasiado humillante para él. "¡De eso nada de nada!", se dijo para sus adentros con rabia. "¡Hasta ahí podíamos llegar!"

Para Durán significó un mal trago aquel incidente, ya que no le resultó nada fácil tenérselas que ver con tan conflictivo individuo, estando la Unidad formada para retreta, uno de los corrigendos más odiados del Destacamento, quien pronto, para alegría del propio villano y de aquellos que con él constituían uno de los peores grupos de desterrados de Hausa, se vio arropado por las cómplices toses, risas y siseos de buena parte de los que esperaban dar su "¡Presente!" en la lista de ordenanza. De nuevo se había originado otra situación de alarma y compromiso para Durán, que bien podría terminar en desorden o escándalo si no la atajaba con la mayor de sus decisiones, pudiendo dañar su nombre y prestigio ante el mando y los compañeros, caso de que los apoyos al Tirabuzones subieran de tono y éstos llegaran a oídos de los oficiales y suboficiales del Cabrerizas, en aquellos momentos intentando recuperarse del fuerte calor y estrés padecidos durante el día, tranquilamente sentados cerca de sus habitáculos.

Una vez más, el sargento novato tuvo que poner firmes a toda la Compañía, como ya hiciera la noche anterior, pero teniendo que ir ahora más lejos en su determinación.

-Toma nota de quienes te vaya señalando y procura no saltarte a ninguno -dijo al cabo de cuartel, su ayudante (en esta ocasión un cabo de reemplazo perteneciente a la sección de Ramiro, que, con celeridad y mano algo temblorosa, se dispuso a cumplir la orden recibida)-. Si es necesario os tendré a todos media noche bajo las estrellas, no lo dudéis. Tú -señaló impertérrito al Tirabuzones-, por maltrato a compañero, y da gracias a que no quiero empezar mi destino en el Cabrerizas imponiendo demasiados arrestos, te vas a pasar dos días en la cocina, excepto a las horas de instrucción de orden cerrado, para que así puedas seguir disfrutando con nosotros de este magnífico sol sahariano que nunca nos abandona...

Según el cabo de cuartel iba tomando nota de quienes el sargento de semana le indicaba, los murmullos y movimientos en las tres filas fueron remitiendo poco a poco, aunque sin llegar a desaparecer del todo mientras continuaba la lista de ordenanza, ni siquiera durante el nombramiento de los servicios de tropa para el día siguiente, cometido que realizaba cada noche el cabo Contreras, furriel de la Compañía. Este cabo, muy popular en Hausa y bastante despistado (Contreras casi siempre llegaba con algo de retraso a todas partes, incluso al toque de fajina para el rancho) era persona muy apreciada por sus compañeros, si bien a menudo se las veía y deseaba para cumplir como correspondía con las responsabilidades de su cargo (auxiliar del brigada). Los mandos de la Compañía, no obstante este defecto suyo, valoraban positivamente el respeto y deferencia que Contreras empleaba a la hora de tratar a sus superiores, así como el interés que ponía en el cumplimiento de cuanto se le ordenaba, pero con frecuencia se mostraban insatisfechos con el resultado que lograba en el desempeño de sus obligaciones, precisamente por esa desorientación horaria que continuamente le acompañaba. La mucha comprensión y paciencia que el furriel dispensaba a la mayoría de los corrigendos le solía acarrear no pocos disgustos en su destino, pues no siempre era correspondido como merecía por estos hombres, casi nunca de acuerdo con los servicios que nombraba cada día, fueran de armas o mecánicos, lo que muchas veces le ocasionaba no pocas complicaciones.

Finalmente, fueron diez los nombres que el cabo de cuartel entregó al sargento de semana para que éste tomara con ellos la providencia que creyera más conveniente. Durán esperó a que el furriel terminara la lectura de los distintos servicios y a continuación ordenó a los corrigendos anotados por su subordinado que salieran de la formación y se situaran en dos filas paralelas frente a él, sin consentirles en ningún momento que relajaran la posición de firmes que seguidamente les hizo adoptar.

Dirigiéndose a las dos filas, dijo:

-Bien; ahora podría enviaros al cuerpo de guardia y teneros allí media noche como tablas o corriendo a paso ligero por el área del puesto de mando y de la Compañía; podría mandaros, también, un par de días al pelotón de castigo bajo el control del cabo primero Jacinto; podría, asimismo, arrestaros a unas cuantas cocinas o a varias patrullas nocturnas, pero no es esa mi intención; no por esta vez. Espero que no volváis a abusar más de mi paciencia y que no se repitan estos actos de clara indisciplina que, por lo visto, aquí, en el Cabrerizas, estáis muy acostumbrados a cometer; pues, de no ser así, no tendré más remedio que tomar serias medidas contra aquel que no cumpla con esta recomendación mía. ¿Lo tenéis claro?...

Durán escrutó los rostros de los diez individuos sacados de la formación momentos antes, esperando encontrar en ellos algún signo de conformidad a cuanto acababa de decirles, pero sólo pudo distinguir en los anotados, salvo en dos o tres de estos hombres que parecían verdaderamente apesadumbrados por encontrarse en aquella situación de castigo, adustos y desconfiados semblantes que se veían obligados a acatar a regañadientes la autoridad que ejercía sobre sus personas. Entre los cabrerizos que a duras penas contenían su malestar por haber sido sacados de la formación, siempre con aire de vengativa superioridad, Durán pudo identificar fácilmente, además de a otros corrigendos no menos conocidos de la Compañía, al Cejas, a Pata de culo y al Cuervo, seguramente iniciadores de aquel nuevo contratiempo que acababa de presentársele en Hausa en su primer servicio de semana, en su segunda noche de facción, contratiempo que supo esquivar sin grandes dificultades.

El sargento novato cogió de manos del cabo de cuartel la relación con los diez nombres que habían estado dificultando el cumplimiento de su obligación y la hizo pedazos delante de toda

la Compañía, ordenando a continuación a la Unidad romper filas, incluyendo en esta orden de disolución de la formación a quienes se encontraban firmes frente a él, desapareciendo unos y otros del lugar en pocos segundos.

Naturalmente, el Tirabuzones pasaría el lunes y martes siguientes arrestado en la cocina del Destacamento, purgando la falta cometida contra López Ventura, junto a montones de patatas, ¡sin perderse ni un movimiento o giro de instrucción de orden cerrado bajo el sol sahariano en esos dos días! El provocador y pendenciero corrigiendo fue el único que no pudo conseguir ningún tipo de perdón o disculpa por parte de Durán.

Felizmente para el sargento más moderno del Disciplinario (no sólo era el más moderno por su reciente incorporación al Cabrerizas, sino también por su menor antigüedad en el empleo), su agitada primera semana de servicio en Hausa concluiría días más tarde sin mayores contratiempos, excepto el hecho de haber tenido que soportar los muchos intentos llevados a cabo por los corrigendos más significativos de la Compañía para conseguir ridiculizarle delante de la Unidad formada. Fue un interminable tira y afloja en el que Durán tuvo que poner su máxima atención para evitar que se le escaparan de la mano los cabrerizos más difíciles de controlar, asistiendo impasible el resto de la Compañía a los continuos roces que, por esta causa, se fueron sucediendo entre el Cejas, el Cuervo, Pata de culo, el Tirabuzones y otros penados de su misma o parecida ralea, por un lado, y el novato sargento de semana, por otro; ánimas retorcidas del purgatorio los primeros, quienes, como si trataran de conquistar una importante fortaleza, pugnaban enconadamente entre sí por ver cuál de ellos era el que antes conseguía sacar de quicio al sargento *recluta* que acababan de enviarles al Cabrerizas. Durán, por su parte, al llegar las noches reparadoras de aquellos aciagos días de servicio, se refugiaba en la soledad y silencio de su litera, en el interior del dormitorio subterráneo de suboficiales de la Primera Compañía, donde difícilmente podía conciliar el sueño, tras haber sido sometido, mañana y tarde, a la fanática *presión* de aquellos reos de cien delitos; y con gran serenidad, evitando siempre caer en cualquier deseo de venganza personal o claro descrédito ante sus superiores por culpa del mal comportamiento de buena parte de aquellos desheredados de la fortuna, que bien podrían llevarle a una situación de incompetencia frente a los propios compañeros en cuanto se

descuidara, procurando estudiar con detenimiento cuál había sido su actuación durante el día, y cómo debía mandar a los cabrerizos a la jornada siguiente en el cumplimiento de su deber, de acuerdo con las lecciones aprendidas en las horas recién terminadas, hacía un exhaustivo examen de conciencia y buscaba los fallos cometidos en su relación con los desterrados de Hausa para no volver a caer en los mismos errores en la reanudación de su servicio. Los peores momentos del sargento novato los habían constituido, sin duda, las sesiones dedicadas a las clases teóricas de la Compañía reunida, clases que hubieran resultado mucho más llevaderas de no haber sido por la indeseada presencia de aquellos veinte o treinta hijos de Satán que todo lo complicaban; pues aunque el resto de los corrigendos no eran benditos ángeles de los cielos, sí estaban, en cuanto a conducta se refiere, en las antípodas de sus diabólicos camaradas, quienes, una y otra vez, intentaban ponerle en evidencia delante de la Compañía con sus preguntas zafias y llenas de mala intención, para las que, naturalmente, no siempre tenía el último sargento incorporado al Cabrerizas las respuestas adecuadas.

También tendría Durán otros pequeños roces con esta pléyade de las cavernas en el transcurso de la semana (dificultades que salvaría, como en las teóricas de las tardes, con su mejor seso y aplomo), especialmente en el horario de la ducha en el pozo de agua salobre, cuando las provocaciones de bastantes de estos individuos podían llegar a convertirse en dolorosos episodios para cualquiera de los integrantes más pacíficos de la Compañía, de no estar pendiente de cumplir eficazmente con sus obligaciones, sobre todo para la tropa procedente del reemplazo, que pasaba en Hausa su particular penitencia al lado de los corrigendos, al tener que convivir tan estrechamente con ellos.

En el diario aseo personal que se llevaba a cabo en el pozo de agua salobre, a las nueve y doce de la mañana, según recogiera el horario semanal de la educación física para cada Unidad, era cuando más de cuatro de aquellos corrigendos o soldados que no se metían con nadie tenían que soportar con mucha paciencia, aunque siempre estuviera presente para tratar de evitarlo el *látigo* vigilante del suboficial de semana, lo que algunos de los más incorregibles cabrerizos llamaban eufemísticamente inocentes bromas o jaranas, pero que, para quienes las sufrían en su propio espíritu, constituían degradantes vejaciones.

Como Durán tampoco podía estar en continuo enfrentamiento con media Compañía para intentar defender a la otra mitad de las burlas e insultos que los más agresivos dirigían contra los menos violentos, porque, entre otras razones, hubiese sido como querer navegar en un ancho y poderoso mar en día de fuerte tormenta, procuraba inmiscuirse lo menos posible en las algaradas verbales en las que se enzarzaban muchos cabrerizos mientras se duchaban o lavaban, limitándose a intervenir con palabras o gestos amenazadores cuando estas algaradas o insultos dirigidos contra los desterrados de menor conflictividad, o contra los soldados de reemplazo -que siempre procuraban estar en un segundo plano en todos los actos que compartían con los corrigendos-, llegaban a hacerse intolerables, como así sucedía de cuando en cuando, desgraciadamente.

Por otra parte, el nuevo sargento del Disciplinario, como igualmente pensaban otros muchos profesionales de Hausa, consideraba que la hora del aseo colectivo, concluida la sesión de gimnasia, era uno de los escasos momentos del día, dentro del horario de instrucción y trabajos del Cabrerizas, por no decir el único, donde los hombres se quitaban de encima muchas de sus trabas e inhibiciones y procuraban pasar, entre mil risas y bromas sin importancia, minutos de refrescante relajación y olvido, aunque a veces, para lograr este sano propósito, más de uno de los condenados echara mano, para burlarse, de la poco agraciada presencia física de este o aquel compañero, de la prudencia y sensatez de los más pacíficos o de las desviadas tendencias sexuales de determinados corrigendos, siempre con saña y desprecio. El pequeño alboroto que ocasionaba el lanzamiento de los cubos de agua sobre los cuerpos desnudos de los cabrerizos por los encargados de cumplir ese día con la misión de *duchero*, y las poses casi grotescas y a veces desvergonzadas que adoptaban algunos individuos para llamar la atención de sus compañeros, por lo general los más osados de todos ellos, donde nunca faltaba la burda teatralidad de hombres como Pata de culo, el Tirabuzones o el propio Cejas, contribuían igualmente a que los veinte minutos otorgados en el horario del Batallón para aquellas necesidades higiénicas tan necesarias, representaran una de las pocas válvulas de escape existentes en el Destacamento para olvidar aquel destierro sahariano que todos padecían, aparte de las tranquilas horas de la noche en las que, bajo las estrellas africanas, en paz y en silencio, cada habitante de Hausa podía

dedicarse libremente a dialogar con sus, muchos días, atormentados pensamientos.

Por suerte para Durán, sólo se produjo una ocasión de disputa o enfrentamiento en aquella su primera semana de servicio con los corrigendos, en el tiempo de la ducha, que más bien fue un intento de atropello a compañero por parte de algunos de los peores condenados del Destacamento, suceso en el que se vio obligado a intervenir con firmeza para poner orden en lo que casi estuvo a punto de convertirse en serio altercado. Sus protagonistas principales, como no podía ser de otra forma -¡siempre aquellos renegados!-: el Cejas y Pata de culo, como provocadores, y el pobre Pepito, como agraviado.

Pepito, flemático y abnegado cabrerizo de Hausa, era un corrigendo que, al igual que Pedro Iniesta, con quien por cierto le unía una buena amistad, tenía poco más de veinte años y desde hacía tres meses cumplía pena accesoria en el Cabrerizas por una deserción cometida cuando se encontraba destinado en el Tercio Duque de Alba, dos años antes, Cuerpo legionario en el que había ingresado voluntario a punto de cumplir los dieciocho, con la debida autorización de su padre, Unidad que quiso abandonar más tarde por, entre otras razones, no querer soportar por más tiempo las reiteradas provocaciones y tomaduras de pelo que, día tras día, le dedicaban algunos de sus compañeros más veteranos, quienes, puede que sin quererlo, le hacían la vida imposible con sus numerosas gamberradas y no demasiado buen trato, aprovechándose continuamente de su mucha mansedumbre.

El cuerpo poco agraciado y más bien esmirriado de Pepito (aunque a él le molestaba que le llamaran con este apelativo tan familiar en Hausa y prefería ser citado en el Batallón como Alcázar, su primer apellido, no podía evitar que varios de los corrigendos de su pelotón, el segundo de la tercera sección de la Compañía, utilizaran con él, siempre de buena fe y con amistad, y los cabrerizos de la peor especie del Destacamento lo pronunciaran despectivamente, aquel *Pepito* que tanto le contrariaba), dotado para desgracia suya de escasos signos varoniles, daba ocasión a que más de una de las alimañas venenosas que deambulaban por el Cabrerizas, entre quienes sobresalían de forma destacada los más conocidos piratas de su Compañía, pasaran a su costa momentos de diversión y chanza muchos días, en el horario de la ducha; haciendo, a presencia suya, los más jocosos comentarios sobre sus nada atractivas

desnudeces, excesos verbales que estas hienas unían, de forma mucho más humillante todavía, a los ofensivos insultos y lacerantes expresiones que dirigían contra aquellos cabrerizos que, conocidos o sospechados por el resto de los compañeros los motivos y antecedentes por los cuales se encontraban cumpliendo condena en Hausa, jamás se metían con nadie ni pregonaban al viento sus desviaciones sexuales.

Si Durán era hombre que esos días había procurado llevar bien sujetas las riendas de tan furibundos individuos, usando al mismo tiempo de mucha paciencia con algunas de sus pequeñas faltas, no toleraba jamás, sin embargo, porque nunca lo había consentido hasta entonces allá donde había estado al mando de una escuadra o pelotón, que se abusara de la buena fe de quienes rara vez molestaban a sus compañeros con palabras o gestos provocadores; desterrados nada agresivos que, por su nula personalidad o carácter medroso, solían ser objeto de más de un desafuero por parte de no pocas de aquellas aves de rapiña, llegando incluso, en ocasiones, a hacer la vida imposible a estos infelices camaradas suyos; los cuales, a cambio de tanta muestra de mal compañerismo, sólo sabían ofrecer amistad y buenas intenciones a quienes con ellos compartían su calvario y destierro en Hausa.

Ocurrió el hecho en cuestión el martes por la mañana, a los pocos minutos de haberse iniciado la ducha en el pequeño oasis salobre de Hausa, una vez terminada la hora de la educación física, justo cuando Pepito (José Alcázar) iba a recibir sus cubos de agua de manos de Crispulo y Venancio, encontrándose detrás de él, muy cerca, el Cejas y Pata de culo, siguientes hombres de la formación en pasar por encima de los tablones situados a ambos lados del pozo, y recibir allí, tras detenerse unos segundos, avanzando en dos hileras independientes, la cantidad de agua que les correspondía en el aseo colectivo obligatorio posterior a la gimnasia.

Quiso la mala fortuna que Pepito, al lanzarle Crispulo con fuerza y mala fe su cubo de agua (¡cuánto intentaba complicarle la vida a Durán tan desagradable sujeto, dentro de su pelotón de corrigendos!), resbalara en la escurridiza madera colocada al pie del pozo y fuera a golpear su cabeza contra una de las piernas del Cejas, iracundo cabrerizo que, a pesar de no sufrir daño alguno en el percance, pero molesto por las carcajadas y silbidos de burla que siguieron a la pérdida del equilibrio de su infortunado compañero, no dudó un segundo en coger a Pepito por el cuello y,

sin llegar a agredirle físicamente por las consecuencias que tal conducta habría podido acarrearle estando a pocos metros de ellos el sargento de semana, empezó a amenazarlo y a ofenderlo con mil insultos y obscenidades, chaparrón de improperios que Pepito, nervioso y rojo como un tomate, intentó aguantar lo mejor que pudo; comprendiendo, si bien sólo a medias, que el Cejas se hubiera disgustado tanto con él por el involuntario traspié que acababa de protagonizar.

Durán, que se encontraba algo retirado del pozo, pero siempre en actitud vigilante, dispuesto a cortar cualquier incidente que pudiera presentarse en el transcurso de la ducha (únicamente había tenido que llamar la atención hasta ese momento a tres corrigendos y a un soldado de reemplazo que, pasando por alto su presencia en el lugar, se habían enzarzado en pequeñas discusiones e intercambiado algunas amenazas, como ya le ocurriera el día anterior), pudo observar claramente la fortuita caída de Pepito y el golpe que la cabeza de éste había dado sobre la pierna derecha del Cejas, pero no le pareció oportuno intervenir en el suceso, ya que el desgraciado resbalón del antiguo legionario era algo normal que podía ocurrirle a cualquiera y no tenía por qué producir otras consecuencias que no fueran el lógico enfado del Cejas y las naturales carcajadas de quienes habían sido testigos directos del tropezón. Sin embargo, pronto empezó a preocuparse al ver que el Cejas no remitía en su enfado y aumentaba peligrosamente su actitud agresiva hacia el pobre Pepito, quien, tras haberse levantado del suelo y pedido reiteradas disculpas a su compañero, no sabía ya qué otra cosa hacer o decir para tranquilizarlo.

-¡Eres un gilipollas de mierda, mamón!... -le chillaba sin cesar el jefe de los mayores bribones de Hausa-. ¡Un capullo de tío que ni siquiera sabe tenerse en pie!... ¡Un día de estos te voy a partir la jeta...!

Pata de culo, como si él mismo hubiese sufrido aquel golpe en su pierna, obsequiaba igualmente a Pepito con sus más ofensivas palabras.

-¡Por no tener no tienes ni picha, jodido! ¡Ni la jaca más palurda dejaría que la montases, ja, ja, ja...! ¡Corre que te termine de parir tu puta madre!...

Pepito, dócil y apocado, pero nunca cobarde, sintió que la sangre empezaba a arderle en las venas, al escuchar las últimas palabras de Pata de culo. La insultante frase dirigida por aquel

indeseable contra su madre había hecho nacer en su pecho una incontenible rabia, y, con lágrimas en los ojos y una fuerte opresión en el corazón, viéndose objeto de las risas y mofas de la mayoría de sus compañeros, se dispuso a obedecer a aquella poderosa fuerza interior que quería romperse dentro de él.

Pero, como oportuno freno que vino a impedir su irresistible deseo de vengarse allí mismo de Pata de culo, dando rienda suelta a su ansia de aplastar la cara de tan repulsivo individuo delante de toda la Compañía, Durán llegó hasta ellos para imponer de nuevo la tranquilidad y el orden perdidos, decidido a tomar cuantas medidas fuesen necesarias a fin de devolver la concordia y la paz al acto de la ducha, continuando sin más problemas con el aseo general.

-¿Qué pasa aquí? -preguntó en tono amenazador, cortando de raíz la disputa.

-No pasa nada, mi sargento -contestó arrogante el Cejas-; es este capullo de Pepito que ha caído sobre mí como si fuera un saco de patatas y por poco me parte una pierna. El muy...

Pata de culo añadió, despectivo:

-Este retrasado mental, que parece tonto de la mierda...

Durán no quiso que aquellos facinerosos continuaran ofendiendo al pobre Pepito.

-¡Ya está bien de insultar!, ¿de acuerdo? Acabo de aterrizar en Hausa y lo primero que he aprendido en este lugar es que sois dos bestias de cuidado que no se os puede dejar solos ni un instante. He visto lo que ha ocurrido y no es motivo para que tratéis así a quien únicamente ha tenido la desgracia de resbalar y caer. Creo que os merecéis un arresto por tratar así a vuestro compañero, que ningún daño os ha hecho, y esa es la medida que voy a tomar contra vosotros: ¡meteros un correctivo!

-No, mi sargento; sólo ha sido una pequeña discusión sin importancia; ha sido culpa mía -dijo Pepito con resignación, no queriendo que el sargento de semana arrestara a sus compañeros. ¡Habría sido mala cosa para él!

Durán, nada sorprendido por la defensa que Pepito hacía de aquellos truhanes, miró a los ojos del amenazado y vio en ellos un ruego, casi una súplica, para que no arrestara al Cejas y a Pata de culo. Algo para sus adentros le dijo que no debía corregir, no por el momento, a aquellos tiranos sin escrúpulos; que debía esperar a mejor ocasión para arrestarlos, sin comprometer la paz y tranquilidad de quien ya tenía bastante desgracia con arrastrar

su pena disciplinaria en Hausa. Durán sabía (cualquiera se habría dado cuenta de esta circunstancia nada más llegar al Cabrerizas) que el más temido destacamento del interior del Sáhara era el sitio menos indicado para tener enemigos, por pequeños que éstos fueran, y Pepito lo habría pasado mal en aquel infernal destierro si hubiese impuesto algún correctivo al Cejas y a Pata de culo, estaba seguro de ello.

-Si tú lo dices, verdad será -dijo a Pepito por toda respuesta-. Pero, oídmeme bien -se dirigió ahora al Cejas y a Pata de culo-, si me entero de que os metéis lo más mínimo con vuestro compañero, os aseguro que nadie os podrá quitar de las costillas ocho días con el cabo primero Jacinto. ¿Queda esto claro? ¿Estamos de acuerdo?

El Cejas y Pata de culo ni siquiera se molestaron en responder con un gesto de asentimiento a las palabras del sargento de semana; se limitaron a mirar con indiferencia y desdén a Pepito, que ya había conseguido, venturosamente para él, controlar la ira que había estado a punto de hacerle explotar junto a aquel pozo de agua salobre, en medio de tan maldito desierto.

El antiguo legionario, humillado, seguía pensando, sin embargo, con verdadera impotencia, en la frase ofensiva que Pata de culo había pronunciado contra su pobre madre, así como en la rápida intervención del sargento de servicio, que había evitado que aquellos villanos le buscaran más ruina de la que ya tenía en aquel destacamento disciplinario. Él todo lo soportaba y todo lo permitía en Hausa, o en cualquier otro rincón de la tierra, excepto que se metieran con quien le había dado la vida: su madre, insultándola cobardemente. El dolor de saber a su progenitora postrada en una silla de ruedas desde hacía años se acrecentaba entonces hasta límites insospechados que le partían el alma. ¡Por ella no le habría importado nada enfrentarse a aquel bandido sin escrúpulos, a aquellos miserables a los que tanto odiaban la mayoría de sus compañeros, aun sabiendo de antemano que sólo encontraría más desgracia y pesar en tan desigual enfrentamiento!...

¡Qué terrible es a veces vivir en un lugar como Hausa, encerrado en un cuerpo tan pequeño!, se dijo finalmente con resignación Pepito.

Veinte días después de su llegada al Destacamento, seis de haber finalizado su servicio de semana en la Compañía, relevado en sus funciones por el cabo primero Bernardo (en realidad era a

Ramiro a quien por antigüedad le correspondía hacerse cargo del control semanal de corrigendos, pero ambos, Bernardo y Ramiro, de común acuerdo, habían optado en su momento por cambiar el orden de su servicio, debidamente autorizados por el mando de la Unidad), el sargento novato, que había pagado con no pocos dolores de cabeza su primer *cuerpo a cuerpo* con los cabrerizos más rebeldes de la Compañía, afortunadamente para él sin que nada trascendental hubiese ocurrido durante esos días de facción, aunque sí había tenido que saldar su falta de experiencia con estos desterrados teniendo que soportar unos cuantos malos tragos, aguardaba pacientemente la aparición del segundo convoy de mayo, que a partir de junio, y hasta primeros de octubre, llegaría al Disciplinario cada diez o doce días, una semana antes de lo que era habitual en las otras estaciones del año, pues los aljibes disponibles en el Cabrerizas no podían cubrir las necesidades de agua potable del Destacamento durante un período continuado de quince o veinte días, en la época de más calor, teniendo que añadir, además, que la escasez de frutas y verduras en Hausa venía complicando últimamente el estado sanitario del personal del Batallón, que asimismo, y sólo de manera muy circunstancial, utilizaba el agua salobre del pozo cercano al Destacamento como potable, confiados en los análisis que obraban en poder del teniente médico, análisis que se realizaban periódicamente en El Aaiún y que venían a certificar que aquellas aguas, si bien tenían un cierto contenido de sal en su composición, no representaban serio peligro para la salud de los hombres del Disciplinario, caso de que este consumo se realizara de forma ocasional, por desabastecimiento.

Los habitantes nativos de Hausa, acostumbrados a aquellas aguas salobres del interior del territorio, al mínimo consumo de frutas y verduras y a las extremas temperaturas reinantes en la zona, no padecían estos problemas sanitarios que sí preocupaban a menudo al oficial médico del Cabrerizas, por lo que estos nativos estaban habituados a hacer uso, con la mayor de las naturalidades, de un pozo de parecidas características al situado cerca del área principal del Destacamento, pozo que se hallaba emplazado a escasos metros del dispensario civil que tenían a su cargo unos pocos funcionarios del Gobierno General de la provincia.

Para Durán, no obstante, y para otros muchos cabrerizos también, el agua del subsuelo de aquel paraje desolador era

prácticamente salada, por lo que procuraban no castigar demasiado a su organismo, bebiéndola con reiteración. Conocían igualmente que aquella agua era utilizada de vez en cuando -¡qué remedio!- en la confección de los guisos del Disciplinario; si bien, y como contrapartida a esta especial servidumbre por encontrarse destacados en Hausa, los rancheros no tenían necesidad de echar sal a las comidas. ¡Eso que se ahorraban!

Días antes de la llegada al Destacamento del convoy de suministros y transporte de personal procedente de El Aaiún, con previa detención en Edchera y Smara, el comandante Cervera, obligado a tomar esta decisión por el abandono definitivo del Batallón de un teniente y dos sargentos -destinados estos profesionales a diversas Unidades peninsulares en vacante de provisión normal-, había dispuesto varios cambios de mandos básicos e intermedios en las Compañías del Disciplinario, pasando Casinos a relevar a Palomares en el servicio de cocina que éste venía desempeñando para todo el Destacamento, yendo a ocupar su puesto de jefe interino de sección de fusileros el nuevo sargento procedente de Tenerife cuya presentación se esperaba en Hausa, Marcos Medina, que llegaría en ese mismo convoy del viernes, según "radio" cursado por Cañizares desde la capital del territorio.

En aquella ocasión se licenciaban dieciocho corrigendos del Cabrerizas y se incorporaban once, por lo que, en la necesaria reorganización de pelotones, se producirían escasos cambios de personal -Altas y Bajas-, que no a todas estas unidades elementales afectaría por igual. Al no sufrir ninguna variación las escuadras de Colás y Aliaga, Durán seguiría contando en su pelotón con los mismos hombres que ya estaban destinados con anterioridad, cosa que, en principio, no le pareció nada mal, pues así no se vería obligado a tener bajo su mando a corrigendos de nuevo ingreso, que, mezclados con los veteranos, podrían acarrearle algunas complicaciones, como responsable de todos ellos.

El sargento novato, con sus casi tres semanas de estancia en Hausa, ya vencidas las primeras dificultades con las que había tenido que enfrentarse en los siete días de servicio continuado entre aquellos hombres tan especiales, sin haber perdido nunca el contacto directo de cada jornada con los componentes de su pelotón, limitada esta relación diaria a las horas de instrucción de orden cerrado y de combate de las mañanas y alguna sesión de

técnica y armamento por la tarde, había empezado a conocer mejor y a integrarse poco a poco en las costumbres y modo de vida de los desterrados del desierto; corrigendos a los que, quitando las desagradables excepciones que a todos los habitantes de Hausa trastornaban de forma parecida, intentaba comprender en sus desgracias y soledades.

Si alguien le hubiera dicho al llegar a Hausa, al finalizar su viaje sahariano para incorporarse al destacamento militar del fin del mundo, que con tan pocos días de estancia en aquel pequeño oasis salobre del interior del territorio ya sentiría cierta comprensión y simpatía hacia algunos de los hombres de su pelotón, se habría echado a reír estrepitosamente, pero así era. Es posible que su gran pasión por el fútbol y el deporte en general le estuvieran acercando, tal vez más de lo aconsejable, a sus dos pintorescas escuadras de cabrerizos, que ya no le miraban con la abierta enemistad de los primeros días, aunque en sus rostros siguiera observando, todavía, una indisimulada falta de confianza hacia su persona. Colás, Aliaga y Arsenio (el sevillano con sus acostumbradas malas pulgas) eran aceptables jugadores de fútbol, deporte mayoritariamente practicado en el Destacamento, y no faltaban nunca al encuentro que se jugaba cada día cuando el toque de corneta ponía fin a la jornada de trabajo militar, seis de la tarde, salvo que alguno de ellos estuviera de servicio. Flor, que procuraba asistir con regularidad a los partidos que jugaban los miembros de su pelotón (ahora combinaba el horario de su colada con el del fútbol, a veces sólo con una de sus dos partes), se encargaba, con manifiesto orgullo y poca humildad, de administrar el agua del botijo (no siempre potable), el algodón y el esparadrapo que sus compañeros pudieran necesitar; y Darío e Iniesta, buenos aficionados al balompié pero malos practicantes del deporte rey en Hausa, alentaban constantemente con sus gritos de ánimo y empuje el juego que desarrollaban los componentes de su pequeña unidad, dándoles igual que el equipo de ese día perteneciera por completo a la sección o a la Compañía, según fuera la importancia de la representación *enemiga* con la que debían enfrentarse los suyos esa tarde. Crispulo y el Tatuajes, así como el burgalés Ponce y el salmantino Garcés, pocas veces acudían a presenciar estas confrontaciones deportivas, y cuando lo hacían, sobre todo el primero de ellos, Crispulo, era para mofarse sin compasión de sus compañeros de pelotón, de sus más cercanos camaradas, como si

éstos no formaran parte del equipo representativo de su propia Unidad. ¡Qué corrigiendo más retorcido!...

Con la llegada del segundo convoy del mes de mayo dieron comienzo las escenas ya conocidas por todos los hombres del Destacamento, teniendo en esta ocasión como uno de sus testigos principales al sargento novato Durán, quien, a pocos metros del lugar de recepción de la columna, no dejaba de observar en silencio y con atención los movimientos que realizaban los camiones para quedar perfectamente alineados en la zona de estacionamiento de vehículos, hallándose próximos a él Tormentas (ahora encargado del depósito de armamento y municiones del Cabrerizas) y Ramiro, designado el día anterior para coordinar la descarga y transporte a brazo de los diferentes suministros llegados a Hausa.

Con las manos cruzadas en la espalda, la piel de su cuerpo ennegrecida por las muchas horas que ya llevaba pasadas bajo el sol sahariano, vistiendo las mismas ropas que el resto de los cabrerizos -que eran las suyas propias- y con un brillo diferente en sus ojos a cuando pusiera los pies por vez primera en el Destacamento, Durán contemplaba en aquellos instantes, como cualquier otro habitante de Hausa podía hacerlo libremente, los últimos movimientos del vehículo que traía hasta el Disciplinario al nuevo miembro profesional del Batallón procedente de Canarias, permitiendo con su detención, a escasos metros del lugar donde se encontraba junto a Tormentas y Ramiro, que el nuevo suboficial del Cabrerizas, el esperado sargento Marcos Medina, lo abandonara con no poca parsimonia.

Al antiguo expedicionario a Ifni le subió un poco de rubor al rostro al comprobar que el compañero que descendía de la "Dodge" encargada del mantenimiento del convoy vestía cómodas ropas de trabajo, mucho más ligeras y frescas que las que componían el rígido y encorsetado uniforme de paseo del Ejército regular, que él, ¡ridículo novato!, no había podido utilizar en su incorporación al Destacamento por no disponer de ellas el Cabrerizas en el almacencillo de su representación de El Aaiún, lo que, obviamente, le había impedido viajar con mayor comodidad a través del desierto; contratiempo que, según podía constatar con cierto enfado en su interior, no padecía el recién llegado, cuyos dos años de empleo en el Tenerife 49 le habían proporcionado, sin duda, una evidente ventaja sobre su persona, y no sólo en el conocimiento de la situación en Hausa del Batallón

de los corrigendos del Sáhara al que iba a ocupar plaza como sargento, sino también porque aquel destino insular le permitía en aquellos momentos vestir esa cómoda uniformidad de trabajo que él había echado tanto de menos en sus muchas horas de viaje por el interior del territorio, hasta llegar al Disciplinario.

Durán se fijó con atención en el aspecto físico de quien a partir de ese día le haría la *competencia* como novato en el Cabrerizas, y una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios... ¡Ahora habría otro lelo en Hausa que le ayudaría a cargar con aquel estúpido sambenito!...

El compañero canario, de dos promociones anteriores a la suya, había descendido de su vehículo sabiéndose objeto de no pocas miradas, pero sin que, al parecer, esta circunstancia de curiosidad en muchos rostros cabrerizos le importara demasiado. Con una cartera de piel en su mano izquierda y una mochila de campaña en la derecha; colgándole del cinto una cantimplora, una pequeña cartuchera para tabaco y un llamativo cuchillo bayoneta; con su gorra de instrucción metida en uno de los bolsillos de su pantalón, Marcos Medina no dudó ni un segundo en dirigirse con paso vivo hacia el lugar donde se encontraban sus compañeros del Cabrerizas, uno de los cuales le pareció demasiado joven para ostentar ya los tres galoncillos dorados de sargento, aunque él, con veintiocho años recién cumplidos, y algo más de dos de antigüedad en el escalafón, también era hombre de temprana edad para pertenecer al Cuerpo de Suboficiales a principios de los años sesenta, década en la que se estaba produciendo el relevo generacional de los sargentos y brigadas que habían tomado parte en la guerra civil del 36.

Algo bajito y regordete, cabeza de pelo cortado al cepillo, con un pequeño bigote montando guardia bajo una nariz aguileña, de ojos vivos y saltones que jamás dejaban de moverse, Marcos Medina, activo y seguro de sí mismo, saludó a sus compañeros sin ninguna clase de timideces:

-Hola, ¿cómo estáis? Soy Marcos Medina; vengo del Tenerife 49...

Los tres sargentos contestaron amistosos a su saludo, dándole su mejor bienvenida al Cabrerizas e interesándose seguidamente por las incidencias del viaje que le había llevado hasta Hausa, recorriendo buena parte del desierto.

¡Qué importante es tener cierta veteranía en algunas ocasiones!, se dijo para sus adentros Durán, que no pudo evitar

que un sentimiento de envidia y frustración se apoderara de él ante la naturalidad y desenvoltura que utilizaba el canario mientras explicaba los pormenores que le habían acompañado en su deambular por el interior del territorio. ¡Parecía como si el recién llegado acabara de regresar al Destacamento tras haber disfrutado de un permiso reglamentario que le había mantenido alejado de Hausa por unos días! ¡Qué facilidad para mantener una conversación con todos, para hacerse convincente y persuasivo con los interlocutores!...

El tinerfeño hablaba con sus nuevos compañeros como si los conociera de toda la vida, consiguiendo, con aquel acento mezcla de andaluz y canario que tenía (era hijo de un militar de Artillería originario de Cádiz pero afincado desde hacía muchos años en Santa Cruz, según les contaría más tarde), que Tormentas, siempre bromista, riera con ganas algunas de sus explicaciones y comentarios más jocosos, relacionados casi todos ellos con los momentos más destacados vividos durante su viaje por el desierto, en los que siempre aparecían como protagonistas principales los corrigendos que con él habían partido desde El Aaiún en dirección a Hausa; quienes, según su opinión, habían intentado en todo momento no hacer ni *puñetero* caso de su presencia en el convoy, por lo que llevaba unos cuantos nombres bien anotados a fin de proceder inmediatamente contra ellos.

Con el paso de los días, Medina, que se incorporaba tarde a su destino por haber estado de baja para el servicio a causa de una lesión de tobillo que había sufrido en unas guerrillas celebradas en marzo, cuyo recibimiento por los mandos y compañeros del Cabrerizas había sido, en opinión de Durán, algo más efusivo que el que a él mismo le habían dispensado a su llegada al Destacamento tres semanas antes, pronto empezó a ser conocido y temido por todos los corrigendos del Batallón por su mucha afición a meter broncas a todo el mundo e imponer arrestos a quien tuviera la desgracia de no cumplir perfectamente con sus órdenes e instrucciones, iniciando con este poco prudente comportamiento una tortuosa relación con su sección de cabrerizos, a la que pasó a dirigir, desde el primer momento de hacerse cargo de ella, con particular mano de hierro, especialmente por las mañanas.

A ojos de Ramiro y Durán, el recién incorporado a Hausa se pasaba de la raya en sus atribuciones profesionales, complicando con frecuencia la existencia a muchos de los que cumplían pena

disciplinaria en el corazón del desierto. Era como si al Cabrerizas hubiese llegado, si no el rey de los conflictos, sí uno de sus más notables embajadores, que vivía obsesionado con el más exagerado acatamiento a las órdenes y a las normas de régimen interior, mostrándose siempre inflexible con sus inferiores. Se podía decir que la mayoría de los pequeños correctivos que se imponían ahora en la Compañía llevaban el sello inconfundible de Marcos, habiendo tenido incluso el canario, en sólo una semana de estancia en el Disciplinario, más de un problema con los componentes de los pelotones de Ramiro y Durán -que no le estaban directamente subordinados-, a quienes atosigaba a toda hora, igual que hacía con el resto de la Unidad, con un desorbitado sentido de la disciplina y el deber, llevándolos a todos, sin ninguna clase de miramiento ni exclusión especial, por la calle de la amargura; lo que ya le había valido recibir un toque de atención del jefe de la Compañía, el capitán Miranda. Durán pensaba que tan obstinado compañero, que por todas partes veía motivos para arrestar a los corrigendos, estaba teniendo mucha suerte con los hombres más rebeldes de Hausa, quienes, cosa rara de entender, aún no le habían *plantado cara*; pero estaba convencido de que pronto estallaría una tormenta en el Destacamento, como el tinerfeño no pusiera algo más de equilibrio en su poco juiciosa cabeza y dejara de meterse continuamente con los desterrados del desierto.

La relación personal que empezó a unir a los tres sargentos tácticos de la Primera Compañía del Cabrerizas no era lo que se dice una relación de buen entendimiento, pues si bien el trato de amistad y compañerismo que sostenían Ramiro y Durán resultaba excelente, no podía decirse lo mismo del que existía entre éstos y Marcos Medina. Ramiro, experto desde hacía tiempo en el manejo de los corrigendos, dotado de notables cualidades personales que hacían de él un jefe natural indiscutible, sabía hacerse querer y respetar de su tropa, era tolerante con ella en lo que podía, no perjudicaba nunca la buena marcha del servicio y sabía apaciguar muchos ánimos cuando la ocasión así lo requería. Durán, cuya juventud e inexperiencia le tenían todavía en un mar de dudas y confusiones, buscaba ansiosamente integrarse en aquel complicado ambiente al que había llegado pocas semanas antes, intentando por todos los medios a su alcance no sembrar en ninguna parte malos vientos que luego pudieran traerle penosas tempestades, que hicieran de él un ser ruin y despreciable, y

procuraba siempre cumplir lo mejor que podía con todas sus obligaciones. Marcos, de carácter algo intransigente, sibilino y tendencioso las veinticuatro horas del día (le gustaba reírse de todo el mundo y utilizaba de continuo un vocabulario nada acorde con la educación que había recibido desde niño), se estaba convirtiendo a pasos agigantados en el revólver que pretendía imponer su ley y justicia en el Disciplinario, por lo que constantemente discutía con todo aquel que le contrariara lo más mínimo o no estuviera de acuerdo con sus presupuestos, muchas veces absurdos y complicados.

A los tres días de su incorporación a Hausa, Ramiro ya había tenido que parar los pies a Marcos Medina, diciéndole con sequedad y firmeza que sujetara su lengua de sapo y no se metiera más con el pobre Trinquete, al que no había dejado de molestar con sucias y amenazadoras palabras desde su llegada al Destacamento. Esto fue lo que le dijo:

-Oye, ¿a ti es que te han echado de Tenerife por no poder soportarte?

A lo que el recién llegado contestó sin inmutarse:

-No me toques los cojones, ¿quieres?

Para que el buen entendimiento entre los tres sargentos cabrerizos fuera aún más problemático, Marcos odiaba todo lo que oliera a deporte, lo que le obligaba a mantener una relación más limitada todavía con sus nuevos compañeros, que pocas veces coincidían con él por esta causa en sus horas libres.

Marcos, efectivamente, era todo un fichaje para el Batallón de los corrigendos de Hausa.

Su primer mes de estancia en Hausa fue para Durán un mes de difícil adaptación al medio sahariano que le rodeaba y a las personas que formaban las plantillas del Cabrerizas. Diariamente, de ocho a nueve de la tarde, al finalizar el partido de fútbol que cada jornada jugaba en la pista de aterrizaje, sentado en su litera y teniendo muy cerca de él la última carta recibida de su novia, dejaba volar su imaginación y recordaba con nostalgia los felices días pasados junto a la mujer que amaba, en las primeras semanas de aquella primavera, libre ya de estudios y preocupaciones por su futuro, antes de incorporarse a Fuerteventura y al Disciplinario. Eran, con la práctica del fútbol y alguna que otra partida de naipes y dominó, los momentos que le hacían olvidar la realidad cabreriza en la que se encontraba.

Los treinta días con sus noches respectivas vividos en el destacamento de Hausa sin ver gentes que nada tuvieran que ver con aquel escondido lugar del desierto sahariano, soportando su extremada climatología y recibiendo una alimentación más bien precaria, basada fundamentalmente en el consumo de legumbres, productos conservados y muy escasas frutas y verduras, constituían una dura experiencia para el joven suboficial del Disciplinario, que difícilmente olvidaría en años venideros, al igual que ya le había sucedido con su estancia en distintas zonas de guerra en la campaña de Ifni-Sáhara de 1957/58, siendo tan sólo un adolescente.

Durán escribía la mayoría de las tardes a su novia, y bien a través de los convoyes del mes, bien utilizando como correo a las patrullas de enlace y seguridad de los distintos destacamentos de Tropas Nómadas y de la Policía Territorial que se comunicaban a menudo entre sí y con Smara, El Aaiún y el propio Cabrerizas, conseguía, como el resto de los habitantes de la zona, que su correspondencia saliera del Destacamento y entrara en él con relativa frecuencia.

Había empezado el nuevo sargento cabrerizo a escribir sus vivencias personales en Hausa en un pequeño cuaderno que recogía con mucho detalle los hechos más destacados que le sucedían cada día en el Disciplinario, limitados casi todos ellos

al trato que mantenía con los corrigendos de su Unidad y con los compañeros más inmediatos, sobresaliendo de esta última relación la buena amistad que empezaba a unirle a Ramiro y el tenso entendimiento que sostenía, como la mayoría de los moradores de Hausa, con el complicado Marcos, enmarañado personaje que, con su incorporación al Batallón, había roto el sosiego de no pocos miembros del Cabrerizas, ocupando por esta causa la compleja personalidad del canario, que continuamente buscaba la cuadratura del círculo, amplios espacios en las páginas de aquel diario suyo; crónicas o líneas poco comprensivas y nada amables hacia el insular, casi siempre orientadas a resaltar la labor escasamente positiva que éste realizaba con los corrigendos y soldados de reemplazo, todo lo contrario que había sucedido hasta el mismo día de su partida de El Aaiún con su paisano de Las Palmas, el eficiente Cañizares, ya fuera del territorio.

Para no diferenciarse de otros muchos cabrerizos del Destacamento, especialmente de quienes ya llevaban bastantes meses sufriendo los rigores de la vida disciplinaria del Batallón y el inclemente tiempo de Hausa (calor abrasador durante el día e intenso frío de madrugada, sin olvidar los fuertes vientos del siroco), también los labios de Durán aparecían ahora reseca y agrietados, y pequeñas llagas habían empezado a dañar una buena parte de su superficie.

La relación que Durán mantenía con los corrigendos de su pelotón, sección y Compañía -relación de instrucción y enseñanza- podía decirse que era aceptable en el primer caso, sostenida en el segundo y únicamente regular en el tercero.

Dado que el turno para el servicio de semana de la Compañía se repartía entre los sargentos y cabos primeros de la Unidad no exentos de dicha obligación por realizar algún cometido especial, aún tendrían que transcurrir veinticinco o treinta días más para que el antiguo *tetuaní* asumiera de nuevo el control semanal de los corrigendos, sin querer decir con ello que, mientras no llegara tan amargo suplicio, se encontrara viviendo en el paraíso. Por el eficaz Trinquete, y también por los comentarios que siempre estaban en boca de los miembros más comunicativos de su pelotón, entre quienes sobresalían Iniesta, Aliaga y Flor, Durán conocía al dedillo cuanto sucedía y se movía por el Disciplinario, costándole en ocasiones verdadero esfuerzo dar crédito a las historias que estos hombres le contaban sobre el

Cabrerizas, si bien no le extrañaba en absoluto que parte de aquellos hechos pudieran haber ocurrido en Hausa, después de haberse producido, dos días antes (el 9 de junio), el asalto y robo de la cantina del Batallón, en horas de madrugada.

Observando Durán la amenazadora expresión que invariablemente se reflejaba en los rostros del Cejas y el Tirabuzones, que seguían intentando complicarle la vida todo lo que podían, como si con él tuvieran pendiente algún particular ajuste de cuentas, no le resultaba imposible de creer que aquellos granujas pendencieros hubieran podido ser principales autores o cómplices destacados en tales hechos o narraciones.

Aunque su entendimiento con el pelotón de corrigendos puesto bajo sus órdenes al llegar a Hausa había mejorado bastante en los últimos días, no eran iguales las simpatías personales que Durán sentía por cada uno de sus componentes. Reconocía claramente la ejemplar solidaridad de que hacía gala continuamente Pedro Iniesta; la sana simplicidad de Darío, que siempre estaba de acuerdo con las decisiones que adoptaban sus compañeros y jamás ponía trabas a nadie; el concepto de la amistad y lealtad hacia su escuadra que, con sorpresa para él, había descubierto en Colás; la bravura del jefe del segundo equipo del pelotón, el canario Aliaga, dispuesto en todo momento a hacer frente, en defensa de sus compañeros, a las provocaciones de los subordinados del *pisahuevos* de Bernardo, entre quienes destacaban, además del Cejas y el Tirabuzones, Pata de culo, Eutimio y el Cuervo; y el singular mundo de Murietas, cuya presencia física en el pelotón ya no le molestaba como al principio, y al que ahora admitía entre sus subordinados sin ninguna clase de reparos. En el polo opuesto de sus simpatías personales se encontraba Críspulo, el fariseo más grande que vivía bajo el cielo sahariano, individuo dotado de burlona e hiriente sonrisa que a todos desagradaba.

Víctor Peña, uno de los corrigendos con los que Durán había compartido el viaje a través del desierto hasta llegar al Disciplinario, Testigo de Jehová condenado al Cabrerizas por su negativa a cumplir el servicio militar obligatorio marcado por la ley para todos los españoles por igual, se encontraba ahora en prisión preventiva en los calabozos del Tercio sahariano Don Juan de Austria, en El Aaiún, hacia donde había partido en el último convoy llegado al Destacamento, tras haber permanecido en situación de expedientado sin recargo de servicios en la Segunda Compañía de corrigendos del Batallón. Como dicho

objeto religioso le comentara durante el viaje, antes de llegar a Smara, la reiteración en su negativa a hacer uso del equipo militar puesto a su disposición en Hausa le había conducido de nuevo a la situación de procesado en la que ya se encontrara años atrás, que tanto le había hecho padecer. Pocos días antes de su partida hacia la capital del territorio, Durán había tenido ocasión de hablar con él, mientras el corrigiendo esperaba con resignación junto al juzgado del Batallón (pequeña choza subterránea destinada a tal fin, cerca del puesto de mando del comandante) a que llegara el teniente juez instructor para recibir la notificación de su auto de procesamiento con ingreso en prisión preventiva, y sus palabras y modo de hablar terminaron por convencerle de que se trataba de un hombre juicioso y comedido, lleno de una gran fe religiosa que le daba especiales ánimos para sobrellevar con entereza y valor aquella situación tan lamentable en la que se encontraba, que, sin duda, destruía por completo su existencia. Durán no comprendía bien, al menos no lo comprendía con total exactitud, por qué aquella persona de tan recta conducta y agradable conversación, seguramente dotada de muchas virtudes ciudadanas, había sido procesada de nuevo y privada de libertad, en vez de tener ya saldada su deuda con la justicia militar por haberse negado en su momento a vestir el uniforme de soldado y tomar su arma reglamentaria, negativa que estaba seguro no nacía del capricho pasajero de llevar la contraria al Gobierno o a las Fuerzas Armadas, sino de algo mucho más profundo que le hacía soportar, con gran entereza de espíritu, tan penoso calvario.

Era, efectivamente, el vía crucis personal que soportaba el Testigo de Jehová Peña, una situación incomprensible y frustrante en la que Durán no podía ni debía entrar bajo ningún concepto, pero que llevaba al joven sargento, sin poderlo evitar, a hacerse no pocas preguntas y reflexiones, para las que nunca encontraba respuestas.

La mañana de su quinto jueves en el Cabrerizas, Durán tuvo que dejar momentáneamente el mando de su pelotón en instrucción de orden cerrado para acudir a la llamada del jefe del Batallón, avisado por uno de los asistentes de los oficiales. Algo sorprendido por esta orden de acudir al despacho de su comandante, pues era la primera vez que el responsable del Destacamento requería su presencia en el puesto de mando, el sargento novato se dirigió presuroso al alojamiento subterráneo del jefe del Disciplinario, donde, según palabras del mensajero,

éste le aguardaba. Solicitado el correspondiente permiso para entrar en el habitáculo del mando principal de Hausa, y concedida esta autorización por la voz ronca del comandante Cervera desde el interior de su despacho-oficina, que también hacía las veces de dormitorio, Durán bajó los tres escalones que daban acceso al *huevo* que ocupaba el jefe del Destacamento, cuadrándose disciplinadamente ante él.

-¡A sus órdenes, mi comandante! Me han dado el aviso de que deseaba usted verme.

El jefe del Cabrerizas, sentado delante de la mesa que utilizaba como escritorio, apartó la vista del documento que revisaba en esos instantes para, mirando fijamente a su sargento, decir:

-Sí, siéntate...

Durán, sin añadir ninguna palabra más a su presentación, tomó asiento en la silla que había junto a la mesa que el comandante utilizaba cada día para despachar los asuntos del Disciplinario, y allí esperó en silencio y con respeto a que su superior hablara...

-Tú sabes que Palomares tenía a su cargo toda la documentación y ficheros reservados de la S-2 del Batallón, y que era, por tanto, la persona que llevaba el control de la correspondencia clasificada de Hausa, con toda mi confianza y aprobación, ¿no es así? -dijo el responsable del Destacamento, apartando a un lado el expediente judicial que leía.

Durán, sin hacerse esperar la respuesta, contestó:

-Algo conocía al respecto, mi comandante, pero no estoy muy seguro de cuál era exactamente la misión que Palomares desempeñaba en el Batallón, aparte de llevar la cocina. Sé que recogía toda la correspondencia confidencial y reservada que llegaba a Hausa, y que algunas veces entraba y salía de su despacho libremente, pero nada más.

Durán notó que un molesto hormigueo empezaba a subirle por el estómago, al mismo tiempo que una rara sensación de intranquilidad intentaba apoderarse de él. ¡Se temía lo peor!

El comandante Cervera, sin dar muestras de que notaba la ligera incomodidad de su sargento, prosiguió:

-Como se ha marchado Palomares a El Aaiún, cosa con la que yo no estaba muy de acuerdo, pero que no he tenido más remedio que autorizar por ser la persona más indicada para estar al frente de la representación, y además porque me había pedido voluntariamente este cambio de destino, nos hemos quedado sin el hombre adecuado para controlar la correspondencia

clasificada, y también sin el suboficial del Batallón que esté al frente de cuanto se mueve en el complicado mundo que tenemos ahí fuera, que tantos quebraderos de cabeza nos proporciona a veces...

Las sospechas y temores de Durán estaban a punto de confirmarse, dando por seguro que el comandante Cervera tardaría pocos instantes en comunicarle su nombramiento como sustituto de Palomares para aquella ingrata función, responsable por consiguiente de una de las misiones más comprometidas y penosas que pudieran encomendar a un profesional del Ejército -a su modo de ver-, y que a él, lo mismo que les ocurría a otros muchos compañeros, le molestaba especialmente tener que desempeñar, tanto como para no desear jamás que esa obligación o servicio confidencial le fuera asignado por sus superiores.

El jefe del Cabrerizas fue directo a lo que ya había decidido de antemano.

-Te vas a hacer cargo de esa correspondencia que ves ahí encima, que recibimos anteayer del Cuartel General a través de la patrulla de Nómadas -dijo señalando hacia el lugar de la mesa donde descansaba una carpeta de color azul que tenía pegada una etiqueta roja en su parte central-, y también de ese armario metálico del rincón, el que tiene las puertas abiertas, que es donde están guardados todos los ficheros, claves, libros de registro y notas informativas de los corrigendos y soldados de reemplazo que están clasificados. Te hago responsable de toda la documentación de S-2 del Batallón que se encuentra en ese armario, que tramitarás personalmente y despacharás conmigo los lunes, miércoles y viernes de cada semana, de doce a una. Los informes, partes y estados de opinión son quincenales y de gran importancia, por lo que no debes descuidar su remisión lo más mínimo. Estos documentos han de llevar siempre las mismas firmas que figuran en las copias de meses anteriores, salvo orden en contra...

Aprovechando una pausa de su comandante, Durán se atrevió a decir:

-Mi comandante, creo que no soy la persona más indicada para llevar a cabo un cometido de tanta responsabilidad. No tengo ningún conocimiento ni curso especial de S-2, y pienso que mi poca experiencia como suboficial no ha de servir para mucho en un trabajo tan delicado. Tal vez haya otro compañero en el Destacamento que sí desee hacerse cargo de esa función...

Durán, que no sabía cómo evitar aquel incómodo nombramiento, para cuyo desempeño no se consideraba mentalmente preparado, y que tampoco deseaba lo más mínimo ejercer en Hausa ni en cualquier otra Unidad del Ejército, se había atrevido a exponer aquel razonamiento ante su jefe de Batallón, aun a riesgo de parecer que intentaba rechazar un servicio o una orden dictada por su comandante, con las consecuencias que ello podría acarrearle. No era fácil para él asumir la misión de *espía* del Cabrerizas y mucho le molestaba la idea de convertirse en un S-2 del Disciplinario, por muy importante y sagrada que fuera aquella tarea informativa para la buena marcha del Destacamento. ¿Cómo decirle entonces a su jefe de Batallón, que había puesto en él toda su confianza al designarle para aquella misión de tanta responsabilidad, casi sin conocerlo, que no quería cumplir con tan ingrato destino? Él no podría ir nunca -¡jamás!- contando a sus superiores las críticas o enfados de sus compañeros hacia algunos de los oficiales, las órdenes que se dictaran en la Compañía y el Destacamento o los muchos aspectos negativos de la vida de Hausa. ¿Traicionar la confianza de aquellos que eran sus amigos y compañeros por "razones del servicio"? ¡Eso no lo podría hacer en ningún momento! ¡Con sólo pensarlo se le revolvía el estómago! Además, nada le importaban las vidas o antecedentes personales de otros miembros del Batallón, se tratara de los corrigendos más hostiles de Hausa o de los soldados de reemplazo más eficientes y disciplinados.

El comandante no le dejó otra elección.

-Está decidido. Toma la llave de mi despacho y úsala cada vez que la necesites para entrar en él, sea por la mañana o por la tarde.

El jefe del Disciplinario alargó a Durán una copia de la llave que abría su despacho, convencido de que su sargento más moderno cumpliría bien con la responsabilidad que acababa de asignarle. Los otros habitáculos del Cabrerizas dotados con cerradura eran, además de su propia oficina-dormitorio, el cuarto del armamento, el polvorín, el juzgado del Batallón, las oficinas de las Compañías y la cantina (que de bien poco había servido a esta última dependencia disponer de aquella medida de seguridad, visto el espectacular robo perpetrado en ella días antes).

-Esta tarde, a las cuatro, te vienes por aquí y empiezas a enterarte de todo lo que hay en los archivos del armario metálico.

Palomares realizaba su gestión con mucha meticulosidad y tiene confeccionadas distintas carpetas y subcarpetas para tramitar toda la documentación que se recibe del Cuartel General del Sáhara. Ya irás viendo cómo funciona la S-2, que no es nada complicado o difícil de entender. Ten presente también que en cualquier momento del día o de la noche te puedo llamar para descifrar un "radio" con clave. Nada más por el momento. Puedes marcharte.

Durán se levantó de la silla que había estado ocupando en aquellos breves minutos de conversación con el jefe del Batallón, se cuadró ante su superior, soltó un disciplinado "¡A sus órdenes, mi comandante!" y abandonó el despacho del responsable del Disciplinario, llevando en su interior un verdadero disgusto por aquella misión que acababan de encomendarle, disgusto que tardaría varios días en desaparecer de su estado de ánimo, pero que en nada influiría en el normal cumplimiento de su deber. Acababa de perder la libertad e independencia que había disfrutado hasta entonces en el Destacamento, y mucho le preocupaba que a partir de ese momento los desterrados de Hausa -que en realidad no tenían por qué saber su nombramiento para aquel puesto tan delicado-, le miraran de forma desconfiada y estuvieran alertados ante su presencia, lo que le contrariaba no poco. Aun molestándole su nuevo cometido, que en modo alguno le apartaba de la vida que había llevado hasta entonces en el Cabrerizas, estaba decidido, como buen profesional que se consideraba, a cumplir lo mejor posible con aquella nueva responsabilidad recaída sobre sus espaldas, siempre que no tuviera que dejar en evidencia a ningún compañero o faltar a la lealtad que debía a quienes confiaban en él, estando siempre por encima de todo, naturalmente, el bien del servicio y de la Unidad a la que pertenecía, a los que poca cosa afectaría si dejaba de *contar*, por ejemplo, que el sargento fulano había llamado *en privado* buitre o vampiro al oficial de turno, que también había oficiales con estas características en el Disciplinario, como en todas partes, o que se había producido una disputa entre sargentos del Destacamento, ¡que igualmente había suboficiales de *carrasca* en Hausa!, como en cualquier otro Batallón del Ejército. ¡Qué difícil papeleta!

Asumida finalmente con resignación su nueva tarea, Durán empezó a conocer los antecedentes penales, expedientes reservados y notas informativas de los corrigendos del Cabrerizas

y unos pocos soldados de reemplazo clasificados, documentos internos que hacían especial referencia a la trayectoria militar y a determinadas vivencias personales de los condenados a Cuerpo de Disciplina (había escasos datos negativos en las fichas de los soldados de quinta), que mucho esfuerzo tuvo que hacer el nuevo auxiliar de S-2 para leer sin sentir vergüenza, al creer que fisgoneaba en las intimidades de otras personas, haciéndole experimentar, en cada lectura, en cada informe confidencial que caía en sus manos, un desagradable malestar interior al descubrir detalles privados de otras vidas que él pensaba no tenía por qué conocer, aun sabiendo que estaba obligado a actuar así para poder cumplir con las órdenes recibidas del jefe del Disciplinario. Incluso en algunos casos tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para entender y *asimilar* los resúmenes de aquellas, a veces, desgraciadas historias, en algunas de las cuales podía reconocer parte de su propia existencia, de su infancia vivida en los duros años de la posguerra. Su convicción de que en Hausa no todos los corrigendos eran individuos de colmillo retorcido quedaba confirmada plenamente con el conocimiento de los expedientes de los cabrerizos, a los que sólo tenían acceso el comandante Cervera, el capitán Miranda y él mismo, y de cuyo contenido, lógicamente, nada se podía comentar a otras personas, bajo ningún concepto, por ser materia clasificada.

Durán, que por esta ingrata misión pudo conocer con mayor exactitud quiénes eran los hombres de su pelotón, y qué vida habían llevado hasta su entrega al Disciplinario individuos de la catadura moral del Cejas, el Tirabuzones, Pata de culo y otros corrigendos de similares características, no se sorprendió en absoluto al leer los antecedentes reservados de estos cabrerizos tan destacados; no al menos en lo fundamental. Vio reflejados en ellos sus desaprensivos espíritus hasta en los más mínimos detalles, que en muy poco se apartaban de la opinión que él ya tenía formada sobre estas malas personas, que casi todo el mundo en Hausa compartía. Con frecuencia, cumpliendo con estas obligadas lecturas, a veces previas a la remisión de partes de conducta, se prometía a sí mismo que nunca saldría de su boca una palabra relacionada con los expedientes que leía, o una referencia concreta a los informes que eran puestos bajo su responsabilidad y custodia, le gustara o no su contenido, ni tampoco se apoyaría en unos u otros para juzgar el comportamiento en Hausa de cualquiera de los corrigendos o

soldados de reemplazo clasificados. Seguiría actuando con sus subordinados igual que lo había hecho hasta entonces, sin que pesara en su ánimo lo que estos hombres habían sido antes de llegar al Destacamento. Estaba convencido de que él mismo podría haber sido uno de estos "clasificados", si hubiera tenido sus mismas negativas oportunidades en la vida, y también como ellos, como los cabrerizos condenados, habría ido a parar de cabeza al interior del desierto para cumplir una pena disciplinaria. Él no era ni mejor ni peor que nadie.

A últimos de Junio, una orden recibida por radio desde El Aaiún ordenaba salir con urgencia en socorro de una patrulla de vigilancia y enlace de destacamentos que se encontraba por los alrededores del Disciplinario, uno de cuyos vehículos había sufrido un grave accidente a cuarenta kilómetros de Hausa, en la dirección de la frontera de Argelia. Sin más espera, dos de las tres "Dodges" de plantilla del Cabrerizas estacionadas cerca de la explanada de instrucción, equipadas con medios de transmisión radio y llevando en su interior al capitán Miranda, al oficial médico y a cuatro camilleros, partieron en dicha dirección por la pista pedregosa que tomaban los vehículos que llevaban suministros a Edchería y Mabhes, que antes hacían un alto en el Destacamento. Como la vida en Hausa siempre era, además de dura y sacrificada, una constante rutina, la noticia del accidente ocurrido cerca del Cabrerizas no tardó en extenderse como un reguero de pólvora por todo el Disciplinario. La circunstancia de que el "radio" indicara expresamente "grave accidente" hacía sospechar que podrían haberse producido muertos o heridos de consideración, lo que empezó a preocupar a todo el Batallón, especialmente a sus mandos. Una nueva comunicación de El Aaiún indicando que el avión estafeta saldría rumbo a Hausa lo antes posible, terminó por provocar seria alarma en muchos de los habitantes del lugar, algunos de los cuales eran buenos amigos de los componentes de la patrulla accidentada: un teniente, un sargento y seis clases de tropa, dos de ellos conductores de los vehículos ligeros en los que viajaban por el desierto, si se trataba, como todos sospechaban con preocupación, de la patrulla que había hecho alto horario por la

mañana en el Destacamento para comer y dejar correspondencia traída desde Smara -a su vez recibida allí de manos de un enlace de Nómadas procedente de El Aaiún-, tras haber pernoctado bajo las estrellas del desierto la noche anterior, a unos sesenta kilómetros del Cabrerizas.

Dos horas después de haber salido en ayuda de los accidentados, las "Dodges" regresaban a Hausa llevando en su interior, muy mal heridos, a cuatro de los observadores terrestres que aquella misma mañana se habían detenido en el Cabrerizas para entregar correspondencia y comer. La situación del sargento de la patrulla era de máxima gravedad, lleno de sangre y heridas por todo el cuerpo, con los ojos colgándole por las mejillas. Sólo se escuchaba de sus labios, como en un lejano murmullo, un nombre de mujer, y a nadie de los que habían acudido a recibir a los heridos se le ocultaba que la vida de aquel hombre se escapaba por momentos. Efectivamente, el suboficial de vigilancia y enlace fallecería al día siguiente en El Aaiún, después de muchos dolores y sufrimientos. Sus otros compañeros accidentados, todos ocupantes del mismo vehículo, no ofrecían tan desolador aspecto, aunque las lesiones que sufrían sí parecían ser de importancia. Algunos de los oficiales y suboficiales del puesto de mando que habían estado aguardando impacientes el regreso de las "Dodges", preparados para ayudar a los componentes de la patrulla en todo lo que les fuera posible, impresionados por la gravedad de las heridas del sargento y por la entereza y valor que demostraban sus compañeros lesionados, que sólo se quejaban débilmente de su desgraciado infortunio, no pudieron evitar que una lágrima de sentimiento y pesar resbalara por sus mejillas, especialmente por las de Benito, que alguna que otra vez había hecho una escapada nocturna en El Aaiún con el sargento de la patrulla, moribundo ahora ante sus ojos. Los escasos medios sanitarios disponibles en el Batallón no eran suficientes para hacer frente a heridos de tanta consideración, por lo que el oficial médico se dispuso a preparar su evacuación inmediata a la capital del territorio, de acuerdo con las órdenes recibidas por radio desde el Cuartel General, evacuación que se produciría una hora más tarde en el avión enviado a Hausa por el Mando militar del territorio para esta grave y urgente necesidad. Durán jamás podría olvidar el rostro destrozado del sargento del grupo motorizado de reconocimiento y observación, natural de un

pequeño pueblo de Galicia, muerto en acto de servicio en el corazón del Sáhara Occidental aquel fatídico Junio de 1964.

Como las desgracias nunca vienen solas, otro lamentable suceso vino a alterar la siempre tensa vida del Destacamento, una semana después del accidente de la patrulla de vigilancia y seguridad, siendo esta vez su protagonista principal el malogrado Fernández Castillo, soldado de reemplazo natural de Cartagena, que no pudo o no quiso, al parecer, seguir soportando por más tiempo las duras servidumbres que a todos los miembros del Cabrerizas sin excepción exigía la vida de destierro que se llevaba en aquel perdido rincón del mundo y, tal vez también, o más todavía, la, en ocasiones, difícil convivencia entre soldados y corrigendos. En este acontecimiento se vio implicado directamente Durán, al ser el primer profesional del Batallón en acudir al lugar de los hechos, alertado por el seco disparo de fusil producido cerca de donde se encontraba en aquellos momentos, y por los gritos de alarma dados por dos de los soldados que compartían su habitáculo con Fernández Castillo, así como por tener que trasladarse al día siguiente de este desgraciado incidente a El Aaiún junto a varios compañeros del infortunado cartagenero para realizar en la capital del territorio la autopsia de su cadáver y llevar a cabo su entierro. Todo ocurrió como sigue:

Durán cerraba el despacho del comandante Cervera, donde había permanecido buena parte de la tarde preparando los informes y estadillos que debían salir a primeros de mes con destino a la capital del territorio, cuando una fuerte detonación vino a indicarle que algo anormal acababa de ocurrir en uno de los alojamientos subterráneos de tropa situados en la parte norte del puesto de mando. Dos soldados de reemplazo de la Unidad de Plana Mayor del Batallón que comían un bocadillo sentados en el suelo junto al lugar donde había sonado el disparo, se levantaron precipitadamente para entrar alarmados en el *huevo* que compartían con otros cuatro compañeros de la misma sección de destino, no tardando en escucharse sus gritos de sorpresa y estupor, al mismo tiempo que, muy excitados, salían de aquel alojamiento a toda prisa pidiendo ayuda médica. Durán, con plena conciencia de que algo grave había ocurrido muy cerca de él, se dirigió presuroso hacia el habitáculo que con tanta celeridad acababan de abandonar los dos hombres de la Plana Mayor, entrando en él con decisión, seguido a pocos pasos por otro de

los soldados que allí tenían su dormitorio, quien, cuando se encaminaba hacia la cantina para comprar tabaco y reunirse de nuevo con aquellos con los que estaba compartiendo la merienda de ese día, gracias al embutido facilitado media hora antes por el compañero Fernández, había sido sorprendido por la fuerte detonación y posteriores voces de Sánchez y Vázquez pidiendo a gritos la presencia del médico.

Lo que Durán y el soldado que le seguía de cerca encontraron en el interior del alojamiento bajo tierra confirmó plenamente los temores que tanto uno como otro habían tenido al oír el disparo y las voces pidiendo ayuda.

De pie, apoyada su espalda en una de las dos literas triples existentes en la choza subterránea, con la cabeza totalmente ensangrentada y caída sobre su pecho, estaba el cartagenero Fernández Castillo sin dar señales de vida. Había rastros de sangre por todas partes y un ácido olor a pólvora y carne quemada se expandía por el alojamiento asignado al equipo de soldados de reemplazo que tenía a su cargo diversos servicios de mantenimiento en el Destacamento. El fusil utilizado por Fernández Castillo para llevar a cabo su suicidio -era evidente que se trataba de un suicidio- estaba atado en posición vertical a su cuerpo, descansada la culata en el suelo y arrimado el cañón del arma a su estómago. El cinturón del correaje del cartagenero, que sujetaba a éste con fuerza a la litera, había evitado que sus más de setenta kilos de peso se desplomaran al suelo a consecuencia del impacto.

La pronta aparición del teniente médico y el enfermero de servicio en el alojamiento, llevando este último en sus manos la bolsa de primeros auxilios, seguidos los dos sanitarios por los soldados que habían dado la voz de alarma, casi sorprendió a quienes momentos antes habían entrado en el *huevo*, todavía no repuestos del todo de su macabro descubrimiento, aunque algo parecido habían esperado encontrar en el habitáculo al escuchar el disparo.

-¿Qué ha ocurrido aquí? -preguntó el oficial médico, todavía jadeante por la carrera que acababa de protagonizar junto al enfermero de servicio y los dos hombres de la Plana Mayor, mientras bajaba con rapidez los escalones que permitían el acceso al dormitorio a cargo de la sección de mantenimiento.

-Ya lo ve, mi teniente -contestó Durán, señalando el cuerpo sin vida del cartagenero-. El soldado Fernández, que acaba de quitarse la vida.

Sin más preguntas, el teniente médico se aproximó al cuerpo inmóvil del desdichado soldado y, como suelen hacer normalmente la mayoría de los de su profesión, comenzó a tocar y a observar detenidamente lo que con toda seguridad era ya un cadáver, fijándose especialmente en el orificio que había en la base de la barbilla del suicidado, que se comunicaba con otro más grande situado en la parte superior de su cabeza. Pronto, la expresión de su rostro no ofreció la menor duda: Fernández, efectivamente, estaba bien muerto.

Avisados por el oficial de servicio del trágico suceso acabado de ocurrir, el comandante Cervera, que no ganaba para disgustos en Hausa, el teniente Ríos (jefe interino de la Compañía de Plana Mayor) y el capitán Miranda, que en este desagradable aspecto siempre andaba cerca de su jefe de Batallón, se personaron inmediatamente en el habitáculo de mantenimiento, ordenando a continuación el jefe del Cabrerizas que se pusiera un "radio" al Cuartel General de El Aaiún comunicando al Mando lo sucedido, transmisión que el eficiente Benito no tardó en cumplimentar. Con igual prontitud ordenó el responsable de Hausa al teniente juez instructor que se abrieran las oportunas diligencias para averiguar todo lo ocurrido en aquel alojamiento, así como si alguien del entorno había intervenido de alguna manera en tan grave suceso.

Más o menos asimilado aquel suicidio, que traería amargos días de luto para los compañeros más cercanos de Fernández Castillo, la pregunta que se hacían poco después cuantos habían tenido ocasión de ver el cadáver del cartagenero, antes de que éste fuera colocado en una de las camillas de la enfermería para ser trasladado a El Aaiún, era cómo diablos había podido el suicidado efectuar el disparo de su arma reglamentaria para quitarse la vida, estando como estaba atado su cuerpo a la litera en posición vertical, con el fusil que tenía asignado en plantilla bien sujeto a su cintura. La única forma de conseguir tan desgraciado propósito habría sido, seguramente, metiendo el dedo gordo de uno de sus pies entre el cajón de los mecanismos del arma y el guardamonte, para apretar a continuación el disparador. ¡Terrible decisión!

Durán, junto a cuatro de los cinco soldados que hasta aquel día habían compartido su dormitorio con Fernández, fue designado por el jefe del Disciplinario para trasladarse a la mañana siguiente a El Aaiún en el "Junker" que acudiría desde la capital del territorio para llevar a cabo la evacuación del cadáver del cartagenero, lugar donde debería asistir, realizando las funciones de secretario del teniente juez instructor del Batallón (oficial que igualmente se desplazaría a la capital del territorio por esta causa), a su autopsia y posterior entierro en el cementerio católico de la localidad.

Para el joven sargento del Disciplinario, afectado como otros muchos miembros del Destacamento por la trágica decisión del soldado Fernández Castillo de quitarse la vida, soldado al que sólo conocía de haberlo visto deambular alguna que otra vez por el área del puesto de mando, pero del que sí sabía era persona reservada y poco comunicativa, hombre exento de cualquier clase de antecedentes negativos en los archivos confidenciales del Cabrerizas, la designación para cumplir con aquella luctuosa misión no le produjo ninguna satisfacción personal, aunque, al ser el más moderno de los sargentos y el secretario de las diligencias previas, le correspondía a él hacerse cargo de cometido tan poco deseado por el resto de sus compañeros; comisión de servicio que, presenciando horas más tarde la autopsia del cadáver del cartagenero, dejaría sensible huella en su memoria.

Ya tuvo Durán que dar muestras de flexibilidad y paciencia a la mañana siguiente, antes de partir hacia El Aaiún en el "Junker" dispuesto para el traslado de los restos mortales de Fernández Castillo, al tener que cooperar activamente en la introducción del cuerpo del suicidado en el ataúd enviado desde la capital del territorio, pues uno de los cuatro soldados nombrados para acompañarle en aquel viaje, bajo sus órdenes directas, llorando desconsoladamente no pudo, de ninguna de las maneras, ayudar a sus otros compañeros a levantar el cadáver del cartagenero desde la camilla de la enfermería hasta la caja mortuoria. Durán, hombre que procuraba ser comprensible cuanto podía, sin confundir nunca lo que era humano de lo que era disciplina militar, viendo que esta reiterada negativa de su subordinado nada tenía que ver con el cumplimiento de las órdenes o la obediencia debida, y sí guardaba estrecha relación con un desolador estado de ánimo, se hizo cargo él mismo de la parte de

esfuerzo que al soldado de reemplazo le correspondía realizar, ayudando a levantar y colocar al desdichado Fernández en el ataúd; acción que volvería a repetir más tarde ante la fría piedra de mármol del pequeño hospital cívico-militar de El Aaiún, donde se llevaría a cabo la autopsia. Las nada agradables sensaciones que el sargento novato experimentaría ante el cuerpo desnudo y sin vida del cartagenero, mientras el forense le levantaba la tapa de los sesos y lo abría en canal como si fuese un cordero degollado, tendría que guardárselas muy para sus adentros al no tener a nadie con quien compartir tan negros momentos. ¡Qué poca cosa somos los humanos!...

Cuatro o cinco días tuvieron que transcurrir desde aquel lamentable suceso para que Durán volviese a ser el de siempre: persona activa, animoso sargento de Infantería y ¡empedernido jugador de fútbol!

El insoportable calor de Hausa, los continuos enredos de Marcos -¡que mejor habría hecho quedándose en Canarias para tranquilidad de todos!-, el perenne mal comportamiento del Cejas, Pata de culo, el Tirabuzones, el Cuervo..., ¡y las veinticuatro horas del día metido en aquel tórrido destacamento del fin del mundo!, colaboraban estrechamente para que la moral del sargento novato padeciera ligeros altibajos. Sin embargo, siempre con voluntad y buena predisposición, Durán procuraba disimular cuanto podía las pequeñas adversidades con las que, de vez en cuando, vivía en Hausa. Estaba convencido de que él no cuadraba mucho en aquel lugar ni con la idea que la gente tenía de lo que era o debía ser un avezado sargento de Infantería, generalmente identificados estos mandos básicos del Ejército con individuos duros, intransigentes y más bien represivos en su trato con los soldados; profesionales que nunca bajaban de los treinta y cinco o cuarenta años. Pero él, para bien o para mal, era diferente. ¿A quién decir o contar, entonces, en Hausa, que las sensaciones que había experimentado en aquellos últimos días en el destacamento del Cabrerizas, ¡en el Batallón del fin del mundo!, habían ocasionado algo de intranquilidad a su espíritu? Allí, en el Cuerpo de los corrigendos del desierto, no tenía todavía compañeros de la suficiente amistad y confianza -ni siquiera Ramiro- para comentarles sus vacilaciones y soledades -¡que también empezaba a tenerlas en aquel infierno de sol y arena!-, y nada de ello podía escribir a su novia o familia que pudiera darles preocupaciones. ¡Tendría que continuar madurando

en solitario en medio de aquel territorio sahariano para conseguir su principal objetivo: salir del Disciplinario siendo un buen sargento y, con el tiempo, mucho estudio y mayor esfuerzo, alcanzar algún día -tal vez- las estrellas de teniente, que posteriormente le dieran paso a otros empleos superiores de la milicia! ¡Soñar no costaba dinero, y menos aún en el Cabrerizas!

Referente a esta experiencia de Hausa de últimos de Junio de 1964, el teniente Durán leería años más tarde en su diario personal, mientras se encontraba ejerciendo sus funciones de oficial subalterno en la isla de Mallorca:

"...Creo que el mucho calor de Hausa y los malos tragos que he tenido que pasar estos días con el accidente de la patrulla de Ingenieros y el suicidio del soldado Fernández, acontecimientos que me han impresionado algo más de lo que yo hubiera deseado, especialmente la contemplación de la autopsia del pobre cartagenero (he pensado con tristeza en sus padres ausentes del cementerio) me han trastornado un poco, pues es verdad que me noto raro y mi ánimo no es el de antes. Me gustaría abandonar este lugar -sólo por unos días- y pasar una semana relajado junto a mi novia en cualquier apartado rincón de la tierra. Esto es bastante más duro de lo que yo esperaba, y no lo es porque te compliquen demasiado la vida los corrigendos -¡que te la complican todo lo que pueden, y mucho más algunos de ellos!-, ni tampoco porque los mandos o los compañeros del Cabrerizas te hagan la existencia difícil en el Destacamento con sus intransigencias -¡que siempre hay uno u otro que sí destacan por esta circunstancia!-, sino porque este *paradisiaco* lugar (con sus vientos arrastrando las arenas) llega a meterse en tu cerebro de tal manera que la noche da paso al día, y el día a la noche, sin saber realmente si tú estás aquí de verdad o únicamente se trata de un extraño sueño del que nunca consigues despertar.

Hoy, uno de los peores sábados que llevo vividos en Hausa, he tenido que intervenir seriamente en una disputa que se ha iniciado a las ocho y media de la tarde en la cantina, y que ha tenido como protagonistas principales, como sucede casi siempre que hay líos en este bendito Disciplinario, al Cejas, al Cuervo y al Tirabuzones, por un lado, y al Cicatrices y a Aliaga por otro, estos dos últimos corrigendos encuadrados en mi pelotón, que también suelen armarla gorda de cuando en cuando, como los tres malos bichos citados en primer lugar, individuos de mal espíritu donde los haya. Ramiro, que estaba junto a mí tomándose un vaso

de paternina, vino al que es muy aficionado, hacía dos minutos que acababa de salir de "la Gloria" (nombre con el que algunos de los corrigendos llaman con guasa a la cantina del Destacamento) para encontrarse con el brigada auxiliar de la Compañía, que algo quería consultarle sobre no sé qué asunto. Desconozco cuál de los cinco pajarracos en cuestión ha sido el que ha iniciado el jaleo, pero, conociendo como conozco el pie del que cojea cada uno de ellos, no me extrañaría en absoluto que el causante o iniciador de todo el alboroto hubiese sido el Cuervo, o el chulo del Tirabuzones, sin dejar de lado las provocadoras malas pulgas que sé de sobra tiene Arsenio el Cicatrices, hombre de la escuadra de Colás, con el que he empezado a llevarme mejor últimamente -de superior a subordinado, claro-. El caso es que cuando yo iba a pagar las dos consumiciones, la de Ramiro y la mía (cada día paga uno), han dado comienzo las voces y los empujones junto a la entrada de la cantina, donde, al parecer, acababan de encontrarse los hombres de Bernardo y los míos, y algo ha sucedido, que no he podido averiguar finalmente, pero que ha hecho estallar las *buenas relaciones* existentes entre estos corrigendos. He tenido suerte en mi intervención y, amenazando con dureza a los cinco camorristas, he evitado que diera comienzo lo que podría haber sido una de las temidas bascas que, de tiempo en tiempo, se presentan en la cantina -¡"la Gloria"!- o en sus alrededores. Estoy convencido de que si esta pequeña reyerta me hubiese sorprendido a los pocos días de llegar a Hausa, no habría sabido realmente cómo cortarla o dominarla, sin mandar a los culpables al pelotón de castigo o a patrullar un par de noches bajo las estrellas, como mínimo. Ahora, con la experiencia que ya tengo acumulada en este mes largo que llevo en el Disciplinario, casi dos meses, que no es mucha todavía pero sí la suficiente como para poder hacer frente a estos amagos de reyerta que hacen su aparición en el Destacamento cada diez o quince días, y no habiéndose producido daño alguno a personas o enseres, afortunadamente, he mandado a los cinco agresivos corrigendos a sus respectivas cuevas, con el único castigo de no verlos aparecer mañana domingo por la cantina. Esta clase de alteración del orden interno llevada a cabo en cualquier Unidad militar de la Península, con cruce de unos cuantos golpes e insultos, habría costado a sus autores un buen arresto en el calabozo, pero aquí, en Hausa, con suprimirles "la Gloria" en domingo ya es suficiente -eso creo yo-, ¡que bastante tienen

todos estos hombres con estar desterrados en el corazón de este inmenso desierto!

Cada jornada que pasa en Hausa comprendo mejor las palabras de prudencia y recomendación del comandante Cervera, el día de mi llegada al Cabrerizas. El Disciplinario, efectivamente, es un lugar difícil para vivir y convivir, y no se puede estar todo el día arrestando o complicando la vida a quienes se mueven por estos parajes con verdadero pesar, porque, entre otras cosas, terminarías loco de remate y ningún bien harías a los demás, perjudicando al mismo tiempo la buena marcha de los asuntos del servicio. Hay que ser flexibles y sensatos en la forma de proceder con estos hombres e intentar comprender la situación por la que atraviesan muchos de ellos, aunque sin rebajar nunca la disciplina. No hay que añadir más infierno a otro infierno, ni tampoco vivir obsesionados con la idea de querer cambiarlo todo, para luego empeorarlo. Espero que, si por cualquier causa, llegaran a caer en manos de Marcos estas anotaciones mías, no se enfade demasiado si lee en ellas que no estoy nada de acuerdo con su forma de actuar y el trato que da a la tropa en general y a los corrigendos en particular, pues si es verdad que algunos de estos cabrerizos tienen la mente muy trastornada y son verdaderos delincuentes, en su gran mayoría son personas pacíficas y desgraciadas que han necesitado en su momento de una mano amiga que supiera orientarles, que no han tenido. Escribo esto porque Marcos, desde que ha llegado al Batallón, no hace más que atormentar y embrutecer a todo el mundo con sus obsesiones, igual que le pasa, según dicen, al teniente de la Tercera Compañía, Jiménez Pinto, cuya sección de corrigendos actúa de la mañana a la noche como si estuviera preparándose para tomar parte en una feroz batalla. Yo no tengo nada personal contra el compañero Marcos, de verdad, pero lo cierto es que nos está sacando de quicio a todos con sus continuas exageraciones, siempre con las ordenanzas y los reglamentos en la mano, como si no existiera otra cosa más importante en este mundo que las normas e instrucciones que dicta el Régimen Interior de los Cuerpos, sin querer decir con ello, ni mucho menos, que estas "normas o libros sagrados" no sean dignos de ser tenidos en consideración, pero que bien podría metérselos todos juntos en cierto sitio, cada pocos días, ¡y dejarnos en paz! A causa del mal trato que a veces da a Trinquete, que es un trozo de pan bendito, ya ha tenido dos enfrentamientos con Ramiro, que cualquier día

de éstos va a explotar por completo. Yo, como soy el más moderno de todos los sargentos de Hausa -¡y seguramente del desierto!-, la última colilla del Destacamento (alguien dijo el otro día que si se orinaba en la Escalilla ¡no me llegaba ni la humedad!), estoy todavía "falto de derechos y opiniones", especialmente a ojos de este canario falsificado que se llama Marcos Medina. ¡Es verdaderamente para pegarle una patada en...!

Bueno, son cerca de las once de la noche y en cualquier momento cortarán la luz. Por hoy creo que he escrito bastante, casi una hora, y he recuperado los días que ya llevaba sin abrir este cuaderno -pasados en la cantina con Ramiro y Tormentas, a veces también con Marcos, ¿por qué no?, tomando una copa-. ¡A ver si transcurre pronto el tiempo y deja de atosigarme este malhumor de perros que tengo en el cuerpo!..."

Pata de culo estaba arrepentido de haberse embarcado con el Cejas y el Cuervo en aquella locura. Cada paso que daba, más claro veía lo absurdo de tan disparatada deserción, de la que sería muy difícil que pudieran salir con vida. Tres días deambulando por aquel territorio de extensas llanuras deshabitadas sólo les había servido para echar de menos el Destacamento y para maldecir su mala suerte de encontrarse tirados en medio del desierto. En su interior no estaba muy de acuerdo con el Cejas, que quería seguir avanzando a toda costa hacia el noreste y llegar lo antes posible a la frontera de Argelia, la más cercana y segura, consiguiendo con ello la soñada libertad, terminando así con sus sufrimientos, que si bien el primer y segundo días no habían sido muchos, quitando las horas pasadas andando sin descanso por tan inhóspitos parajes, ahora sí empezaban a vivir un pequeño drama que cada vez se hacía más duro de soportar. Demasiado fácil de ejecutar le había parecido la deserción cuando el Cejas la planeaba, pero ahora, en aquellos instantes de fatiga y calor, andando cerca de las dunas con dificultad, todo resultaba mucho más complicado. Observando los rostros de sus compañeros podía imaginar con bastante exactitud cuál debía de ser el suyo en aquellos instantes, bajo el tórrido sol sahariano. El Cejas los arrastraba de forma implacable hacia adelante, sin que, en ninguno de los tres días que llevaban moviéndose por el desierto, hubiera dado muestras del menor

arrepentimiento por haber abandonado el Disciplinario. Era como una máquina hecha para andar, para soportar mil incomodidades y sufrimientos, para resistir por encima de todo. El Cuervo ya había empezado a ceder en su esfuerzo y era al que más trabajo le costaba seguir avanzando por aquellas zonas de arenales y el que peor administraba el agua de sus cantimploras, que debía controlar a rajatabla por recomendación expresa del Cejas, que él mismo cumplía con rígida disciplina -¡maldita palabra!-, bebiendo la cantidad de líquido que cabía en cualquiera de los tapones de los recipientes de aluminio que llevaban colgados en el cinto, cada hora, sin escupir de la boca las piedrecillas lisas que movían lentamente con la lengua para que dejara de atormentarles la insoportable sensación de sed que padecían.

Según cálculos del Cejas, llevaban ya superados los cien kilómetros desde que dejaran atrás el Destacamento, a la una de la madrugada del lunes, y en cualquier momento podrían encontrarse con alguna de las caravanas de nómadas que se dirigían hacia Argelia desde el interior del desierto, especialmente desde Smara.

El mayor de los rufianes del Cabrerizas, que por fin se había decidido a desertar de Hausa, estaba convencido de que una de aquellas caravanas dedicadas al mercadeo entre pueblos y campamentos de los dos territorios vecinos sería el medio más eficaz con el que podrían abandonar para siempre el desierto sahariano y el Disciplinario, sin ningún tipo de problemas, como antes ya lo habían conseguido otros compañeros, aunque bien cierto era que sólo unos pocos. El Cejas se sentía con fuerzas y coraje para recorrer, si hacía falta, los ciento cincuenta kilómetros o más que aún les separaban de Argelia, pero no pensaba lo mismo de Pata de culo y el Cuervo, sobre todo de este último, que no sabía si sería capaz de aguantar ni siquiera la mitad de la distancia que todavía les quedaba por recorrer para alcanzar su objetivo, caso de no encontrar ninguna caravana por el desierto, con el duro desgaste que estaban sufriendo cada día que pasaba. La comida no le preocupaba en absoluto al madrileño, ya que eran suficientes las latas de carne y alubias que guardaban en sus macutos, pero el agua de las cantimploras era difícil de racionar bajo aquel implacable sol de últimos de Julio. Todavía disponía, con gran esfuerzo de su parte, de algo más de dos cantimploras de agua, de las cinco que cada uno había cogido al desertar de Hausa, pero pronto tendría problemas con el

Cuervo y más tarde con Pata de culo, si no encontraban un pozo de agua salobre donde poder abastecerse, necesidad imperiosa que no dejaba de preocuparle. Su error desde el primer momento había sido el permitir que el Cuervo les acompañara, conociendo su personalidad voluble y nada resistente a las fatigas, mas la insistencia de éste en formar parte de la huida y el apoyo incondicional que le había prestado Pata de culo, terminaron por convencerle para que le dejara entrar en sus planes, de lo que ya estaba más que arrepentido. De todas formas, no estaba dispuesto a que el Cuervo, verdadero estúpido sin cerebro, le hiciera fracasar en su deseo de librarse para siempre del Cabrerizas.

El Cuervo maldecía para sus adentros el infortunio que padecía, con aquel sol abrasador quemándole la cabeza -aunque la llevara protegida con su gorra sahariana-, un tanto arrepentido de haber desertado del Disciplinario junto al Cejas y a Pata de culo, compañeros a los que se consideraba muy unido y que sin tenerlos como apoyo en el Destacamento le habría resultado casi imposible escapar de las iras y venganzas de no pocos de los desterrados de Hausa. Sabía que era odiado por muchos de sus camaradas cabrerizos y que únicamente la presencia del Cejas y Pata de culo en el Batallón impedía que tuviera más de un enfrentamiento con algunos de los que con él cumplían condena o pena accesoria en el Disciplinario, con varios de los cuales se había ensañado cruelmente en bastantes ocasiones. Con sólo dos cantimploras de agua colgadas en su cinto -una de ellas medio vacía-, quemándole las tripas como si estuviera en el mismísimo infierno, era consciente de que no podría resistir más de uno o dos días aquella dura marcha a través del desierto, intentando dejar atrás los muchos kilómetros que todavía les separaban de la frontera de Argelia, caso de no encontrar la ansiada caravana de nómadas que les sacara de aquel atolladero. No quería pensar en lo poco acertado que había estado al insistir ante el Cejas para que le dejara participar con ellos en tan incierta aventura, sabiendo lo que les había ocurrido a Córcoles y a Canuto anteriormente, pero el desertar en compañía del Cejas y Pata de culo era lo menos malo que podía ocurrirle, tal como estaban las cosas en el Cabrerizas. Pensaba que con las agallas de sus compañeros se podía llegar a cualquier parte del mundo, y ahora lo estaba lamentando.

El Cejas, Pata de culo y el Cuervo, hasta hacía setenta y dos horas corrigendos cabrerizos de Hausa, en aquellos momentos

desertores del Disciplinario buscados con ahínco por la Policía Territorial y Tropas Nómadas, podían comprobar en sus cuerpos y en sus mentes lo absurdo que resultaba el haberse embarcado en tan peligrosos objetivos, creyendo que -más o menos- con sólo un abrir y cerrar de ojos alcanzarían la frontera de Argelia. Hombres de pocos principios y razonamientos, acostumbrados a imponer su ley y voluntad allá donde se encontraran, pisoteando constantemente el orgullo y dignidad de cuantos osaban contrariarles en sus deseos, pensaban, faltos del más elemental sentido común, que progresar a pie por el desierto con unas pocas cantimploras de agua y unas cuantas latas de conserva, que sólo servían para acrecentar aún más la sed en el territorio sahariano, era pan comido o algo parecido.

Aquel penoso caminar por el Sáhara Occidental, descansando las horas centrales del día en cualquiera de los recovecos que encontraban en su itinerario para escapar del tormentoso efecto de los rayos solares, venía a ser justo castigo a los muchos abusos a los que continuamente habían estado sometiendo a no pocos de sus compañeros del Cabrerizas. La maldad y despotismo del Cejas, toda su vida acostumbrado a aprovecharse de quienes tenían la desgracia de caer en sus redes, inmoral delincuente que antes de entrar en prisión y llegar a Hausa ya había cometido toda clase de atropellos en numerosos lugares, donde no habían faltado nunca las amenazas de muerte y la extorsión más refinada, estaban recibiendo digna respuesta a su osadía, por mucho que estuviera resistiendo en silencio la dura prueba a la que voluntariamente se había sometido al abandonar el Destacamento, pusiera muchas o pocas agallas en continuar con el delito en el que se hallaba inmerso, todavía no consumado, que le estaba pasando la correspondiente factura.

Pata de culo, que bien pagaba la malsana identificación que le unía al Cejas, a quien nunca dejaba ni a sol ni a sombra, pasara lo que pasase, empezaba a darse cuenta de que con el abandono del Destacamento se había metido en un grave problema, nada fácil de resolver por mucho que insultara, amenazara o se lamentara. Se confesaba Pata de culo con su conciencia las muchas fechorías que ya llevaba cometidas, pero de ninguna de ellas se arrepentía. Rezaba igualmente -a su manera- con el ferviente deseo de poder salir airoso de la infernal trampa en la que había caído, mientras su espíritu de miserable sabandija se hundía por momentos viendo los esfuerzos y sudores que

arrastraba el Cuervo, a quien constantemente le salía la lengua por la boca. ¿Por qué se le habría ocurrido convencer al Cejas para que aquel engendro de mierda fuera con ellos?...

Quien más estaba sufriendo con tan inmisericorde marcha por aquella parte del territorio, era, sin duda alguna, el Cuervo, individuo que nunca veía más allá de lo que querían ver el Cejas y Pata de culo, cuya astucia y perversidad para relacionarse con sus compañeros menos agresivos del Cabrerizas justificaban de sobra el acertado apodo con el que alguien le había bautizado en su día para que su nombre estuviera más acorde con su desleal comportamiento y la traicionera expresividad de su rostro de nariz puntiaguda, piel macilenta y ojos desaprensivos y desconfiados.

El Cuervo, que no había querido hacer caso de las palabras y consejos del Tirabuzones: “No seas gilipollas y deja que se vayan solos”, estaba recibiendo la recompensa que merecía por su falta de cordura. ¿A quién se le ocurre abandonar el Destacamento y adentrarse en el desierto, después de lo ocurrido con Córcoles y Canuto, sin antes haber valorado detenidamente sus posibilidades de éxito, teniendo en cuenta, además, que sus condiciones físicas para afrontar aquella dura prueba no eran precisamente las mejores? En Hausa habría seguido contando con la presencia del Tirabuzones y Eutimio, y, aunque no como hasta entonces, sí podría haber continuado con la rutinaria vida del Disciplinario, sin las dificultades y temores que en aquellos momentos le asaltaban, con muy negros presentimientos para su inmediato futuro.

Eutimio, a quien el Cuervo había entregado sus escasas pertenencias antes de abandonar Hausa para que se quedase con ellas: una baraja, un bastidor de madera para confeccionar pañuelos de colores, el cenicero de cristal que le había regalado su paisano Belmonte en la prisión de Cartagena, el candelabro de bronce de dos velas que había ganado a las cartas a Crispulo el día de San José -que muchas noches encendía en su alojamiento- y varias novelas de ciencia-ficción, a las que era muy aficionado, había querido marcharse también con ellos de Hausa, enterado a última hora del domingo de las intenciones de sus compañeros, pero la rotunda oposición del Cejas había sido decisiva para que desistiera de su intención de seguirles en su camino.

Con el secreto deseo de que en cualquier momento pudieran ser localizados por una de las patrullas de reconocimiento y

vigilancia que recorrían el territorio, el Cuervo seguía resistiendo como mejor podía aquel duro calvario, tragándose las muchas ganas que tenía de maldecir a grito abierto en todas direcciones, casi destrozado con tanto avanzar y avanzar por el desierto, temeroso de que el Cejas pudiera descargar sobre él la mucha ira que ya llevaba acumulada en su pecho, que podía estallar en cualquier momento.

Los tres desertores de Hausa, el Cejas, Pata de culo y el Cuervo, no tenían otra salida a su deserción que la que ya habían planeado y discutido antes de abandonar el Destacamento: alcanzar la frontera de Argelia o sucumbir en el intento.

Colás y Pedro Iniesta, tumbados en sus respectivos colchones de paja bajo las estrellas de Hausa, comentaban las incidencias más sobresalientes habidas en los últimos días en el Disciplinario, entre las que destacaba, de forma muy notable, la deserción llevada a cabo por el Cejas, Pata de culo y el Cuervo, corrigendos a los que pocos cabrerizos deseaban ver de nuevo por el Destacamento, y a quienes todos los penados remitían sus bendiciones para que obtuvieran el mejor de los éxitos en tan descabellada aventura. Los dos compañeros, como muchos otros del área del puesto de mando del Batallón, estaban satisfechos de que aquellos carroñeros hubieran decidido, ¡por fin!, desertar del Cabrerizas, pues era mucha la animadversión que la mayoría de los moradores de Hausa sentía por estos individuos, y ya no tendrían que enfrentarse en lo sucesivo a sus continuas amenazas y provocaciones, que en diferentes ocasiones habían estado a punto de hacerles caer en graves dificultades con los mandos del Disciplinario. ¡Ojalá se los tragan para siempre las arenas del desierto!

Colás, gracias a su mucha voluntad y esfuerzo, había conseguido adaptarse a aquella miserable vida del Cabrerizas y, convencido de que estaba purgando una mala conducta anterior, sobrellevaba con resignada penitencia su estancia en la antigua posición defensiva del corazón del Sáhara. Ciertamente era que tenía su alma algo endurecida por las malas experiencias pasadas desde

que se enfrentara abiertamente a los galones de Mínguez y Manzanares en su antiguo cuartel de Infantería, pero aún conservaba, para su suerte, un gran sentido del deber y de la amistad, que le procuraban una magnífica relación con los miembros de su escuadra y pelotón, lo que para él constituía consuelo importante. La vida en Hausa era demasiado dura y complicada, demasiado áspera y conflictiva a veces, para añadirle encima un pésimo entendimiento con sus compañeros más cercanos, lo que podría resultar poco soportable para cualquiera que estuviera confinado en el interior del territorio sahariano, como así les ocurría a bastantes de los que cumplían pena disciplinaria en tan escabroso destierro, que en repetidas ocasiones habían sido objeto de abuso de confianza y hasta de vejaciones por quienes se amparaban cobardemente en su fortaleza física o en la pertenencia a grupos más o menos envalentonados del Destacamento para cometer toda clase de desmanes y atropellos contra sus compañeros más dóciles, cabrerizos sin maldad que, siendo en su mayor parte débiles de cuerpo y espíritu, caían en las garras de estos auténticos malhechores para entrar en algo parecido a un infierno, y allí tenían que resistir, como mejor podían, un verdadero suplicio del que resultaba difícil salir airosos, sin que nunca, o rara vez, tuvieran los mandos de Hausa noticia exacta de lo que estos hombres padecían en silencio.

Flor, que era persona tranquila y de buenos sentimientos, aunque, según sus compañeros de pelotón y del resto de la Compañía, de muy condenables desviaciones, ya había experimentado en su cuerpo, no hacía muchos días de ello, una de aquellas perversidades que tanto les gustaba cometer a estos energúmenos, cuando, a media madrugada, ausente del *huevo* que compartía con su escuadra, había caído en las garras del Cejas y el Tirabuzones, repugnantes individuos que, teniéndosela bien jurada desde hacía tiempo, no dudaron lo más mínimo en dejar en su rostro claras señales de su alevosía, que Flor achacaría en principio a una fortuita caída en el suelo pedregoso de las letrinas, pero que más tarde, con lágrimas en los ojos, daría a entender tímidamente a sus compañeros más próximos que habían sido ocasionadas por aquellos bellacos, los cuales le habían amenazado de muerte, navaja en mano, para que se plegara a sus exigencias, advirtiéndole antes con terribles palabras lo que harían con su cara, como se fuera de la lengua. Con el pánico

todavía reflejado en su semblante, Flor iba de un lado para otro falto de aquella sana alegría que nunca le abandonaba allá donde estuviera. Todos lo habían lamentado, a pesar de ser lo que era, y había en el aire de la escuadra un ambiente cargado de venganza hacia aquellos hijos de las peores raposas, que sólo los muchos kilómetros que ahora separaban al Cejas y a sus secuaces de Hausa impedían que el furibundo cabecilla sufriera el oportuno ajuste de cuentas, en el momento que fuera más indicado. Con el Tirabuzones, en cambio, la cosa era bien distinta; pronto llegarían la hora y el día adecuados...

Pero no sólo Flor había sufrido las iras y abusos del Cejas y el Tirabuzones en Hausa. También el pobre Pepito, Margarito, Canuto (antes de que desertara del Disciplinario) y otros corrigendos, aunque no de la misma manera y con idéntica saña, habían pasado a formar parte de la larga lista de cabrerizos pisoteados en su dignidad y orgullo por aquellos seres malignos, cobardes autores de innumerables excesos cometidos contra sus compañeros, siempre amparados en una gran impunidad, arrojados la mayoría de las veces por individuos de la talla del Cuervo, Crispulo, Pata de culo, Eutimio y toda una extensa gama de hienas y forajidos de la peor especie, que solían campar por sus respetos en el Destacamento, cuyas *hazañas* y malas artes en el Cabrerizas nadie se atrevía a denunciar ante el mando, sabiendo las seguras represalias que, de una u otra forma, padecerían los delatores.

Pedro Iniesta dobló su almohada para tener la cabeza más alta y dirigió la vista hacia el firmamento estrellado, intentando descubrir algún punto especial en la bóveda celeste que le sacara de Hausa, aunque sólo fuera por unos minutos. En el corazón del antiguo *paraca* se encerraba un inmenso cariño hacia aquel añorado hijo que crecía en Murcia, su tierra del alma. Era lo más grande que había hecho en su vida y a él pensaba dedicarse por completo cuando saliera del Cabrerizas, si es que alguna vez conseguía salir de aquella prisión disciplinaria. ¡Ay, el día que tuvo la mala idea de alistarse en la Bandera! ¡Cuánto se arrepentía de aquel paso dado!... Encarnita, su novia desde que eran críos, ya se lo decía con insistencia: "Haz la mili normal y no te metas en berenjenales..." Pero él, estúpido boceras, quería parecerse a su amigo Barceló, que vestido con el elegante uniforme de los *paracas* tanto deslumbraba a las chicas de su calle. Luego, se fueron torciendo las cosas, complicándosele la

vida, y ahora, a sus poco más de veinte años, purgaba una accesoria en el Disciplinario y estaba casado con su Encarnita, a la que se había llevado de casa cuando disfrutaba de un permiso reglamentario de tres semanas y hacía sólo dos meses que acababa de cumplir los dieciocho, estando ella todavía por alcanzar los quince. Después vino David, su pequeño enano - como él lo llamaba con cariño y orgullo-, y a continuación la fatídica deserción de la Bandera, de cuya historia y sinsabores no quería acordarse. Su gran error, pensaba, era el haber tomado decisiones a destiempo, olvidando siempre lo que eran sus deberes y responsabilidades, habiendo sido un bala perdida durante los últimos años, cosa que reconocía abiertamente. Pero de ahora en adelante todo iba a ser diferente. No podía fallar a quienes le esperaban con cariño en Murcia, a aquellos para los cuales él representaba su único futuro. ¡Nadie le apartaría de la meta fijada, tuviera o no que tragar adoquines, que bien poco le importaba!

Darío y Arsenio el Cicatrices habían arrastrado sus colchones de paja hasta el lugar donde se encontraban los de Colás e Iniesta, con la sana intención en sus espíritus de conversar un rato con sus compañeros de escuadra, como solían hacer muchas noches en Hausa, antes de meterse en el dormitorio subterráneo para esperar la llegada del toque de diana, siempre en voz baja para que la patrulla de vigilancia no tuviera motivos para reprenderlos o conducirlos hasta el cuerpo de guardia. El cuarto fusilero de la escuadra de Colás, Flor, cumplía a aquellas horas de la noche con un puesto de centinela próximo a la tienda cónica de campaña situada a pocos metros del *imperio* de oficiales. Como a efectos de los servicios de armas (guardias, refuerzos y patrullas) los corrigendos no se diferenciaban en nada de los soldados de reemplazo, turnándose con éstos en el cumplimiento de dichas obligaciones, no era de extrañar que muchas noches faltara a la reunión nocturna de la escuadra algún ocupante del alojamiento a cargo del santanderino, por razones del servicio.

Darío, al que todavía le dolía su mano derecha a causa del puñetazo que el día anterior había propinado en la barbilla del marrullero Eutimio en la cantina, por haber querido este apestoso reírse de él en medio de todo el mundo, llamándole, entre otras cosas, asirocao y churro, no pasaba por muy buena racha en los últimos días. Hacía tiempo que no tenía ni una mala peseta en el bolsillo y estaba empeñado hasta los ojos con casi todo el

pelotón. Murietas era al que más dinero debía y al único al que todavía podía acudir sin verse rechazado para que siguiera prestándole algún duro. Un bocadillo de cuando en cuando y un cigarrillo que llevarse a los labios cada pocas horas, eran los únicos placeres que uno podía disfrutar en Hausa, aparte de poder fumarse un *chupinazo* de tarde en tarde, deleite este último que desde quince o veinte días atrás se hallaba muy fuera de su alcance, si bien el Cicatrices le había invitado en un par de ocasiones, de muy mala gana por cierto, a evadirse de la puerca realidad en la que se encontraba. ¡Ay, que mal lo estaba pasando en el Cabrerizas! ¡Cuánta basura tenía que tragar por su mala cabeza! ¿Por qué se había dejado convencer por Benavente para robar en aquel maldito estanco? ¡Estúpido subnormal! La cárcel, efectivamente, era dura y humillante, pero esto del Disciplinario, esta vida de Hausa, se pasaba de castaño oscuro. Él, hombre paciente y resignado, aunque más malo que el demonio cuando se le saltaban los plomos -¡que se lo preguntaran al Eutimio y a otros tipos de su calaña!- no llevaba muy buena vida en el Cabrerizas, donde lo que más le molestaba, lo que verdaderamente se le hacía insufrible, eran las horas de instrucción de orden cerrado de las mañanas, bajo el ardiente sol del Destacamento. A veces parecía que la cabeza iba a estallarle de tanto que le abrasaba. ¡No podía resistirlo! La única suerte que había tenido en aquel destierro, en aquel cochino agujero para piojos y cucarachas inmundas, mucha suerte desde luego, era el haber sido destinado a una escuadra ocupada por buena gente, cosa rara de encontrar en lugares como Hausa, donde fácil resultaba darse de bruces con lo peor de cada casa, a poco que uno se lo propusiera. Únicamente Crispulo y Ponce, de la escuadra de Aliaga, y más veces que menos el Cicatrices, de la suya propia, aunque de distinta manera, dificultaban a menudo la buena armonía reinante en el pelotón que ahora mandaba el sargento novato que les había llegado al Disciplinario hacía tres meses, persona que de momento poco les complicaba la vida y con quien se podía hablar y razonar con cierta normalidad sin el constante temor de verse recompensados con un *paquete* al menor descuido -¿sería porque aún era *recluta*?-, como así les ocurría a los pobres infelices que ahora estaban bajo las órdenes del sargento canario últimamente incorporado al Cabrerizas, Medina, bastardo entre los bastardos. Iniesta y Colás eran los dos compañeros de infortunio a los que más apreciaba, teniendo muy

bien asumido el santanderino el papel de responsable del dormitorio subterráneo que compartía con su escuadra, al que todo el mundo obedecía con pocos reparos. Sólo el Cicatrices metía la pata de vez en cuando con sus bravuconadas y amenazas fuera de tono, pero pronto volvía al redil, convencido de que en aquel grupo disciplinario no podría imponer nunca su mal humor y peores modos, por mucho que se lo propusiera. Sin embargo, el inconformista Arsenio era leal con todos ellos y no consentía jamás que nadie se metiera con ningún miembro de la escuadra, incluso del pelotón, estando él presente. Sí, había tenido mucha suerte al estar destinado en la misma pequeña unidad que Colás y su gente, no le cabía la menor duda.

Arsenio el Cicatrices no era hombre de maneras y gustos refinados, por lo que a nadie extrañaba que por su boca salieran siempre las peores culebras. Hijo de familia desordenada, criado en ambientes nada gratificantes, su vida hasta llegar a las Fuerzas regulares del Ejército de Tierra, y más tarde al Cabrerizas, había transcurrido entre el reformatorio y la cárcel, lugares donde, menos el respeto a los demás y la buena convivencia, había aprendido de todo. Su carácter irritable y pendenciero, a veces violento, no encajaba mucho con la forma de ser de sus compañeros de alojamiento, en quienes reconocía la virtud de saber detener a tiempo sus explosiones de mal genio, que las padecía con frecuencia, especialmente cuando merodeaban por las inmediaciones de *su territorio* tipos tan abyectos y desgraciados como eran el Cejas, el Tirabuzones, Pata de culo y el Cuervo, incluso el traicionero Crispulo, mamón de su pelotón con quien tenía pendiente una deuda desde hacía tiempo, por ser un asqueroso rastrero. Hombre que había estado sometido a los más rígidos enclaustramientos desde que dejara de usar pantalón corto, experto en vivencias colectivas poco edificantes, no encontraba en Hausa nada que se pareciera a cualquiera de los sistemas de vida que había conocido hasta entonces, privado de libertad. Los carceleros, en este caso mandos militares, eran más duros e inflexibles en todo lo que se relacionaba con la disciplina y la subordinación, pero mucho más permisivos y de cierta comprensión cuando se trataba de atender a problemas personales de los reclusos -reclusos llamados allí *corrigendos*-. No entendía qué diablos pintaban ellos, los cabrerizos, en el interior del Sáhara, soportando aquel calor de los mil infiernos, faltos a veces de no pocas necesidades elementales que se podían

conseguir fácilmente en la mayoría de las prisiones de la Península, con cuatro chavos que uno tuviera. La vida del Cabrerizas era, ciertamente, mucho más dura que la que se podía padecer en cualquier otro lugar del mundo, aunque reconocía que, en cuanto al trato a las personas se refería, éste no era ni perverso ni humillante, no obstante hubiese siempre por los alrededores un lameculos de turno, dispuesto a atormentarles la existencia. De Hausa únicamente soportaba las primeras horas de la noche, cuando, tumbado en su colchón boca arriba, podía respirar tranquilo y relajado, dedicándose entonces a contemplar a gusto las estrellas del cielo africano, las más brillantes que había visto nunca. Odiaba, sin embargo, como todos en el Destacamento, las horas de la instrucción en orden cerrado bajo el sol sahariano y los barrigazos que tenía que darse, subiendo y bajando por la colina próxima al sendero de los camellos, a un kilómetro del pequeño palmeral de Hausa. En ese interminable período de tiempo sudaba como un borrico y maldecía aquel traicionero paraje todo lo que podía. ¡Mierda de mierda, instrucción en medio del desierto! ¡Serían hijos de puta! La ducha en el pozo, en cambio, al finalizar la gimnasia -otra que te pego: ¡gimnasia en el corazón del Sáhara, cabrones!-, era uno de los momentos más relajantes del día, donde cualquiera de los corrigendos podía dar rienda suelta a sus muchos complejos y agresividades -o esconderlos más todavía, según cada cual asumiera su vida-, dando gritos a diestro y siniestro y metiéndole bulla al capullo de mierda que tantas veces le tocaba a uno las pelotas con sus pijotadas. A quien también se la tenía jurada desde hacía muchas semanas era al Cejas, y lo mismo al fantasma de Eutimio, que nada más llegar al Cabrerizas quisieron cebarse con él como si fuera el rey de los gilipollas. No había olvidado tampoco la única mamónada que le había hecho Crispulo, al incorporarse al pelotón, poniéndole la zancadilla con toda intención en su primer día de instrucción en orden cerrado en Hausa, recién llegado al Disciplinario. Por no conocer cómo funcionaba el Cabrerizas, nueva cárcel para él, aunque con otras características, había tragado la novatada de aquel cornudo con cara de hiena sin decir ni pío, pero no tardó mucho en agarrarlo por la pechuga para, obligándole a que se fijara bien en la cicatriz que le cruzaba la cara de parte a parte, advertirle con dos cojones que a la mínima que le hiciera lo rajaba vivo. Con los componentes de su escuadra, desgraciados corrigendos como él,

no había tenido grandes problemas de adaptación, pues ninguno de sus nuevos compañeros quiso pasarse de la raya con su llegada al pelotón, limitándose todos ellos a seguir soportando la penosa vida de Hausa, como ya venían haciendo desde tiempo atrás. El santanderino Colás, que días después de su incorporación al pelotón le hicieron jefe provisional de la escuadra por pasar el cabo Suárez a desempeñar el destino de encargado de la cantina del Batallón, bajo las órdenes del sargento Retuerto -sargento ya destinado fuera de Hausa-, era un poco enteradillo y mandón, pero se le podían soportar estos defectos sin grandes dificultades. Darío, un tío descerebrado como él solo, discutía poco y nunca se metía con nadie, comportamiento que le facilitaba una buena convivencia con el resto de los compañeros. Iniesta, un *niñato* algo inútil, prematuro padre de un chaval de un año -¡eso le había pasado por joder a destiempo!-, no ocasionaba molestias a nadie y siempre parecía estar ausente de Hausa. Seguramente pensaba más de la cuenta en aquel hijo que tenía en Murcia, cuya fotografía había enseñado a todos los miembros del grupo ¡por lo menos treinta veces! Quien más le sacaba de sus casillas era Flor, maricón refinado donde los hubiere, siempre preocupado, como si padeciera una demencial enfermedad, por el aspecto y limpieza del habitáculo donde dormía la escuadra, y que cuando llegaban los sábados por la mañana, momento en que el sargento y el oficial de semana pasaban revista a los alojamientos, armas y equipos, no paraba en su revoloteo hasta que se aseguraba de que todas las mantas y colchones de las literas estaban colocados como correspondía y de que todo el cuchitril se encontraba en perfecto estado de inspección, con el suelo bien regado con agua del pozo. En sus recorridos por diversos centros carcelarios había tratado a tipos como Flor, pero, lo reconocía abiertamente, ninguno de ellos con su clase. El marica de su pelotón era un afeminado de mucha más *categoría*, ciertamente. El primer día de conocerlo, como siempre le había sucedido con todos los de su condición, con todos los que *respiraban* como él, le cayó mal con avaricia e incluso le dieron ganas de cogerlo por el cuello y ahogarlo con sus propias manos, pero después ya no pensaba lo mismo y hasta su inclusión en la escuadra la veía muy ventajosa para el grupo; aunque seguía poniéndole nervioso cada vez que lo tenía cerca de él y podía observar su rostro y figura, que mucho le recordaban a un cuerpo de mujer, de los que tanto se echaban de menos en Hausa, por desgracia para quienes allí purgaban sus

deudas con la disciplina militar, ¡cabrones! Tal vez sería por este detalle por lo que a menudo se metía con saña con su compañero de escuadra, diciéndole mil perrerías y del mal que tenía que morir algún día, siempre cuando estaban cerca de ellos sus otros camaradas, siendo incapaz de decir esta boca es mía en las ocasiones en las que, por una u otra causa, ambos coincidían en solitario en cualquier punto del Destacamento o en el propio alojamiento, pues entonces ni siquiera tenía el valor de sostener la mirada de Murietas, que, por mucho que le pesara, infundía bastante más confianza entre sus compañeros que la suya propia.

Iniesta, que no dejaba de pensar en la deserción del Cejas y sus secuaces, preguntó a Colás:

-¿Tú crees que el Cejas y los pájaros que le acompañan conseguirán llegar a la frontera de Argelia?

El santanderino, tras hacer un gesto negativo con la cabeza, contestó con indiferencia:

-Demasiados kilómetros para conseguirlo.

-Pienso que han hecho una machada desertando de Hausa –dijo Darío, poniéndose en los labios el cigarrillo que acababa de darle Iniesta-. Aquí se está mal, pero al menos es casi seguro que algún día podremos contar esta experiencia sahariana a nuestros hijos o a quien nos dé la gana.

Arsenio fue poco piadoso en su intervención.

-¡Ojalá se los trague para siempre este maldito desierto!

-El Cejas no es de los que se embarcan en proyectos imposibles –habló de nuevo el murciano y antiguo paracaidista-. Yo soy de los que creen que él sí que podría llegar a la frontera de Argelia, si se lo propusiera, aunque fuera la última hazaña de su vida. En Pata de culo y el Cuervo, en cambio, todo es fachada.

Colás cruzó sus manos debajo de la nuca y dijo por todo comentario:

-Ése es su problema y no el nuestro.

V I

Inocencio, el jefe de los cornetas y tambores del Cabrerizas, se sonrió esperanzado. Estaba a punto de quedarse sin un duro, pero aquel trío de ases que Crispulo acababa de darle en primera mano le había hecho recuperar la ilusión por la partida de póquer que venía jugando desde que finalizara el rancho del mediodía; sus contrincantes: el Tirabuzones, el propio Crispulo, Eutimio y Casares -el corneta corrigiendo de la Segunda Compañía-, individuos todos ellos que hasta ese momento no le habían permitido levantar cabeza.

En aquellas tres horas de juego que ya llevaban consumidas, con una mala racha impresionante que le tenía más que amargado, a Inocencio le habían soplado cerca de cuatrocientas pesetas, prácticamente todos los pluses recibidos en junio por haber permanecido enterrado en Hausa durante el mes de mayo.

Como si aún continuara su mala suerte de las últimas horas, el jefe de la Banda del Disciplinario procuró disimular la satisfacción que le embargaba para que nadie pudiera sospechar que entre sus manos se escondían naipes tan importantes, ¡trío de ases!, que bien podrían hacerle recuperar buena parte de lo que llevaba perdido hasta entonces, si actuaba de forma inteligente; esperando con indiferencia a que Casares, que era a quien correspondía abrir el juego, dijera esta boca es mía.

El cabo Inocencio no podía evitar, sin embargo, que una suave excitación le fuera de un lado para otro de su cuerpo, como si algo especial y agradable estuviera a punto de sucederle. Era consciente, no obstante, de que tan buena jugada podría ser pronto sospechada por sus compañeros de partida, como no llevara cuidado... “¡Trío de ases en primera mano! ¡Hostias, para barrer de cuajo al Tirabuzones!”

Casares, el *turuta* corrigiendo de la Segunda Compañía, que además de soplar el instrumento musical a su cargo tenía muy mala leche en el cuerpo y siempre andaba bastante desorientado a la hora de interpretar los toques de corneta que regían la vida del Disciplinario, miró de pasada sus cartas y, con algo de titubeo, dijo:

-Mis cinco *pelas*...

-Yo voy también -dijo Crispulo, adelantándose a su turno y depositando en el pozo común el duro que le permitía entrar en el juego.

Eutimio echó un par de maldiciones, arrojó con mala uva sus naipes sobre la manta que con anterioridad había extendido el cabo Inocencio en el suelo y se levantó contrariado del lugar que ocupaba al pie de la litera donde dormía el Tirabuzones cada noche, disponiéndose a abandonar el *huevo* por unos minutos.

-Voy a echar una meada -dijo, malhumorado.

-Mea con la tuya -rió sarcástico Crispulo.

-¿Doy por ti si no llegas a tiempo? -preguntó Casares.

-¡Haz lo que te salga de las pelotas! -contestó Eutimio, saliendo del habitáculo algo enfurecido.

El Tirabuzones, sentado entre Crispulo e Inocencio, esperaba sin prisas a que el jefe de los cornetas y tambores pusiera su duro sobre la manta. Como avisado jugador de póquer que era -¡y de todos los juegos de azar que a escondidas se practicaban en Hausa!-, el indeseable pelirrojo, que ahora campaba por sus respetos en el Destacamento como único e indiscutible heredero del Cejas, se había dado cuenta de que el cabo de Banda llevaba buena jugada, cosa que no le había ocurrido desde el comienzo de la partida. Él también contaba con magníficas cartas de entrada, tres sietes, y con ellas podría dar el golpe definitivo a aquel estúpido baboso que siempre había intentado desplumarle, naturalmente sin conseguirlo. Con aparente indiferencia, sin esperar más a que hablara el de la Banda, puso sus cinco pesetas en el pozo, dando a entender, con una estudiada expresión en su rostro, que la buena racha que le había acompañado durante toda la tarde acababa de abandonarle.

-Voy -dijo con voz fría y seca.

-Yo no pienso ser menos -dijo también Inocencio, soltando uno de aquellos suspiros de resignación con los que había estado mortificando a los demás jugadores desde el inicio de la partida.

-Cartas -preguntó Crispulo a quien abría el juego.

-Tres -dijo Casares, que llevaba servida una modesta pareja de dieces.

Inocencio dudó unos instantes, antes de pedir cartas, para decir finalmente, con el acento algo cansado:

-Dame dos -que Crispulo puso seguidamente en sus manos.

El Tirabuzones dio una palmada en el hombro del cabo de Banda, y dijo:

-Vas bien colocado, ¿eh?

A lo que Inocencio respondió:

-Tú sí que vas bien colocado, que en toda la tarde no has hecho otra cosa que desplumarnos los cuartos.

El pelirrojo sonrió con cinismo...

-¡Cartas! -insistió Crispulo ante el Tirabuzones.

-Dame la que me falta para la escalera -dijo quien fuera el principal guardaespaldas del Cejas, desprendiéndose de un naípe.

Crispulo dio su carta al Tirabuzones y luego se sirvió a sí mismo las tres que necesitaba para seguir compitiendo con sus compañeros, siempre con la esperanza de hacer un buen papel con aquella pareja de jotas que se había reservado.

Eutimio, ausente del alojamiento para echar su anunciada meada, era el único de los cinco componentes de la partida que no tomaba parte en la mano.

-Tú hablas, Casares -dijo Inocencio a su corneta, simulando no tener mucho interés por ver las cartas que acababa de entregarle Crispulo, pero que en realidad ardía en deseos por conocer lo que valían.

-Paso de momento -dijo el de la Segunda Compañía, que sólo había conseguido reunir dobles de dieces y doses-. Tú dirás, cabo.

Inocencio vaciló unos segundos, miró de reojo al Tirabuzones, que estaba sentado a su diestra, y dijo, sin atreverse todavía a ver los dos naipes que le habían servido poco antes:

-Pongo otro duro.

El pelirrojo dudó entre igualar o subir la apuesta. Estaba convencido de que el cabo de Banda llevaba un trío de mano; se le notaba demasiado. Crispulo tenía una clara pareja de entrada, puede que ahora tuviera un trío...

-Dos duros -dijo decidido-. El que quiera ver mis cartas, que pague.

Crispulo tiró con enfado los naipes encima de la manta.

-¡La hostia! Paso -dijo.

Casares pensó en echarse un farol, pero la cosa no estaba para bromas. Optó por retirarse del juego.

-¡Todo para vosotros! -dijo irritado, deshaciéndose de sus cartas-. ¡Sois unos buitres!

Inocencio pareció contrariado por el abandono de Crispulo y Casares, que le impedía sacar mayor provecho a las cartas que llevaba, ¡trío de ases!, pero aún le quedaba el Tirabuzones, que

era a quien más atravesado tenía de cuantos corrigendos cumplían condena en Hausa, que muy bien podría pagar todos los platos rotos como se descuidara, apretándole sin compasión las clavijas.

-Espera que mire otra vez mi juego -dijo el cabo de Banda al Tirabuzones, acercándose los naipes a los ojos.

El pelirrojo se dispuso a realizar la misma operación que su contrincante, pues tampoco él había querido ver sus cartas de segunda ronda hasta ese momento. Había tiempo de sobra en Hausa.

Tras unos segundos de espera, conocida ya la jugada que llevaba en sus manos, Inocencio, que muy pocas veces había disfrutado de tan buena suerte en aquellas partidas de póquer a las que se entregaba en cuerpo y alma muchos sábados y domingos, dijo a su oponente, envalentonado:

-Cinco duros si quieres ver lo que llevo en las manos.

El pelirrojo, que en más de una ocasión había actuado como verdadero fullero entre sus compañeros, y que, siguiendo con su buena racha de aquellas horas, acababa de ligar cuatro sietes, vio llegado el momento de dejar limpio al cabo de cornetas y tambores, echándolo sin compasión de la partida. Con no poca fanfarronería en el cuerpo, dijo:

-Eso es poco. Cuenta todo lo que te queda de resto y ponlo ahí encima que lo vea.

Inocencio se relamió de gusto. ¡Había picado!

-Sesenta y siete pesetas -dijo con aire de víctima, tras contar con nerviosismo el dinero que aún le quedaba en su fondo y empujarlo hacia el centro de la manta.

-¿Qué tienes? -preguntó con sonrisa de arpía el pelirrojo.

-Tú hablas primero -dijo Inocencio-. Me has obligado a poner el resto.

El Tirabuzones puso sus cinco cartas sobre la manta y, muy complacido con la jugada que llevaba, dijo en falso tono lastimero, como verdadero hipócrita que era:

-Sólo llevo cuatro sietes...

Inocencio pareció sorprendido, pero, descubriendo también sus naipes, dijo con acento triunfalista:

-Eso no es nada. Yo he ligado cuatro ases como cuatro soles. Los *monos* me quieren mucho.

El Tirabuzones se quedó sin habla. No esperaba que el jefe de la Banda hubiera ligado otro póquer. Molesto y contrariado por esta derrota, pero aguantando como mejor pudo la rabia que le

corría por todo el cuerpo, se limitó a observar cómo su oponente en el juego recogía entusiasmado el dinero acumulado en el centro de la manta y lo arrastraba hasta donde tenía su paquete de cigarrillos.

Inocencio, que sentía gran placer cada vez que lograba derrotar al Tirabuzones, cosa que muy pocas veces conseguía, astuto cabrerizo a quien tenía atragantado desde hacía muchas semanas, se dispuso, tras recoger el dinero ganado en aquella mano, a continuar con la partida de cartas, ahora con mayores bríos y una gran satisfacción iluminándole el rostro. ¡Ojalá le hubiera pillado aquel tahúr con un resto de varios cientos de pesetas! ¡Lo habría destrozado!

-¡Aquí estoy otra vez! -exclamó Eutimio apareciendo en la entrada del alojamiento bajo tierra que ocupaban los jugadores-. Preparad toda la pasta que tengáis que voy a desplumaros.

-¿Te la has sacudido bien? -rió chistoso Crispulo.

-No del todo. El Pelotas se ha cruzado en mi camino y me la he tenido que envainar antes de tiempo. Por culpa de ese cabrón me tuve que chupar una semana en el *infierno* y cada vez que veo su jodida cara se me revuelven las tripas, se me cruzan los cables. ¡Algún día le voy a partir la cara, os lo aseguro! Cabronazo...

-Ya me gustaría a mí poder ajustar las cuentas a ese mamón de mierda -bramó algo descompuesto el Tirabuzones-. Desde que el sargento Ramiro me convirtió en *piraña* durante cuatro días, en marzo, tengo a ese chulo baboso retorciéndose en mi estómago. ¡Cualquier día le voy a pisar el cuello!

El cabo Inocencio intervino molesto.

-Dejemos tranquilo al Pelotas y centrémonos en la partida.

El Tirabuzones, que le costaba no poco esfuerzo asumir el dinero perdido en aquella última mano, se irritó:

-¡Y un huevo! Yo hablo lo que me sale de los cojones. ¿Estamos?

-No hace falta que te pongas así -intervino Casares, apaciguador.

Casares, corneta corrigiendo de la Segunda Compañía, conocía bien el pronto del Tirabuzones (ambos habían pertenecido a la misma Unidad legionaria y compartido uno de sus calabozos en un par de ocasiones) y sabía que su compañero no necesitaba muchos motivos para armarla gorda.

-¡Me pongo como quiero! -exclamó de nuevo el Tirabuzones-. Todos sois unos maricones de mierda que no tenéis agallas ni para decir verdades como puños.

A Inocencio le pareció que la cosa empezaba a complicarse y no estaba dispuesto, conociendo como conocía lo mucho que le gustaba a aquel individuo insultar a los mandos cuando se enfurecía, a jugarse los galones por su culpa, por mucha afición que tuviera al póquer. Cogió su dinero, se levantó del suelo, se dio unos cuantos palmetazos en los pantalones para quitarse el polvo (arena sahariana) y salió del alojamiento de la escuadra del Tirabuzones sin decir ni pío. Como iba perdiendo cerca de trescientas pesetas, nadie podría decir que abandonaba la partida con ventaja. Más adelante tendría tiempo de sobra para recuperar su dinero...

El cabo primero Jacinto, que desde que se había disuelto el pelotón de castigo parecía más taciturno que de costumbre, deambulaba ahora por la antigua posición defensiva sin que a nadie, al parecer, importara lo más mínimo su presencia en el Destacamento. De ser hombre respetado y temido en Hausa había pasado a ser simple jefe de pelotón de fusileros, al que muy pocos cabrerizos dedicaban la menor atención o deferencia, excepto aquellos que integraban las dos escuadras que le estaban subordinadas, por obligación de destino.

Sentado junto a una de las mesas de la cantina, mesas que momentos antes habían sido abandonadas por sus ocupantes para acudir a la formación del control nocturno, escuchando de lejos el repetido y machacón "¡Presente!" de la lista de retreta de todas las noches, se disponía el Pelotas, un día más, a apurar su tercio de cerveza, antes de dirigirse al *huevo* que compartía con Mateo, Bonín y Bernardo, quienes ya se encontraban tumbados en el exterior del dormitorio subterráneo, como tenían por hábito hacer la mayoría de las noches. El jefe del desaparecido pelotón de castigo del Cabrerizas, algo indiferente y pensativo, fijó su mirada en el líquido amarillento que aún quedaba en el vaso que cogía con su mano izquierda y, sin poderlo evitar, algunos

pasajes de su todavía cercana adolescencia acudieron a su mente. Sus ojos se suavizaron, sus facciones, siempre tensas e inexpresivas, se distendieron, y aquella coraza de acero que normalmente limitaba sus relaciones con los demás pobladores de Hausa se resquebrajó ligeramente. Bajo las sombras del avanzado crepúsculo nocturno sahariano, el quieto perfil de Jacinto, reflejado en la pared frontal de la cantina gracias a la claridad que proporcionaba la luna llena de agosto, poco tenía que ver con aquella otra sombra o silueta que todos conocían de semanas atrás, que tanto se había destacado en el Cabrerizas, siendo responsable del *infierno*. A Jacinto no se le podía criticar o echar en cara que fuera hombre perverso o que disfrutara con el dolor ajeno, porque estaba lejos de ser ninguna de las dos cosas. El Pelotas simplemente era un hombre recto y severo, pese a sus pocos años de existencia, que deseaba, como todos los de su empleo en el Ejército, alcanzar pronto los galones de sargento, buscando en todo momento, por encima de cualquier otra consideración u objetivo, cumplir de forma intachable con sus deberes y obligaciones militares, que le abrieran más fácilmente las puertas de los escalones profesionales de las FAS, deseo difícil de conseguir en Hausa, siempre rodeado de arenas tormentosas y rebeldes corrigendos.

Jacinto había visto la primera luz de su vida en Cuenca, ciudad donde su padre ejercía como maestro de escuela. A los diecisiete años, animado por Pascual García, su mejor amigo de la infancia, y en compañía de éste, decidió ingresar como voluntario en un Regimiento de Infantería de Madrid, los dos con la intención de seguir la carrera de las Armas.

Su primer año como soldado y cabo no había resultado muy positivo para Jacinto, pero la cosa cambió bastante cuando, justo a los doce meses de haber ingresado en filas, alcanzó el empleo de cabo primero, que le convertía, a los dieciocho años, en jefe del pelotón de entretenimiento de la sección de automóviles de su Cuerpo. Tuvo también la suerte Jacinto de quedarse destinado en su Compañía de procedencia, la Plana Mayor del Batallón, aunque bien le habría gustado cambiar de Unidad y clase de cometido - que ya venía realizando con los galoncillos rojos de cabo-, para así conocer y tratar a nuevos compañeros y subordinados, evitando con ello que la mucha familiaridad que le unía a la tropa de su pelotón y sección le impidiera desempeñar adecuadamente las nuevas responsabilidades contraídas, especialmente las del

cargo de sargento de semana y segundo jefe de la guardia de prevención del Regimiento, alternando para ello con los suboficiales y cabos primeros de su Compañía y Batallón, mas esto no pudo ser así y terminó por conformarse con su suerte, que tampoco había sido mala.

A Jacinto Gómez Peláez -el Pelotas- no le satisfacía del todo la rutinaria vida que llevaba en su antiguo cuartel de Infantería, por lo que, siempre con mucha perseverancia, venía solicitando plaza de su empleo en las Unidades africanas más destacadas, donde, además de una vida más activa e interesante, se percibía mejor paga, que siempre había que tener muy en cuenta en su caso, cobrando como cobraba unas miserables *ventajas* de ciento cincuenta pesetas mensuales por sus muchos desvelos y preocupaciones en la milicia, escasos emolumentos de clase de tropa que justificaban plenamente aquella expresión tan cuartelera que no pocos militares sin graduación empleaban cuando querían quedar bien ante una chica bonita, y que decía: "Tienes los ojos más negros que el porvenir de un cabo primero", ingeniosa frase soldadesca que reflejaba a la perfección la escasa remuneración que se recibía en el Ejército por ostentar este galoncillo dorado -la desamparada *tirilla*-, y lo difícil que resultaba para los poseedores de tan modesto empleo militar alcanzar el grado de sargento; utilizándose también en aquellos años esta especie de estribillo burlón para aludir a lo mal pagados que estaban los maestros de escuela, cambiándose entonces lo de "un cabo primero" por lo de "un maestro de escuela".

Siempre con su carácter poco comunicativo, independiente y más bien huidizo, rarezas de conducta que en ocasiones le criticaban algunos compañeros -"¡A ver si te espabilas ya de una puta vez y sueltas el muermo que llevas encima!"-, quien consumía su vida insatisfecho en un cuartel madrileño tuvo pronto la oportunidad soñada de cambiar de destino y pasar a ocupar vacante en un Cuerpo africano. Aunque tenía solicitada plaza en Guinea Ecuatorial, Regulares de Ceuta y Melilla, Tiradores de Ifni, Nómadas y Policía Territorial del Sáhara, fue en el Batallón de los cabrerizos, colocado en último lugar en la instancia que había cursado en marzo del sesenta y dos, Unidad que, al parecer, nadie solicitaba voluntariamente por temida, donde encontró su nuevo cometido. No le importó en absoluto que su puesto táctico dependiera desde ese día del Disciplinario, ni

estaba arrepentido tampoco de formar parte del mundo de los penados del desierto, del infierno de Hausa. ¡Qué más le daba!...

El hasta poco tiempo atrás jefe del pelotón de castigo del Cabrerizas, sentado ahora en una de las sillas de la cantina del destacamento de Hausa, apuró de un trago el resto de cerveza que quedaba en su vaso y siguió dando vueltas a sus pensamientos. ¡Ay, si le hubieran visto su familia y amigos de Cuenca frente a los peores corrigendos del Disciplinario, en pleno corazón del Sáhara, tan apocado e insignificante como él había sido siempre! Ciertamente es que se había acostado y levantado en más de una ocasión con una u otra velada amenaza en el cuerpo por culpa de tan ingrato destino, pero aquel riesgo lo consideraba necesario para poder mejorar su calificación militar con vistas a su futuro profesional, calificación personal a la que debía someterse cada año como un mando más del Cabrerizas. Era muy importante para él que en su expediente africano constara la realización de este servicio tan diferente, así como su pertenencia al Batallón de los castigados, para poder llevarlo como mérito distinguido a Madrid el día que acudiera a la Escuela de Sargentos de Hoyo de Manzanares, tres años más tarde, si las cosas se desarrollaban según lo previsto en su calendario, aunque en el Ejército nunca se podían hacer cuentas ni conjeturas a este respecto. Todo el mundo sabía en la Península que el ser originario de una Unidad del continente africano, aunque ésta fuera el mismísimo Cabrerizas, que muy mala fama tenía en todas partes, era una buena garantía profesional para la valoración final del curso, terminados los ocho meses de estancia en la Escuela, habiendo demostrado en sus aulas, naturalmente, en evaluaciones periódicas, estar en posesión de los conocimientos exigidos para ingresar en el Cuerpo de Suboficiales y encontrarse psíquica, física y moralmente capacitado para ostentar inicialmente los galones de sargento. ¡Cuánto le hubiera gustado que su pandilla de Cuenca le hubiese visto manejar a los peores individuos de Hausa!...

Bernardo Romero Pantarín, a quien años atrás sus corrigendos subordinados le habían puesto de alias el Pisahuevos, arrastraba su mala suerte en el Ejército desde que sentara plaza como jefe de pelotón en el Disciplinario, en abril de 1957, poco antes de que el Cabrerizas fuera enviado a Villa Cisneros para cooperar activamente en las acciones de limpieza de los núcleos

guerrilleros que actuaban en la parte sur del territorio sahariano. A sus veintiocho años, siete de ellos ostentando el sufrido empleo de cabo primero, aún no había solucionado Bernardo su futuro en las FAS y llevaba ya dos cursos consecutivos suspendiendo los exámenes en la Escuela de Sargentos, que tenían su moral y espíritu militar por los suelos. Su error en la milicia, según pensaba, era el haber solicitado vacante en el Cabrerizas al convertirse en jefe de pelotón y no haber podido continuar destinado en su Grupo de Regulares de Melilla, Cuerpo donde había ingresado como voluntario en marzo de 1955, a los diecinueve años, quince meses antes de que sorteara su reemplazo para incorporarse al Ejército como soldado de quinta. El traslado del Disciplinario a Villa Cisneros a principios de la campaña de Ifni-Sáhara no figuraba en los planes de Bernardo, y ahí había empezado toda su desgracia. Sus proyectos de asistir a las clases preparatorias para ingreso en la Escuela de Hoyo de Manzanares, dedicando todo su tiempo libre a estudiar el contenido de las asignaturas que componían el programa de formación de sargentos, se habían venido abajo con la partida del Cabrerizas hacia el desierto, territorio donde aún seguía de guarnición accidental, ahora en Hausa y antes en Villa Cisneros, localidad esta última en la que habían quedado enterrados para siempre algunos de sus hombres, abatidos por los guerrilleros saharauis partidarios de la integración del Sáhara Occidental en el reino de Marruecos (que nunca se había sabido, realmente, si estos guerrilleros eran naturales del territorio o marroquíes infiltrados, aunque más se pensaba que se trataba de combatientes del antiguo Ejército de Liberación de Marruecos, de súbditos de Mohamed V, que de verdaderos saharauis).

Bernardo Romero, cuyo sosegado modo de andar había sido el culpable de que sus cabrerizos subordinados le pusieran tiempo atrás el apodo con el que ahora era conocido en todo el destacamento de Hausa, no venía conduciendo a sus escuadras con la disciplina y carácter que regulaban las ordenanzas, como sí hacían con las suyas propias sus compañeros Mateo, Bonín y Jacinto, lo que originaba que algunos de los corrigendos puestos bajo su responsabilidad no cumplieran como debían con sus órdenes e instrucciones, ocasionando con ello más de una dificultad a la buena marcha del servicio y más que ligero disgusto y malestar entre aquellos componentes de su pequeña unidad que nada querían saber del Cejas, Pata de culo, el Cuervo,

Eutimio y el Tirabuzones, desquiciados condenados que es posible no hubieran volado tan alto en Hausa de no haber tenido un jefe de pelotón que, en ciertos aspectos, y de cuando en cuando, hacía dejación de sus obligaciones más elementales, aunque verdad era que la suerte no había acompañado tampoco a Bernardo, al recibir en sus escuadras a desterrados de la peor especie y procedencia, como si todos en el Destacamento se hubiesen puesto de acuerdo para que tal cosa así sucediera.

El espíritu blandengue y acomodaticio de Romero Pantarín había propiciado que el Cejas y el Tirabuzones, los dos corrigendos más destacados de su pelotón, se hubiesen apoderado de la voluntad y buen discernimiento de los desterrados que tenía bajo su mando, a los que manejaban a su pericia y antojo, con claro perjuicio para los hombres menos agresivos del grupo, que tenían que sufrir muchos días no pocas afrentas y abusos de tan perversos chacales.

Bernardo se había visto obligado a hacer frente en distintas ocasiones a serias llamadas de atención de su jefe de sección, que ya le habían costado dos arrestos en el último año, lo que nada positivo venía a significar para sus aspiraciones futuras dentro de la milicia.

El melillense Romero Pantarín (Bernardo era natural de Melilla, hijo de un modesto empleado de su Ayuntamiento), que por cierto estaba atravesando una mala temporada, era persona de buenos sentimientos que, tal vez, se había equivocado en la orientación profesional de su futuro al ingresar como voluntario en el Ejército para hacer carrera militar, pues, según pensaban varios de sus compañeros de empleo, le faltaba el necesario temple y coraje para mandar y sujetar como convenía a los corrigendos del Disciplinario, algunos de los cuales sabían aprovechar cualquier resquicio de debilidad que encontraran en sus mandos más inmediatos para hacerles la vida imposible.

El jefe de la peor y más barata canalla de la Primera Compañía de Hausa, que se las veía y deseaba constantemente para poder controlar a tan conocidos piratas que habían ido a parar a sus escuadras, no poseía la "suficiente energía y sangre en las venas" -según le decía con frecuencia el teniente Real, cuando ambos coincidían en el servicio de semana, oficial subalterno del que estaba hasta el gorro el melillense- para tener bajo su responsabilidad y control a individuos tan poco dados a la subordinación y la disciplina, como eran, sin duda, quienes desde

la mañana a la noche le creaban continuos problemas en el Destacamento con su mala conducta, que casi habían conseguido finalmente hacerle claudicar de su obligación de mandarlos como fijaban las ordenanzas, para no complicarse demasiado la vida en aquel inmenso desierto, del que nada bueno había sacado hasta entonces.

El más cercano responsable en Hausa del grupo de delincuentes que capitaneaban el Cejas y el Tirabuzones no podía evitar que cierta envidia entrara en su corazón cuando veía a su compañero Mateo evolucionar al frente del pelotón de corrigendos que tenía asignado en la Compañía, en las horas de instrucción de orden cerrado de las mañanas. El buen Mateo, al que Bernardo apreciaba sinceramente por sus muchas cualidades personales, y de cuya amistad se honraba, no tenía que *luchar* cada día con cabrerizos tan indeseables como los que él mandaba en sus escuadras, algunos de los caules eran verdadera camada del demonio. Aquella circunstancia de menor riesgo y preocupación para su compañero de Unidad permitía a éste una vida más serena y positiva en el Destacamento, además de gozar de un mejor concepto y estima entre los oficiales y suboficiales de Hausa. Bernardo estaba convencido de que Mateo, que recientemente les había invitado a una consumición en la cantina con motivo de su cumpleaños -había cumplido los veinticuatro el trece de julio-, conseguiría, en su primer intento para lograrlo, aprobar los cursos de sargento de 1965, año en el que le correspondería acudir a la Escuela de Hoyo de Manzanares con su promoción de cabos primeros, la IV del nuevo voluntariado. Mateo Pinzo, que había sido destinado al Cabrerizas desde su Huelva de nacimiento hacía un par de años, ya desde su presentación en el desierto había tenido la suerte de contar en su pelotón con corrigendos poco conflictivos, o al menos con individuos que no ponían demasiado empeño en hacerle difícil el cumplimiento de sus obligaciones, que le permitían llevar en el Disciplinario una existencia reposada y dormir cada noche a pierna suelta, excepto cuando estaba de servicio, lo contrario que ocurría con su compañero, que todos los días de la semana se levantaba y acostaba con uno u otro problema, por culpa de sus subordinados.

Bernardo, en las pocas horas de paz y sosiego que le dejaban disfrutar aquella manada de tigres hambrientos que tenía bajo su mando, cuando el cielo azul sahariano del Destacamento se

oscurecía para dar paso a la noche estrellada, procuraba olvidar la negra historia que estaba viviendo en Hausa, diciéndose para sus adentros que ya vendrían tiempos mejores. Desde muchos meses antes buscaba volver de nuevo a su Melilla añorada, dejando para siempre el Disciplinario, pero aún no había podido conseguir plaza en su antiguo Grupo de Regulares, por falta de vacante. Dentro de aquel año es posible que, ¡por fin!, pudiera abandonar el Batallón de los corrigendos y, de no aprobar en la tercera convocatoria su curso de sargentos -su última oportunidad-, colgaría el uniforme para siempre y trataría de olvidar los malos ratos pasados en Hausa, dejando enterrados también en el desierto africano, por todos los siglos, aquellos ingratos recuerdos de Villa Cisneros que, de cuando en cuando, le traían a la memoria algunas de las duras experiencias sufridas en la campaña de Ifni-Sáhara del 57/58.

Aunque Romero Pantarín, Bernardo, no ganaba una buena paga en aquel desierto (más bien unos míseros garbanzos por estar enterrado en vida en el Sáhara, acompañado de los corrigendos), había ahorrado unas pocas pesetas en aquellos años, que pensaba emplear en sus primeros meses de independencia fuera del Ejército, si se veía obligado a abandonar la milicia definitivamente, en tanto encontrara un puesto de trabajo. Bernardo estaba harto de los corrigendos de Hausa y de la penosa existencia que había llevado hasta entonces como clase de tropa veterana de las FAS. ¿Qué había sido de sus mejores años de juventud, tanto tiempo sujeto a las duras condiciones de vida del Cabrerizas, teniendo además que soportar mil y una trastadas por parte de aquellos condenados a Cuerpo de Disciplina, que continuamente dificultaban el cumplimiento de sus obligaciones?, se preguntaba. ¿Qué recompensa o reconocimientos había tenido él por los meses de padecimientos y privaciones pasados en Villa Cisneros, en los que había visto caer para siempre a algunos miembros de su Batallón, o por estar mandando corrigendos en el desierto sahariano durante años, con el serio desgaste físico y psíquico que este penoso destino había supuesto para la salud de su cuerpo y de su espíritu?, se lamentaba. No; no veía que el Ejército le hubiese recompensado por sus desvelos y esfuerzos como merecía, y eso era totalmente injusto. Vivir en Hausa significaba abdicar por completo de su juventud y de su vida, lo que había empezado a quitarle el sueño, a producirle angustia. Necesitaba salir pronto de aquel infierno de sol y arena, de aquel

reformatorio militar sin futuro; romper aquellas cadenas de acero que le atenazaban y deprimían, y pronto lo conseguiría, estaba seguro de ello.

Con el Cejas, Pata de culo y el Cuervo en el hospital cívico-militar de El Aaiún, donde habían sido ingresados medio muertos pocos días antes, localizados con mucha suerte para ellos por una patrulla motorizada de la Policía Territorial, todo indicaba que las cosas marchaban algo mejor para quienes vivían desterrados en Hausa; esperándoles a estos desertores de Julio, a estos corrigendos sin cerebro, una buena temporada en los calabozos de la Legión, antes de que pudieran regresar de nuevo como penados al Destacamento. El no haber transcurrido quince días desde que abandonaran el Cuerpo de Disciplina del interior del Sáhara, permitía a los tres fugitivos que sólo pudieran ser acusados como autores de una falta grave de ausencia injustificada del destino ocupado, quedando por tanto en suspenso cualquier acusación que buscara implicarles en un delito de deserción, que no se había consumado, sin perjuicio de que a esta falta grave se le pudiera añadir el agravante de estar cumpliendo pena disciplinaria en el Cabrerizas.

El Tirabuzones, Eutimio y Crispulo, a quienes se había unido últimamente -a regañadientes- Venancio Castro, natural de Pontevedra, se habían convertido en los nuevos reyezuelos del Destacamento, de la Primera Unidad de corrigendos, y raro era el día en el que estos destacados y temidos delincuentes (con la mayor de las osadías) no armaran su particular *batalla* en el Disciplinario, de la que siempre sabían salir sin responsabilidades ni contratiempos.

El 15 de agosto, día de la Virgen -que sólo se celebraba en Hausa con una sencilla misa-, sobre las ocho de la tarde, Colás e Iniesta bebían una botella de cerveza ocupando tranquilamente una de las mesas que formaban parte del inventario de “la Gloria”, lugar al que habían acudido media hora antes los dos componentes de la primera escuadra de Durán, tras haber tomado parte el primero de ellos en un partido de fútbol disputado entre la Primera y Segunda Compañías, valedero este encuentro para el torneo cuadrangular organizado por el capellán del Cabrerizas, cura castrense que no sólo debía soportar con resignada paciencia

la indiferencia hacia su persona de muchos de los corrigendos del Destacamento, sino también, lo que era aún peor, las bromas poco ortodoxas o pesadas de algunos de los oficiales subalternos del Batallón, que, en vez de guardarle en todo momento el respeto que merecía por su sagrado ministerio, por tener a su cargo la dirección espiritual del Disciplinario, le atosigaban de cuando en cuando con su atrevido comportamiento, llegando incluso, cosa que había sido motivo de cierto escándalo y censura por parte de los demás profesionales del Batallón (aunque muy pocos daban por seguro que este hecho así hubiese sucedido), a dejarlo desnudo en su alojamiento subterráneo, tras haberse duchado, escondiéndole la vestimenta, prudente sacerdote que intentaba pasar lo más desapercibido posible en Hausa, y que también sufría, como todos los desterrados del Cabrerizas, la mala vida que proporcionaban las ardientes arenas y la climatología del desierto sahariano. Alguien dijo con sorna: “Parece que a estos tenientes les ha pegado fuerte el siroco. ¡Qué putada!”

Sentados cerca de Colás e Iniesta, haciendo corro alrededor de una de aquellas mesas que siempre estorbaban a quienes se esforzaban por llegar hasta la barra de la cantina para que el cabo o el soldado de reemplazo encargados de atender el mostrador les sirvieran bebidas, bocadillos u otros artículos de “la Gloria”, se encontraban, tan provocadores como de costumbre, el Tirabuzones, Eutimio y dos individuos más de la sección de Medina, populares *joyas* de la Compañía que bien habían sabido aumentar su mala fama durante la ausencia de Hausa del Cejas, Pata de culo y el Cuervo.

Eutimio, que aún tenía muy viva en su memoria la presión que sobre él había ejercido Colás a mediados de mayo para que diera un paso al frente y se hiciera responsable ante la Unidad formada en lista de control nocturno de haber sido el causante del incidente que había estado a punto de costar un correctivo a varios integrantes de la Compañía -por su culpa-, no teniendo los suficientes arrestos para enfrentarse a solas al santanderino, gustaba, siempre que podía, de hacer objeto a su compañero de destierro de cuantos puyazos podía, cuando se sabía apoyado por la inmediata proximidad de otros miembros de su pelotón.

El hecho de que el antiguo estudiante de bachillerato estuviera acompañado en esos momentos en la cantina por tan sólo un hombre de su escuadra, posiblemente por uno de los de menor presencia física de todos ellos, facilitaba que el cántabro se

encontrara más al alcance de las agresiones verbales de sus vecinos de mesa, siempre dispuestos a desafiar con injundia a los disconformes con sus ideas y pensamientos.

Como la enemistad y mucha intolerancia reinantes en quienes estaban sujetos al control de Bernardo y Medina hacia otros componentes de la Unidad no habían disminuido lo más mínimo con la ausencia de Hausa del Cejas, Pata de culo y el Cuervo, y el malas entrañas del Tirabuzones quería ocupar a toda costa la vacante dejada por el odiado madrileño, los nuevos cabecillas de la Primera de corrigendos, casi siempre juntos y en buena armonía, no desaprovechaban cualquier oportunidad que se les presentara para hostigar abiertamente a aquellos que, según pensaban, querían limitar sus aspiraciones de liderazgo en el Destacamento, olvidando imprudentemente estos pendencieros individuos que sus compañeros más temidos se encontraban hospitalizados en la capital del territorio, a punto de hacer su ingreso en los calabozos del Tercio.

El Tirabuzones, corrigiendo amante de organizar la basca siempre que podía, individuo violento en todas las disputas en las que intervenía, hombre en cuyo cuerpo se repartían viejas cicatrices que daban fe de su participación en múltiples reyertas callejeras, estaba obsesionado, como antes lo había estado el Cejas, por vérselas cara a cara con el santanderino, a quien deseaba, por encima de cualquier otra cosa, humillar delante de su pelotón y de toda la Compañía.

Eutimio fue el primero en abrir el fuego.

-Qué, Iniesta, ¿quitándole las babas a tu jefe de escuadra?

Iniesta no quiso responder a la clara provocación de quien tenía por una de las peores sanguijuelas de Hausa, pero Colás, que poco aguantaba la palabrería sin seso de aquel esperpento picapleitero, de aquel rufián que siempre se cruzaba en su camino, miró con dureza a Eutimio y, sin dar mayor importancia a los tres individuos que le acompañaban en la cantina, uno de los cuales era precisamente el Tirabuzones, dijo:

-Métete la lengua en el culo y ráscame aquí abajo, ¿te has enterado, cabrito?

Eutimio enrojeció de ira, apretó los dientes con fuerza y, tras mirar con odio y rencor a quien consideraba uno de sus peores enemigos en el Disciplinario, fijó la vista en el pelirrojo para asegurarse de que éste le apoyaría en lo que iba a ser el lanzamiento de su peor artillería.

Varios de los corrigendos presentes en la cantina, en más de una ocasión testigos forzosos de riñas y discusiones que habían terminado por convertirse en verdaderos enfrentamientos entre individuos o grupos rivales del Destacamento, intuyendo que el Tirabuzones y sus acompañantes tenían ganas de achicar al de Infantería, empezaron a retirarse con disimulo de los lugares que ocupaban en “la Gloria”, esperando que en cualquier momento diera comienzo una peligrosa basca.

Uno de los más fieles seguidores del Tirabuzones, sentado displicente frente a Eutimio, de pronunciados rasgos magrebíes, se adelantó a su compañero para, en un perfecto castellano, decir:

-Todos los *pipis* sois una basura. No tenéis huevos para nada y siempre es la Legión la que os tiene que sacar las castañas del fuego.

El Tirabuzones fue a decir algo, pero sonrió despectivo al ver que Flor acababa de entrar en la cantina y se dirigía hacia la mesa que ocupaban Colás e Iniesta, con la clara intención en su rostro de tomar asiento junto a sus compañeros de escuadra.

El causante de las primeras tribulaciones de Durán en Hausa, el repelente Eutimio, que siempre procuraba molestar al pobre Murietas todo lo que podía, a veces con verdadera crueldad y sadismo, no dudó un instante en alargar una de sus piernas al paso del infeliz corrigiendo, provocando con ello que éste cayera de bruces en medio de la cantina. Como el Cicatrices también entraba en aquellos instantes en el local, siguiendo a pocos pasos a su compañero de escuadra, con quien momentos antes había estado discutiendo por el cambio de su servicio de cocina del día siguiente, pudo ver con toda claridad la traicionera acción del Eutimio, quien, ante la espectacular caída de Flor, soltó la gran carcajada de su vida, exclamando con infinito desprecio:

-¡Mira por donde andas, maricon!

No hubo preguntas ni explicaciones. El Cicatrices, que como él mismo decía a cada instante no se las aguantaba ni a su padre, cogió por el pescuezo al principal promotor de todas las trifulcas y jaleos que de cuando en cuando se organizaban en Hausa, y allí empezó todo... ¡La basca de la Virgen de Agosto!...

Abriendo zanjas al día siguiente -a falta de pelotón de castigo donde purgar los excesos cometidos la tarde anterior-, los hombres de Medina, Bernardo y Durán pudieron hacer balance de los resultados de su pelea cantinera del 15 de agosto: tres labios partidos, cuatro ojos amoratados, varios dientes rotos y un sinfín

de magulladuras repartidas por todo el cuerpo, amén de dos semanas de arresto abriendo zanjas, patrullando por las noches y ayudando a pelar patatas y fregar perolas bajo las órdenes de Eustaquio; módico precio pagado y por pagar para lo que realmente podría haber ocurrido en el Destacamento. Los más perjudicados: Flor, Iniesta y Eutimio, este último con el labio inferior partido, una herida en el pómulo derecho, un diente roto y un enorme chichón en la cabeza ¡Bien que le estaba!

Marcos Medina no permitía que los corrigendos puestos bajo su responsabilidad en Hausa relajaran la vida disciplinaria a la que habían sido condenados por los Tribunales Militares. Su mediana inteligencia no comprendía bien por qué se toleraban a los cabrerizos del Disciplinario ciertas actitudes en su conducta que, yendo en contra de lo establecido legalmente, tanto perjudicaban el estricto cumplimiento de las normas, las ordenanzas y los reglamentos. El Código de Justicia Militar señalaba claramente en sus artículos que la disciplina y la observancia de las órdenes generales y particulares estaban por encima de cualquier otra consideración, prohibiéndose expresamente a los mandos el establecer familiaridad alguna con la tropa (especialmente con los corrigendos), y a ello había que atenerse sin contemplaciones.

El ser el Batallón de Cabrerizas un Cuerpo de Disciplina del desierto que recibía a los condenados de las FAS por su mala conducta, era motivo más que suficiente, según Medina, para que en esta Unidad tan diferente a las demás del Ejército se exigiera a rajatabla el cumplimiento de todas las disposiciones en vigor.

El tinerfeño, convencido de que ése y no otro era el camino que debía seguir y vigilar en Hausa, jamás dudaba a la hora de hacer cumplir sus obligaciones a cada uno de sus subordinados, sin importarle en ningún momento que cualquiera de ellos pudiera encontrarse en dificultades para poder acatar con precisión sus órdenes. No contento Medina con aplicar este exagerado espíritu militar en los corrigendos de él dependientes, que tan mala fama le daba en el Batallón, siempre actuaba con mucho rigor y fanatismo en los diferentes servicios que le correspondía desempeñar por su grado en el Disciplinario, como si aún se encontrara disfrutando de los medios y comodidades que hasta entonces le había proporcionado la tranquila vida de cuartel fuera

del desierto, como si no estuviera desempeñando sus funciones de sargento cabrerizo en mitad del territorio sahariano, en aquel infierno de Hausa, haciendo llegar al resto de los habitantes del Destacamento, fundamentalmente a los corrigendos y soldados de reemplazo, su, a veces, demencial sentido del deber y del acatamiento al Régimen Interior de los Cuerpos. Marcos nunca daba su brazo a torcer y jamás admitía una sola equivocación en el cumplimiento de las obligaciones, por simple que pudiera ser ésta. Para él no existía la flexibilidad y el razonamiento, *machacando* (una de sus palabras favoritas, junto a la expresión "no me toques los cojones") cuanto podía a aquellos que se encontraban bajo sus órdenes, quienes le temían más que al propio Pelotas, en sus mejores tiempos de jefe del pelotón de castigo.

Marcos y Ramiro eran dos polos o espejos opuestos en los que Durán podía mirarse cada día en Hausa, teniéndolos como referencia obligada de aprendizaje en su recién iniciada etapa de suboficial de Infantería. Ambos sargentos gozaban en el Destacamento de afectos dispares entre los corrigendos y soldados destinados en el Cabrerizas, desterrados unos y otros en el corazón del desierto. Ramiro era prudente y sensato; llamaba la atención a sus soldados cuando así lo exigía la disciplina; los arrestaba con firmeza en justa proporción a las faltas cometidas y jamás se extralimitaba en sus atribuciones ni ofendía a nadie con palabras hostiles o indecorosas; era hombre leal y fiel cumplidor de sus deberes, respetuoso con los superiores y desprendido con los compañeros; persona de carácter abierto en quien se podía confiar plenamente, pues nunca defraudaba ni a sus superiores ni a sus iguales, ni tampoco a sus inferiores. De inteligencia algo superior a la media, Ramiro poseía cualidades y condiciones excelentes para ser un buen oficial, categoría militar que tal vez alcanzara algún día.

Marcos era otra cosa: astuto y envidioso, siempre celoso con los éxitos y prestigio ganados por sus compañeros, que para él quería. Sólo sabía decir: "¿Ya estás ganando puntos positivos, chaquetero?", cuando otro sargento de su entorno era felicitado por los oficiales por su trabajo. A menudo ruin en su comportamiento, siempre mal hablado, sacaba de sus casillas a todo aquel que le escuchaba, y pocas veces permitía que se le llevara la contraria. El capitán Miranda, molesto con el modo de ser de su nuevo subordinado, que continuamente originaba

problemas con los demás miembros de la Compañía, ya había pensado en quitárselo de encima en cuanto pudiera, por lo que tenía decidido cambiarlo por otro profesional de las áreas vecinas, que fuera también problemático o conflictivo para su capitán, si no dejaba de atosigar a la tropa, siempre contando con la autorización del comandante Cervera. El último jefe de pelotón llegado a Hausa, mando interino de sección por falta del oficial correspondiente que recogían las plantillas, era inflexible, irónico y persona con la que no se podía razonar ni opinar sobre ningún tema. No había comprensión ni tolerancia en su espíritu y su única preocupación consistía en hacer la vida imposible a todo aquel que no se ajustara a sus exigencias. Quince días después de su incorporación al Disciplinario, Marcos Medina ya era comidilla principal en la mayoría de las conversaciones que se escuchaban en los corrillos cabrerizos, siendo sargento al que muchos empezaban a odiar por la dureza que empleaba en la instrucción de orden cerrado y de combate, momento de la mañana donde, con frecuencia, mandaba los movimientos de armas a toda la Compañía reunida, por disposición o ausencia de los oficiales, usando entonces de su mayor rigor e intransigencia, consiguiendo que la bilis más venenosa estallara en el hígado de no pocos corrigendos. Los pequeños arrestos se disparaban a esa hora y algunos pasos ligeros, recargos de cocina, vigilancias nocturnas, confección de adobes y unos cuantos días de trabajo con pico y pala, se repartían entre quienes se encontraban formados. Raro era el día en el que, por esta causa, no surgiera una discusión en la choza subterránea de sargentos de la Primera Compañía, enfrentándose más abiertamente entre sí Ramiro y Marcos, quedando la mayoría de las veces fuera de tales desacuerdos o discrepancias Durán, a quien el canario no permitía entrar de lleno en aquellas desavenencias, diciéndole simplemente: "Cuando seas padre comerás huevos", o lo que era lo mismo, que los novatos no tenían vela en aquel entierro.

Durán pensaba a menudo que Marcos no estaba en su sano juicio y que no pasarían muchos días sin que el tinerfeño cometiera alguna grave imprudencia de la que pronto tuviera que arrepentirse, desoyendo los consejos de Ramiro, que continuamente le recomendaba un mejor trato a la tropa y que dejara de buscar faltas e indisciplina donde no las había, que Hausa no era un cuartel de Infantería en el que la mayoría de sus miembros se esforzaba al máximo en el cumplimiento de sus

obligaciones, y sí un duro destacamento disciplinario del corazón del desierto donde había que utilizar mucho el sentido común y poco los reglamentos, para mandar y conducir con éxito a los corrigendos.

El pobre Trinquete había cogido tal terror a Marcos que cuando se encontraba cerca de él no le salía una a derechas, habiendo pedido a Ramiro en más de una ocasión el relevo de su puesto de ordenanza de sargentos, para acabar con aquella pesadilla que tanto le preocupaba.

Hasta el brigada de la Compañía, Cortijo, que llevaba una vida bastante tranquila e independiente de sus sargentos, había amenazado a Marcos con meterle un *paquete* como no se espabilara, al poco tiempo de que éste llegara al Destacamento. Cortijo, que no se metía con nadie y estaba ya a punto de retirarse, no dudó en aquella ocasión en afear las palabras insidiosas que Marcos había dirigido contra el buen ordenanza a la hora de la cena, por, según dijo con verdadero enfado el canario, no estar el *machaca* sirviéndole los platos con la atención y rapidez adecuadas. El brigada hizo salir del comedor subterráneo al pobre Trinquete para, a continuación, con sus mejores modales, indicar al enojado sargento que aquella no era forma de tratar al ordenanza, palabras que fueron contestadas con poca corrección por parte de Marcos, por lo que el brigada no tuvo más remedio que amenazarlo con imponerle cuatro días de arresto si el suceso volvía a repetirse, dando conocimiento al capitán de la Compañía para que este correctivo se le anotara en su hoja de servicios (los arrestos para mandos en Hausa consistían en no poder salir de los alojamientos bajo tierra mientras estos correctivos no finalizaran).

A Trinquete, que no estaba acostumbrado a que en Hausa le dedicaran palabras tan poco edificantes, aunque sí a que se le diera algún que otro bocinazo, no le gustó en absoluto que se produjera aquel incidente entre el brigada y el sargento, pues sabía que aquella llamada al orden entre suboficiales nada bueno podría traerle en el futuro. ¡Ay, cuánto tenía que aguantar en su mili sahariana del Cabrerizas!

Durán era quien más molesto e incómodo se sentía cuando compartía la mesa con Marcos, ¡todos los días de la semana!, si bien procuraba utilizar continuamente sus mejores argumentos y mayor tacto con el tinerfeño, evitando así el tener que entrar en cualquier disparidad de criterios con su compañero, que pudiera

dar paso a un enfrentamiento verbal con su intransigencia, cosa muy difícil de conseguir en aquel comedor subterráneo, cuando ya se había servido el segundo plato.

Aunque su condición de sargento más moderno del Batallón no le facilitaba, lógicamente, el poder esgrimir réplicas convincentes ante Marcos, suboficial que le superaba en edad y antigüedad, Durán intentaba mantener constantemente una buena relación con el canario, a pesar de que éste ponía muy poco de su parte para que esta intención suya de buen entendimiento con él tuviera el éxito deseado.

El sargento novato, que ya no lo era tanto, buscaba en todo momento estudiar las reacciones y el carácter de Marcos, esperando encontrar en ellos la adecuada justificación a su atípico modo de actuar en el Destacamento, algo que le convenciera de que su compañero tinerfeño sólo deseaba ocultar su verdadera personalidad para imponerse más fácilmente a la “basca”, pero nunca lo encontraba. Era difícil hacer comprender a Medina que lo importante de las normas, las ordenanzas y los reglamentos radicaba en el espíritu que éstos encerraban, y no en la frialdad de la letra con la que habían sido escritos.

Marcos, efectivamente, sabía mucho de normas y reglamentos, no menos del Régimen Interior de los Cuerpos, disposiciones generales, diarios oficiales y artículos de las Reales Ordenanzas, pero muy poca cosa de cómo mandar y conducir hombres en el desierto, de cómo instruir corrigendos en el Cabrerizas, lo que nada positivo tenía para poder vivir en Hausa sin volverse loco, para estar destinado en el Batallón Disciplinario.

A Pepito (José Alcázar) le gustaba mucho tocar su armónica cuando finalizaba el día militar, y a esta práctica muy beneficiosa para el espíritu se dedicaba con frecuencia desde que concluía la lista de retreta hasta que el corneta de guardia dejaba oír su silencio en todo el Destacamento, a las once de la noche en verano y a las diez y media en invierno.

No es que Pepito fuera un genio en el uso de este pequeño instrumento musical, cierto es, pero siempre sabía sacarle el máximo provecho, especialmente cuando dejaba volar su imaginación más allá del desierto africano, momento en que a

veces se le humedecían ligeramente los ojos, preso de nostalgias y recuerdos.

Si había hombres en Hausa que podían considerarse buenas personas y excelentes compañeros, uno de ellos era, sin duda, Pepito. Constantemente dispuesto a hacer favores a todo aquel que se los pidiera, jamás molestaba a nadie con una mala conducta, y a todos invitaba a fumar cuando sacaba su paquete de cigarrillos, cosa poco frecuente de ver en el Cabrerizas. Quien conocía bien a José Alcázar se preguntaba para sus adentros cómo era posible que tan buen compañero, tan magnífico ser humano, hubiera ido a parar al Disciplinario, cuando Pepito era lo más parecido a un santo.

A muy pocos había confesado José Alcázar, hijo de un antiguo legionario combatiente en la guerra civil española, que por complacer el escondido deseo de su padre había ingresado voluntario en la Legión para realizar su servicio militar en estas Fuerzas Especiales de primera línea, dando con ello una gran alegría al autor de sus días, aunque más tarde hubiera tenido negras consecuencias para él esta no muy bien pensada decisión.

Pepito no culpaba a la Legión de sus desventuras en Hausa, pero sí a las malas compañías que este Cuerpo de elite le había proporcionado al sentar plaza en sus filas como caballero legionario, terminado el período de formación en su campamento de instrucción, que, desdichadamente para él, pronto empezaron a llevarlo por el camino equivocado. A veces no comprendía bien cómo su padre se sentía tan orgulloso de su experiencia legionaria de la guerra, de la que solía hablarle con frecuencia cuando era niño. Según su progenitor -y en ello no dejaba de repetirse-, ser legionario era algo muy importante en la vida, que a mucho obligaba a quienes pertenecían a estas Unidades operativas de vanguardia. El coraje, la nobleza, el heroísmo, la solidaridad, la valentía, el compañerismo, la lealtad, la abnegación y el estar siempre dispuesto a sacrificarse por los demás, entre otros muchos valores del espíritu, debían ser cualidades de práctica cotidiana en todo buen legionario, sin olvidar nunca, por desgracia, los aspectos negativos que también suelen formar parte a menudo de la compleja personalidad de estos hombres tan singulares, como son: la arrogancia, la rebeldía, la impaciencia, la indisciplina, el desprecio a la vida, el orgullo exagerado, la provocación, la pasión por los juegos de azar..., excesos o defectos todos ellos que, ciertamente, nada

tenían que ver con su manso y prudente carácter, pues él era un joven más bien tranquilo, apocado, discreto, respetuoso, servicial, poco orgulloso y nada amante de organizar broncas o pendencias.

Oyendo las hazañas bélicas vividas por su padre en su juventud, a quien mucho respetaba y quería, Pepito nunca había conseguido imaginar que él pudiera llegar a participar en una de aquellas escenas de guerra en las que tantos seres humanos aparecían abatidos por las balas o atravesados por las bayonetas. Precisamente por ser hombre de paz y nada violento en sus costumbres se encontraba donde se encontraba, todavía lejos de finalizar la accesoria disciplinaria que le habían impuesto en su proceso militar por haberse dejado influir y convencer en su Tercio legionario por gentes tan ruines como el Cejas, Pata de culo y el Tirabuzones, individuos que mucho disfrutaban en Hausa complicándole la vida, ya fuera del Destacamento los dos primeros, afortunadamente.

Cuando Pepito cogía su armónica para tratar de olvidar el lugar donde cumplía destierro, donde vivía falto de muchos afectos y necesidades, no podía evitar que el recuerdo de su madre, obligada a permanecer en una silla de ruedas por culpa de un desgraciado accidente, ocupara toda su mente. Entonces tocaba aquella hermosa canción que a ella tanto le gustaba y que su padre casi idolatraba porque le recordaba a una de las películas de la posguerra que más le habían impresionado: "Los últimos de Filipinas", popular melodía cuya mágica música también atraía a la mayoría de los moradores de Hausa, por lo que raro era el día en que alguien no le pidiera que la tocara con su armónica. Como a él también le agradaba aquella vieja canción de su infancia, que hablaba de los amores y nostalgias de unos bravos soldados españoles sitiados en la guerra de Filipinas, nadie tenía que esforzarse mucho para convencerle de que la hiciera brotar de su armónica, acudiendo incluso en ocasiones algunos jefes de pelotón para escucharla, sentados todos juntos en el exterior del alojamiento de su escuadra como verdaderos y unidos camaradas. En esos momentos se relajaba y permitía que su espíritu acompañara a aquella bella melodía que tantos recuerdos le traía, volando su corazón más allá de las estrellas.

Trinquete, que llevaba unas cuantas semanas con pocos ánimos en el cuerpo por culpa de la mala vida que continuamente le daba el sargento Marcos, -¡tiburón de los infiernos para la mayoría de los corrigendos!-, no dejaba de pensar en la nefasta hora en la que había aterrizado en Hausa el causante de sus muchos sinsabores en el destino que ocupaba. Si hubiese sabido el oscuro panorama que le aguardaba en el Disciplinario como *machaca* de sargentos a las órdenes de persona tan poco agradecida, es seguro que hubiera hecho lo imposible por rechazar el cometido de ordenanza de suboficiales de la Primera Compañía de corrigendos para el que había sido designado nada más incorporarse al Cabrerizas, tras su jura de Bandera en el campamento de instrucción de reclutas, a propuesta del sargento Ramiro, destino que cumplía de buen grado y fielmente. Si es verdad que hasta la llegada a Hausa del culpable de sus preocupaciones presentes había tenido que soportar alguna que otra bronca o amenaza de los suboficiales de su Compañía, sobre todo de Casinos y Palomares, desde que el sargento Marcos había hecho acto de presencia en el Destacamento le costaba trabajo conciliar el sueño, habiéndose alejado de su semblante aquella expresión de optimismo y sana alegría que nunca desaparecía de su rostro -a pesar de estar en Hausa y en el Batallón Disciplinario-, que tantos amigos había sabido granjearle desde el mismo instante de incorporarse al Cabrerizas. Ya había tenido que cumplir en los últimos días un arresto de tres noches patrullando por el área del puesto de mando al haber descuidado el cumplimiento de sus obligaciones como ordenanza de la Primera de corrigendos, precisamente arrestado por el sargento Marcos, que no quiso perdonarle su olvido de retirar a tiempo la orden del Batallón de la oficina de mando, cuando así lo había marcado el toque de corneta. Admitía su culpa, sí, pero, como justo reconocimiento a sus muchos desvelos y preocupaciones por cumplir bien y lealmente con las responsabilidades de su destino en la Compañía, debería haberle sido disculpada esta falta, al no ser reincidente, o al menos que el arresto impuesto se hubiese limitado a una sola noche de servicio, o a dos días sin aparecer por la cantina, en sus horas de descanso.

Trinquete, por desgracia, empezaba a estar demasiado obsesionado con el mal entendimiento que le unía al último sargento incorporado al Cabrerizas, y más de una lágrima de impotencia se había escapado de sus ojos, en la oscuridad y

silencio de su dormitorio bajo tierra, temeroso de que, por cualquier imprevista fatalidad, pudiera él llegar a convertirse en uno de aquellos corrigendos que la mayoría de sus compañeros de reemplazo rehuían como si fueran verdaderos demonios, destrozándole la vida para siempre.

El hombre cumplidor y agradable que era Trinquete se estaba convirtiendo en una persona tímida, indecisa y algo reservada, lo que no dejaba de preocupar a Ramiro, quien empezaba a echar de menos los chascarrillos y el buen humor del leal ordenanza, de cuyo bienestar en Hausa se sentía en parte responsable. También Durán recordaba al Trinquete de su llegada al Destacamento, que en nada se parecía al soldado poco hablador y distante que ahora servía las comidas, traía la orden, hacía las camas, llenaba la jofaina y el botijo de agua y estaba en todo momento dispuesto a cumplir con lo que se le ordenara.

El arresto que el brigada de la Compañía había estado a punto de imponer a Marcos a los pocos días de que éste llegara al Destacamento, no había hecho en el canario el efecto deseado, pero las continuas amenazas de Ramiro, recrudescidas al máximo con motivo del correctivo sufrido por el ordenanza -tres noches de vigilancia patrullando por la zona ocupada conjuntamente por el puesto de mando, la Unidad de Plana Mayor y la Primera de corrigendos-, medida disciplinaria que nadie discutía fuera injusta, aunque sí excesiva, hacían andar con pies de plomo al sargento más temido de todo el Batallón. Durán no entendía bien el comportamiento de quien le precedía en antigüedad en el Cabrerizas, pues estaba convencido de que Marcos no era mala persona y sí hombre algo desequilibrado y obsesivo en el cumplimiento de las ordenanzas y los reglamentos, que no encajaba bien en aquel mundo disciplinario, con muy poca comprensión en su espíritu hacia quienes, por haber cometido un delito anterior, debían pagar una dura pena: vivir un tiempo en los desérticos confines del universo.

Durán, lógicamente, no podía ni debía criticar a su compañero delante de la tropa, pero sí justificaba en su interior que el pobre Trinquete estuviera hasta las narices de las excentricidades del tinerfeño, que en cierta ocasión, habiendo preparado el ordenanza unos bocadillos para sus sargentos, le dijo al fiel malagueño: "¿Tú me tienes manía o qué, *machaca*? Te lo pregunto porque mi bocadillo es el que tiene menos atún de los tres". Absurda observación que nunca debería haber salido de boca de Marcos.

El soldado de reemplazo Ernesto Santos Villarreal, que una buena mañana de febrero tuvo que dejar la tranquila existencia que había llevado hasta entonces en su querido Gijón para incorporarse al Sáhara y al Cabrerizas, hombre que siempre había vivido rodeado de muchos afectos y atenciones (¡no siempre es bueno ser hijo único y de familia acomodada!), no conseguía, a pesar de las semanas transcurridas desde que se produjera aquel terrible suceso, superar la trágica decisión de su compañero de destino de quitarse la vida, que tanto le había conmocionado y hecho llorar a escondidas durante varios días.

Su poca fortaleza de espíritu, carácter introvertido y temperamento más bien impresionable no eran, lo sabía el asturiano, las mejores armas con las que se podía luchar en el desierto para hacer frente al duro vivir del Disciplinario, lejos de familiares y amigos que le hicieran más llevadera aquella deprimente vida sahariana, y ello hacía que se encontrara en continua desventaja con la mayoría de sus compañeros de quinta, que sí sabían relacionarse como mejor convenía con los corrigendos del Destacamento, soportando sus muchas discusiones y trastadas las veinticuatro horas del día.

Santos Villarreal, que últimamente andaba algo desorientado por culpa del suicidio de Fernández, se sentía profundamente avergonzado por la imperdonable conducta de la que había sido autor el día de la evacuación a El Aaiún del cuerpo sin vida del cartagenero, que, junto con el recuerdo de aquellos hechos que tanto le habían impresionado, y los desprecios y amenazas que de cuando en cuando le dedicaban algunos de los corrigendos que deambulaban libremente por la zona del puesto de mando - siempre los más traicioneros-, le impedían dormir con cierta normalidad en su alojamiento subterráneo por las noches.

Según marcaba la vieja báscula de la cocina, de cuya exactitud no había que fiarse mucho, el gijonés había perdido ya ocho kilos de peso desde que ingresara como recluta en el Ejército del Sáhara, aunque otros compañeros de Unidad, de forma inexplicable para él, habían podido mantener, incluso aumentar sus carnes (el caso de los rancheros Crescencio y Torralba, y

Rubiales, uno de los enfermeros de la Compañía), en aquellos meses que ya llevaban haciendo la mili en Hausa.

Las semanas de aprendiz de soldado transcurridas en el campamento de instrucción de reclutas sí las recordaba Santos Villarreal con cierta simpatía y nostalgia, pues allí había hecho buenos amigos de otras regiones españolas y recibido aceptable trato de la mayoría de sus mandos, aunque no podía olvidar fácilmente la tensión con la que había estado viviendo en febrero y marzo de ese año, que unos cuantos de sus compañeros no habían dejado de maldecir con indisimulada dureza. Las continuas formaciones y revistas de armamento y equipos en la explanada de instrucción del campamento y el exagerado rigor y disciplina que exigían los cabos y sargentos instructores de reclutas en el cumplimiento de los actos de régimen interior, realizados generalmente en las proximidades de los barracones de madera y tiendas de campaña, con el máximo esfuerzo y mínimo descanso para los novatos en formación, no siempre eran fáciles de comprender y asimilar por quienes aguantaban lo suyo para superar con éxito aquella primera fase de su preparación militar.

A los pocos días del suicidio de Fernández (donde tan lamentablemente se había comportado a la hora de colaborar con Justo, Peiró y Sandalio en la colocación del cadáver de su compañero en el ataúd enviado desde El Aaiún para ser evacuado al hospital de la pequeña capital sahariana) se había armado de valor y pedido reiteradas disculpas al sargento Durán por su estúpida negativa a cooperar en el levantamiento del cuerpo sin vida del cartagenero, que siempre tendría en su memoria con vergüenza; necia conducta que ahora le impedía mirar de frente a quienes en Hausa tenían asignado su mismo dormitorio bajo tierra, que nunca se perdonaría. Este suceso había supuesto para él una desagradable experiencia, habiendo producido en su ánimo cierta inestabilidad y trastorno. Por otra parte, y debido a este trágico acontecimiento, su prestigio y buen nombre alcanzados hasta aquel día en el Destacamento con su trabajo y esfuerzo habían caído por los suelos ante sus compañeros de destino, algunos de los cuales ya no le miraban con la misma y abierta camaradería de antaño. Se sentía especialmente afligido por haber obrado de aquella forma tan poco digna, no habiendo sabido responder como debía a la sana amistad y ejemplar compañerismo que en todo momento le había brindado el bueno de Fernández.

Santos Villarreal, que a veces no era muy bien tratado por los más retorcidos corrigendos del Destacamento, principalmente por aquellos que estaban encuadrados en la Primera Compañía del Batallón, a pesar de haber invitado a más de uno de estos penados en distintas ocasiones a una consumición en la cantina y a fumar un cigarrillo americano bajo el techo de hojalata de su cobertizo, contaba con verdadera obsesión las muchas semanas que aún deberían transcurrir en aquel desapacible territorio para licenciarse, utilizando la corta ceremonia de tachar cada mañana de su pequeño calendario de bolsillo las días que todavía le faltaban por escuchar en el desierto para hacerle soportar con mejor fe y estímulo los problemas de todo tipo con los que vivía en aquel destacamento disciplinario al que había tenido la mala fortuna de ir a parar al jurar bandera, finalizado su período de instrucción en el campamento de reclutas; negro destino militar que no comprendía bien por qué tenía que tocarle a él desempeñar en lugar tan apartado del mundo civilizado, ni tampoco por qué lo tenía que compartir con los corrigendos del Disciplinario, que mejor redención habrían encontrado en cualquiera de las cárceles o prisiones militares de la Península, a dos mil kilómetros de Hausa.

Como Santos Villarreal estaba convencido de que parte de la correspondencia que salía del Batallón era censurada, o muy cerca le andaba, se guardaba mucho de contar a sus padres lo mal que lo pasaba en el desierto compartiendo su vida y miserias con los corrigendos del Cabrerizas, individuos agresivos bastantes de ellos que también se ensañaban a menudo con los cabos de escuadra del Destacamento, siempre de forma soterrada, haciendo difícil que estos mandos elementales pudieran cumplir con pocas trabas e impedimentos las obligaciones de su cargo, especialmente cuando se encontraban de cabo de cuartel.

El Tirabuzones, con aquel pelo de punta que formaba tiesos remolinos en su repulsivo cogote, y Sebastián el cordobés, que con frecuencia se metía en su vida de soldado de quinta para que le invitara a beber en la cantina y le prestara dinero para tabaco, como hacía con otros compañeros del reemplazo, eran dos de los corrigendos de la Primera Compañía a los que más rehuía para evitar verse envuelto en complicaciones. El antiguo *paraca* y desertor se alojaba cerca del dormitorio de mantenimiento que él compartía con otros miembros de su sección, y en muchas ocasiones, sobre todo por las noches, le oía discutir y amenazar

de mala forma a quienes dormían en su habitáculo subterráneo, aunque casi siempre se estrellaba contra la misma piedra: su cabo de escuadra Victorino, que, a pesar de ser cabo de reemplazo, los tenía muy bien puestos, lo mismo que sucedía con José Rubio Melgarejo, agricultor de Jaén destinado en morteros, al que muy pocos corrigendos se atrevían a llevar la contraria.

El Tirabuzones, inmundo desperdicio de Hausa a quien mucho le gustaría patear los riñones hasta que reventara, había cogido la mala costumbre de simular un llanto enrabiado, cada vez que tenía la desgracia de cruzarse con él en el Destacamento, hiriente burla que le llegaba a lo más profundo del alma y le hacía sentirse medio hombre entre sus compañeros de Subayudantía, al recordarle estas burlas y lloriqueos su lamentable comportamiento en el suicidio de Fernández, del que estaba enterado todo el Disciplinario, para desgracia suya.

Para Santos Villarreal, que siempre procuraba cumplir bien con todas sus obligaciones y nunca ponía mala cara a las órdenes que recibía de sus superiores, aunque éstos sólo ostentaran los galones de cabo segundo, su estancia en aquella guarnición sahariana donde vivían desterrados los corrigendos del Ejército estaba resultando una experiencia muy negativa, que le tenía algo acobardado. Había noches, especialmente cuando azotaba con fuerza el siroco y se encontraba de centinela en los alrededores de Hausa, en las que se sentía verdaderamente desamparado y con muy pocas fuerzas para seguir resistiendo por más tiempo aquella mili tan dura que le había tocado en el Disciplinario. También pasaba malos ratos cuando tenía que desempeñar otros servicios nocturnos (refuerzos y patrullas), que le hacían convivir durante algunas horas, más de las que él deseaba, con los corrigendos de la Primera Compañía. Como algo positivo tenía que encontrar en aquella misión sahariana del Cabrerizas, Cuerpo de destino muy temido por todos los reclutas que se incorporaban al territorio para hacer su servicio militar en el desierto, estaba rebajado de cocinas, limpiezas y trabajos ordinarios de mantenimiento, así como de las formaciones de instrucción de orden cerrado y de combate, por su cometido específico (control de herramientas y material de cama, carburantes, pan, artículos de limpieza, etc.), lo que le permitía seguir resistiendo, con bastantes baches algunos días, aquella funesta vida en la que estaba inmerso, aunque con frecuencia, particularmente por las noches, en el silencio de su puesto de centinela, tras haber sufrido el *asalto* de

uno de aquellos reptiles venenosos que arrastraban su inquina por el Destacamento, con el cañón de su fusil rozándole el cuerpo, sentía verdadera necesidad de evadirse para siempre de aquel infierno de Hausa. El cálido recuerdo de sus padres, sobre todo de su madre, le daba el valor suficiente para seguir soportando la negra existencia que llevaba en el Cabrerizas. Ya le importaban menos los más de cincuenta grados de calor a los que tenía que enfrentarse muchos días en su trabajo, la mala comida del Destacamento, el frío de la madrugada en su dormitorio bajo tierra, el abandonado lugar del desierto sahariano donde se encontraba destinado, el racionamiento del agua potable, la mucha lejanía de sus padres y amigos... No quería terminar como el pobre Fernández, pasara lo que pasase, y continuaría, más fuerte que nunca, cumpliendo con su tarea de Subayudantía bajo las órdenes del cabo primero Petilla y... ¡tachando de su maldito calendario, cada mañana, los muchos días que aún tendría que permanecer en el Sáhara hasta que se licenciara!

El cabo de cocina Eustaquio Valenzuela, cabo reenganchado al que estaban a punto de ascender a cabo primero tras sus dos años de servicios ininterrumpidos en el Cabrerizas (ya aprobados, en su segundo intento, los exámenes de aptitud celebrados en El Aaiún a últimos de junio!), seguía maldiciendo y *poniendo firmes* cada mañana junto al cuartillo de la menestra a quienes acudían a sus dominios para desempeñar el servicio de cocina para el que habían sido nombrados la noche anterior (por turno o arrestados), dejando bien claro en esos momentos, con aquel agresivo recibimiento que les dispensaba, que no estaba dispuesto a tolerar ningún *despiste o racaneo* entre sus fogones y perolas, de cuyo buen funcionamiento respondía con sus galones ante el suboficial de dicho servicio.

Hombre de genio explosivo y palabra poco caritativa, Eustaquio Valenzuela venía a ser en el Disciplinario algo así como una rara mezcla del teniente Real, el sargento Marcos y el cabo primero Jacinto, pero con mucho peor resoplido en el cuerpo, que siempre sabía tener a punto el desayuno y los ranchos

del día y no necesitaba estar vigilado de cerca por el mando de quien dependía para que todo marchara a las mil maravillas.

Eustaquio, al que según muchos de sus compañeros le faltaba más de un tornillo por el exagerado celo que ponía en el cumplimiento de sus deberes en medio de las perolas, últimamente sólo había tenido un pequeño disgusto en la cocina, precisamente cuando, por culpa del Tirabuzones, las tortillas españolas de una de aquellas noches le habían hecho recibir una fenomenal bronca por parte del sargento Casinos, quien a su vez la había tenido que soportar de boca del capitán Molina, responsable de la Tercera Compañía y capitán de cuartel ese día, que había sido advertido por el teniente Jiménez Pinto, oficial de semana de su Unidad, con las quejas y malas caras acostumbradas, de que no pocas de las raciones de tortilla que se repartían a los formados para el rancho nocturno llevaban en su interior pieles de patata, lo que indicaba claramente gran desidia y dejadez en quienes tenían la obligación de vigilar la preparación de las comidas que se distribuían a la tropa del Destacamento, cuyo responsable máximo, excluido el capitán inspector de cocina, era el sargento Casinos. Nadie se atrevió a señalar directamente al Tirabuzones como culpable de aquel incidente, por falta de pruebas, pero, por los comentarios del rancho del segundo plato, Crescencio García, y por las evasivas respuestas dadas por uno de los soldados de reemplazo que habían estado pelando las patatas, no fue difícil adivinar que el renegado pelirrojo, con su conocido mal comportamiento, había sido el causante de aquel inesperado disgusto para los de cocina. Hasta el rancho García, persona que sabía estar muy al tanto de sus obligaciones, tuvo que pagar con dos refuerzos nocturnos su descuido en el servicio, y los encargados de pelar las patatas aquella tarde vieron añadir a su particular lista de arrestos una semana más de facción junto a los fogones y las perolas. A Eustaquio, que no pudo dormir esa noche por culpa de las tortillas, poco le faltó para aplastar la cara al Tirabuzones con una de las sartenes de la cocina en medio del desierto. ¡Cerca le anduvo!

Iniesta, Pepito y Margarito, corrigiendo este último a quien a veces le complicaban demasiado la vida en Hausa con bromas

pesadas y de mal gusto, se habían hecho buenos amigos en el desierto, por lo que no era nada extraño verlos deambular juntos por el Destacamento, especialmente por las proximidades del pozo de agua salobre, en las horas libres de las tardes y algún que otro domingo o festivo, fuera del horario de las comidas. Allí se tumbaban los tres compañeros bajo cualquiera de las palmeras del pequeño oasis y, siempre en buena armonía, se contaban sus proyectos de futuro para cuando salieran del Disciplinario. Como estos jóvenes cabrerizos eran de edad parecida y similar comportamiento, tal vez el más decidido y despierto del grupo el antiguo paracaidista y murciano, y presumían ante los demás miembros del Destacamento de ser grandes amigos, no resultaba extraño que alguien les hubiese apodado, con mala intención desde luego, los tres mosqueteros del desierto; siendo Margarito, efectivamente, quien peor parado salía en todas las comparaciones posibles, pues a él consideraban en todo momento el espadachín menos aventajado, por expresarlo de alguna manera.

Margarito, que se había dejado influir tiempo atrás, como en él era habitual, por algunas malas amistades de su antiguo cuartel de Valencia, concretamente por dos soldados de su misma Compañía de Zapadores que habían ingresado voluntarios con él en la capital del Turia, verdaderos maestros en el arte de escabullirse de cuanto significara deberes y obligaciones, había sido castigado en su día a una accesoria disciplinaria en la causa que le condenaba a un año de privación de libertad por participar en una violación colectiva, delito que, según su propio parecer, no había quedado del todo probado ante el Tribunal Militar nombrado para esclarecer lo acontecido en el barrio chino valenciano aquel día, teniendo como víctima del suceso a una de sus prostitutas, a la que, además de violar repetidamente, habían *desplumado* del dinero que llevaba encima bajo amenazas de muerte, según constaba en la denuncia presentada por la víctima, y en su cumplimiento estaba desde hacía meses.

Como Margarito y sus dos compañeros valencianos de correrías, uno alicantino y otro ilicitano, carecían de antecedentes penales, y más de una pregunta había quedado sin respuesta en el juicio oral celebrado ante el Consejo de Guerra encargado de ver y fallar la causa, el oficial defensor designado por los procesados en lista nominal presentada por el secretario del procedimiento, había conseguido que la pena impuesta a sus

defendidos fuera mínima, sin poder evitar, eso sí, que el Batallón de Cabrerizas les acogiera finalmente en su seno, al cumplir la condena señalada por el Tribunal, para que allí terminaran los diez meses que aún les restaba de su compromiso contraído con el Ejército.

Nebot y Forner, los dos compañeros que habían empujado a Margarito a participar en aquella violación colectiva, veían pasar sus días y noches saharianos destinados en la Tercera Compañía de corrigendos de Hausa, en tanto el saguntino (Margarito era natural y vecino de Sagunto, de donde muy poco había salido hasta que se produjo su ingreso como voluntario en el Ejército para hacer su servicio militar cerca de casa) llevaba aquel particular calvario del desierto teniendo que soportar una mala convivencia con individuos tan mezquinos como sin duda eran el Tirabuzones, Eutimio y Críspulo, libre ya del Cejas, Pata de culo y el Cuervo. Los tres acusados tenían bien claro en su conciencia, sin embargo, que la bebida y las provocaciones de la Julia habían sido las culpables principales de que en aquellos momentos se encontraran en el Cabrerizas, tras haber cumplido una pena por un delito de violación del que jamás habrían sido autores de no haber consumido antes unos cuantos vasos de vino. Como precisamente en la milicia la embriaguez era considerada agravante en las faltas y delitos, lo contrario que sucedía en la jurisdicción civil, que era circunstancia atenuante, igual que ocurría con el miedo y la cobardía, y no se habían podido demostrar claramente las aviesas intenciones de su acompañante prostituta de aquella tarde, que limpios había querido dejarlos de los escasos cuartos que llevaban en el bolsillo (Nebot había recibido un giro de trescientas pesetas de su familia el día anterior), un año en Monte Olivete, prisión militar de Valencia, había sido el resultado final de aquel proyectado día de diversión y asueto que habían planeado disfrutar el segundo domingo de enero de 1963, hartos de tanta mili.

Iniesta, sentado con sus compañeros de odisea sahariana al pie de la palmera que se alzaba a veinte metros al norte del pozo de agua salobre (distancia medida hacía tiempo con el telémetro de la Compañía por Julio Villaplana), se dispuso a enseñar a sus amigos la fotografía que acababan de mandarle desde Murcia de su pequeño Gustavo.

-¿Qué os parece? -dijo henchido de orgullo, alargando a sus compañeros la fotografía de su retoño, que ya había pasado por unas cuantas manos.

Pepito tomó la foto que le tendía Iniesta y, tras observar con detenimiento al crío que aparecía retratado en el trozo de cartulina, un renacuajo de pelo rubio y pícaro sonrisa, dijo:

-Se hace grande a toda velocidad. Es un chaval majo de verdad.

El murciano y antiguo paracaidista, satisfecho del comentario de su compañero *legía*, al que apreciaba sinceramente, hizo un gesto afirmativo, y dijo:

-Es lo único que me ha salido bien en esta asquerosa vida, aunque a veces tengo que hacer verdaderos esfuerzos para convencerme de que yo soy su verdadero padre.

Margarito, que al igual que Pepito ya había visto en más de una ocasión alguna que otra fotografía del hijo de su compañero, preguntó al orgulloso padre:

-Y tu mujer, ¿sigue con tu madre?

-No. Ahora la tienen mis suegros en su casa, que también cuidan y mantienen a mi hijo. Algún día sabré agradecerles lo que están haciendo por ellos. Siento en el alma que estén pasando la vergüenza de tener por yerno a un corrigendo del Cabrerizas. ¡Cuántas gilipolleces comete uno a veces!...

-Dentro de poco ya estarás en Murcia -volvió a hablar Margarito, devolviendo a su compañero la fotografía del pequeño Gustavo, que previamente le había pasado Pepito-. A mí me quedan todavía unos buenos meses de arrastrarme por este maldito desierto, que ojalá no terminen por volverme loco.

-¿Cómo está tu madre? -preguntó Iniesta a quien fuera legionario antes que corrigendo, que en aquellos momentos permanecía callado y pensativo.

A Pepito se le nublaron los ojos.

-Mejor -contestó con un hilo de voz-. Cuando llega el verano no tiene tantos dolores. Creo que no ha superado aún que su hijo sea un bala perdida...

Las últimas palabras de Pepito fueron pronunciadas con tristeza y pesar. Realmente estaba avergonzado de todo lo que le había sucedido desde que ingresara en el Tercio. Era un verdadero inútil...

-Toca algo -le dijo Margarito, tratando de animarle.

-Sí; toca la de Filipinas -dijo también Iniesta, dando una palmada en el hombro de Pepito, que estaba sentado a su derecha.

Pepito no dejó que sus compañeros insistieran en su petición. Sacó la armónica del bolsillo de su pantalón, recostó su cabeza en el tronco de la palmera que les daba cobijo y, con suavidad, como si tuviera algo sagrado en las manos, se llevó el pequeño instrumento musical a los labios para dejar que unas primeras notas anunciaran la llegada de la melodía solicitada por quienes le acompañaban a pocos metros del pozo de agua salobre, mientras Margarito, hombre en aquellos instantes libre de cualquier clase de prejuicios, empezaba a cantar aquella canción que a casi todo el mundo en el Disciplinario gustaba, y que sus labios habían dejado escapar en más de una ocasión bajo el cielo de Hausa. A él no le importaba en absoluto que algunas de las palabras que pronunciaba para expresar sus sentimientos de esos momentos fueran bien diferentes a las escritas por quien muchos años antes compusiera la melodía. Las que él utilizaba, las que él sentía en su interior, eran las verdaderas:

"Yo te diré por qué mi canción
te llama sin cesar, me falta tu risa,
me faltan tus besos, me falta tu despertar.
Yo te diré por qué mi canción
se siente sin cesar, tu sangre latiendo,
mi vida pidiendo que tú no te alejes más.
Cada vez que el viento pasa siento tu amor
no me dejes solo en el Sáhara con este dolor.
No me abandones nunca al anochecer
que la luna sale tarde y me puedo perder..."

El toledano Morales y el cordobés Sebastián, conducidos un caluroso y desgraciado miércoles de mayo a la representación del Disciplinario en El Aaiún por una pareja de la Benemérita, habían sabido integrarse desde el primer día de su llegada al Batallón en las escuadras de fusileros corrigendos de cuyos efectivos pasaron a formar parte el mismo sábado de su incorporación a Hausa.

Morales, que a pesar de ser algo marrano y bastante descuidado con sus deberes más esenciales en el Destacamento había tenido que asumir sin rechistar sus obligaciones cabrerizas en el área de

alojamiento y responsabilidad de su Compañía de destino, no disfrutaba de mala fama entre los miembros de su escuadra y pelotón, que eran de costumbres y comportamiento muy similares a los suyos, aunque de vena y resuello algo más agresivos, la mayoría de ellos.

Precisamente por esta falta de atención e interés que definían su personalidad, que mucho habían influido en su decisión de desertar del antiguo Regimiento de Caballería al que había sido destinado para hacer su servicio militar obligatorio en los primeros meses de 1955, se había convertido Morales en asiduo visitante de la cocina y en hombre diestro en el manejo de los útiles de mango largo -el pico y la pala-, herramientas que ya conocía de tiempos pasados y de las que no guardaba muy grato recuerdo.

El toledano no conseguía explicarse por qué en todos los líos o complicaciones que de cuando en cuando algún *asirocao* de mierda organizaba en su Unidad tenía él que estar en medio, tocándole pagar siempre el pato, consiguiendo sin esfuerzo la mayor tajada en cualquier reparto de *paquetes* que se presentara en la Compañía.

Eustaquio y Petilla, de los que estaba hasta el forro de los huevos de tanto aguantar sus chulerías y verborrea cuando lo mandaban arrestado a la cocina o a trabajos de mantenimiento, le tenían más que amargado con su forma de tratarlo, y cualquier día de aquellos no dudaría en cantarles las cuarenta, tan pronto como hubiese acabado con la sonrisa de borrego de su jefe de pelotón, el cabo primero Vega, que le hacía la vida imposible en Hausa con sus continuos arrestos y putadas. ¡Cabrones de mierda!...

Sabía Fernando Morales que la vida en aquel escondido y apartado lugar del planeta era dura y difícil, pero no esperaba que tanto le complicaran la existencia los que allí le mandaban, y que todas las pulgas y chinches del Destacamento tuvieran que compartir con él su jergón cada noche.

Con su jefe de escuadra nada le enfrentaba, pues el cabo Garay era hombre que sólo pensaba en terminar cuanto antes su mili y abandonar sin demora aquel infierno de Hausa al que le habían destinado en un negro día de octubre de 1963. Le caía bien Dionisio Garay, un vasco cojonudo de Vitoria que sabía mandar las cosas y de tiempo en tiempo le invitaba a una cerveza en la cantina (él también correspondía con su propio dinero a estas

invitaciones), cuando algún que otro sábado y domingo podían abandonar los límites de su Compañía por unas horas para acercarse a la “Gloria” y olvidar allí la agonía que vivían en el interior del Sáhara, el tormento que significaba para todos los desterrados del Disciplinario, fueran corrigendos o tropa de reemplazo, pasar los siete días y siete noches de la semana en el tórrido mundo del Cabrerizas que tanto odiaban.

El toledano Morales, cuyos tres meses de desertión rodando por varios pueblos cercanos a la capital de España entre hambres y temores habían terminado por convertir en persona huraña y desconfiada, en hombre lleno de resentimiento hacia todo aquello que tuviera algo que ver con la milicia, vivía en Hausa la más amarga experiencia de toda su vida, que le hacía recordar, más que nunca, a la mujer que tanto había querido en sus años juveniles, que ahora estaba casada con otro y era madre de familia. Si no hubiera cometido aquel robo en la farmacia de las afueras de Getafe poco antes de ser detenido por los municipales -¡robo que sólo le había servido para aumentar su condena!-; si hubiese tenido el suficiente cerebro para comprender que la mejor solución a sus males habría sido presentarse en cualquier puesto de la Guardia Civil antes de que transcurrieran los quince días de su ausencia del Regimiento en horas de madrugada, saltando la tapia oeste del acuartelamiento, tal vez le hubiera esperado María, ¡María!, y ahora su mierda de vida sería otra.

Siempre había tenido claro que no era persona inteligente ni emprendedora, más bien algo vago y duro de mollera, reconociendo sin vergüenza que entre sus peores defectos se encontraban la desidia y la pereza, que le hacían desentenderse con frecuencia de sus propias necesidades, siendo algo descuidado a la hora de asear su cuerpo y vestimenta, pero nunca se metía con nadie y no disfrutaba, como otros, con las lágrimas y el dolor ajenos. Le hubiera gustado estar destinado en la escuadra de fusileros del *paraca* Sebastián, de la Primera de corrigendos, compañero de infortunio con el que había congeniado bastante durante sus últimos meses de presidio, a pesar de que éste era algo cabecilla y bravucón. Sin embargo, nadie le había hecho ni puto caso al solicitar el correspondiente cambio de destino en la madriguera a la que habían sido conducidos a su llegada a aquel fantasmal destacamento sahariano que tanto estaba marcando su existencia. El cabo de la oficina de mando, un cabo veterano con cara de mala bestia, le

dijo, abriendo con exageración sus bellos de caballo: “Macho, ¿tú te crees que esto es un internado de señoritas, o qué?, gilipollas. ¡Vete a tomar por el culo! Nos ha jodido...”

Aunque no era hombre corpulento, sí destacaba entre sus compañeros por ser individuo resistente a muchas fatigas y privaciones, con una salud de hierro que nunca se quebrantaba, permitiéndole este preciado don que poseía soportar con fortaleza sus numerosos días de arresto en la cocina y en trabajos de mantenimiento (más de un fantoche de mierda le había llamado por esta causa “enchufado” de Eustaquio y Petilla).

Sus arrestos o servicios más temidos eran aquellos que le acercaban al pelotón de mantenimiento, pues el cabo primero Petilla siempre lo enviaba, con la peor mala leche y recochineo, al tajo del pico y pala para que le diera “gusto” al cuerpo, trabajo mecánico de construcción de trincheras que sufrían en silencio sus manos destrozadas, cuyas ampollas y llagas ensangrentadas habían conseguido suavizar en más de una ocasión aquella pesadilla en la que vivía, gracias a la palabra “rebajado” escrita por el teniente médico en el libro de reconocimiento de la Compañía, libro que cada mañana llevaba el cabo de cuartel al botiquín, acompañando a los enfermos que se apuntaban a consulta con la esperanza de desterrar por algún tiempo los trastornos físicos y hasta mentales que padecían, o huir por unas horas de la instrucción de orden cerrado y de combate que a muchos acobardaba, incluso evitar ser nombrados para un indeseado servicio.

Uno de los pocos consuelos que tenía a su alcance en Hausa era el poder escuchar por las noches Radio Nacional de España y Radio Sevilla en el pequeño transistor que había adquirido a precio franco en uno de los bazares del zoco nuevo de El Aaiún con el dinero que guardaba en su cartilla de ahorros, que escondía con mucho cuidado entre sus pertenencias. Se había informado de que en el Cabrerizas, en el interior del desierto, se permitía disponer de estos aparatos y no había dudado en comprar uno de ellos al ser muy aficionado a la música y al fútbol, con la ventaja añadida de no haber tenido que desembolsar demasiado dinero para que fuera suyo este pequeño capricho, el primero que se daba en una decena de años. Desde su llegada al territorio había estado convencido de que las pocas pesetas que guardaba en su libreta de Correos le salvarían de unas cuantas penalidades en el desierto, y así estaba sucediendo.

Durante aquellos meses de estancia en Hausa había recibido varias cartas de su hermano Carlos, repitiéndose en ellas los consejos y recomendaciones a los que ya estaba acostumbrado. La verdad es que le resultaba difícil de creer que el pequeño Carlitos estuviera a punto de cantar misa, pero así era. Al menos habría alguien en la familia al que no le tomarían el pelo por su poca cultura e ignorancia, que además sabría dejar en buen lugar el apellido Morales, aunque mejor habría sido que la vocación de su hermano se hubiese orientado hacia otros derroteros menos místicos y más realistas, para así poder, de vez en cuando, comentar con sus compañeros y amigos de cada momento los éxitos del menor de los de su sangre, del que le separaban ocho años; satisfacción y orgullo de los que siempre se había visto privado al haber elegido el benjamín de la familia ser cura, vocación y camino de plegarias que él nunca había comprendido y que no gozaba de ninguna o muy pocas simpatías entre la clase de gente con la que venía compartiendo su vida desde hacía tiempo.

El toledano Morales no se sentía a disgusto en su escuadra y mantenía buenas relaciones con todos sus compañeros de pelotón, donde tan sólo Carballino y Céspedes (el primero procedente de Regulares de Ceuta y el segundo de Cazadores de Montaña) destacaban por su carácter violento y camorrista, que les había llevado a tener serias disputas con otros corrigendos de la sección y de la Compañía, alborotos o altercados siempre cortados por los mandos con energía, imponiendo a sus autores los temidos arrestos a trabajos en la cocina, al tajo del pico y pala o a patrullar por las noches bajo las estrellas de Hausa, con la misión de vigilar el sueño y la tranquilidad del área de alojamiento que les acogía, separada del puesto de mando por unos cientos de metros.

Cuando de tarde en tarde un pequeño soplo de lucidez dejaba libres los mejores pensamientos de Fernando Morales, antiguo soldado de Caballería condenado a pena disciplinaria en el Cabrerizas por desertor y ladrón, una amarga sensación de derrota se apoderaba de su espíritu, preso de gran desazón y tristeza. ¿Por qué había tenido que sufrir él aquellos años tan duros? ¿Por qué aquel destierro sahariano? ¿Tan mala persona era? ¡Dios de Dios, aquella vida de miseria y olvido en Hausa terminaría por volverle loco!...

Sebastián el *paraca* no tuvo pelos en la lengua al dirigirse a su jefe de escuadra, el cabo Victorino:

-Toda la mañana me has estado tocando los cojones con la preparación de la revista de armamento. No es a mí a quien corresponde preocuparse de que no falten trapos y aceite para limpiar los fusiles; es obligación de todos. ¡Mandas más que el comandante, hostia!

Victorino Portillo, que ya estaba habituado a los malos modos de los hombres de su escuadra, cuatro corrigendos del Cabrerizas de la peor calaña, entre los que precisamente destacaba por su conducta pendenciera y agresiva quien continuamente ponía trabas y reparos a todo lo que, para el bien de su equipo de fusileros mandaba, no se cortó tampoco a la hora de contestar a una de sus peores pesadillas en Hausa.

-Siempre tienes que poner pegas a todo, *paraca*. Si por ti fuera, ahora estaría la escuadra arrestada por el sargento Medina, que jamás perdona la más mínima. ¿Cuándo te vas a enterar de que el responsable del grupo soy yo, y de que tú lo único que tienes que hacer es cumplir con lo que se te ordene?

López Cutillas, presente en el dormitorio subterráneo que compartía con Sebastián el *paraca*, el canario Vélez y el maño Terol, además de con el cabo Victorino, jefe de la escuadra, dejó sobre su cama la cantimplora y la marmita que acababa de utilizar para dar cuenta del primer rancho del día y salió del alojamiento bajo tierra mascullando por lo bajo. Era buen momento para acudir a las letrinas y traerse de paso la garrafa llena de agua. Aquel lanzamiento de platos a la cabeza no era, desde luego, asunto suyo.

Sebastián se alegró de que Cutillas abandonara por unos minutos el dormitorio subterráneo, dejándolos solos; estaba caliente y quería vérselas cara a cara con Victorino, aunque tenía muy claro que su jefe de escuadra era hombre de muchas agallas, que no se achicaba fácilmente ante nada.

Fue directo al grano:

-Mira, Victorino, tú serás todo lo cabo que quieras, pero a mí me tienes hasta los huevos de tantas órdenes y monsergas. Por no haber querido soportar a tipos como tú, y de muchos más galones, estoy metido en este jodido desierto, asándome como un pavo en

Navidad. Llévate cuidado conmigo porque no me importaría aplastarte la nariz de un puñetazo, uno de estos días.

A Victorino, cabo de quinta en Hausa, pero hombre siempre valiente en las adversidades, aunque a veces también más terco que una mula, no se le fundieron los circuitos por la fanfarronería del *paraca*, a la que, por otra parte, ya estaba acostumbrado.

No se inmutó al responder:

-No te hagas el matón conmigo, *paraca*, que a mí no me impresionas con tus amenazas. Si quieres chulearte con alguien, vete en busca de los de la Plana, que seguro que ellos sí sabrán aguantar tus continuas chorradas. Aquí no tienes nada que hacer; estás de sobra.

Sebastián subió el tono de su voz:

-¡El único matón que hay en la escuadra eres tú, piojoso! ¡Sí, no me mires así; he dicho piojoso!

Victorino se envaró, los músculos de su cara se tensaron y enrojeció levemente. ¡Otra vez se le ponía gallito aquel fanfarrón sin futuro, aquel corrigiendo de mierda! De nuevo tendría que actuar con mucha prudencia para no caer en las provocaciones del más rebelde de sus subordinados, condenado varios meses a accesoria disciplinaria en Hausa, o echarle mano al cuello y partirse con él la cara, sin tener en cuenta los perjuicios que esta conducta tan poco ortodoxa podría acarrearle, estando cumpliendo su mili en el Disciplinario, haciéndole perder los galones. Conocía los muchos problemas que en el Destacamento sufrían otros cabos de reemplazo como él, que también estaban al mando de escuadras, y sabía que no podía dejarse acobardar por aquel bufón de circo, que siempre ponía pegas a cuanto mandaba para el bien del equipo y una mejor convivencia entre todos.

Si los componentes de su grupo fueran soldados normales, si aquellos retorcidos individuos que tenía bajo su mando no estuvieran hechos de tan mala pasta, sería menos dura y difícil aquella vida sahariana con la que diariamente debía enfrentarse al toque de diana; pues, conociéndose como se conocía, estaba convencido de que en su pequeña unidad reinaría en todo momento una buena amistad y camaradería. Pero con aquellos corrigendos siempre indisciplinados, con gentes como el *paraca* que constantemente estaban en contra de cuanto les ordenaba para el mejor cumplimiento de sus deberes y responsabilidades en el Cabrerizas, la cosa era muy distinta.

Al igual que ocurría con otros muchos compañeros, no había querido ser cabo a su llegada al Disciplinario, sabiendo que la relación que le uniría a los corrigendos del Batallón por ostentar este empleo sería tensa y complicada, pudiéndole costar más de un disgusto esta falta de entendimiento con ellos; sin embargo, casi se había visto obligado a seguir el curso de cabos impartido por el teniente Real para todos los aspirantes del Destacamento, asumiendo más tarde, ya con los galones cosidos en su gorra, el mando de aquella escuadra de corrigendos cuyos componentes le ponían en continuo aprieto. Algunos compañeros de curso, temerosos de presentar en blanco su examen final, habían equivocado de forma intencionada muchas de sus respuestas en el cuestionario, arrepentidos a última hora de haber iniciado aquellos estudios, aun sabiendo que el empleo de cabo, además de proporcionarles una pequeña gratificación mensual, les libraría de bastantes servicios y no pocos palos. Él ni siquiera se había planteado escribir respuestas falsas en su examen, una vez había asumido, tras mucho meditarlo, la idea de ser cabo, a pesar de los numerosos problemas con los que se encontraría en el Cabrerizas al ser responsable de una escuadra de corrigendos, individuos que habían estado sujetos a prisión militar y con muchos líos y arrestos a sus espaldas; historial negativo de estos hombres que les había cerrado todas las puertas en el Ejército, aunque también llegó a conocer a personas sanas y dispuestas entre los penados de Hausa, como habían sido Jesús Merino y Tomás Requejo, ya con su accesoria disciplinaria cumplida y fuera del Destacamento, que en su día le recibieron con los brazos abiertos al hacerse cargo de la escuadra.

Su reacción ante el insulto del antiguo *paraca* fue firme y contundente, sin perder nunca la calma.

-Eres un desgraciado de mierda que sólo sabes provocar con tus insultos y amenazas a quienes te rodean, sin pensar nunca en los problemas con los que te puedes encontrar por tu comportamiento suicida, y eso te va a costar un buen disgusto, cuando menos te lo esperes. Tú podrás pensar y decir cuanto quieras con esa mala boca que tienes, pero mientras yo sea el responsable de la escuadra harás lo que te diga, te guste o no. Y si vuelves a llamarme piojoso otra vez, te arrepentirás. A mí no me das miedo.

-¿Te irás corriendo a llorar a los de arriba, verdad?

-Yo no necesito llorar a nadie. Me basto y me sobro para resolver mis propios problemas. ¿Quieres verlo?

La mirada de Victorino no ofrecía dudas; estaba dispuesto a todo.

Sebastián el *paraca* vio que su cabo hablaba muy en serio y que tendría que liarse a golpes con él si volvía a llamarlo piojoso o algo parecido. Era un hombre terco y nada arrugado con el que resultaba mucho más prudente no pasarse de la raya. Le jodía, no obstante, que un *pipi* de Infantería, un *pistolo* sin puta idea de nada tuviera que estar dándole el coñazo desde la mañana a la noche, diciéndole a cada instante cuándo tenía que abrir la boca y cuándo cerrarla. A pesar de todo, y muy para sus adentros, admiraba en Victorino su buen temple y el modo que tenía de comportarse con ellos, siendo un jefe de escuadra justo, además de buen compañero, que siempre decía lo que pensaba y a ningún miembro del grupo a su cargo ocultaba sus despistes y racaneos, fuera quien fuese.

Le dijo, sin embargo:

-Como no quiero aguantar las cabronadas del Eustaquio en la cocina ni abrir zanjas de la mañana a la noche con el Petilla, ya tendremos ocasión de vernos las caras más adelante.

-¡Ahora!

-No me atosigues, cabo, que la tenemos...

Los dos hombres, tensos y a punto de enzarzarse en comprometedora pelea, no habían dejado de mirarse a los ojos. Ninguno de ellos quería ceder ante el contrario, y ambos sabían que aquella nueva discusión que les enfrentaba era algo más que un simple intercambio de amenazas, que dejaba al descubierto sus verdaderas personalidades y temperamentos.

-¿Qué pasa aquí? ¿Ya estáis otra vez enganchados, hostia? – les increpó con enfado el maño Terol, bajando sin ninguna prisa los escalones que permitían la entrada al alojamiento de la escuadra-. ¡No se os puede dejar solos, cojones!. ¡Guardad vuestra mala leche para otro día, que hoy ya hemos tenido bastante con la bronca mañanera del sargento Medina! ¡A otra cosa!...

Vélez, que también hacía acto de presencia en el habitáculo subterráneo siguiendo a Terol, añadió con mejores modos, dirigiéndose a Sebastián:

-No te pases, *paraca*; deja que el cabo respire.

Victorino y Sebastián, que habían estado a punto de llegar a las manos en el dormitorio bajo tierra donde se alojaban, miraron con indiferencia a sus compañeros de escuadra y, ya ausente el tono de agresividad que les había mantenido en tensión por unos momentos, optaron por abandonar su actitud beligerante, marchando cada uno por su lado. Sebastián se tumbó en su litera sin decir ni pío y el cabo Victorino salió del alojamiento subterráneo para dirigirse al puesto de mando en busca de la correspondencia. Ese día estaba de servicio de cuartel en el área ocupada por su Unidad, y a la hora del rancho el encargado de la cartería le había avisado para que fuera a recoger las cartas con destino a la Compañía, traídas al destacamento de Hausa por una patrulla de Nómadas.

El canario Vélez sentía cierta simpatía por su cabo Victorino porque era persona de buen resuello, en quien se podía confiar plenamente, aunque Sebastián el *paraca* tenía mucho de razón cuando decía que a veces se le subían demasiado los galones a la cabeza. Pero ellos tampoco eran lo que se dice ejemplares soldados, más bien todo lo contrario.

Vélez veía en su jefe de escuadra a un hombre obstinado y muy meticuloso en el cumplimiento de las órdenes que recibía, si bien nunca utilizaba la amenaza o el insulto para mandarlos, y jamás iba a los superiores para contarles los problemas o desavenencias que surgían entre ellos, o dar alguna queja de cualquier miembro de su equipo, como ocurría con otros cabos. No es que Terol, Cutillas y él mismo fueran hermanitas de la caridad a la hora de cumplir con sus obligaciones en Hausa, o se comportaran como debían con quien les mandaba más directamente en el Destacamento, pero tampoco hacían la vida imposible a Victorino dándole demasiados problemas y disgustos, no sucediendo lo mismo con Sebastián el *paraca*, individuo siempre en desacuerdo con todos los compañeros, que tenía la lengua muy larga y demasiada fanfarronería en el cuerpo.

Dijo al *paraca*:

-Sebastián, no aprietes tanto al cabo que la vamos a tener.

-¡Vete a la mierda y métete en tus asuntos!

-Hoy no es tu día –resopló Terol desde su litera-. Cuando te da la vena de borde no hay quien te aguante, tiñoso.

-Hay que reconocer que nuestro cabo no es mal bicho y se puede vivir con él sin que nos caliente demasiado el casco–intervino de nuevo Vélez, sin dar mayor importancia al mal

humor del *paraca*, al mismo tiempo que se tumbaba boca arriba en el colchón de su litera-. Tiene sus manías, nadie lo duda, pero es pieza de buena ley y persona en quien se puede confiar. Si no hubiese sido por él, esta mañana nos habría arrestado el sargento Medina. Sólo hay que hacerle algo de caso y en paz.

-Vale ya, capullos, que me estáis jodiendo. Meteros en vuestras cosas y dejadme a mí con lo mío. No quiero más monsergas.

Sebastián dio la espalda a sus compañeros para no verles la cara; estaba a punto de perder la paciencia. Quería aprovechar aquel tiempo de descanso hasta la hora de la teórica y cuanto menos hablara con ellos, mejor. Tampoco tenía ganas de que nadie le restregara en las narices su enfrentamiento con Victorino, y si no cortaba por lo sano, aquellos venados terminarían por comerle el coco. Los dos tenían mucho de culpa en su discusión con el cabo, pues ambos, y también Cutillas, le consentían de la mañana a la noche que se subiera a la parra a la hora de dar órdenes a la escuadra. Era consciente de que Victorino podía ir con sus quejas al mando para que lo arrestaran, sobre todo después de haberle llamado piojoso por dos veces, pero estaba harto de tanto aguantar sus sermones y de que le diera órdenes a cada instante, tratándolo como si fuera un *pistolo* recluta en vez de un caballero legionario paracaidista (aunque estuviera cumpliendo una pena disciplinaria por haber desertado de la Bandera y tuviese el porvenir muy oscuro). Realmente no le importaría demasiado soportar por unos días la asquerosa cara del Eustaquio en la cocina o cavar zanjas sin ninguna utilidad para el Destacamento bajo las órdenes del Petilla, algo de lo que ya estaba de vuelta. Sin embargo, le preocupaba mucho que pudieran abrirle un expediente disciplinario en el Cabrerizas que alargara su estancia en Hausa, si su jefe de escuadra daba parte al jefe del pelotón de lo ocurrido, y éste a su vez lo ponía en conocimiento del jefe de la sección para que su arresto fuera más abultado, pero confiaba en la cordura y sensatez de Victorino y en que no se fuera del pico, olvidando cuanto antes el incidente que les había enfrentado minutos antes, como había sucedido en otras ocasiones, si bien nunca le había llamado, ¡por dos veces!, “piojoso”.

Sebastián el *paraca* cerró los ojos con la intención de echar una pequeña siesta hasta que el corneta de guardia tocara llamada para acudir a la formación de teórica. Casi sin darse cuenta, sus pensamientos y recuerdos le llevaron a la mañana de diciembre en

la que Marcelino, el aprendiz de su taller de chapa y pintura, le había enseñado varios prospectos y fotografías que explicaban la vida y costumbres de la Bandera Paracaidista del Ejército de Tierra recientemente fundada, junto a unos impresos que orientaban sobre los pasos a seguir y documentación a presentar para ingresar como voluntario en estas fuerzas especiales. El tiempo pasado en Paracaidistas, decía uno de estos folletos, valía como servicio militar obligatorio, como si en esa Unidad de elite se pudiera hacer la mili normal. Además, era fácil hacer carrera en el Ejército, con rápidos ascensos.

Él nunca se había planteado hacer su mili antes de tiempo, pero ya había tenido varios desacuerdos con su jefe y sabía que éste no tardaría en despedirle del trabajo, por lo que empezó a pensar en la posibilidad de entrar en el Ejército y probar fortuna. Si no le iba bien en la Bandera, siempre tendría el consuelo de salir de Paracaidistas con su mili hecha, y entonces se dedicaría a pintar coches, o a otro oficio cualquiera. Fue muy duro su aprendizaje en las primeras semanas en el campamento y hubo momentos en los que le faltó poco para tirar la toalla, para echarlo todo por tierra. La rigidez y disciplina que se respiraban en aquel ambiente, donde la más leve réplica o falta de interés en cumplir con las órdenes que se recibían le podía costar a uno un fuerte correctivo, era lo que más le preocupaba, al ser hombre nada habituado a dejarse mandar por nadie.

Pasado el período de instrucción básica, muchos días insoportable, vino su destino como caballero legionario paracaidista a una de las Compañías de veteranos, la Tercera de la I Bandera, en la que encontró mucha unión, amistad y camaradería, y también la tensión y disciplina a las que ya se había acostumbrado en su período de aspirante, incluso algo más acentuada esta rígida forma de vida en algunos aspectos, que a veces le hacían flaquear en sus deseos de convertirse en profesional de la milicia. ¡Aquello no era para él!

Por haberse enfrentado a un cabo primero de su Compañía, que siempre estaba puteándolo, no pudo presentarse al examen final del curso de cabos, que con mucho interés había iniciado tres meses antes, perdiendo una buena ocasión para ostentar galones en la chaquetilla de su uniforme. Con la marcha a Ifni de su Bandera para tomar parte en la campaña que acababa de iniciarse en el Africa Occidental Española -en Ifni y el Sáhara- se abrió una etapa especial en su vida, un período de tiempo donde pudo

demostrar con holgura la buena asimilación que había hecho de todo cuanto se le había enseñado en los meses de intensa preparación militar previos a su partida hacia el territorio situado al sur de Marruecos.

De aquella extraña guerra de guerrillas que había empezado a cobrarse algunas vidas españolas en el continente africano a principios del otoño de 1957 tenía, como el resto de los compañeros, escasas noticias y referencias, pues la prensa y la radio, tanto locales como nacionales, hacían muy pocos comentarios de esta contienda bélica, como si hubiera miedo o temor a contar lo que pasaba realmente en aquel territorio bajo soberanía española. Los bulos y comentarios que se escuchaban en la Bandera sí eran numerosos y variados, sobresaliendo entre ellos los que hablaban de insurrección y rebeldía de un numeroso grupo de nativos de Ifni y el Sáhara que quería unirse a la madre patria Marruecos, nación magrebí que a primeros de 1956 había obtenido su independencia de España y Francia con el sultán Mohamed V, dejando de ser protectorado.

De su estancia y actuación en Ifni no conservaba buenos recuerdos, ya que en la recuperación de algunos de los puestos y destacamentos tomados con anterioridad por el enemigo había perdido a dos excelentes compañeros, acribillados a balazos mientras descendían con su paracaídas para recuperar varios puntos del enclave, sobre todo la heroica Telata de Isbuía, importante destacamento del suroeste de la colonia con más de un centenar de hombres encerrados dentro de sus fronteras, once días resistiendo con bravura el cerco de los rebeldes, cuya liberación por España costó numerosos muertos y heridos, primera intervención armada o sangrienta prueba de fuego para la Bandera, que hasta aquel día sólo había tenido que demostrar una buena preparación técnica y física y estar en posesión de mucha moral y ganas de vérselas con cualquier enemigo para que no hubiera dudas de que ellos eran los primeros en el combate, estando siempre dispuestos a tomar parte en las operaciones más arriesgadas y comprometidas, no importándoles nunca pagar un alto precio por su arrojo y valentía, si era necesario, como acababa de ocurrir en Telata, dejando bien claro ante los *legías*, combatientes de primera línea que les miraban en el territorio como si ellos fueran sus únicos defensores, en sus encuentros por los bares y calles de Sidi-Ifni, en horas de paseo, que los boinas negras habían llegado al enclave para hacer el trabajo más difícil

y peligroso: saltar sobre los puestos tomados por los rebeldes, cuando la Legión y Tiradores, no obstante sus muchos esfuerzos y sacrificios por conseguirlo, fracasaban en la recuperación de los objetivos, o no lo hacían en poco tiempo.

A pesar de los casi siete años transcurridos desde que tomara parte en las operaciones de limpieza en Ifni, aún se acordaba de su pelea con los *legías* en el Tamadaba.

Había entrado en aquel bar de la calle 6 de abril, la principal arteria de Sidi-Ifni, con Torres y Campillo para tomar una cerveza antes de regresar al campamento, cuando aparecieron en el local dos legionarios algo bebidos que se acercaron al mostrador -muy concurrido en esos momentos- para seguir echando fuego a sus estómagos. El Tamadaba estaba muy animado a aquellas horas de la tarde, las ocho de un sábado cualquiera, y entre sus muchos clientes podían verse toda clase de soldados: legionarios, tiradores de Ifni, paracaidistas, artilleros, infantes... Los dos *legías* acababan de aproximarse a la barra e intentaban situarse en primera fila dando discretos empujones a quienes con su apretada presencia en el establecimiento les impedían poner sus codos en el mostrador para gozar así del privilegio de ser pronto atendidos por una de las encargadas de servir las consumiciones, encontrándose entre los clientes que sufrían estos pequeños atropellos Campillo y Torres, que no quisieron dar mayor importancia al suceso, viendo que los legionarios llevaban unas copas de más en el cuerpo, que les hacía perder la cordura. Los dos *legías* hablaban de la aventura sexual que acababan de vivir en el burdel de Ifni, abierto cuatro calles más abajo, de donde venían, y de lo mal que se estaba poniendo la campaña para algunos. El más corpulento de los dos individuos, el que se encontraba menos bebido, le decía al otro que a primeras horas de la mañana partiría con su sección dando escolta a un convoy de víveres y municiones con destino a una de las Zonas o Centros de Resistencia recientemente organizados, y que a la semana siguiente subiría a las posiciones defensivas, probablemente a Sidi Mohamed Ben Daud o a Ussugún, para incorporarse al cinturón defensivo de Ifni. Quien le escuchaba con poca atención, que seguía molestando a Campillo con sus empujones y codazos para no perder la posición ventajosa que ya había alcanzado en el mostrador con tan nefasto comportamiento, molesto y contrariado por no conseguir del todo esa mejor situación junto a la barra, no

siendo tampoco de su agrado, al parecer, la presencia de los paracaidistas en el local, dijo a su compañero refunfuñando:

-Mierda. Estos *paracas* se creen los dueños del territorio y acaban de poner los pies en Sidi-Ifni. Los tienes hasta en la sopa, ¡huevos!...

Debido a que tanto él como Torres y Campillo no tenían ganas de problemas ni discusiones, no se dieron por aludidos con aquel provocador comentario, disculpando nuevamente la conducta del *legía*, que seguía molestándoles con sus continuos empujones y codazos.

El compañero de Tercio de quien así había hablado, sin embargo, fue menos prudente y sensato al decir:

-Estos *brillantinas* siempre están en medio, como los jueves. Se creen los salvadores de Ifni y aquí no los necesitamos para nada. Con tanto fijador en el pelo y esa boina pijotera adornándoles la cabeza parecen señoritas de compañía. ¡A la puta mierda!

Torres, que llevaba todo el día quemado al no haber podido cobrar aquella mañana los pluses y gratificaciones de la quincena por encontrarse fuera del campamento cargando en el polvorín de plaza municiones con destino a la Bandera, nombramiento de servicio que le obligaba a esperar hasta el lunes para poder firmar su nominilla y tener una peseta en el bolsillo, persona que no necesitaba de muchos estruendos para que se le saltaran los plomos, nada impresionado por la arrogancia y chulería de quien acababa de meterse con ellos con tan poca prudencia, respondió mirando fijamente al legionario:

-¡A la puta mierda te vas tú, desgraciado muerto de hambre!...

El no haber sabido reaccionar como Torres y Campillo, utilizando sólo la palabra y nunca la fuerza bruta, le había hecho sentirse culpable más tarde del inicio de aquella pelea con los legionarios. Pero el tono de voz empleado por quienes únicamente deseaban zaherirles sin motivos, así como las burlas, insultos y amenazas que siguieron a la respuesta dada por Torres, no le permitieron conservar la serenidad y calma que venía practicando desde hacía algún tiempo, desde que le habían impuesto una semana de arresto por discutir con su jefe de escuadra. No quería verse implicado en nuevos problemas que le llevaran a aumentar su reputación de pendenciero en la Compañía, pero aquello era demasiado y no pudo evitar que uno

de sus puños se estrellara contra el rostro del más alto de los dos legionarios.

Su reacción fue seguida de inmediato por Torres y Campillo, y contestada como correspondía por los *legías*; a los cuales no pareció importarles gran cosa encontrarse en franca desventaja, al hallarse en inferioridad numérica.

La presencia de otros legionarios en el Tamadaba, ocupando algunas de las mesas del local, hizo que éstos, como impulsados por un resorte, se unieran a la reyerta que acababa de iniciarse junto a la barra; conducta igualmente seguida por varios de sus compañeros paracaidistas presentes en el lugar, que tampoco quisieron dejarlos solos en su enfrentamiento con los *legías*.

Los hombres pertenecientes a Tiradores de Ifni -neutrales por lo general en estas reyertas que de vez en cuando hacían su aparición en el burdel y bares de Sidi-Ifni entre grupos de *forasteros*-, y también los *pipis* de las distintas Armas y Cuerpos del Ejército, se limitaron a jalear y a apoyar con sus voces y gritos a los contendientes que, por el uniforme que vestían, más simpatías les inspiraban: los de Tiradores pronto se identificaron con los *paracas*, y los *pipis* no tardaron en hacerlo con los *legías*; si bien todos terminaron por verse involucrados en la pelea.

El estar a pocos días de las Navidades de aquel 1957 y el éxito que venían obteniendo en las acciones de ataque y recuperación de objetivos frente a los rebeldes, que les habían ocasionado sus primeros muertos y heridos en combate, así como las diversas felicitaciones recibidas en la Bandera por su destacada actuación en el territorio –también los *legías* y otros combatientes del enclave fueron felicitados en varias ocasiones por su valor y coraje-, resultaron excusa más que suficiente para que su pelea en el Tamadaba no llegara a ser considerada seriamente por el mando de su Unidad, librándoles de un fuerte castigo, aunque nadie les salvó de la humillación de verse conducidos por una de las patrullas de vigilancia, la de los *pipis* de Infantería, a la guardia de Principal de Plaza: el Grupo de Tiradores. Las declaraciones y careos que se sucedieron en el cuerpo de guardia le llenaron de cierto apuro y vergüenza, pasando un verdadero mal trago antes de que llegara la patrulla de la Bandera para recogerlos, avisada por los de Infantería. ¡Le habría resultado amargo y penoso haber tenido que pasar la noche en los calabozos de Tiradores!

En vísperas de Reyes de 1959, sin ninguna secuela física o mental por haber intervenido en la campaña de Ifni, excepto unos cuantos malos recuerdos que no llegaban a atormentarle, campaña que concluiría en su actividad más importante en la primavera del 58, y ya a punto de dar por terminado su permiso reglamentario de Navidad, conoció a la sevillana Mercedes Minglanilla, el origen de todos sus males. Con ella a su lado, con aquel cuerpo de diosa dándole calor las veinticuatro horas del día, se le nublaron los sentidos y no tardó en olvidarse de la fecha de su presentación en la Bandera, de cuya existencia ya ni se acordaba. Se resistía a pensar en que aún estaba sujeto a obligaciones y deberes castrenses, hasta que se quedó sin un duro y... ¡habían transcurrido dos meses! Primero fue el calabozo, luego la prisión militar por desertor y finalmente el destierro a aquel infierno de Hausa. ¡Cinco años de su vida tirados a la basura y expulsado para siempre de la Bandera por culpa de aquella zorra!...

El toque de escuadra para la formación de la teórica de las tardes puso fin a los recuerdos de Sebastián el *paraca*. Había que acudir a la zona de costumbre antes de que el sargento de semana iniciara la lectura de la lista de la Compañía. Aquella era la realidad en la que ahora se encontraba, la realidad del Cabrerizas. ¡Ya tendría tiempo más tarde para disfrutar de mejor vida!

Como todos los infundios y exageraciones suelen tardar poco tiempo en salir a la luz del día, Durán pudo comprobar con el paso de las semanas que, aunque en Hausa el juego y la bebida se paseaban con cierta permisividad, no originaban estas prácticas viciosas en los miembros del Cabrerizas los problemas y estragos que algunas mentes calenturientas le habían asegurado, más que insinuado, en sus días de estancia en El Aaiún, y mientras realizaba el viaje de incorporación al Destacamento. Es verdad que había mucha afición en el Disciplinario a tomar parte en aquellos juegos de azar y a ingerir bebidas alcohólicas fuera del horario de trabajo, mayoritariamente en el mundo corrigiendo, pero no sucedía esto con la proporción e intensidad que gentes ajenas a aquel destacamento sahariano le habían afirmado con

rotundidad. ¿Qué se podía hacer en tan inmenso y solitario destierro, en las horas libres de las tardes y desde la mañana a la noche en los días sin instrucción y teóricas, si no era echar una partida de cartas, jugar una garrafina, mover con energía los dados o realizar una visita a “la Gloria”? ¿Contar como verdaderos paranoicos hormigas saharianas? ¿Destrozarse el seso, metidos en un lúgubre *huevo*, tumbados boca arriba en la litera? La garrafina, el póquer y el lanzamiento de dados eran los juegos de azar que más se practicaban entre los cabrerizos del desierto, incluyendo en estos confinados del Sáhara a muchos oficiales y suboficiales, que también arriesgaban -entre los de su empleo-, sus pesetillas en tales menesteres para matar el aburrimiento, siempre en cantidades muy modestas, cuya pérdida no afectaba para nada a sus nóminas mensuales, pues sólo utilizaban parte de los pluses que cobraban por estar destacados en el interior del territorio para atender a estas pequeñas necesidades (echar la partida de cartas y tomar una copa de coñac o de vino de vez en cuando en el Destacamento eran, además de vicios menores, una clara necesidad en aquel apartado rincón de la tierra), respetando celosamente sus pagas, que, o bien remitían a sus familias, los casados, o bien las ahorran para el futuro, los solteros, salvo raras excepciones. También hay que tener en cuenta que el mando del Cabrerizas no habría permitido, obviamente, que la vida en el Disciplinario transcurriera de forma diferente a lo que correspondía, por el bien del servicio (y porque las ordenanzas militares prohibían expresamente entregarse a estos peligrosos quehaceres, que muchas veces soliviantaban las buenas relaciones que debían existir entre los componentes del Batallón, habiendo dinero en juego, prohibición que no pocos de ellos se saltaban a la torera, ignorándola constantemente, hasta que ocurría alguna disputa por esta causa, siempre entre la tropa disciplinaria). Los corrigendos, según le fuera a cada cual su economía (por lo general, mal), según aficiones y habilidades de cada penado, actuaban en consecuencia, mientras los soldados de reemplazo, de bolsillo mejor dotado (gracias a los giros familiares que recibían de sus domicilios, a cuya mejor cuantía contribuían abuelos, hermanos, tíos y hasta primos), exponían poco su capital en estos juegos escondidos y hacían un mayor uso de la cantina del Disciplinario, donde adquirían, fundamentalmente, bocadillos, refrescos, cigarrillos, cartas y sellos, viéndose obligados muchas

veces, algunos de ellos, a invitar, incluso a *prestar* dinero para tabaco, a más de uno de los corrigendos de Hausa.

Durán, además de gran aficionado al fútbol, era persona a la que también le gustaba estar presente en aquellas partidas de cartas que muchos días organizaban sus compañeros veteranos, en las que nunca se dejaba ganar más allá de tres o cuatro duros, lo que venía a significar sólo una pequeña parte de las algo más de nueve mil pesetas mensuales que ganaba en el Sáhara, incluidos los pluses de destacamento. Como no siempre era vencido en aquellas contiendas monetarias del habitáculo de suboficiales de la Primera Compañía, poca mengua sufrían sus ahorros, si es que el balance real de los movimientos mensuales de su cuenta, por esta causa, llegaba a ser negativo, que más bien resultaba todo lo contrario. Por suerte para él (aunque no estaba muy claro eso de “suerte para él”), sus compañeros jamás encarecían estas partidas de naipes, que organizaban más como mera distracción que como medio rápido para lucrarse a costa de quienes con ellos compartían su destino africano, dándose el caso, muchas veces, de que alguno de los participantes en el juego invitara con generosidad al resto de los jugadores a una pequeña merienda (un par de latas de sardinas y una botella de vino), generalmente Ramiro y Tormentas, tras haber tenido un día afortunado con las cartas, que Trinquete preparaba en un abrir y cerrar de ojos. En estas entretenidas partidas del alojamiento de sargentos de la Primera de corrigendos, casi siempre el julepe, era donde Durán, de continuo buen observador de las reacciones de sus “enemigos”, podía descubrir con mayor facilidad la personalidad de cada uno de los suboficiales de su Compañía. Naturalmente, todos querían salir triunfadores en tales confrontaciones dinerarias, pero no con las mismas armas e igual codicia. El brigada Cortijo, que en ocasiones también tomaba parte en aquellos juegos de azar, y como padre de cinco hijos que era, pocas veces *iba* en la partida, cuando el pozo se encontraba muy aumentado (diez o quince pesetas). Hablaba poco, gesticulaba menos, y casi siempre arqueaba las cejas de extraña manera, sorprendido, al parecer, por las buenas cartas que ponían en sus manos. Tormentas no paraba: “Bla, bla, bla, por aquí; bla, bla, bla, por allá”. Y a pesar de que el juego le importaba bien poco, la suerte le acompañaba continuamente, aunque él nada hiciera por merecerla y conservarla, pues no se preocupaba en absoluto de jugar sus naipes con la inteligencia y acierto que debía.

Ramiro, que asumía la partida de cartas como si fuera un auténtico encuentro de fútbol, y como buen delantero centro que era, siempre actuaba a la ofensiva y pocas veces dejaba de atosigar a Marcos, cuando ambos coincidían en la misma mano, que ocurría con bastante frecuencia. Durán -el Chorbo para Tormentas- calculaba bien sus cartas, posibilidades de triunfo y la situación de desmarque en la que se encontraban quienes con él participaban en el juego, saliendo pocas veces derrotado cuando había más dinero de lo normal en el centro de la manta, ya que entonces seguía los pasos del brigada Cortijo, no comprometiendo ni una peseta más de las que ya tenía calculadas para dejarse ganar ese día, perdiendo con ello el derecho a continuar en la mano. Le gustaba derrotar a sus compañeros, es verdad, pero más por un prurito de novato que como verdadera pasión por *desplumar* a los veteranos. Jugaba sus cartas o fichas de dominó -según se tratara en cada ocasión-, como si fuera un auténtico experto en aquellas lides, y no resultaba fácil sorprenderle, cuando alguien lo confundía con un santo inocente, que de eso nada tenía quien se había incorporado a Hausa meses antes siendo un sargento bisoño. Marcos, como para todo, venía a ser algo especial en el manejo de los naipes, con los que se identificaba plenamente, como si con ellos tuviera una especial relación de amistad y convivencia. Presumía de mucha práctica y conocimiento en aquellas *artes guerreras*, pero contadas veces salía victorioso frente a los demás jugadores, probablemente por la continua obsesión que padecía por *limpiar* los bolsillos de sus compañeros, que le impedía concentrarse adecuadamente en el buen entendimiento con sus cartas. Cuando, todos de común acuerdo, dejaban que el julepe descansara por unos días, el póquer pasaba a ocupar su puesto (algunas veces el guiñote, por parejas), siendo Marcos, entonces, al que antes se le descubrían los *faroles* que se marcaba, que solían ser bien pocos. El rostro del tinerfeño reflejaba con bastante exactitud la jugada que escondía en sus manos, lo contrario que sucedía con Ramiro, a quien resultaba casi imposible adivinar los naipes con los que estaba a punto de atacar a sus compañeros, especialmente a Marcos.

La historia se repetía muchos días, cuando entraban en el juego los cuatro sargentos y el brigada, cosa que no sucedía muy a menudo.

-Tú hablas, Chorbo -decía Tormentas.

-Mi peseta -abría Durán.
 -Voy -añadía Ramiro.
 -Hacedme un hueco -pedía el brigada Cortijo.
 -¡Esta va a ser la mía! -exclamaba, eufórico, Marcos.
 A lo que, poco después, ya con las cartas repartidas en segunda mano, seguía:
 -Paso -dejaba caer Durán, desencantado.
 -Dos pesetas más -subía Ramiro.
 -¡Ya me estás tocando los cojones! -se quejaba Marcos.
 -Que sea un *choto* (un duro) -replicaba Tormentas.
 -Conmigo no contéis -tiraba las cartas Cortijo.
 Para concluir más tarde con:
 -¡Trinquete, tráete una botella de vino y dos latas de *sapos*!
 -que el buen ordenanza de la Compañía no tardaba ni un periquete en traer de la cantina.

La pequeña revuelta tenía que llegar a la Compañía formada y llegó. Marcos, que en su primera semana de servicio en el Destacamento había estado a punto de poner a las tres secciones de corrigendos patas arriba (incluidas las escuadras de armas de apoyo), no tuvo la misma suerte en su segunda facción continuada de siete días en Hausa, donde el lunes ya había arrestado a Trinquete a tres noches de patrulla, y fue a tropezar precisamente con la indisciplina sin límites del Tirabuzones, quien, como en otras muchas ocasiones, aquella noche del veinticinco de agosto llevaba un par de copas de más en el estómago, estrujándole el cerebro. Después de sacar a este individuo sin escrúpulos del bloque de tres filas para pedirle cuentas por su reiterada falta de compostura en la lista de retreta, el tinerfeño, que no pudo asumir de forma más sensata la insolencia y poco respeto que empleaba el pelirrojo para tratar de justificar su conducta delante de la Unidad dispuesta para cumplir con la lista de ordenanza, cruzó el rostro del sedicioso con dos sonoras bofetadas (“hostias”, según habría calificado sin dudar el Cicatrices), perdido el control de sus nervios.

No es que el Tirabuzones gozara de buena fama y merecidas simpatías en la Primera de corrigendos por practicar

continuamente una ejemplar convivencia, todo lo contrario; pero los constantes arrestos y amenazas de Marcos, el trato a veces despreciativo que el canario utilizaba para conducir a aquellos hombres que padecían destierro en el corazón del Sáhara, y el unánime desacuerdo de los formados con la manera en que acababa de ser castigado su compañero de infortunio, vinieron a calentar los ánimos de muchos de aquellos cabrerizos, desembocando, lo que tenía que haber sido una *tranquila* lista de retreta, en una pequeña revuelta o protesta colectiva dentro de la Compañía, que, gracias a un verdadero milagro, Marcos pudo dominar finalmente, condenando seguidamente a los presentes en el control nocturno, incluidos los soldados de reemplazo (que nada o poco tenían que ver con aquel desaguizado) a dar unas cuantas vueltas de castigo por los alrededores de la antigua posición defensiva, a fuerte paso ligero, pagando el Tirabuzones, y algunos de sus más firmes defensores, con varios días de arresto y trabajos mecánicos su indisciplinado comportamiento.

Marcos pudo justificar su proceder, aunque no por completo, cuando el capitán Miranda, al que informó puntualmente de todo lo ocurrido al día siguiente en presencia del oficial de semana, le pidió las oportunas aclaraciones a cuanto había sucedido la noche anterior. La habitual mala conducta del Tirabuzones en Hausa salvó al tinerfeño de un conflicto seguro con su jefe de Unidad, quien dio por buenas, si bien sólo a medias, las explicaciones dadas por su sargento de servicio, el cual le había insistido con vehemencia en que se había visto obligado a actuar de aquella forma tan poco reglamentaria (los dos guantazos a su subordinado en lista de ordenanza) para dejar bien sentada la disciplina, quedando advertido seriamente Marcos, sin embargo, de que tan lamentable suceso no debería repetirse en lo sucesivo, bajo ningún concepto.

Como el ensordecedor vocerío y conato de rebelión ocurridos la noche anterior por el comportamiento del Tirabuzones -y la consiguiente réplica de Marcos- habían sido espectaculares, teniendo en cuenta, además, que en Hausa los pasos ligeros en horas de retreta sólo se daban muy esporádicamente, toda el área del puesto de mando quedó perfectamente enterada del suceso. Durán, que había escuchado aquella algarabía mientras se encontraba tranquilamente tumbado en la mecedora de sargentos mirando las estrellas saharianas, informado de todos sus pormenores a la mañana siguiente por los comentarios de Ramiro

y Tormentas, y también por las actitudes hostiles de algunos de los hombres de su pelotón, a los que no permitió realizar ningún tipo de crítica sobre lo acontecido en el control nocturno del día anterior, tuvo la convicción más absoluta de que Marcos rectificaría su forma de proceder en adelante para no caer en un grave enfrentamiento con algunos de los corrigendos más rebeldes del Disciplinario, que pudiera llevarle a perjudicar seriamente la convivencia entre los miembros de la Compañía en Hausa. La tensión con la que a veces se vivía en el Destacamento, tensión lógica por otra parte, dada la clase de Unidad en la que todos estaban encuadrados y la atípica guarnición donde el Cabrerizas tenía su acuartelamiento, podía estallar fácilmente por estas imprudentes reacciones, por lo que había que ceñirse seriamente a una conducta justa y equilibrada con los corrigendos y soldados que no produjera abusos ni arbitrariedades, un sensato cumplimiento de las obligaciones que no trajera más dificultades a las ya existentes en aquel remoto y perdido lugar del fin del mundo.

Al Tirabuzones le importaban menos que una basura los pequeños sucesos y discordias que de cuando en cuando surgían en el Destacamento por culpa de su mal comportamiento. Le daba igual que lo arrestaran a pelar patatas, fregar perolas, confeccionar adobes, patrullar por las noches o a darle al pico y a la pala. Su vida -y la de Hausa- le importaban bien poco: una mierda, ¡dos mierdas!... Desde el comandante Cervera hasta el último y más desgraciado de los corrigendos se la traían floja. Si pudiera, se los quitaba a todos de encima, y a otra cosa. Hausa, especialmente cuando soplabla el siroco, cuando se disparaba la temperatura en las primeras horas de la tarde, le hacía pasar malos ratos, consiguiendo que su negra existencia en el Disciplinario se hiciera más patente todavía. Ni la gruesa cortina de sacos terreros que ocultaba la entrada del habitáculo donde dormía cada noche con su escuadra conseguía impedir que la arena que transportaba el siroco penetrara libremente en el interior del alojamiento, formando una fina capa de polvo sahariano en todas las ropas y objetos que encontraba a su paso.

Algunas de aquellas noches, con el rugido del viento zumbándole en el cerebro, el Tirabuzones pensaba en su futuro

lejos de Hausa, cuando hubiera terminado su estancia en el Disciplinario. Tenía decidido trasladarse a Barcelona y buscarse allí la vida a su manera. El Cejas le había hablado de lo fácil que resultaba sacarse un buen dinero chuleando por el paralelo o consiguiendo buenas amistades por los alrededores del puerto. Él sí tenía muy claro que nadie le iba a dejar esquelético haciéndole trabajar como si fuera un muerto de hambre. Se las arreglaría como pudiera, siempre sin tener que dar explicaciones a nadie. La vida nocturna en los garitos le gustaba y no le importaría tenérselas que ver con el peor de los maleantes, a quien le pisaría el estómago si fuera necesario. Todo menos tener que trabajar para cualquier advenedizo de mierda por unas migajas de pan. Ya se habían aprovechado bastante de sus carnes hasta llegar al Cabrerizas, donde tipos como el sargento Medina y el cabo primero Petilla, sin olvidar al mamón del Pelotas, seguían cebándose con él como si fuera el culpable de todos los desaguisados que ocurrían en el Destacamento, ¡y ahora tendrían que cargar con sus huesos!

Del Disciplinario todavía le ponía de mala vena el robo de la cantina del mes de junio, donde había tenido que soportar el interrogatorio del brigada Cortijo durante más de una hora, por haber sido considerado el sospechoso número uno en aquel suceso. Él estaba convencido de que el Cejas y Pata de culo algo habían tenido que ver en este robo, por algunos detalles observados en su conducta en aquellos días, que no se le habían escapado, pero no quiso dar ninguna pista al brigada de la Compañía. ¡Que se jodieran!

Aunque le costaba trabajo reconocerlo, algunas veces añoraba su etapa de legionario en la Bandera, donde había compartido muy buenos ratos con Desiderio y Reyes. También se acordaba de sus meses destacado en Cabo Jubu y del asalto a las posiciones de los rebeldes saharauis cerca de Smara en febrero de 1958, formando parte de la operación Teide, en la que por cierto también había intervenido el sargento novato Durán, según había comentado éste un día que se encontraba con él de guardia. En aquel asalto le hubiera gustado poder cortar el cuello a más de uno de los guerrilleros que tanto les jodían la existencia con sus incursiones y sabotajes por todo el territorio, siempre escapando y escondiéndose de ellos como si fueran invisibles espectros. En las cuevas de Tuifideret, tras haber padecido duros días de sed y calor, se habían llevado una buena sorpresa al no haber

encontrado a aquel enemigo al que perseguían y acorralaban desde hacía días, ya que todos habían huido como ratas asustadas antes de que llegara la Bandera, que precedía a las Unidades de los *pipis* de Infantería para que, como de costumbre, éstos tuvieran el camino libre y seguro. Una sola baja les había costado el botín abandonado en su huida por los rebeldes. El Mando, con buen criterio, había ordenado el reparto entre las Compañías de la columna de la totalidad de los víveres requisados al enemigo (harina, azúcar, aceite, arroz, agua y gran cantidad de latas de conserva, principalmente), mientras los encargados de la logística hacían rápido inventario del resto de lo encontrado en las cuevas (municiones de diverso calibre y material sanitario y de campaña, especialmente). En las conversaciones de los sargentos y tenientes de las secciones pudo escuchar, aunque él también había podido comprobarlo con sus propios ojos, que parte de aquella requisa, particularmente los víveres y municiones, eran de procedencia española, siendo el resto de lo capturado originario de varios países de Europa y de los EE.UU.

En aquellos diez días que duró la Operación Teide estuvo tirado como un perro por el desierto para poder cumplir con esta gran maniobra de limpieza y castigo, soportando aquel maldito sol que les achicharraba sin compasión de la mañana a la noche, aguantando también como podían el endemoniado frío de las madrugadas, que congelaba la nariz y las orejas como uno no se las restregara cada pocos minutos, durmiendo los pelotones en el suelo y con los hombres casi abrazados para darse calor. Hubo momentos en los que pensó que había cometido una estupidez al ingresar en la Legión en la primavera de 1956, pocos días después de que le dieran la independencia a Marruecos, pensamiento que desaparecía de su mente en cuanto se reanudaban los avances. Se consideraba un tipo duro y bragado como el que más, pero aquella vida de entrega y renunciaciones, siempre pasándolas jodidas y siendo objeto de las cabronadas de cualquier jefe de escuadra o de pelotón que se levantara con el pie cambiado por la mañana, cobrando cuatro asquerosas pesetas que le duraban en las manos el tiempo justo para que se las pulieran a las cartas los más veteranos -¡hijos del infierno!- se le iba atragantando más y más cada día que pasaba.

Sus muchas agallas le habían hecho superar no pocas contrariedades en la vida, aunque cierto era que a más de un desquiciado le había tenido que partir la cara por haber querido

enfrentarse a él por las buenas. Al final, no tuvo más remedio que desertar de la Bandera, harto de aguantar a tanto hijo de puta como andaba suelto por el mundo, siempre queriendo cebarse con él como si fuera el mayor de los imbéciles. Su primera visita al calabozo no le hizo mucha gracia -¡había mandado a la mierda al cabo de cuartel!-, pero sus siguientes estancias en el *Palace* ya no le impresionaron lo más mínimo, habiendo estado a punto de que le abrieran un expediente judicial por reincidente en falta grave, en el último de sus arrestos a calabozo. ¡Que le tocaran los huevos!

En los meses pasados como desertor en la Península se había dado el gustazo, días antes de Navidad, de mandar una tarjeta de felicitación para toda su sección, contándoles a sus ex compañeros lo bien que se estaba en *casa* sin hacer ni puñetero caso del toque de diana, de las horas de instrucción de orden cerrado y de combate o de las listas de retreta, entre otros actos o formaciones que dirigían la vida de la Bandera. En Año Nuevo, con un par de cojones, había repetido la misma historia, esta vez *deseando muchas prosperidades* a su antiguo capitán Pereda, al teniente Biescas y al sargento Avelino, a este último poniendo bien grandes las letras de “muchas prosperidades”, para que su mala leche reventara al leer *sus buenos deseos*. ¡Por su culpa le habían endiñado un mes de calabozo en Semana Santa!

Como ya se había acostumbrado a ir de un lado para otro, no le produjo ninguna preocupación o sobresalto especial mandar aquellas postales desde Huelva, ciudad en la que había permanecido cuatro días en busca de algún trabajo en el que no tuviera que identificarse demasiado, pensando también en pasar a Portugal y más tarde largarse a las Américas, idea que no terminó de convencerle, ya que él quería seguir en España, dejando transcurrir el tiempo a ver qué sucedía. Sabía que se arriesgaba a caer en manos de la Guardia Civil o de la Policía Armada a poco que se descuidara, pero ya estaba habituado a esconderse del tricornio y de los grises antes de entrar en la Legión, y sabía cuidarse de sí mismo en cualquier situación en la que se encontrara, como había sucedido en la campaña del Sáhara de primeros del 58, donde otros compañeros con mucha menos suerte que él habían dejado el pellejo para siempre. Su enfrentamiento con dos chorizos de mierda en una casa de putas por no haber querido tragar sus insultos y chulerías le había hecho caer en

manos de la secreta de Málaga, lo que nunca había entrado en sus planes.

A pesar de que lo intentó en dos ocasiones, no pudo evadirse de la prisión en la que le encerraron para cumplir su condena por un delito de desertión, siendo conducido más tarde a El Aaiún por la Guardia Civil, saldada su pena, para desde allí salir hacia Hausa en un convoy de suministros, justo al día siguiente de poner los pies en el Sáhara. Ni siquiera tuvo la oportunidad de disfrutar de unos días de respiro en la delegación cabreriza al haber coincidido su llegada al desierto con la partida de una columna de vehículos hacia el interior del territorio. Nunca pensó que llegaría a echar de menos su vida entre rejas, pero así había sucedido a las pocas semanas de encontrarse en Hausa, donde siempre tenía ganas de meterse con alguien, de coger por el cuello a alguno de aquellos gusanos que se paseaban por el Destacamento y apretarle el gaznate hasta que le saliera un palmo de lengua por la boca, más que a nadie al Pelotas.

La única ventaja que había encontrado en el Disciplinario, en aquel Batallón de castigo del Ejército, era el poder moverse sin limitaciones por todas partes, a cualquier hora del día o de la noche, incluso desertar del Cabrerizas cuando le diera la gana, pero, para ir ¿adónde?

Pronto quedaría todo aquello como un maldito recuerdo en su memoria, como una negra pesadilla. Las horas de instrucción bajo el sol de Hausa, las guardias y patrullas en días de siroco, los trabajos de pico y pala en las trincheras, el fregar perolas y pelar patatas hasta que le salieran a uno las pieles por las orejas, la limpieza de las letrinas del Destacamento, beber agua salobre, comer el rancho con un dedo de arena en las marmitas y, más que nada, aguantar a tipos como el sargento Medina y los cabos primeros Petilla y el Pelotas, serían pronto, efectivamente, un amargo recuerdo de su vida africana del Cabrerizas. ¡Que se jodieran todos! ¡Que se fueran a la puta mierda! ¡La libertad estaba cerca!...

El jefe del pelotón de mantenimiento de Subayudantía y encargado al mismo tiempo de otros pequeños cometidos en esta dependencia de la Plana Mayor del Cabrerizas, el cabo primero

Petilla, se había convertido, con la desaparición del pelotón de castigo que mandaba Jacinto el Pelotas, en el responsable de los trabajos de acondicionamiento y limpieza del área ocupada en Hausa por el puesto de mando, la Primera de corrigendos y la Unidad de Plana Mayor. La diferencia existente entre el pelotón asignado a Petilla y el grupo de condenados antiguamente mandado por Jacinto era mucha, pues los hombres nombrados de servicio o arrestados que acudían a cumplir con las órdenes e instrucciones de Petilla al habitáculo donde se guardaban, entre otros enseres y utensilios, los picos y las palas, sólo tenían que permanecer bajo la vigilancia y custodia de este cabo primero el tiempo marcado en el horario del Batallón para desarrollar las tareas de limpieza general y mantenimiento de las pequeñas obras o fortificaciones que se desparramaban por el sector que todos ellos ocupaban en el Destacamento con sus respectivas Compañías de destino, cuatro horas por la mañana y tres horas por la tarde, excepto los sábados, que sólo se trabajaba medio día, con total libertad de acción y movimientos el resto de la jornada. La principal labor a desarrollar por estos cabrerizos consistía en confeccionar adobes de barro y paja, sanear las letrinas, construir nuevas zanjas –o perfeccionar las ya existentes- y mantener libres de arena aquellos lugares que daban acceso a los núcleos de apoyo y servicio más importantes del Batallón, ubicados casi todos ellos en las cercanías del puesto de mando (juzgado, imperio de oficiales, dormitorio del comandante, oficina de mando, armería, polvorín...), siendo la tarea que menos simpatías despertaba entre los nombrados o arrestados para cumplir con aquel cometido de mantenimiento y mejora del sector principal de Hausa la que para su realización exigía la utilización del pico y la pala: la construcción y conservación de trincheras.

Entre arrestados y hombres designados por turno para atender a estos menesteres de Subayudantía (sin olvidar en ningún momento las misiones encomendadas al personal fijo en el control y entrega de municiones y material de tiro y limpieza, reparto del pan recibido diariamente de manos de Intendencia, recogida y entrega de prendas de cama a las Compañías del Batallón, entretenimiento del grupo electrógeno, etc.) se reunían en las inmediaciones de esta dependencia subterránea cada día unos veinte individuos, quienes, antes de presentarse al jefe del pelotón de mantenimiento para cumplir con su servicio, rezaban,

muchos de ellos, para que el Petilla no les incluyera en el tajo de las trincheras, con anterioridad función casi exclusiva del pelotón de castigo, que ahora, desaparecido este grupo de arrestados de Hausa, tenían que asumir entre todos.

El cabo primero Petilla, que bajo las órdenes del brigada Vaquerizo -subayudante del Cabrerizas- distribuía todas las mañanas a los nombrados por las Unidades para las labores de entretenimiento del Destacamento, que también controlaba la buena marcha del resto de las pequeñas tareas a su cargo, tenía bien clara la prioridad que debía observar cada día a la hora de asignar los trabajos mecánicos a sus subordinados, sin importarle nunca que algunos de ellos pudieran salir perjudicados en sus no siempre imparciales y justos repartos. La confección de adobes de barro y paja y la limpieza del sector ocupado por el puesto de mando los dejaba normalmente para los nombrados de servicio por las Compañías en turno ordinario, y el duro trabajo de pico y pala en las trincheras, así como la limpieza de las letrinas, los reservaba invariablemente para los arrestados de cada jornada, que por algo habían sido castigados por los mandos.

Petilla y Jacinto eran de la misma edad y parecida conducta, y ambos compartían idénticas aspiraciones de futuro en la milicia. El primero de ellos, Petilla, físicamente un tanto raquítico, de mirada algo tortuosa y estrecha sonrisa, entregado por completo a su destino –como antes lo había estado el Pelotas- se diferenciaba de su compañero de empleo en la menor consideración que su conciencia guardaba hacia los corrigendos del Disciplinario puestos bajo su control y vigilancia cada día, a quienes trataba con la máxima dureza que le era permitida, siendo, en ciertos aspectos, una copia exacta del implacable sargento Medina, quien encabezaba con mucha ventaja la lista de aquellos que ponían el mayor interés posible por romper la no siempre fácil convivencia entre los desterrados de Hausa.

El responsable del pelotón de mantenimiento del Cabrerizas bajo las órdenes y consignas del brigada Vaquerizo sentía especial animadversión hacia los objetores de conciencia en general y los homosexuales y violadores en particular, quienes, aun siendo más bien escasos entre los corrigendos, padecían en silencio su conducta y continuas expresiones de amenaza y rechazo, gozando algunos de ellos de su particular *predilección* a la hora de ser repartidos y controlados en su trabajo.

Como nadie podía saltarse en Hausa las normas establecidas de comportamiento, ni siquiera los oficiales, Petilla había sido objeto tiempo atrás de un arresto de ocho días por haberse extralimitado en el ejercicio de sus funciones como jefe del pelotón de mantenimiento con uno de los corrigendos arrestados, individuo condenado a varios años de prisión militar por violador, más tarde conducido a El Aaiún y a Hausa para hacer efectiva su accesoria; quien, después de haber sido *torturado por su superior* con su acostumbrado y poco edificante discurso, y recibir de éste un desafortunado empujón, fue a caer en la trinchera en la que estaba trabajando, sufriendo una herida en un brazo de la que tuvo que ser asistido en el botiquín del Destacamento, dando conocimiento el teniente médico del suceso al comandante Cervera. De haber sido precisa la evacuación del herido a la capital del territorio, las consecuencias para Petilla podrían haber sido mucho peores. El lesionado tampoco se salvó de un correctivo por su clara insubordinación, al haber discutido con Petilla: ocho días de cocina y unas cuantas noches de patrulla nocturna, tan pronto se hubo restablecido de su herida.

La Compañía de Plana Mayor, Unidad a la que pertenecía el jefe del pelotón de mantenimiento, era el paño de lágrimas de todo el destacamento de Hausa para muchas de las necesidades y carencias del Batallón, por lo que no resultaba nada extraño escuchar de vez en cuando a su teniente jefe -primero accidental y luego interino- comentarios tan poco estimulantes como: “¡A ver si nos dejan en paz de una puñetera vez. Aquí todo el mundo cree que la Plana Mayor lo puede arreglar todo!”

Petilla se llevaba bien con sus compañeros de empleo destinados en Hausa, particularmente con Mateo, de la Primera de corrigendos, en quien admiraba sus muchas cualidades y el estar siempre dispuesto a hacer favores a cuantos sufrían sus mismas vicisitudes, incluso prestarles dinero cuando lo necesitaban. Con Bernardo, Bonín y Jacinto también mantenía buena relación, pero había días en los que no estaba muy de acuerdo con sus opiniones, siendo Bernardo con quien más se enfrentaba por dejarse tomar el pelo por algunos de sus corrigendos, lo que mucho le molestaba al ir esta conducta y dejadez en la obligación de su compañero en contra del prestigio de todos aquellos que ostentaban sus mismos galones. Con Ochoa y Fulgencio, cabos primeros de la Plana Mayor destinados en la sección de morteros de 81 mm. y en el pelotón de teléfonos (todas las Compañías del

Batallón estaban enlazadas entre sí por línea telefónica de campaña, además de por la radio portátil AN/PRC-10 de la ayuda americana), también se llevaba bien y con ellos era con los que más ratos pasaba en sus horas libres de las tardes, así como los sábados y domingos; teniendo la misma relación de amistad y compañerismo con Sergio Ferrer, del 2º Escalón del Batallón.

Silvestre Petilla, huérfano de un suboficial mutilado de la guerra civil -un brigada de Ingenieros-, tenía un gran espíritu militar y sabía asumir con total naturalidad su vida de entrega y sacrificio en Hausa, obligado y duro aprendizaje por el que debía pasar antes de ver cumplido su deseo de ingresar en el Cuerpo de Suboficiales del Ejército, no importándole mucho ni poco la exigua gratificación económica que recibía mensualmente por estar enterrado en el desierto junto a los corrigendos. No podía evitar, sin embargo, que sus lejanos días de playa en la costa de Tarragona, cuando aún no había ingresado en las Fuerzas Armadas como voluntario, vinieran a debilitar su mucho ánimo y templanza cuando más apretaba el sol de Hausa, haciendo flaquear a veces la entereza y decisión con las que se levantaba diariamente en el Destacamento para hacer frente a sus responsabilidades, que no siempre cumplía a satisfacción de todos, a pesar del interés y ganas que ponía en hacer bien su trabajo.

La única preocupación de Petilla en el Batallón de los corrigendos la constituía el temido siroco, viento de calor y arena que con frecuencia conseguía alterar el buen equilibrio y paciencia con los que vivía en el Cabrerizas, Cuerpo Disciplinario del desierto al que se había incorporado un año antes de forma voluntaria para conocer la clase de existencia que llevaban los militares en el Sáhara, ávido también de saber cómo era el mundo en el que cumplían pena disciplinaria los corrigendos del Ejército. Sin duda, se trataba de una experiencia dura y difícil -ya lo esperaba- pero muy instructiva e interesante de cara a su futuro profesional dentro de la milicia, al menos así lo creía con total convencimiento, aunque algunos días, muy pocos, hubiera pensado todo lo contrario.

El otoño, época de mucho viento y calor en Hausa, trajo días difíciles de soportar al destacamento disciplinario ubicado en el corazón del Sáhara Occidental. Las pequeñas dunas de los

alrededores de la antigua posición defensiva aumentaban o disminuían de tamaño, según la fuerza y dirección del siroco que las golpeaba. La vida en el Cabrerizas sólo cambiaba en esta estación del año en los treinta minutos que se retrasaba el toque de diana y en la media hora que se adelantaba el de silencio. Todo seguía igual en Hausa, excepto la calidad de las comidas, que ahora eran servidas por el cocinero de mandos y los rancheros del Destacamento *aderezadas* con buenas dosis de arena. Los menús del *imperio*, distintos en calidad y cantidad al rancho proporcionado a la tropa (las comidas de oficiales y suboficiales eran pagadas de su sueldo por quienes las consumían, que muy pocos manjares podían permitirse en aquel abandonado lugar del territorio), no se escapaban tampoco de este nefasto contratiempo, que a más de un profesional hacía exclamar de cuando en cuando: “¡Yo no pago mi plaza de *imperio* para que me sirvan arroz con garbanzos y huevos revueltos con arena!”

Durán, que no había dejado de escribir cada noche todo aquello que él consideraba digno de guardar en su diario, -"Tal vez, se decía, algún día sea capaz de contar la historia de los corrigendos del Cabrerizas en Hausa"-, se había convertido en esos meses de verano en un aguerrido sargento africano, sufridor de todas las servidumbres y climatologías que poblaban el destacamento de los desterrados del desierto. Su rostro, antes pálido y ojeroso, aparecía ahora curtido por el ardiente sol sahariano, observándose en la superficie de sus labios las marcas y cicatrices que daban fe de su dura existencia en tan desolador territorio; destacando en este mesurado semblante unos ojos intuitivos de mirada introvertida, a menudo llenos de dudas e interrogantes, y una nariz algo pronunciada, en cuyos orificios nasales miles de granos de arena encontraban fácil refugio contra el siroco; semblante que había perdido aquella expresión un tanto cohibida que muchos habitantes de Hausa descubrieran en él a su llegada al Disciplinario, que no pocos militares novatos -y no tan novatos- suelen reflejar en su rostro al incorporarse a un primer o nuevo destino, donde a nadie se conoce. Su andar y ademanes, antes vacilantes e inseguros, se habían transformado, con el paso de las semanas, en firmes y decididos. Ya no le impresionaban las bascas de la cantina ni las listas nocturnas de retreta, ni tampoco los peores corrigendos de Hausa, cuando estaba de semana. Ni siquiera el teniente Real, del que había terminado por coger -¡qué remedio!- su estilo de mando legionario, le hacía

sentirse preocupado por el cumplimiento de sus deberes como segundo jefe de la sección que mandaba. No había cambiado en Durán, sin embargo, su modo de tratar a quienes de él dependían, fueran o no corrigendos, aunque bien cierto era que se andaba con mucho cuidado con los penados más indisciplinados del Destacamento, a quienes no daba ninguna clase de confianza; hombres que, a su modo de ver, no tenían recuperación posible y que con toda seguridad pasarían pronto a engrosar las listas de reclusos en distintas cárceles o prisiones, cuando finalizaran su condena en el Cabrerizas, a quienes jamás, por este u otro motivo, trataba con altanería o indignas palabras, por mucho que lo merecieran por su mala conducta, estando siempre en su ánimo el no hacerles más dura todavía su estancia en aquel infierno de Hausa, de no ser absolutamente necesario, con sus reprensiones o arrestos.

Quien fuera sargento novato meses atrás, llevando en su corazón y en su mente una fuerte prevención hacia los penados del interior del desierto, hacia los cabrerizos irredentos de aquel perdido destacamento sahariano, había evolucionado lo suficiente como para comprender perfectamente que no todos los corrigendos del Cabrerizas eran personas de malos principios o vida desordenada, ni que todos ellos merecían haber sido condenados a un destierro tan duro, cuando bastantes de estos hombres podían muy bien haber cumplido su pena accesoria en cualquier Unidad regular del Ejército. Algo parecido pensaba de la tropa de reemplazo destinada en plantilla en el Disciplinario, a la que jamás habría enviado a Hausa para que hiciera allí su servicio militar obligatorio, junto a los corrigendos. Y cosa idéntica habría dispuesto con los Testigos de Jehová y objetores de conciencia en general, cuya personalidad y comportamiento individual en el Destacamento, cuyo buen espíritu y corrección, tanto le habían impresionado con el paso de los días. Los problemas humanos que Durán había ido descubriendo en muchos de aquellos castigados a pena disciplinaria en el Cabrerizas le eran ahora más familiares y más comprensibles. Incluso sentía un cierto pesar cuando tramitaba alguna nota informativa relativa a los Testigos de Jehová o a corrigendos cuya rebeldía de pensamiento o conciencia les había hecho rechazar el servicio militar al ser llamados a filas, que le hacían recordar a Víctor Peña, todavía en prisión preventiva pendiente de juicio en El Aaiún. No quería Durán, sin embargo, justificar lo más mínimo el

mal comportamiento de individuos de la catadura moral del Cejas, Pata de culo, el Tirabuzones y demás desterrados de Hausa de similar conducta o notoriedad, minimizando la importancia de los delitos que habían cometido antes de llegar al Destacamento, así como la violencia y sadismo que tan perversos condenados solían utilizar para relacionarse con sus compañeros más disciplinados y cumplidores, que encontraban en ellos a sus peores enemigos. En las conversaciones que mantenía con los menos problemáticos de estos hombres, donde a menudo se encontraban padres de familia, raro era el día en el que no aprendía algo nuevo de este mundo disciplinario que le impresionaba, de todo aquello que formaba parte de lo más profundo del ser humano, cuando éste vive sometido a penosas condiciones de vida, a una existencia llena de dificultades y penurias.

Una de las pocas satisfacciones que Durán experimentó en aquellos días, nunca referida a nadie de su entorno, fue la carta que recibió de quien había sido uno de los mejores componentes de su pelotón de corrigendos, Iniesta. Desde la capital murciana, el antiguo paracaidista le agradecía la consideración con la que -según él- le había tratado en sus muchas semanas de estancia en Hausa, que jamás olvidaría. El orgulloso padre del pequeño Gustavo, cuya fotografía había tenido en sus manos en un par de ocasiones (como el resto de la Compañía), se había puesto a trabajar con su suegro en una fábrica de conservas vegetales a pocos kilómetros de Murcia, y allí esperaba olvidar con el tiempo sus meses de accesoria disciplinaria en el Batallón de los corrigendos del Sáhara. Le había contestado deseándole suerte y que fuera siempre buena persona.

Durán, tal vez por la soledad y precaria existencia que se llevaba en Hausa, tal vez por estar día y noche enterrado en aquel lejano territorio, puede que debido al buen comportamiento (a veces no tanto) que observaba en la mayor parte de su pelotón de corrigendos, y también por el continuo trato que mantenía con algunos de estos hombres -en ocasiones extraños y complicados hombres-, había llegado a coger cierta estima personal a varios de sus subordinados, una especie de solidaridad compartida por hallarse el destino de sus vidas a tantos kilómetros de la Península, separados de familiares y amigos por extensas zonas de tierra yerma, soportando con mucha entereza las constantes renunciaciones a que obligaba la vida disciplinaria de cada día en el

Batallón de los condenados, en el corazón del desierto sahariano, siempre con la ilusión y esperanza de regresar pronto al mundo de los vivos.

La experiencia cabreriza acumulada en Hausa por quien meses atrás sólo fuera un simple suboficial novato destinado al Ejército del continente africano, estaba sirviendo a Durán para, además de ampliar sus conocimientos profesionales sobre el comportamiento del soldado sometido a duras condiciones de vida, valorar en su justa medida los esfuerzos de todo tipo que él mismo había venido realizando desde que ingresara como soldado voluntario en Valencia, con el deseo e intención en su pensamiento de, si ésa era su vocación y para ello servía, continuar en las filas de la milicia y llegar a obtener el grado de sargento, que le apartara para siempre de senderos o caminos equivocados, que pudieran hacer de él uno de aquellos hombres que tanto lamentaban su mala fortuna malviviendo en el Cabrerizas, en Hausa. Al no proceder el antiguo expedicionario a Cabo Juby de familia acomodada que hubiese podido facilitarle los medios necesarios para llegar a alcanzar un digno porvenir en el futuro, tuvo éste que conformarse con empezar a trabajar duramente a los catorce años en un horno-panadería, todas las noches, de ocho de la tarde a siete de la mañana, teniendo como jornal base de cada día cinco pesetas y un kilo de pan, salario más que necesario para ayudar al sostenimiento de sus hermanos pequeños, miembros de una familia numerosa donde, desde que finalizara la guerra civil, jamás había entrado un sueldo fijo de su padre, lo que más tarde le aconsejaría, cumplidos los dieciséis años, para tratar de adquirir mayores conocimientos culturales y conseguir mejor vida, animado por su abuela materna y embriagado por la propaganda que el Ministerio del Ejército venía realizando en esas fechas para poder contar en sus Unidades militares con hombres jóvenes que relevaran en pocos años a sus sargentos más veteranos, a ingresar en las Fuerzas Armadas, cosa que había hecho finalmente, tras mucho meditarlo, de lo que ahora se sentía plenamente satisfecho, ya que de esta forma tan honrosa para él había conseguido no sólo un digno porvenir como sargento de Infantería, muy importante para colmar sus deseos y aspiraciones de futuro, sino también una mayor instrucción personal, habiendo aprendido, además, lo que significaba el sentido del deber, de la honradez y de la responsabilidad, virtudes militares y ciudadanas en las que esperaba seguir profundizando con el paso de los años.

Como el joven suboficial procedente del Tetuán 14 de Castellón no había perdido su afición por el estudio y la lectura, seguía sacando buena enseñanza de la vieja enciclopedia que ya le acompañara en los días de ocupación de las trincheras defensivas de Villa Bens e Ifni en 1958/59. Gracias a la buena relación que le unía al brigada practicante Valverde, hombre también amante de la cultura, de poco más de treinta años y trato agradable y amistoso, muchos días compartía con él las clases de francés que éste seguía en un curso por correspondencia con discos; lo que, además de proporcionarle sus primeros conocimientos de la lengua francesa, le procuraba ratos de charla y entretenimiento con este buen superior y amigo, ratos que complementaba, a su vez, con las cartas que escribía, siempre con amor y cariño, a su novia, a la que tanto echaba de menos y a la que bien sabía no volvería a ver hasta que pasara mucho tiempo.

Durán seguía ejerciendo como auxiliar de S-2 del Batallón, que ahora se encontraba bajo el mando interino del recién ascendido teniente coronel Cervera, quien todavía no había sido confirmado en la jefatura del Disciplinario con su ascenso. Según se comentaba entre los oficiales, sería otro teniente coronel, también madrileño, el que ocuparía la vacante dejada por el Abuelo, pues éste estaba bastante *quemado* con el mando del Cabrerizas, del que sólo había sacado muchos problemas y sinsabores -y ninguna satisfacción-, y deseaba alejarse del territorio para siempre.

El teniente Real, más insoportable cada día con la llegada del otoño, decía muy contrariado, a quien quería escucharle, que estaban retrasando demasiado su ascenso a capitán, y que aquello ya era una tomadura de pelo. Tormentas continuaba con sus responsabilidades al frente del armamento y municiones del Destacamento, y observaba el mismo comportamiento que de costumbre: vociferaba, gesticulaba exageradamente, movía con mucho nervio el palo amenazador que tanto llamara la atención de Durán al llegar a Hausa: "Botiquín más hospital igual a cementerio", y nunca le faltaba aquel sano sentido del humor que tanto admiraba en él el más moderno de los sargentos destinados en el Cabrerizas, cosa que no ocurría, por desgracia, con el *pusas* complicavidas de Marcos, quien poco había remitido en su necia conducta con la tropa disciplinaria, aunque ahora se llevara mejor con sus compañeros de empleo, siendo menos explosivo su entendimiento con el capitán Miranda (el jefe de la Primera de

corrigendos había hecho el siguiente comentario una semana antes: "Parece que Medina está algo cambiado; veremos cuanto le dura la buena vena").

Como el trato de Durán con los oficiales del Batallón, y especialmente con los de su Compañía, era sólo el estricto y necesario para cumplir con las órdenes que éstos le daban, poca cosa podía anotar de ellos en su diario, salvo el comentario escrito meses atrás referente a que en Hausa había de todo: buenos, malos y regulares. Pues el ser oficial del Ejército en el Sáhara no llevaba implícito el ser también persona dotada de sobresalientes virtudes. Sí había plasmado Durán en su cuaderno algunos rasgos concretos sobre su jefe directo, el teniente Real, sin detenerse demasiado en la opinión que de éste tenía (en las FAS están prohibidas las críticas y las murmuraciones), y algo menos del teniente Solé y del capitán Miranda, oficiales a los que mucho consideraba, lo mismo que sucedía con el Abuelo; mandos con quienes a menudo tenía ocasión de conversar, con los dos primeros en los momentos del descanso de la instrucción de orden cerrado y de combate, por las mañanas, y tres veces por semana con el jefe del Cabrerizas, cuando cumplía con su misión reservada de auxiliar de la Segunda Sección del Batallón.

En una de estas conversaciones mantenidas con el teniente coronel Cervera, relativa a la aclaración del contenido de una nota informativa cursada al Disciplinario por el Cuartel General del Sáhara, el ahora jefe provisional del Destacamento de Hausa dio a entender a su sargento de S-2 que había un avanzado estudio en El Aaiún para entregar los corrigendos a la Legión y convertirse el Cabrerizas en una Unidad normal de Infantería, recibiendo por tanto el Batallón unos cientos de reclutas del BIR (Batallón de Instrucción de Reclutas), replegándose las tres Compañías de fusileros en cuadro y la Plana Mayor a Cabeza de Playa, muy cerca de donde el contingente anual destinado al Sáhara realizaba su período de instrucción básica, antes de ser distribuido a las Unidades ubicadas en la provincia africana. El estudio estaba bastante avanzado y hasta se había iniciado ya la construcción de varias naves de obra en las proximidades del espolón portuario por una brigada de trabajadores dependiente del Servicio de Construcciones del Ejército para acoger a los cabrerizos, según se decía.

Con aquella noticia rumoreándose por Hausa a los pocos días (los convoyes llevaban mucha información y algún que otro bulo

al destacamento de los desterrados), los comentarios que empezaron a escucharse en la antigua posición defensiva no resultaban muy positivos, en general, para aquella probable entrega de los corrigendos a la Legión. La gran mayoría de los corrigendos, es verdad, quería salir como fuera de aquel infierno de tierra quemada por el sol (lo mismo que los oficiales y suboficiales), pero no a todos los penados agradaba por igual la idea de que fuera la Legión precisamente la que tuviera que hacerse cargo del control de sus condenas y accesorias -de sus vidas-, dejando de estar mandados por hombres del Ejército regular, profesionales menos identificados con la rígida disciplina militar que se practicaba diariamente en el mundo legionario. Para muchos de los corrigendos, de confirmarse la noticia, significaba volver de nuevo al principio de todos sus males: la Legión. Para otros, en cambio, esta entrega suponía la posibilidad no deseada de entrar a formar parte de un sistema de vida con el que no se identificaban en absoluto, donde imperaba lo que menos les atraía: una rigurosa obediencia a las órdenes y los reglamentos, dura imposición de la que no querían saber nada. Los más belicosos de aquellos hombres eran los menos interesados en pasar a depender de las fuerzas legionarias, donde un simple cabo podía complicarles la vida todo lo que quisiera, según opinaba abiertamente y con recelo la mayoría de los penados. Preferían, sin duda, continuar bajo la responsabilidad de oficiales y suboficiales de Infantería, que para ellos eran personas más razonables y menos intransigentes, salvo raras excepciones, aunque el dejar para siempre el destacamento del fin del mundo...

Años más tarde, el capitán Durán, cumpliendo con los deberes propios de su empleo y destino en el Cuartel General de la Brigada Mecanizada XXXI de Castellón, buscando en su diario sahariano unos datos que necesitaba contrastar de aquella etapa de su vida militar, leería lo siguiente sobre esta noticia de la entrega de los corrigendos a la Legión y la conversión del Cabrerizas en un Batallón Independiente de Infantería:

"...Creo que no tardará mucho tiempo en hacerse realidad lo que ahora únicamente son meras suposiciones: nuestro traslado a Cabeza de Playa, cerca del BIR. La opinión del teniente coronel Cervera y el contenido del escrito remitido por el Cuartel General del Sáhara hace días, en el que se pide al jefe del Batallón comunique a El Aaiún con carácter urgente diversos datos

relativos a material de acuartelamiento, personal de tropa y armamento, permite suponer que muy pronto se confirmará lo que a simple vista podría parecer sólo una previsión a medio o largo plazo. Los corrigendos se muestran inquietos y algo preocupados por su inmediato futuro, sobre todo aquellos que les queda por cumplir mayor tiempo de pena disciplinaria en el Cabrerizas, en Hausa. Temen que, de pasar a depender de la Legión -los que no conocen la vida legionaria por no proceder de estas fuerzas especiales, y también los que la conocen-, puedan ver su vida complicada. Incluso piensan que, por los comentarios de quienes han sido legionarios en el Tercio Don Juan de Austria, los mandarán a todos a cualquiera de los destacamentos que este Cuerpo tiene en el interior del desierto y allí quedarán tan olvidados como están ahora, o tal vez más.

La mayor parte de los hombres de mi pelotón, aunque les gustaría que estos rumores que corren por el Destacamento fueran ciertos para abandonar pronto este lugar, con la mala vida que aquí se lleva, sienten cierta preocupación y desasosiego con estas previsiones de traslado que aquí todos comentan. Colás y Flor son los que más me preguntan al respecto cada mañana, debido a que son los que se encuentran más próximos a abandonar el territorio, cumplida su pena accesoria. No pueden disimular, Flor especialmente, el nerviosismo que se ha apoderado de ellos desde hace varios días. Murietas está verdaderamente atemorizado, ¡vivir con los legionarios!, y creo que si se cumplen pronto estas expectativas de entrega de los corrigendos a los *legías*, con cambio de destino para todos, le dará un ataque de nervios y se pondrá a llorar como un poseso, si no hace algo peor todavía. Arsenio y Darío no dan una opinión clara sobre este posible traslado. Aliaga, el jefe de la segunda escuadra de mi pelotón, dice que prefiere estar con la Legión antes que seguir en Hausa, lo mismo que comenta el resto de mi gente, excepto Crispulo, que no deja de despotricar a cada instante en contra de los legionarios -¡y de todo el mundo!- y no para de decir que prefiere desertar del Cabrerizas antes que ser entregado a los *legías*; quienes, según dice, “Sólo saben sacar el pecho con la camisa abierta y chulearse como verdaderos fantasmones cuando van por la calle”.

A mí no me disgustaría seguir mandando corrigendos (no es difícil entenderlos, cuando se les conoce un poco), pero siempre que estuviéramos fuera de Hausa, lejos de este maldito lugar que

poco a poco se te mete en el cerebro y llega casi a trastornarte. No es lo mismo estar en un destino táctico tradicional, bien alojado y con los medios adecuados que te permitan cumplir como corresponde con tu cometido de jefe de pelotón de fusileros, que sufrir las muchas incomodidades y miserias a que obliga en todo momento el vivir en este destacamento de los avernos, desde la mañana a la noche; donde, además, tienes que *disfrutar* de las muchas rarezas que de cuando en cuando desequilibran a algunos de los cabrerizos que se mueven por este Disciplinario, que todos soportamos con paciencia. ¡Ay, la comida!; ¡ay, el agua!; ¡ay, el calor! Esto es ahora muy desagradable de resistir, debido a los malos días que venimos sufriendo últimamente por culpa del siroco. Todo silba a nuestro alrededor y casi no ves nada a un palmo de distancia. No puedes abrir los ojos si no llevas las siroqueras puestas, y siempre tienes los oídos zumbándote como si en ellos se alojaran miles de grillos, como si estuvieras loco, y la nariz y la boca llenas de arena. ¡Es el mismísimo infierno! Y no es que yo no conociera antes los estragos que ocasiona el siroco en quienes se mueven por el desierto, que ya lo creo que los conocía de mi estancia en Villa Bens hace años, pero es que allí estábamos en la costa, junto al mar, donde los efectos del sol sahariano, el viento y la arena son menos devastadores que en el interior del territorio, y su presencia era, por consiguiente, mucho más soportable.

Hoy he estado ojeando todo lo que ya llevo escrito en este cuadernillo desde que llegué a Hausa, mal expresado (¡y seguro que con unas cuantas faltas de ortografía!), y me he dado cuenta de que ya soy bastante veterano en este Destacamento de las tinieblas. He leído varios de los párrafos que escribí en el mes de mayo, días después de mi llegada al Disciplinario, también de junio, de julio, de agosto y... ¡me han dado ganas de romperlo todo! ¿Para qué diablos quiero yo esto?, me he preguntado, encogiéndome de hombros. ¿Qué me importan a mí el Cabrerizas, Hausa, los corrigendos y todas estas historias saharianas - ninguna de ellas agradable, por cierto- que llevo acumuladas en este Batallón del fin del mundo? He estado a punto de quemar el cuaderno, un bloc de anillas de muchas hojas que antes había utilizado en la Escuela de Aplicación de Hoyo para resolver problemas de tiro y topografía, que de nada me ha de servir en el futuro si no es para recordar tiempos desagradables, pero pronto he desistido de este propósito. Es verdad que muchos días me

siento ridículo cuando leo lo que ya llevo escrito en estas páginas, en ocasiones anotando en ellas detalles insignificantes de mis pensamientos que no tienen ni pies ni cabeza -¿me estaré haciendo viejo antes de tiempo?, me pregunto-, detalles que sólo podrían servir para hacer reír a todo aquel que lo leyera, aunque yo a veces piense que, con el tiempo, pueda haber alguien interesado en conocer algunas de estas secuencias de la vida de los corrigendos del Sáhara. ¿Tal vez mis hijos y nietos? ¿Uno de mis hermanos pequeños? Entonces serán otros tiempos y otras costumbres y no creo que ninguno de ellos esté interesado en escarbar en estas andanzas mías por el Cabrerizas, en descubrir la historia de los condenados de Hausa, la pequeña odisea de los mandos y soldados de reemplazo que aquí, en el corazón del desierto sahariano, escribieron una sencilla pero dura página de entrega, renuncia y servicio, junto a los desterrados del Batallón Disciplinario, ¡que a nadie ha de importar nunca gran cosa, seguro!...”

Su semana de facción en la Compañía a primeros de noviembre la cumplió Durán como un profesional más, aunque sin verse libre en ningún momento de las habituales complicaciones que ocasionaba en Hausa el estrecho control de los corrigendos, destacando de nuevo entre estos condenados del desierto el Cejas, Pata de culo y el Cuervo, otra vez deambulando por los dominios del Disciplinario, tras haber cumplido los dos meses de arresto impuestos por el Mando para castigar su abandono del Destacamento (para ellos fue más bien un premio que un castigo, pues además de escapar de una falta grave de mayor correctivo, pasaron unas verdaderas vacaciones en los calabozos del Tercio Don Juan de Austria, en El Aaiún, mientras sus compañeros corrigendos seguían tragando arena, cumpliendo con muchos servicios y recibiendo mala alimentación, por escaso haber de la tropa y pobre abastecimiento). Su fallida deserción, en vez de haberles hecho reflexionar detenidamente sobre su anterior conducta en Hausa, mostrándose por consiguiente menos ruines y vengativos con quienes compartían su destierro en el destacamento disciplinario del Cabrerizas, había hecho crecer aún

más la mala sangre que hervía en sus venas, intoxicando nuevamente la vida a muchos penados con sus malas artes y espíritu mezquino, que ya habían ocasionado a los quince días de su indeseado regreso a Hausa varios pequeños altercados, teniendo en uno de ellos como oponentes principales a Colás y Arsenio, a quienes, al parecer, no habían perdonado su enfrentamiento con el Tirabuzones y Eutimio en la Virgen de Agosto. Concretamente en esta última basca de su regreso, ocurrida bajo el techo de hojalata de “la Gloria” el 30 de octubre, Críspulo, de forma sorprendente, se había puesto del lado de sus compañeros de pelotón, junto a los cuales repartió y recibió no pocos insultos y puñetazos. Marcos, que estaba ese día en la cantina bebiendo tranquilamente una botella de cerveza junto al cabo primero Jacinto, quiso poner orden en la disputa desde el primer momento, pero se vio obligado a avisar a la guardia de prevención para restablecer la paz entre los corrigendos. El resultado final, el de costumbre: dientes partidos, contusiones varias y labios ensangrentados, a los que había que añadir -¡cómo no!- los consabidos arrestos a horas nocturnas de patrulla, cocinas, trabajos de pico y pala y la prohibición absoluta de asomar las narices por la cantina durante algunos días. En esta ocasión, Flor no se encontraba entre los arrestados. Esa tarde, gracias al furriel, pelaba patatas en la cocina.

El cabo de Banda Inocencio, que tuvo la ocurrencia de sentarse junto al Tirabuzones momentos antes de que se iniciara esta basca, corrigiendo despreciable que hacía pocos minutos acababa de *soplarle* un par de cientos de pesetas al póquer, desoyendo, como siempre, los consejos y buenas palabras de quienes bien le querían, recibió un fuerte puñetazo en la boca que lo lanzó de espaldas contra una de las mesas de la cantina. Como buen profesional que era -¡por encima de todo!-, contribuyó con su esfuerzo a que el orden y la disciplina fueran pronto restablecidos, no viéndose implicado de otra forma en el suceso, aunque sí obligado a permanecer varios días con los labios hinchados y doloridos.

Seis meses en Hausa, seis meses en aquel desolador desierto, conviviendo estrechamente con los corrigendos del Cabrerizas y sólo viendo rostros agrios y endurecidos la mayor parte del día, eran casi una eternidad para el antiguo defensor de “la Muda”, aciagas servidumbres que éste soportaba con su mejor predisposición y voluntad de servicio.

Durán, a pesar de las malas condiciones de vida del lugar donde se encontraba ocupando destino y de los muchos sinsabores que había tenido que soportar a lo largo de aquellos ciento ochenta días que ya llevaba enterrado en lo más profundo del desierto sahariano, no obstante su a veces tirante relación con Marcos, que en ocasiones lo trataba como si no ostentara sus mismos galones, teniendo por tanto idénticos deberes y derechos a los suyos, se sentía satisfecho de haber solicitado plaza en un Cuerpo africano, al no haber podido ocupar vacante en su Regimiento castellonense, como había sido su deseo e intención desde el primer momento.

Sólo una negra nube oscurecía su estancia en el Cabrerizas y en Hausa: echaba demasiado de menos a su novia, a la que aún tardaría en besar de nuevo. Su madre y hermanos significaban también una pequeña herida abierta en su espíritu, que todavía no estaba cicatrizada, lo mismo que sucedía con el fallecimiento de su padre, ocurrido en 1960.

Gracias a la práctica del deporte y a la amistad que le unía a Ramiro y al brigada practicante, así como a la buena relación que mantenía con Tormentas y Benito, con quienes compartía muchos ratos libres las tardes de los domingos escuchando "Carrusel Deportivo" en la emisora de radio del Destacamento, las semanas de vida en Hausa eran algo más llevaderas, si bien siempre faltas de unos pocos días de libertad y respiro fuera de aquel infierno de sol y arena con los que poder recuperarse de la fuerte presión a la que todo el mundo en el Disciplinario era sometido por buena parte de los corrigendos, fundamentalmente los sargentos, cabos primeros y tropa de reemplazo. Para no pocos oficiales, que también sufrían lo suyo en aquel destierro sahariano (algunos de ellos destinados con carácter forzoso al Cabrerizas), la existencia en Hausa de soldados tan poco orgullosos del uniforme que vestían casi pasaba desapercibida, y pocas o escasas noticias tenían de sus problemas personales o dificultades de vida, de sus porfías y desavenencias, de sus citas y encuentros nocturnos, si no era a través de las novedades que recibían de sus subordinados, quienes no siempre acudían a sus superiores jerárquicos para informarles de sucesos o problemas que ellos sabían solucionar por sí mismos, con su mejor iniciativa. Eran realmente los sargentos y cabos primeros (hombres estos últimos dignos de admiración y respeto por su espíritu de sacrificio, mal retribuidos y a veces peor considerados) quienes verdaderamente

resolvían los conflictos que cada día ocasionaban los corrigendos, a veces con peligro para su propia integridad física, y ellos eran los que conseguían un feliz desenlace a los pequeños contratiempos que a menudo se presentaban en las Compañías, siempre buscando la solución más adecuada, con el mayor interés y empeño, dejando los acontecimientos más importantes y trascendentes a la resolución de los escalones superiores del mando. También los capitanes de Compañía debían hacer frente muchos días a algún que otro quebradero de cabeza con la presencia de estos condenados en sus respectivas Unidades, pues aquellos soldados tan especiales -de mucho empuje y poco aguante, según rezaban sus canciones-, rebeldes e indomables en sus disputas y desacuerdos, les obligaban con frecuencia a tomar severas medidas disciplinarias para que la subordinación y el cumplimiento de las órdenes quedaran en todo momento a salvo de su avieso comportamiento. Varios de estos corrigendos, totalmente desahuciados por sus mandos más inmediatos, conseguían que sus jefes de Compañía llegaran a pedir a la divina Providencia que les cayera un rayo encima y los sacara para siempre del Destacamento.

Durán se indignaba a menudo con Marcos -ahora algo menos-, que no dejaba de atosigarle por sus tardes de fútbol en la pista de aterrizaje, recordándole estos sermones las advertencias y consejos que ya había recibido con anterioridad de Casinos y Palomares, que casi terminaron por amargarle la vida. Como la edad de Marcos Medina se encontraba mucho más próxima a la del joven *tetuaní* que la de aquellos que al principio le habían recibido con cierta frialdad en Hausa, y la antigüedad en el empleo del tinerfeño se acercaba muy poco a la que tenían acreditada en sus hojas de servicio los sargentos primeros de la Compañía, uno de ellos, Casinos, ya ascendido a brigada, Durán ni siquiera se molestaba en escuchar la reglamentaria palabrería de su compañero, que muchas tardes se dedicaba a dar pequeños paseos por los alrededores del Destacamento, seguramente buscando a quién complicar la existencia. Ramiro, del que llevaba mucho aprendido el sargento más moderno del Batallón Disciplinario, seguía actuando con la serenidad, tacto y prudencia que le caracterizaban, siendo, para muchas cuestiones internas, el brazo derecho del capitán de la Compañía. Él se encargaba de preparar los ejercicios de tiro que debía realizar la tropa cada quince días, así como de comprobar periódicamente el estado de

la dotación de las municiones de las armas colectivas a cargo de la Unidad (fusiles ametralladores, lanzagranadas y morteros ligeros), independientemente de la responsabilidad que tocara a los jefes de sección con estas armas de fuego incluidas en sus respectivas plantillas. Cuando había alguna misión especial que cumplir en la Compañía a nivel de suboficial, Ramiro era el hombre que el capitán Miranda escogía sin dudar para que fuera él quien se encargara de su desempeño, sabedor de que la competencia y el sentido del deber de su sargento táctico más antiguo darían solución adecuada a la exigencia encomendada. El capitán jefe de la Primera Compañía de corrigendos, que había dejado a su familia en Sevilla para incorporarse al Cabrerizas diez meses antes, no vaciló ni un instante en encargar a Ramiro que se preocupara al máximo de las armas colectivas de la Compañía, vigilando estrechamente su limpieza, engrase y puesta a punto, no obstante quedar al mando de la Unidad el teniente Real, que era a quien por ordenanza le correspondía, mientras él disfrutaba de su permiso colonial de dos meses. Ramiro estaba orgulloso de gozar de la confianza y estima de su capitán, pero jamás hacía ostentación alguna de esta distinción, que a veces le obligaba a trabajar más que a los otros sargentos de la Compañía, incluso del Batallón, cobrando todos la misma paga.

Durán, a quien también le gustaba compartir con sus compañeros suboficiales la quietud y silencio de las noches saharianas, sentado en la mecedora de sargentos de la Compañía u ocupando cualquiera de las sillas plegables que sacaban del interior del alojamiento subterráneo donde cada día comían y dormían, dejaba volar con frecuencia su imaginación y fantasía tratando de alcanzar el brillante cielo valenciano. En ocasiones, cuando recostado en el viejo balancín que siempre hacía guardia a la entrada del dormitorio bajo tierra se quedaba medio dormido, sintiendo en su piel la suave brisa de Hausa, creía estar respirando el intenso perfume de los naranjos en flor de La Plana y viajando junto a su novia cerca del mar en la "Panderola" (viejo tren de cercanías y recorrido costero que gozaba de gran popularidad en las tierras castellonenses).

En esas noches tranquilas y serenas del desierto, no era extraño escuchar, desde cualquiera de los rincones de la antigua posición defensiva, la voz de algún nostálgico corrigendo cantar su triste melodía, a menudo acompañada por los trémulos acordes de una vieja y desafinada guitarra. Estas canciones hablaban siempre de

los sentimientos del espíritu, de un corazón lleno de esperanzas, de un amor que sufría.

"Tengo una pena en el alma
que me tiene acongojado,
sácame niña de este infierno
donde todos me han abandonado.
Dime que tú sí me quieres,
aunque esté en Hausa enterrado;
no dejes que mi espíritu muera
en un lugar tan desolado.
Dicen que soy un soldado maldito,
un corrigiendo del Sáhara,
tú no creas lo que otros digan,
cree en mi corazón que te ama..."

A pesar de que los Diarios Oficiales del Ejército llegaban con mucho retraso a Hausa, la existencia de la emisora de radio en el Destacamento permitía que las órdenes o disposiciones más importantes se conocieran pronto -a veces el mismo día- en el Cabrerizas. Por este medio de enlace el Cuartel General del Sáhara notificó al teniente coronel Cervera su destino fuera del territorio, el 14 de noviembre, y por esta misma vía los condenados del desierto conocieron el nombre de su nuevo jefe de Batallón, el teniente coronel Fuentes, que tardaría sólo unos días en incorporarse al Disciplinario, procedente de la capital de España, como se venía rumoreando desde hacía algún tiempo. A este jefe correspondería, de confirmarse las previsiones de abandono de Hausa, el llevar a cabo el traslado de las Compañías a Cabeza de Playa, así como la entrega de los corrigendos a la Legión, cabrerizos ya bastante mermados en su número, gracias al indulto parcial acabado de conceder por el Gobierno (una sorpresa para todos), que había rebajado en buena parte la condena que debían cumplir los desterrados del Sáhara por haber cometido delito, indulto que para muchos de los penados había supuesto su marcha definitiva del Cabrerizas en un convoy especial organizado al efecto y a toda prisa desde El Aaiún, dos días antes de conocerse el nombre del nuevo responsable del Batallón.

La despedida de Hausa del teniente coronel Cervera fue triste y muy sentida, y hubo ovación prolongada para la labor realizada por el comandante en el destacamento disciplinario, labor pobre y oscura si se quiere por los nulos medios disponibles y el lugar donde todos los miembros del Cabrerizas arrastraban su destino: el desierto del Sáhara, pero llena de moderación, sensatez y, sobre todo, comprensión y sabiduría, que en otras partes del Ejército seguramente no habría sido bien comprendida, pero que resultaba absolutamente necesaria en aquel perdido destacamento de corrigendos. Todos le estimaban y todos le echarían de menos, sin duda. ¡Suerte, mi comandante!, fue el unánime deseo de quienes le habían estado subordinados hasta aquel día.

El teniente Real, ascendido al grado superior a últimos de octubre -¡había rejuvenecido diez años con tan esperado ascenso!-, estuvo alegre y jovial en esta despedida del comandante, que todos aprovecharon también para celebrar su tercera estrella de seis puntas. Fue sincero el antiguo oficial legionario y paracaidista al comentar a los presentes que deseaba continuar en el Cabrerizas y que al día siguiente cursaría su papeleta de petición de destino (adelantada por radio) para que le confirmaran en la vacante dejada por el capitán de la Segunda Compañía, González Martín, veinte días atrás destinado fuera de Hausa con carácter voluntario, vacante que acababa de ser publicada en el Diario Oficial del Ejército.

El teniente Solé se encontraba en Madrid por esas fechas realizando unas evaluaciones para su curso de Estado Mayor, y todos estaban convencidos de que no pasaría por grandes dificultades para diplomarse en tan importante Servicio. Tuvo el detalle de mandar un "radio" de recuerdo y amistad a todo el Batallón, especialmente para su sección de corrigendos, ahora bastante mermada en sus efectivos, como todas las demás.

El brigada Cortijo había cogido también su colonial de sesenta días el 23 de octubre (la mayoría de los mandos, al menos los del Disciplinario, no esperaban hasta cumplir veinte meses continuados de estancia en el desierto para disfrutar de cuatro meses de permiso ininterrumpido en la Península, Baleares o Canarias, porque Hausa absorbía demasiado a sus profesionales y hacía difícil que éstos pudieran resistir tanto tiempo seguido sin alejarse por una temporada de sus dominios) y, como ya tenía previsto y calculado desde mucho antes, se reincorporaría al Destacamento para despedirse del Batallón definitivamente a los

pocos días de su regreso, cumplidos sus cincuenta y un años, edad de pase a retiro de los suboficiales en esa época.

Cortijo, que a todos tenía acostumbrados a un comportamiento formal y discreto, era hombre que se hacía respetar con facilidad, sin necesidad de que estuviera presente la autoridad otorgada a su *sardineta*, a quien sus subordinados directos estimaban y consideraban como merecía. Le gustaba beberse un vaso de vino de vez en cuando, es verdad, pero jamás daba pie o motivo para que le fuera llamada la atención por esta afición suya, en la que nunca se excedía. Había participado en la guerra civil con los galones de sargento, siendo *premiado* por su lealtad y entrega al bando nacional con ¡un único ascenso! en toda su carrera militar, no habiendo tenido la oportunidad de ostentar el recién creado empleo de subteniente, por falta de antigüedad (los empleos de sargento primero y subteniente se habían incluido en el Cuerpo de Suboficiales en 1960 para que ningún profesional perteneciente a esta categoría intermedia entre los oficiales y la tropa tuviera que permanecer en lo sucesivo más de diez años - luego ocho- sin un ascenso, excepto por causa de interinidad, que, aunque ya poco corriente de ver en aquellos años, todavía se daban ciertos casos, en el empleo de sargento, en determinadas Unidades de África, algunos de cuyos representantes más populares había conocido Durán en la Escuela de Formación de Sargentos de Hoyo de Manzanares, en octubre de 1962, profesionales muy distinguidos entre los alumnos de dicho Centro Militar de enseñanza, ya que, además de ser hombres cercanos o que habían sobrepasado los cuarenta, ostentaban en su uniforme, aunque sólo fuera de manera interina, los galones que todos los alumnos de aquella Escuela ambicionaban conseguir de forma efectiva al abandonar sus aulas).

A Durán le gustaba hablar con el brigada Cortijo y escuchar con atención y respeto algunas de las experiencias que este veterano suboficial había vivido en el drama sufrido por los españoles en la guerra civil del 36, contienda fratricida que a la propia familia del antiguo expedicionario a Ifni y Cabo Juby, como a otras muchas más, había perjudicado gravemente.

Recordaba de aquella posguerra el joven sargento del Cabrerizas, nacido en 1940, los cupones de racionamiento y las calabazas y boniatos cocidos que se vendían como verdadero manjar por las calles valencianas, los grandes desfiles militares que agolpaban a multitud de personas junto a las aceras de

algunas de las más famosas avenidas de la capital del Turia... ¡y el perfume del galán de noche del parterre de la Glorieta de España, en los meses de verano!, donde su padre, que ejercía como vigilante nocturno de aquella parte principal de Valencia, procuraba ganarse unas pocas pesetas para sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos, tras haber sido expulsado de la Guardia Republicana por los vencedores de aquella dolorosa guerra (la peor y más cruel de todas las guerras, que dejó enterrados en los cementerios españoles a cerca de un millón de muertos), triste epopeya de este servidor del Estado, cuyo hermano menor, de tan sólo dieciocho años, había perdido la vida como consecuencia de aquel terrible holocausto; biografía policial y personal del autor de sus días que, sin avergonzarse jamás de ella, a Durán había preocupado bastante en las Navidades de 1958, mientras ocupaba las trincheras del cinturón defensivo de Sidi-Ifni, al haber solicitado su continuación en el Ejército por dos años, cumplido su compromiso inicial de veinte meses en las FAS, por la posible inclusión de su progenitor en las listas negras confeccionadas por los vencedores de aquella penosa campaña militar, como a otros españoles les había sucedido hasta entonces, dada su condición de antiguo guardia de la República, que hubiera podido significar la negación de esta continuidad suya en la milicia, cosa que no había ocurrido.

Durán apreciaba al brigada Cortijo porque era un suboficial prudente y sensato que, además de preocuparse en todo momento por el bienestar de sus soldados, jamás decía los *rojos* o los *comunistas* para referirse al bando republicano. Contaba lo malo que es luchar entre hermanos y las grandes atrocidades que puede llegar a cometer el ser humano cuando éste se ve sometido a estúpidos fanatismos, especialmente si tales fanatismos tienen su origen en la política o en la religión.

Cortijo deseaba fervientemente que aquello no volviera a repetirse, pues era una experiencia muy dura el ver cuerpos destrozados tirados en medio de las trincheras. Él había tenido bajo sus órdenes a muchachos de apenas diecisiete años, a algunos de los cuales, casi con lágrimas en los ojos, había tenido que recoger sin vida del suelo. Cuando el brigada de la Compañía le contaba estas tragedias, Durán se preguntaba el porqué de aquella maldita guerra entre hermanos. Los Ejércitos, pensaba, no deberían existir para quitar la vida a nadie, sino para defenderla

y protegerla, y era a estos Ejércitos defensores de la vida a los que él quería pertenecer y no a otros.

Aun cuando en aquellas fechas no se observaba por el territorio sahariano movimiento alguno de los hombres del antiguo “ejército de liberación”, y las reclamaciones de soberanía de Marruecos sobre Ifni y la provincia española del Sáhara Occidental se habían encauzado por la vía diplomática en las Naciones Unidas, siempre surgía alguna pequeña escaramuza o mal entendimiento entre los gobernantes de la colonia y determinados sectores de nativos más o menos simpatizantes del reino alauí, que obligaban a las distintas patrullas de vigilancia y enlace que se movían por el desierto a extremar las medidas de seguridad e información. Durán, con cierta experiencia bélica acumulada en el continente africano al haber tomado parte activa en la campaña de Ifni-Sáhara de 1957/58 (en los dos frentes), que le había permitido ostentar en su uniforme dos condecoraciones con tan sólo diecisiete años, de las que se sentía muy orgulloso, pensaba que aquel antiguo puesto o avanzadilla de vigilancia y seguridad del interior del desierto donde estaban desterrados con los corrigendos, no podría resistir mucho tiempo un masivo ataque en fuerza por parte de grupos rebeldes saharauis, caso de surgir un nuevo conflicto armado en el territorio, aunque cierto era que el apoyo aéreo que podía proporcionar El Aaiún durante el día a Hausa era más que suficiente para hacer desistir de esta idea a posibles enemigos dispuestos a llevar a cabo un asalto inesperado al Destacamento, pues si bien resultaba cierto que por la noche el Cabrerizas podía verse rodeado con facilidad por partidas de guerrilleros atacantes, por el día estas fuerzas irregulares debían recorrer quinientos kilómetros o más sin ser detectadas por los observadores aéreos y terrestres de las FAS españolas repartidos por el territorio (ida y vuelta desde cualquiera de las fronteras de Marruecos, Argelia o Mauritania), lo que, en una primera valoración de posibilidades, resultaba imposible de realizar, teniendo en cuenta, también, el tiempo que se necesitaba para llevar a cabo el combate nocturno. Por este simple y elemental razonamiento táctico, y por la paz y tranquilidad reinantes en los últimos años en el desierto, no había motivos para pensar que en cualquier momento pudiera

producirse una situación de enfrentamiento armado en las proximidades del Cabrerizas.

No existía, pues, entre los miembros del Disciplinario, temor alguno a que cualquiera de sus patrullas de vigilancia, incluso los centinelas que guardaban los puntos más señalados de Hausa, pudieran ser objeto de ataques por sorpresa, y todo aquel que dormía tumbado dentro o fuera de su alojamiento subterráneo estaba tranquilo y confiado a este respecto. Por otra parte, caso de repentinas acciones de guerra en el territorio, no era fácil que células o grupos guerrilleros quisieran enfrentarse abiertamente al Cabrerizas. Los corrigendos, es seguro, habrían sido los últimos habitantes del desierto en ser atacados por cualquier comando liberador del Sáhara. En Hausa se encontraban, si no los soldados mejor preparados y más disciplinados del Ejército, sí los más duros y belicosos, los más osados y menos escrupulosos, a quienes sería difícil expulsar de aquel destacamento del corazón del desierto; hombres que no tendrían la menor vacilación o duda a la hora de emplear, con la violencia que fuese necesaria, su cuchillo bayoneta, si llegaba el caso, y que serían incapaces -así lo pensaba Durán con total convencimiento- de abandonar al compañero metido de lleno en combate.

La incorporación del teniente coronel Fuentes al Batallón se produjo el veinte de noviembre, realizando el viaje desde El Aaiún el nuevo responsable de Hausa en el "Junker" estafeta que de vez en cuando se dejaba ver por el Destacamento. Sus palabras de toma de mando y su gesto algo frío y distante no ocasionaron muy buena impresión en la mayoría de los asistentes al acto llevado a cabo en el *imperio* a las doce de la mañana, pero todos se dispusieron a cumplir con sus obligaciones en Hausa, como habían hecho hasta entonces. Nadie tenía referencias concretas sobre el nuevo jefe del Cabrerizas y todo era cuestión de dejar pasar un tiempo para que el recién llegado empezara a aclimatarse a aquellos parajes y a conocer mejor el sistema de vida y costumbres del Disciplinario. Los enclaustrados en el corazón del Sáhara deseaban que no fuera persona demasiado reglamentaria y que comprendiera bien que la vida en el Cabrerizas no era ni debía de ser igual o parecida a la que se desarrollaba en cualquier acuartelamiento militar de España, ni tampoco tenía por qué ser más dura y disciplinada por tratarse del Batallón de los corrigendos, que bastante pagaban todos los

desterrados en Hausa su irregular pasado con estar viviendo de forma tan precaria en el desierto africano, semana tras semana.

Durán fue confirmado en su destino de auxiliar de S-2, compaginando al mismo tiempo esta obligación burocrática confidencial con el mando táctico de la sección de fusileros del teniente Real, hasta que llegara destinado al Disciplinario y a la Compañía un nuevo oficial subalterno. Dado que el sargento más moderno del Destacamento era hombre que no se tomaba ninguna confianza ni familiaridad con los superiores y sabía guardar siempre la oportuna distancia cuando éstos daban sus órdenes o comunicaban sus decisiones, no le costaría mucho trabajo en adelante asumir el carácter seco y poco comunicativo de su nuevo jefe.

Como orden inicial a cumplir, Durán recibió el encargo de preparar un estado demostrativo de toda la documentación periódica clasificada del Cabrerizas, así como la confección de una lista nominal de los corrigendos que originaban más problemas a la convivencia en Hausa, dentro de las Compañías, estado y lista nominal que al día siguiente tuvo el teniente coronel Fuentes encima de su mesa. Con el indulto recientemente concedido a los corrigendos (los cabrerizos penados habían hablado mucho de él en los últimos días), cerca del cincuenta por ciento de estos hombres había abandonado ya el Destacamento con su condena o accesoria saldada, pero este beneficio, con haber sido de aplicación general para todo el Batallón Disciplinario, sólo había sacado del desierto a los desterrados saharianos cuyo castigo o servicio militar pendiente de cumplir eran menores, casi todos ellos tropa de reemplazo o del voluntariado normal, ya que quienes provenían de la Legión o Paracaidistas, pertenecientes al voluntariado especial, al tener firmado un compromiso mayor –dos o tres años, generalmente-, sufrían una accesoria disciplinaria más abultada, e incluso, muchos de ellos, cumplían una condena más severa por ser hombres que habían cometido delitos castigados con superior pena, siendo en su mayoría individuos muy indisciplinados y belicosos, aunque no menos valerosos frente al enemigo, como así lo habían demostrado en la recuperación de distintos destacamentos del interior de las provincias de Ifni y el Sáhara, sobre todo en la liberación de Tamucha, Tiugsa y Telata (sección del teniente Ortiz de Zárate, Paracaidistas, del 23 de noviembre al 5 de diciembre de 1957, con 15 muertos y 24 heridos.-Ifni) y

en la emboscada de Edchera (Sáhara, con 42 muertos y 55 heridos de la XIII Bandera de la Legión, el 13 de enero de 1958), entre otras acciones armadas en la última campaña africana, donde tanto los paracaidistas como los legionarios habían combatido bravamente, como verdaderos héroes muchos de ellos, junto a Tiradores de Ifni, Policía Territorial, el Cabrerizas (en Villa Cisneros), también con muertos y heridos, Tropas Nómadas y el Soria 9 de Infantería (de Sevilla), con una sección totalmente diezmada.

En el pelotón de Durán se habían licenciado ya -además del murciano Iniesta, que lo había hecho con anterioridad y con su accesoria cumplida- Colás, Flor, Darío y Crispulo (¡bendito indulto!), y sólo quedaban en sus escuadras, de sus más famosos personajes, Arsenio, Aliaga y el Tatuajes, este último contando con obsesiva impaciencia los días que aún faltaban para que llegara el siguiente convoy a Hausa, con el que se alejaría para siempre de aquel infierno de viento, sol y arena.

Seguían, sin embargo, en el Destacamento, el veintidós de noviembre de 1964, entre otros individuos no menos insidiosos, los siempre repulsivos Pata de culo, el Cejas y el Tirabuzones, habiendo abandonado Hausa el Cuervo y Eutimio.

Pepito también se había beneficiado de la rebaja de su pena accesoria, lo mismo que Margarito, gracias al indulto concedido por el Gobierno, que algunos decían tenía su origen en la reapertura de septiembre del concilio Vaticano II, y otros en la magnanimidad del Jefe del Estado. Nuevos corrigendos se habían incorporado por aquellas fechas al Disciplinario, en número más reducido a lo acostumbrado, lo que ocasionaba que las pequeñas unidades del Batallón estuvieran muy mermadas en sus efectivos. Entre estos nuevos cabrerizos, ninguno de ellos destinado a las antiguas escuadras de Colás y Aliaga, pero sí a los pelotones de la sección que ahora mandaba Durán provisionalmente por ascenso a capitán del teniente Real, se encontraba Andrés Sánchez, corrigiendo de carácter indolente y muy conflictivo, que ya desde el primer día de su llegada al Destacamento había dado muestras de poseer una personalidad algo trastornada, que Durán puso pronto en conocimiento del capitán Miranda, su jefe más inmediato en aquellos momentos, y que días más tarde comentaría con el teniente médico, próximo a marchar con su colonial de dos meses. La respuesta del oficial de Sanidad dejó a Durán pensativo:

-Si quieres que te diga la verdad, la mitad de los corrigendos debería estar en manos de un psiquiatra.

La orden llegó el veintiséis de noviembre, seis días después de haberse incorporado al Batallón el teniente coronel Fuentes. El “radio” cifrado no dejaba la menor duda: “Todos los corrigendos del Disciplinario serán entregados al convoy de la Legión de llegada inmediata a Hausa. El Cabrerizas iniciará los preparativos para trasladarse próximamente a Cabeza de Playa...” La comunicación incluía datos de preparación y ejecución, así como instrucciones y normas a tener en cuenta para la entrega de los penados y el movimiento de la columna motorizada.

Dos días más tarde, los componentes del Batallón sujetos a condena disciplinaria eran entregados al convoy legionario llegado desde El Aaiún, siendo abandonado el antiguo puesto de control y vigilancia por el resto del personal el 23 de diciembre, incluidas agregaciones. Tras la marcha de las Compañías con los hombres de reemplazo que habían permanecido en el Destacamento a la espera de abandonar lo que hasta entonces había sido ubicación del Cabrerizas, que lo hicieron en el convoy habilitado para este fin por el Cuartel General del territorio, quedaron en el área de Hausa únicamente la representación de la Policía Territorial y la pequeña delegación del Gobierno General del Sáhara encargada de la política socio-sanitaria que se practicaba con los nativos, más una sección de custodia del Batallón hasta que llegara una Unidad de Tropas Nómadas para hacerse cargo de la antigua posición defensiva.

Todos los oficiales y suboficiales del Cabrerizas, al que ahora habría que llamar Batallón Independiente de Infantería número 1, sufrieron una decepción a su llegada a la playa de El Aaiún. Allí habían esperado encontrar una especie de acuartelamiento más o menos moderno y acondicionado que les recibiera dignamente: pabellones para alojamiento de la tropa, aseos colectivos, almacén de armamento y material, polvorín, cantina, oficinas, campo de deportes, enfermería, capilla, etc., pero nada de eso recibió a la nueva Unidad destinada por el mando del territorio a Cabeza de Playa. No había ninguna brigada del Servicio de Construcciones del Ejército realizando obras en la zona para asentar al antiguo Disciplinario. Sólo les esperaban unos pequeños locales utilizados por la Compañía de Mar del Sáhara

para guardar material portuario, que acogerían indiferentes la llegada de los infantes. Transcurridos unos días, los hombres del Batallón tendrían que iniciar la construcción, con ayuda de muy escasos medios, de dos naves de obra para alojar a los novatos que poco tiempo después serían destinados a Cabeza de Playa desde el BIR del territorio, situado este Centro de Instrucción a sólo un kilómetro de distancia de los nuevos dominios cabrerizos, campamento de reclutas que había sido puesto en marcha recientemente. La tarea sería dura e ingrata para todos los componentes del Batallón, que recibirían como misión fundamental en aquella nueva etapa de su Unidad la carga y descarga de los buques de suministros que, a veces con mucha dificultad, conseguían llegar hasta la costa sahariana, y como orden interna del teniente coronel Fuentes, probablemente dimanante del Cuartel General del territorio, la construcción de una modesta residencia para oficiales en la playa próxima al nuevo asentamiento del Cabrerizas (más bien una especie de chiringuito), que bastante disgusto ocasionaría a los suboficiales más jóvenes del Batallón, ya que, a pesar de tener a su cargo a los hombres que deberían realizar este trabajo de albañilería, no podrían utilizar sus instalaciones en beneficio propio, una vez terminadas las obras, en ningún momento, cosa que no ocurriría con los oficiales que se encontraban destinados en El Aaiún, que sí las podrían utilizar, incluso acompañados de sus familias.

Durán, que no veía con buenos ojos el convertirse en capataz de obreros portuarios y de la construcción, cometido del que sabía no sacaría ninguna enseñanza militar para su futuro, tuvo pronto la oportunidad de dejar el Cabrerizas y pasar agregado al BIR, a las pocas semanas de haberse producido el traslado a Cabeza de Playa del Batallón. Un escrito del Cuartel General ordenaba al teniente coronel Fuentes que designara a dos sargentos de las Compañías para que pasaran a prestar sus servicios, en calidad de agregados, al campamento de instrucción de reclutas. Como los sargentos más antiguos nada querían saber de *desbravar* novatos a aquellas alturas de su vida, prestándose voluntariamente para este destino temporal, fueron los dos suboficiales más modernos del Batallón, Marcos y Durán, quienes tuvieron que asumir esta designación rechazada por sus compañeros más antiguos, que el joven sargento de la Primera Compañía de fusileros, a la que también seguía perteneciendo Marcos, recibió con plena satisfacción. Sin duda, a Durán le

atraía mucho más la idea de instruir reclutas, de formar soldados, que adaptarse a la nueva situación en la que ahora se encontraba el Cabrerizas. Es posible que, de haber continuado en Hausa, de haber seguido al mando de su pelotón de corrigendos, hubiese intentado no abandonar el Destacamento para ir a instruir reclutas a Cabeza de Playa, si allí hubieran pedido sargentos voluntarios para el BIR, pero en aquellos momentos le costaba trabajo integrarse en la vida de monotonía que significaba dirigir la carga y descarga de las barcazas dependientes de la Compañía de Mar, vigilar la construcción de los locales que tendrían que acoger a los nuevos miembros de tropa del Batallón en un próximo futuro y presenciar cómo se daba forma cada día al alojamiento de oficiales en la playa acotada del Cabrerizas, que luego no podría utilizar.

Durán, junto al complicavidas de Marcos (¡que no le dejaba ni a sol ni a sombra!), se dispuso aquella mañana del 3 de marzo de 1965 a recorrer el kilómetro escaso que le separaba de las dependencias del BIR del Sáhara. En su bolsillo guardaba el escrito oficial donde el teniente coronel jefe del Cabrerizas le comunicaba su pase como agregado al campamento de reclutas, y en su pensamiento y espíritu le quedaba, ya para siempre, el recuerdo de su pelotón de corrigendos.

Con sus virtudes y defectos, con su buen o mal comportamiento, no pocos de aquellos hombres habían quedado grabados para muchos años en su memoria, puede que mientras viviera: Colás, Iniesta, Flor, Arsenio, Darío, Aliaga, Crispulo, el Cejas, Pata de culo, el Cuervo, el Tirabuzones, Eutimio... ¡Una experiencia inolvidable!

Tal vez algún día, con el transcurrir del tiempo, llegara a escribir su paso por el Cabrerizas, su estancia en el destacamento de Hausa, sus siete meses y medio de destierro en el Batallón del fin del mundo, aunque a nadie interesara conocer sus vivencias personales como sargento novato en el corazón del desierto sahariano, mandando corrigendos...

E P Í L O G O

El comandante Durán, tras leer la frase que ponía fin a sus recuerdos saharianos del Cabrerizas, dio un pequeño bostezo, dejó los folios que había estado utilizando durante aquellos últimos días sobre la mesilla de noche, miró su reloj digital –las dos y cuarto de la madrugada- y apagó la luz de la habitación, dispuesto a dormir unas cuantas horas.

El antiguo sargento novato del Disciplinario, antes cabo expedicionario en la campaña de Ifni-Sáhara de 1957/58, convencido de que alguno de sus hijos podría estar interesado en conocer la odisea de los prisioneros franceses de la isla de Cabrera, ya había decidido, semanas atrás, desempolvar y pasar a limpio las páginas que había escrito y conservaba de su paso por aquella isla, en sus años de teniente, viejo bloc de anillas parecido al que a principios de los años sesenta había empleado para resolver problemas de matemáticas en la Escuela de Aplicación y Tiro de Infantería, en su época de alumno de dicho Centro militar, anotaciones que recogían, además de algunas de sus experiencias más destacadas siendo oficial subalterno en el archipiélago balear –¡y como padre de familia numerosa!-, episodios de la trágica estancia, ¡cinco años!, en aquel territorio insular como prisioneros de guerra de nueve mil de los soldados franceses del Ejército de Napoleón que fueron derrotados en Bailén y otros campos de batalla españoles durante la guerra de la Independencia de 1808, de los cuales sólo lograron salir con vida de Cabrera tres mil seiscientos, en 1814.

La existencia en esta isla de un monolito levantado en memoria de aquellos bravos soldados que todo lo dieron por su patria (estuvieran o no equivocados quienes les dirigían y mandaban, e

independientemente de que entonces pertenecieran a un ejército enemigo de España), así como la visita que todos los años –por aquel entonces- les rendía la Armada Francesa para honrar su memoria, y las numerosas inscripciones que pudo leer de estos hombres en el derruido castillo que siglos pasados fue utilizado para hacer frente a las incursiones de los piratas del norte de África por las aguas baleares, movieron a Durán a leer e investigar cuanto pudo sobre aquel drama vivido por estos prisioneros de guerra, que murieron a miles en la isla durante su cautiverio, faltos de los alimentos y medicinas más esenciales –prácticamente abandonados a su suerte-, donde únicamente el Consejo de Suboficiales (la mayoría de los oficiales franceses estuvieron detenidos inicialmente en Mahón y Palma) se esforzaba por imponer la ley y la disciplina. Muchos de aquellos soldados murieron ahogados al intentar abandonar la isla a nado, dándose casos de verdadero heroísmo entre estos prisioneros durante su cautiverio (ese heroísmo que casi siempre pasa desapercibido porque es ajeno al fragor de la batalla), así como actos individuales de indigno comportamiento, acompañando a estos prisioneros en su inhumano destierro las populares cantineras de los batallones, algunas esposas de soldados y varias mujeres amancebadas, no pocas de las cuales –tanto unas como otras- llegarían a ser vendidas o “traspasadas” entre los prisioneros, como si de cualquier producto o mercancía se tratara.

Durán, que cuatro años antes había concluido “Soldados castellonenses en Ifni.- Un Batallón llamado Tetuán 14”; que hacía meses había terminado la transcripción del diario de Pascual Guillamón, su compañero en aquella antigua provincia española del África Occidental (“Diario de Pascual Guillamón.- El Barracón que mira al mar, 1958/59”), y que acababa de poner fin a sus recuerdos del Batallón Disciplinario del Sáhara, pensaba que los apuntes y anotaciones de aquella trágica historia de los prisioneros franceses de Cabrera que todavía conservaba en uno de los cajones de su escritorio debía pasarlos a limpio para que pudieran ser leídos como enseñanza por alguno de sus hijos, o por cualquier familiar que estuviera interesado en conocer esta clase de epopeyas, aunque aquellos lamentables hechos nada tuvieran que ver con sus vivencias africanas, o ya hubiesen sido escritos con anterioridad por autores más o menos afamados. Su estancia en la isla de Cabrera y el haber

descubierto aquellas antiguas inscripciones en los muros de su castillo en ruinas le impulsaban a cumplir con este deseo, a pesar de haber transcurrido ya más de veinte años desde que se produjeran estos apuntes o anotaciones. Posiblemente a nadie o a muy pocas personas interesaría conocer este relato, lo mismo que el montón de cuartillas que narraban diferentes pasajes de su vida en el Batallón Disciplinario del Sáhara, pero debía traer aquella amarga y dura historia de guerra al presente -aunque los españoles de entonces no saliesen muy bien parados en su papel de vencedores en la contienda, por su terrible desenlace-, antes de que todos sus recuerdos y anotaciones desaparecieran para siempre.

Tal vez nunca llegara a alcanzar este propósito de resumir en unos pocos folios aquellos dolorosos episodios que había conocido y guardado en su cuaderno de memorias a últimos de los setenta, episodios que desde luego hoy no podrían repetirse; pero, si había sido capaz, con mucho esfuerzo y dedicación, de lograrlo con los corrigendos de Hausa, y antes con los soldados castellonenses en Ifni (lo mejor que había podido y sabido), ¿por qué no lo iba a conseguir ahora con los prisioneros franceses de Cabrera? De todas formas, lo consiguiera o no, fuera o no bien tratado por “sus bestias negras”, siempre sabría tener muy presente aquello de: “¿Quieres escribir? ¡Pues escribe! ¿A quién le importa?”

PERSONAJES, HECHOS, DATOS Y LUGARES MÁS
DESTACADOS QUE SE CITAN EN ESTE RELATO.-

P E R S O N A J E S

=====

Plantilla del Batallón Disciplinario

(los nombres que figuran en esta narración, a fin de no herir posibles sensibilidades, son imaginarios).

TENIENTE CORONEL FUENTES: Sustituye en el mando del Batallón al comandante Cervera el 20 de noviembre de 1964. Procede de Madrid, de carácter seco y nada comunicativo, toma el mando del destacamento de Hausa (Jausa) cuando se realiza la entrega de los corrigendos a la Legión (Tercio D. Juan de Austria). Lleva a cabo el traslado del Disciplinario a Cabeza de Playa, convertido el Cabrerizas en Batallón de Línea.

COMANDANTE CERVERA: Jefe del Batallón de Cabrerizas (o Disciplinario) y del destacamento de Hausa. Persona de agradable trato y nada arbitrario en el ejercicio del mando que, no obstante las muchas dificultades y servidumbres a las que ha de hacer frente cada día con su Unidad destacada en el interior del desierto, teniendo bajo su mando y responsabilidad a hombres muy poco dados a cumplir con deberes y obligaciones militares, sabe salir airoso de tan dura prueba.

CAPITÁN MIRANDA: Jefe de la Primera Compañía de corrigendos del Cabrerizas. Hombre recto y justo que no permite que la tropa bajo sus órdenes sea objeto de malos tratos o vejaciones. Algunos de sus subordinados, especialmente los corrigendos, le crean, como al resto de los capitanes de Compañía y mandos intermedios, numerosos conflictos con su negativa conducta, por lo que a muchos de ellos quisiera ver fuera de Hausa para siempre.

TENIENTE REAL: Oficial subalterno jefe de la 1ª sección de fusileros corrigendos de la Primera Compañía del Batallón. Cazador paracaidista y antiguo oficial legionario, es hombre de fuerte carácter y pocas amistades, que no permite que nadie se salte sus obligaciones y deberes lo más mínimo. Al no haber obtenido un destacado número en su promoción de tenientes, el ascenso a capitán le llega con algo de retraso, contrariedad que sirve también para acentuar más todavía su “comportamiento y estilo de vida legionarios”.

TENIENTE SOLÉ: Oficial subalterno jefe de la 3ª sección de fusileros corrigendos de la Primera Compañía del Batallón. Persona que sabe ganarse el aprecio y respeto de sus subordinados (tal vez algo *blando* y permisivo con los cabrerizos más rebeldes de Hausa). Hombre inteligente y capaz al que Tormentas vaticina una buena carrera militar. Su mayor deseo es convertirse en oficial de Estado Mayor, dedicando todas las horas que puede al estudio.

TENIENTE MÉDICO: Oficial de Sanidad al que todos los miembros del Disciplinario consideran mucho por la especial misión que desempeña en Hausa. Sin su presencia en el Cabrerizas, la vida en el interior del desierto sería muy difícil. Fuera de su misión sanitaria, pasa casi desapercibido en el Batallón.

TENIENTE CAPELLÁN: Ocupa vacante del Cuerpo Eclesiástico posiblemente en la peor Unidad de las FAS: el Batallón Disciplinario, donde no resulta nada fácil hacerse escuchar como sacerdote. Hausa, efectivamente, es un lugar poco apto para ejercer su sagrado ministerio. Como el teniente médico, ejerce

poca influencia en el Destacamento a la hora de hacer cumplir las órdenes, los reglamentos y los horarios.

BRIGADA CORTIJO: Suboficial a punto de retirarse que sabe estar al tanto de sus obligaciones y da buen trato a la tropa. Le gusta beberse un vaso de vino de vez en cuando y no guarda buen recuerdo de la guerra civil. Para él, hay gente buena y gente mala en todas partes, en cualquier lugar del mundo, siendo enemigo declarado de toda clase de fanatismos, vengan de donde vengan. Ha ostentado el empleo de sargento durante más de veinte años.

BRIGADA PRACTICANTE: Destinado forzoso (por un año) al Batallón de los corrigendos del desierto. Es persona sociable y de buena conversación, además de inteligente y estudioso, amante de la lectura y muy estimado en el botiquín del Destacamento.

SARGENTO PRIMERO CASINOS: Jefe interino de sección de fusileros corrigendos en su Compañía, la Primera, por falta del oficial que recogen las plantillas, y más tarde auxiliar de cocina para todo el Batallón (este cometido de auxiliar de cocina consiste en preparar las papeletas del rancho de cada día, recibir las plazas de las Compañías y vigilar la confección y reparto de las comidas, así como inspeccionar la limpieza general de los utensilios). No le gusta *intimar* con los sargentos recién salidos del *cascarón* y sí escuchar música de su transistor, sentado muy cerca de la entrada del dormitorio subterráneo de suboficiales de la Primera Compañía, por las noches.

SARGENTO PRIMERO PALOMARES: Todavía menos entusiasta que su compañero Casinos a la hora de relacionarse con los sargentos novatos, en los que sólo ve imperfecciones y demasiada juventud, siendo persona poco comprensiva. Auxiliar de cocina al llegar Durán a Hausa, posteriormente representante del Batallón en El Aaiún. Deja en el Destacamento vacante el puesto de auxiliar de la 2ª Sección del Disciplinario (información, claves, planos, cifrado, etc.), que pasará a ocupar Durán.

SARGENTO CAÑIZARES: Representante del Cabrerizas en El Aaiún cuando el sargento novato llega a la capital del Sáhara Occidental. Buen compañero y eficaz cumplidor de sus deberes como delegado del Disciplinario fuera de Hausa. Marcha destinado a Las Palmas, donde pronto olvidará los muchos

problemas que siempre le han ocasionado los corrigendos del desierto.

SARGENTO MONTERO (Tormentas o la Sota de bastos): A pesar del constante vocerío que emplea para mandar y dirigir a los corrigendos y de la preocupante frase que aparece escrita a lo largo del palo amenazador que siempre lleva cogido con su mano derecha (“botiquín más hospital igual a cementerio”), Tormentas es un eficiente suboficial al que la mayoría de los ocupantes de Hausa aprecia. Le gusta *despotricar* de todo bicho viviente de la mañana a la noche, especialmente de aquellos que se pasan el día dando órdenes y consignas, pero, por encima de cualquier otra circunstancia, es buen compañero.

SARGENTO RAMIRO: Suboficial competente y trabajador, espejo para muchos de sus compañeros en el Cabrerizas. Hombre siempre dispuesto a cumplir de buen grado con las órdenes de sus superiores, querido y respetado por quienes le están subordinados. Destaca entre los de su empleo por su camaradería y sentido de la amistad, estando siempre dispuesto a hacer favores y solucionar problemas. Su carisma personal le evita tener que recurrir al arresto para hacerse obedecer y respetar por los corrigendos, la mayoría de las veces.

SARGENTO MARCOS MEDINA: Mala víbora del desierto para muchos de los que malviven desterrados en Hausa, particularmente para los miembros de su Compañía, la Primera de corrigendos. No pocos de sus subordinados pierden la paz y tranquilidad de que gozan en el Destacamento, con su llegada al Disciplinario. Lo importante para Marcos es cumplir a rajatabla con los reglamentos, las órdenes y el Régimen Interior de los Cuerpos, sin importarle gran cosa la situación personal que puedan estar atravesando quienes han de cumplirlos. En su opinión, a los corrigendos hay que llevarlos *bien sujetos* y no perdonarles la menor de las faltas que cometan. Para él, la antigüedad en el Ejército es más que un grado.

SARGENTO DURÁN: Sargento novato cuyo primer y efectivo destino como suboficial del Ejército es el Batallón Disciplinario del desierto, ¡Hausa! Se incorpora a El Aaiún con algunas dudas y vacilaciones en su pensamiento por culpa de los comentarios

nada favorables que sobre su nuevo destino en el Sáhara escucha de labios de sus compañeros de Fuerteventura. A través de los ojos y experiencias de este joven sargento en el Cabrerizas vamos descubriendo la vida y costumbres de los corrigendos desterrados en Hausa, así como el carácter y forma de comportarse de algunos profesionales de distintos empleos del Destacamento, trazos a veces superficiales o poco profundos de sus personalidades pero que sirven para conocer, aunque sólo sea a grandes rasgos, la vida y existencia de muchos de los miembros del Cabrerizas destacados en el interior del desierto sahariano en 1964. El sargento Durán es un suboficial animoso que, a pesar de las dificultades y servidumbres que encuentra en su nuevo destino, de la siempre adversa climatología del Sáhara y de las preocupaciones que a veces le ocasionan no pocos de los corrigendos más retorcidos del Disciplinario -que intentan aprovecharse de su juventud e inexperiencia las veinticuatro horas del día-, procura adaptarse a aquel duro sistema de vida con su mejor voluntad y espíritu de servicio. El calor, el estrés, el siroco, la tropa disciplinaria, la calidad de la alimentación que se recibe en el Destacamento, los recuerdos y nostalgias..., todo se suma en Hausa para que no le resulte nada fácil vivir en el interior del desierto. Durán no persigue convertirse en uno de los sargentos más destacados del Batallón, ni tampoco desea adquirir fama de hombre duro e intransigente en el trato con sus subordinados. Procura siempre aprender de los compañeros más antiguos y cumplir bien con las obligaciones y responsabilidades de su empleo, buscando en todo momento ser hombre comprensivo con la tropa que tiene bajo su mando: los corrigendos, aunque muchos de ellos tengan como única preocupación dificultarle al máximo su penoso existir bajo el cielo de Hausa. No comprende por qué algunos de aquellos hombres -los objetores religiosos y de conciencia, principalmente- tienen que formar parte de aquel mundo disciplinario del interior del desierto, de aquella Unidad prácticamente abandonada a su suerte en el corazón del Sáhara. Sabe mucho de los problemas que condicionan la vida de los hombres que le están subordinados de forma directa porque, además de conocer sus expedientes personales por la misión confidencial que desempeña, habla con ellos con frecuencia y éstos le cuentan parte de sus historias, anhelos y proyectos de futuro. Piensa a menudo que todas las amarguras, sueños, deseos,

ilusiones y esperanzas que llenan la vida de los corrigendos del destacamento del fin del mundo son como débiles latidos que nadie escucha, como apagados suspiros que se escapan cada noche de muchos pechos cabrerizos para volar sin descanso hacia las brillantes estrellas de Hausa.

CABO PRIMERO BERNARDO: El más antiguo de los cabos primeros del Cabrerizas. Procede de Regulares de Melilla y su mayor aspiración en la vida es alcanzar los galones de sargento, aspiración que está a punto de verse truncada. Su falta de carácter y la mala suerte que le acompaña a la hora de recibir en su pelotón a los peores condenados que llegan al Destacamento, consiguen que su moral ande por los suelos y que sus perspectivas de futuro dentro de la milicia sean poco halagüeñas. ¿Por qué tiene él que mandar cada día en Hausa a individuos de la peor calaña, como sin duda son el Cejas, Pata de culo, el Cuervo y el Tirabuzones, entre otros corrigendos de idéntica o parecida ralea? ¿Por qué sólo ha recibido ingratitud e indiferencia en sus años de permanencia en el Disciplinario?

CABO PRIMERO JACINTO (El Pelotas): Jefe del pelotón de castigo del Cabrerizas y más tarde jefe de pelotón de fusileros corrigendos de la Primera Compañía del Batallón. Natural de Cuenca, busca, como todos los de su clase y empleo, alcanzar los galones de sargento, estando convencido de que su experiencia y destino en el Disciplinario le han de proporcionar buena calificación en el expediente militar que en su día deberá remitir su comandante a la Escuela de Aplicación y Tiro, cuando deba realizar los cursos de formación de sargentos. Es hombre poco comunicativo con los compañeros y tal vez duro y algo intransigente en su época de jefe del pelotón de castigo del Cabrerizas, pero jamás se ensañó con aquellos que llegaron al *infierno* para ser corregidos por su mala conducta.

CABO PRIMERO MATEO: Jefe de pelotón de fusileros corrigendos de la Primera Compañía del Disciplinario. Se distingue entre los de su empleo por sus cualidades personales, dotes de mando y espíritu militar. Goza del sincero aprecio de todos sus compañeros, que ven en su conducta el ejemplo a seguir en Hausa, aunque muy pocos practiquen este comportamiento.

CABO PRIMERO PETILLA: Está encuadrado en la Compañía de Plana Mayor del Cabrerizas y es el principal colaborador del brigada subayudante del Disciplinario, Vaquerizo, y jefe del pelotón de mantenimiento. No procesa muchas simpatías por los corrigendos del Batallón, sobre todo por aquellos que llegan arrestados a sus dominios, a quienes reserva los trabajos más duros y pesados del Destacamento. “Cuando los mandos los arrestan, ¡por algo será!”

CABO SENTÍN: Ayudante del sargento representante del Cabrerizas en El Aaiún. Vigila y controla el material de alojamiento de transeúntes, la conservación de locales y enseres de la delegación y desempeña algunos de los cometidos propios del cargo de furriel.

CABO DE COCINA EUSTAQUIO: Cabo reenganchado de mal genio y pocos amigos. Es el responsable directo de los rancheros y del personal nombrado cada día (por turno o arrestado) para ayudar en la preparación de los ranchos, siendo también el encargado de que todo el menaje y utensilios de la cocina se encuentren en perfecto estado de limpieza, después de haber sido utilizados para la preparación de las comidas. Ascende a cabo primero en su segundo intento por conseguirlo.

CABO FURRIEL CONTRERAS: Es el que tiene a su cargo el nombramiento diario de los servicios de tropa de la Compañía, el reparto cada mañana del pan que recibe de Subayudantía y la distribución de las municiones y el material para la limpieza del armamento, cuando hay tiro, entre otros pequeños cometidos y misiones como auxiliar del brigada de la Compañía. El reparto del pan y la buena combinación del nombramiento de los servicios para que ningún corrigendo o soldado salga perjudicado en sus días de facción le llevan a veces de cabeza, sin olvidar tampoco su conocido mal entendimiento con los horarios.

TRINQUETE: Ordenanza de los suboficiales de la Primera Compañía de corrigendos del Disciplinario (*machaca*). Soldado de reemplazo natural de Málaga que siempre está dispuesto a cumplir con las obligaciones de su destino. Es hombre fiel, noble y leal -en todo momento optimista-, hasta que llega a Hausa su peor dolor de cabeza: el sargento Medina, que le hace perder la

tranquilidad que hasta entonces ha disfrutado en el interior del desierto, haciendo su mili. Por sus buenas relaciones con los asistentes de los oficiales y los escribientes de la oficina de mando, siempre *informados* de lo que ocurre en el destacamento de los corrigendos, sabe todo lo que se *cuece* en las altas esferas y bajos fondos cabrerizos.

SANTOS VILLARREAL: Soldado de reemplazo nacido en Gijón al que mucho le cuesta superar la impresión que le produce el suicidio de su compañero de destino y alojamiento, el cartagenero Fernández Castillo. La vida de servidumbres y carencias en Hausa, lejos de familiares y amigos en quienes poder volcar parte de sus desdichas y soledades, se le hace muy difícil de soportar a este asturiano de muchas sensibilidades, que intenta, con no poca voluntad y esfuerzo, que su vida de penurias en Hausa no termine como la de su malogrado compañero.

FERNÁNDEZ CASTILLO: Soldado de quinta incorporado a Hausa procedente de Cartagena que, tal vez por no poder resistir la dura vida del Disciplinario –o puede que empujado por su propia inestabilidad emocional-, pone fin a su existencia una mala tarde de junio, decisión que mucho trastorna a quienes con él comparten su alojamiento y destino, especialmente a Santos Villarreal.

CORRIGENDOS:

COLÁS: Condenado a pena disciplinaria en Hausa por maltrato de obra a superior, jefe provisional de la primera escuadra de fusileros corrigendos del pelotón de Durán, a falta de cabos. Es individuo que quiere regresar pronto al “mundo de los vivos” para corregir su mala conducta anterior y olvidar para siempre la existencia del Cabrerizas. Hombre leal y buen compañero que sabe valorar la amistad por encima de todo. No desea meterse en problemas y procura huir de reyertas y pependencias que puedan traerle más complicaciones en Hausa. Su temple y carácter no le granjean muchas simpatías entre los peores corrigendos del Destacamento.

INIESTA: Desertor de Paracaidistas que ingresa muy joven en estas fuerzas especiales para, además de hacer su mili como voluntario, *lucir* por un tiempo el uniforme de los *paracas* entre las chicas de su calle. Siguiendo la costumbre de muchos murcianos de la época, se lleva de casa a su novia de catorce años, y pronto se convierte en padre del pequeño Gustavo. Su mujer e hijo le esperan en Murcia con la esperanza de que haya por fin sentado la cabeza para poder emprender una nueva vida.

ARSENIO EL CICATRICES: Corrigendo desertor de Artillería encuadrado en la pequeña unidad de Colás. Sevillano de carácter algo violento y agresivo que no permite que nadie le pise “su terreno”, especialmente los sicarios del Cejas y el Tirabuzones. Su vida hasta llegar al Disciplinario ha estado marcada por sus constantes visitas a centros carcelarios, donde aprendió de todo menos el respeto a las personas y las más elementales normas de convivencia.

FLOR (CRISTÓBAL MURIETAS): Corrigendo condenado al Disciplinario por “cometer actos deshonestos con individuos del mismo sexo”, según reza su sentencia. Para Colás constituye el primer disgusto en su incorporación a Hausa, al verse obligado a vivir bajo el mismo techo que este marica declarado, al tener su litera a sólo un paso de la de tan especial compañero, aunque pronto cambia de opinión y acepta la inclusión de este penado en su misma escuadra. Flor, que sueña con regresar pronto a su añorada Barcelona, no se siente culpable por sus desviadas tendencias sexuales y procura soportar lo mejor que puede las burlas e insultos que continuamente le dedican la mayoría de sus compañeros corrigendos, que ya no le llegan a lo más profundo del alma, como cuando era niño y adolescente.

DARÍO: Corrigendo antiguo paracaidista condenado a Cuerpo de Disciplina por haber atracado un estanco. Como Iniesta, Arsenio el Cicatrices y Flor, pertenece a la escuadra de Colás, donde pasea sus silencios y soledades con poco dramatismo. Aunque es cierto que no habla mucho y nunca se mete con nadie, es persona muy sensible a las provocaciones.

ALIAGA: Corrigendo jefe de la segunda escuadra del pelotón de Durán. Canario de fuerte presencia física y muchas agallas,

que no se deja arredrar fácilmente por las bravuconadas de los hombres del Cejas. Lo mismo que sucede con su compañero Colás, tiene bien asumida la responsabilidad que le corresponde como jefe interino de escuadra de fusileros corrigendos, por falta de cabos, y no ocasiona demasiados problemas a su jefe de pelotón, el sargento Durán, a la hora de cumplir las órdenes recibidas.

CRÍSPULO: Desterrado de la escuadra de Aliaga que cuenta con muy pocos amigos en Hausa por su venenoso comportamiento. Su mala fe y mucho egoísmo le apartan del buen entendimiento con sus compañeros más inmediatos. Es penado que le gusta mofarse de quienes le rodean, especialmente de aquellos que están encuadrados en su mismo pelotón, poniendo siempre en sus palabras la peor de sus ironías y el más insidioso de sus sarcasmos.

EL CEJAS: El más destacado de los corrigendos de Hausa, del pelotón de Bernardo, Primera Compañía. Individuo acostumbrado a imponer su ley y capricho entre sus compañeros, a muchos de los cuales hostiga y veja con verdadero sadismo. Deserta del Destacamento junto a Pata de culo y el Cuervo, vagando sin rumbo fijo bajo el fuerte sol sahariano (aunque él está convencido de que cada vez se acerca más a Argelia). Con su abandono de Hausa y posterior ingreso en el hospital de El Aaiún y en los calabozos del tercio sahariano D. Juan de Austria, los cabrerizos desterrados de su Compañía, sección y pelotón recuperan parte de su mejor convivencia.

EL TIRABUZONES: Uno de los peores cabecillas del Disciplinario, cuyo mayor gozo en el Destacamento consiste en molestar a sus compañeros de infortunio dándoles patadas en el culo y golpes en la cabeza (capones). Corrigiendo sin escrúpulos, aspira a convertirse en el sucesor del Cejas, cuando éste decide abandonar Hausa. Hombre violento y de pocos escrúpulos, siempre encuentra una ocasión favorable para hacer la vida imposible a sus compañeros más débiles, a los que somete a continuas humillaciones. Amante de los juegos de azar, tramposo y fullero, desconoce lo que es tener problemas económicos en el Disciplinario, y disfruta de las ventajas que le proporciona esta situación de desahogo dinerario.

PATA DE CULO: Fiel seguidor del Cejas, comparte sin embargo los mismos “gustos y aficiones” que el Tirabuzones, a quien acompaña e imita en los momentos de dar sus patadas y golpes a los compañeros que esperan cumplir con las listas de ordenanza o visitan la cantina en las horas de mayor concurrencia, aunque no con la misma saña que el indeseable pelirrojo.

EL CUERVO: Corrigiendo de poco cerebro y oscuras maquinaciones que intenta sacar el mayor beneficio de su pertenencia a la camarilla del Cejas, tratando siempre de forma abusiva a quienes con él comparten su destierro en el Disciplinario. Es traicionero y desleal, astuto y desconfiado, y con frecuencia se aprovecha de la buena fe y sana intención de muchos de sus compañeros, a los que continuamente amarga la existencia que llevan en Hausa.

EUTIMIO: Amante de provocar discordias y altercados en su Compañía a cualquier hora del día o de la noche, especialmente en las formaciones del control nocturno. De repelente aspecto físico, busca la amistad y cercanía de los peores bribones del Destacamento para sacar partido de la hegemonía que éstos disfrutaban en su destierro sahariano. Odia y desprecia a Flor, “la maricon de mierda” de la escuadra de Colás, pero teme al santanderino y a los hombres del pelotón de Durán, sobre todo al Cicatrices y a Aliaga, que consiguen frenar en parte sus malas intenciones.

MARGARITO: Corrigiendo inocentón condenado al Disciplinario por violar a una prostituta del barrio chino valenciano cuando se encontraba bajo los efectos del alcohol, que continuamente es objeto de bromas pesadas y de mal gusto por parte de la peor canalla que se arrastra por Hausa. Es hombre de pocos recursos mentales pero noble y leal con todos sus compañeros. Quienes conocen y saben valorar sus cualidades como persona, gozan de su desinteresada amistad. Es incapaz de molestar u ofender a nadie con un mal comportamiento, ni siquiera a aquellos que más le complican la vida en Hausa con sus continuas tomaduras de pelo. Pocos ven en él que haya sido capaz de cometer una violación.

PEPITO (JOSÉ ALCÁZAR): Desertor de la Legión que ingresa en este Cuerpo de vanguardia para realizar su servicio militar obligatorio y satisfacer así los deseos de su padre, antiguo legionario en la guerra civil del 36. Todos ven en Pepito, excepto las peores sabandijas de Hausa, al compañero ideal, al amigo en quien pueden descargar no pocas de sus muchas aflicciones, siempre desprendido y generoso con cuantos le rodean. Forma con Margarito e Iniesta un trío muy especial en el Destacamento, un trío unido por una gran amistad y el más sano de los compañerismos, aunque muchos de los desterrados de Hausa, con la mayor de las burlas, les denominen continuamente “los tres mosqueteros del desierto”.

FERNANDO MORALES: Uno de los dos corrigendos que llegan esposados y conducidos por la Guardia Civil a El Aaiún un miércoles de mayo para cumplir con una accesoria disciplinaria en el Cabrerizas. Antiguo soldado de Caballería, natural de Toledo y de oficio peón de albañil, es condenado a Hausa por desertor y ladrón. No es hombre al que le guste mucho el aseo personal y siempre recuerda a María, ¡María!, el amor de su adolescencia.

SEBASTIÁN EL *PARACA*: Desertor paracaidista nacido en Córdoba y de oficio pintor de coches. Es conducido al Sáhara por una pareja de la Guardia Civil y entregado al sargento Cañizares, representante del Cabrerizas en El Aaiún, igual que ocurre con su compañero de prisión, Fernando Morales. Es un hombre duro, bravucón y algo pendenciero, pero nunca de la calaña del Cejas y sus secuaces. A últimos de noviembre y primeros de diciembre de 1957, Sebastián el *paraca* tiene una brillante intervención en la campaña de Ifni-Sáhara, siendo felicitado y condecorado por el Mando.

TESTIGO DE JEHOVÁ VÍCTOR PEÑA: Objetor religioso condenado al Batallón Disciplinario por negarse a vestir el uniforme militar y empuñar su arma. Persona culta y educada, sus fuertes convicciones religiosas le impiden enfrentarse a otro ser humano con las armas en la mano. Durán no entiende bien por qué Víctor Peña tiene que volver a someterse a la justicia castrense si ya ha cumplido una condena anterior por negarse a prestar su servicio militar. De nuevo es procesado en Hausa y

encarcelado en la prisión de El Aaiún (prisión preventiva) en espera de que el correspondiente Consejo de Guerra vea y falle su causa.

Personas no pertenecientes al Cabrerizas

TENIENTE JEFE DEL CONVOY AAIÚN-HAUSA: Oficial que a menudo recorre el Sáhara Occidental conduciendo diferentes clases de convoyes (carburantes, víveres, agua, municiones, etc.). No tiene buena opinión sobre el Disciplinario ni de cuanto se mueve por Hausa. Piensa que el sargento novato no podrá alcanzar sus deseos y aspiraciones de ahorrar el máximo de su paga y salir disparado del Cabrerizas como alma que lleva el diablo, al cumplir su tiempo mínimo de permanencia en el territorio (dos años en destino voluntario). Está convencido de que el juego, la bebida, el calor y la clase de individuos que se mueven por el destacamento de peor régimen de vida de todo el desierto harán imposible que el sargento novato pueda lograr sus objetivos.

CABO LEGIONARIO ESPINOSA: Jefe del pelotón de escolta del convoy de suministros que sale de El Aaiún con destino a Hausa, vía Edchera y Smara. Conoce bien el territorio y todo lo que se *mueve* por el destacamento de los corrigendos. En su opinión, el sargento novato ha equivocado la elección de su primera vacante como suboficial del Ejército, metiéndose en las mismísimas entrañas del Cabrerizas, el Batallón “del fin del mundo”.

HORARIO O RÉGIMEN DE VIDA EN EL DISCIPLINARIO

=====

(De lunes a sábado mediodía)

06'30 Horas	.-	Diana (levantarse, lista de ordenanza, aseo)
07'00	“	.- Fajina (formación desayuno)
07'45	“	.- Escuadra (formación Cías.; trabajos, servicios)
08'00	“	.- Educación Física o Gimnasia (alternativa Cías.)

09'15	“	.- Instrucción orden cerrado (giros, mov. y desfile)
10'30	“	.- Instrucción orden de combate (ataque y defensa)
12'45	“	.- Alto actividad mañana (reparto pan)
13'00	“	.- Fajina (1ª comida o rancho del día en marmitas)
15'00	“	.- Escuadra (formación instrucción técnica;teóricas)
17'15	“	.- Entretenimiento material, armamento y equipos
18'00	“	.- Alto jornada (deportes, cantina, lavado ropa)
21'00	“	.- Fajina (2º rancho o cena; reparto en marmitas)
21'45	“	.- Escuadra (lista retreta, lectura orden y servicios)
23'00	“	.- Silencio (variable horario de verano e invierno)

Nota.- Los domingos y festivos, el toque de diana media hora más tarde. Caso de calor muy intenso, se sustituye la instrucción de las mañanas por teóricas de combate y prácticas de armamento.

Ranchos más comunes repartidos en Hausa

Desayuno

Café o chocolate con leche (galletas o bocadillo)

Primeros platos

Empedrado de garbanzos, lentejas estofadas, macarrones a la italiana, cocido madrileño, fabada asturiana, patatas con bacalao, sopa de fideos, hervido de verduras, alubias a la vinagreta, paella valenciana (según convoy), ensaladilla rusa...

Segundos platos

Huevos duros o fritos con tomate, pisto de bacalao, chorizos y morcillas con tomate, tortilla española, carne de cerdo o camello a la jardinera (según convoy)...

Postres

Arroz con leche (la leche siempre de bote, igual que las judías verdes y el tomate), natillas, carne de membrillo y fruta del tiempo (según convoy)...

El reparto o distribución de los ranchos se hace para cada tres hombres (uno coge el primer plato, otro el segundo y el tercero el postre y el vino).

En días de siroco, muy frecuentes en Hausa, la distribución del rancho constituye una pesadilla para los rancheros y un infierno para quienes tienen que llevarse los alimentos al estómago.

La mayoría de los alojamientos subterráneos de tropa disponen de una garrafa de cristal u otro tipo de depósito para acarrear agua con destino al aseo personal. Cada semana se encarga un miembro del habitáculo de cumplir con este cometido.

No todos los hombres del Cabrerizas pueden hacer uso de una litera para descansar por las noches, pues los hay que tienen que dormir en el suelo, encima de su colchón de paja.

A los arrestados sólo se les permite llevar a la tienda de control del cuerpo de guardia dos mantas y una almohada.

Para desinfectar las letrinas se utiliza, de tiempo en tiempo, cal viva traída por los convoyes.

HECHOS, FECHAS, LUGARES Y DATOS (SEGÚN EL DIARIO PERSONAL Y DE ANOTACIONES DE DURÁN).-

REGIMIENTO DE INFANTERÍA TETUÁN 14: Regimiento de guarnición en Castellón de la Plana desde 1904 hasta 1995, fecha en la que es trasladado a Bétera (Valencia) para ser poco más tarde disuelto. Esta Unidad fue fundada en 1877, durante el reinado de Alfonso XII. Con otros nombres y números participa en las guerras de Cuba y Marruecos y ocupa las guarniciones de Baleares y Valencia antes de pasar a la de Castellón. Su Batallón de Línea o Maniobras participa desde el 20 de junio de 1958 al 23 de junio de 1959 en la campaña de Ifni-Sáhara, donde presta servicios de seguridad en campaña y protección de convoyes, permaneciendo sus Compañías de fusileros granaderos en

defensiva por períodos continuados de tres meses, con uno de descanso en retaguardia.

REGIMIENTO DE INFANTERÍA GUADALARA 20: Uno de los más gloriosos Regimientos de España, fundado en 1657. Interviene en las guerras de Portugal (1657/58), Francia (1674), Guerra de Sucesión (1704), Italia, América, Carlistas, de Cuba, de Marruecos y en la campaña de Ifni-Sáhara de 1957/58. Es disuelto en 1984.

A mediados de enero de 1958 su Batallón de Maniobras llega a Villa Bens (Cabo Juby-África Occidental Española) para tomar parte en la campaña de Ifni-Sáhara, permaneciendo en este territorio hasta su entrega definitiva a Marruecos (junio de 1958). Participa en distintas acciones de guerra, principalmente en la Operación TEIDE, en colaboración con los franceses de Mauritania (Operación Ecouvillón, que parte de Fort Trinquet), rastreando y limpiando de bandas armadas buena parte del desierto español.

BATALLÓN DE CABRERIZAS: Batallón Disciplinario del Ejército, de guarnición en Melilla, que al iniciarse las primeras acciones bélicas en la campaña de Ifni-Sáhara de 1957/58 es trasladado desde el barrio de Cabrerizas de la ciudad de Melilla hasta Villa Cisneros para hacer frente al llamado ejército de liberación (EL) que opera contra las fuerzas militares españolas de guarnición en el territorio sahariano. Finalizada esta campaña queda destacado en el Sáhara Occidental. Es disuelto a últimos de 1964 como Batallón Disciplinario y más tarde como Batallón de Infantería Independiente.

IFNI: Territorio del África Occidental cedido a España por Marruecos en 1860 (ocupado físicamente en 1934) y devuelto a este reino árabe en 1969, tras haber sido provincia española desde 1958. Su población era a últimos de los años cincuenta de algo más de 40.000 habitantes, de ellos unos 2.000 europeos. En su capital, Sidi-Ifni, residían unas seis mil almas. Era una franja costera de 100 kilómetros de largo por 20 de ancho, un enclave español al suroeste de Marruecos.

SÁHARA OCCIDENTAL: Antigua colonia española convertida en provincia en 1958, como Ifni. Perteneció a España desde 1884 a

1976, que fue dejada en manos marroquíes y mauritanas tras la Marcha Verde (trescientos mil marroquíes, hombres, mujeres y niños, penetran en el territorio español con la intención de llegar hasta El Aaiún, reclamando la soberanía del Sáhara Occidental, impulsados todos ellos por Hassán II, quien, en 1979, conseguiría controlar para Marruecos la totalidad de la antigua provincia española). Su extensión era de unos 300.000 km². y contaba con una población de 50.000 habitantes, aproximadamente.

CAMPAÑA DE IFNI-SÁHARA DE 1957/58: Al obtener Marruecos su independencia de Francia y España en 1956 (Mohamed V) una parte de la población de Ifni y el Sáhara, fundamentalmente la de Ifni, empieza a mostrar fuertes deseos de integrarse en el reino alauí. A estos deseos de integración se une la insatisfacción que produce en los habitantes de estas colonias la aplicación de ciertos impuestos por parte de la metrópoli (especialmente en productos de primera necesidad), lo que da inicio a pequeñas huelgas y desobediencia civil que obligan a detener a varios de sus cabecillas (fueron llevados a Fuerteventura). A estas revueltas no tardan en seguirles algunos hostigamientos contra los puestos y destacamentos militares del interior de Ifni y el Sáhara, a los que se hace frente reforzando estas guarniciones, sobre todo las de los alrededores de Villa Bens, Sidi-Ifni, Villa Cisneros y El Aaiún. Pronto se cuentan las primeras bajas mortales españolas, que hacen necesario el envío de fuerzas especiales (Legión y Paracaidistas) y fuerzas expedicionarias (Batallones de Infantería), como refuerzos. Los dos territorios cuentan con su propio e independiente mando militar, el general Zamalloa en Ifni y el General Héctor Vázquez en el Sáhara. Debido a que Francia también empieza a tener algunos problemas y escaramuzas en su colonia de Mauritania, nuestros vecinos de más allá de los Pirineos llegan a un acuerdo con España para expulsar a las bandas armadas del Sáhara Español (acuerdo de Dákar), formándose dos columnas o pequeños ejércitos que han de converger en Smara, saliendo de Villa Bens (Operación TEIDE) y de Fort Trinquet (Operación ECOUVILLON), acompañando a estas fuerzas regulares, por tierra, legionarios (siempre adelantados) y por aire, paracaidistas (tanto españoles como franceses, que se han de lanzar sobre las posiciones enemigas en el transcurso de esta gran operación que dura diez días, del 10 al 20 de febrero de 1958). El éxito acompaña a esta

maniobra hispano-francesa, que cuenta, en la columna española que sale de Villa Bens y atraviesa Daora, Edchera y Tafudart, para llegar a Smara a encontrarse con los franceses de Mauritania, con el Guadalajara 20, la II Bandera de la Legión, un Grupo de Caballería mecanizada del Pavía (carros M-24) y Artillería de Campaña, además de la logística correspondiente (el Regimiento de San Fernando 11, de Alicante, que viaja en el mismo barco que el Guadalajara 20, de Valencia, para incorporarse al desierto, queda ocupando las posiciones defensivas que guardan Villa Bens, junto a dos Compañías del Canarias 50 y Tenerife 49, mientras se lleva a cabo esta gran ofensiva por el interior del Sáhara Occidental). En esta campaña de Ifni-Sáhara de 1957/58 hubo alrededor de mil bajas entre muertos, heridos y desaparecidos por parte española, y se produjeron numerosos actos de abnegación, sacrificio y heroísmo (algunas esposas de quienes ocupaban los destacamentos atacados o sitiados por los rebeldes se convirtieron en ejemplares enfermeras), siendo la Legión, Paracaidistas, Tiradores de Ifni, Tropas Nómadas, Policía Territorial, Cabrerizas, Pavía 19, Castilla 16, Extremadura 15, Cádiz 41 y Soria 9 de Sevilla las fuerzas y Unidades que más se destacaron en esta campaña africana y las que más vidas entregaron en la defensa de estos territorios.

ISLA BALEAR DE CABRERA (Citada en el Epílogo por Durán): La isla de Cabrera tiene una extensión de diecisiete kilómetros cuadrados y está situada al sur de Mallorca, a unas doce millas, con 172 metros de altitud. Puntos y datos a destacar, referidos a 1978: su castillo en ruinas, construido a finales del siglo XIV para defenderse de los ataques bereberes; el pequeño cementerio (se conservaba la tumba de un piloto alemán y la de un familiar del pastor que guardaba las ovejas de la isla); la comandancia militar (a cargo de una sección del Regimiento de Infantería Palma 47, mandada por un teniente, que era el comandante militar de Cabrera); el campamento que acogía a las Unidades militares de Baleares para ser utilizado por éstas durante sus maniobras anuales; la ermita (restaurada en esos años y donde se alojaba ocasionalmente S.M. el Rey D. Juan Carlos I, en sus visitas a la isla); el espolón o embarcadero y, sobre todo, el obelisco en memoria de los miles de combatientes franceses de la guerra de

la independencia muertos en Cabrera durante su cautiverio de 1809 a 1814.

En una de las páginas del diario personal de Durán (la página 120, noviembre de 1982, isla de Cabrera) se puede leer lo siguiente, copiado literalmente, dirigiéndose a sus hijos:

“...El soldado español, siempre bravo y feroz en la lucha, y orgulloso en su cautiverio, no se ha ensañado ni se ensañará jamás con su enemigo vencido. Sólo un cúmulo de desgraciadas circunstancias y penurias pudo dar lugar a este hecho tan desafortunado que, con dolor y consternación, somos nosotros los primeros en lamentar. Así me lo han dado a entender, pienso, los cientos de nuestros hombres que, sentados cerca del monolito, en silencioso y respetuoso homenaje, han escuchado de mis labios la odisea de los franceses en Cabrera, de 1809 a 1814...”

REZA EL OBELISCO

“ À la mémoire des français morts á Cabrera. L’Escadre d’évolutions de 1847 commandée par S.A.R. le Prince de Joinville”, que no necesita traducción.

Bajo este obelisco yacen muchos restos de los MAS DE CINCO MIL SOLDADOS franceses muertos en Cabrera, combatientes en la guerra de la independencia que sostuvo España contra las tropas de Napoleón Bonaparte.

En sus diversas estancias en la isla, Durán pudo leer en los muros de su castillo en ruinas algunos de los lamentos y congojas que atormentaron a no pocos de aquellos hombres, la mayoría de los cuales sabía que jamás saldrían vivos de Cabrera.

Tras ser derrotado Napoleón, los supervivientes de la isla, más de tres mil hombres, recuperaron su libertad. ¡Por fin podrían abrazar y besar de nuevo a los suyos, tras cinco largos años de suplicio!

Uno de estos cautivos, de forma anónima, escribió lo siguiente, libre ya de los horrores de Cabrera:

“Adieu rochers, adieu montagnes,

grottes, déserts, antres affreux;
nous laissons vos tristes campagnes
pour revoir un séjour hereux.
Nous pouvons chanter á la ronde
que la paix nous ressuscite;
car on revient de l'autre monde
quand on revient de Cabrera”

“Adiós rocas, adiós montañas,
cuevas, desiertos, lugares espantosos;
abandonamos vuestras tristes campiñas
para volver a momentos más felices.
Podemos cantar a nuestro alrededor
que la paz nos ha resucitado,
pues se vuelve del otro mundo
cuando se vuelve de Cabrera”

ESCENARIOS RECORRIDOS POR DURÁN

1957.- Con dieciséis años ingresa como soldado voluntario en el Guadalajara 20 de Valencia. Participa en la gran riada de la capital del Turia de octubre de ese mismo año, quitando barro y repartiendo víveres, ya con el empleo de cabo.

1958.- El 9 de enero parte con el DOMINE hacia Villa Bens, encuadrado como cabo de ametralladoras en el Guadalajara 20. Participa en la Operación TEIDE y a continuación permanece en DAORA durante quince días con la misión de defender este destacamento ante posibles incursiones de los rebeldes, mientras su Batallón se ha replegado a Villa Bens, una vez terminada dicha Operación de limpieza y castigo contra las bandas armadas. Ocupa “la Muda” y otras posiciones defensivas durante su permanencia en Cabo Juby.

1958/59.- Con el Batallón Tetuán 14 de Castellón toma parte en la defensa de Ifni y en misiones de escolta y seguridad durante tres períodos de tres meses (Centros de Resistencia 1, 2 y 3: la Seguera, Sidi Mohamed Bendaoud, cota 250 y 254, Ussugún, la

Universidad...), desde el 20 de junio de 1958 hasta el 23 de junio de 1959.

1964: Es destinado al Batallón Disciplinario de Cabrerizas, permaneciendo en Hausa durante más de siete meses. Recorre buena parte del Sáhara Occidental: El Aaiún, Edchera, Smara, Hausa... Permanece como agregado en el BIR nº 1 de Cabeza de Playa (Batallón de Instrucción de Reclutas) desde marzo de 1965 hasta junio de 1966, mes en el que regresa a Castellón (destinado al Tetuán 14), donde a las pocas semanas contrae matrimonio con su novia de “toda la vida”.

1978: Pisa por primera vez la isla de Cabrera, encuadrado como oficial subalterno en el Regimiento Palma 47. Además de por la historia de los prisioneros franceses, Durán queda impresionado por la belleza salvaje de la isla, sus limpias y transparentes aguas, sus bosques de pinos y los inmaculados accidentes de sus costas. Al ser Cabrera una isla guardada por un destacamento militar -con visitas muy restringidas de civiles-, es como un paraíso perdido en el Mediterráneo, hoy convertido en Parque Nacional marítimo-terrestre, único en todo el Mediterráneo.

Lugares citados en este relato

